

el fin del mundo se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, para juzgar á los hombres, tambien os sentareis vosotros sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel, y todo el que dejare su casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó mujer ó hijos, ó posesiones por mi nombre, recibirá el ciento por uno, y despues la vida eterna. Muchos primeros, concluyó Jesucristo, serán postreros, y muchos postreros, serán primeros. Esta sentencia, dice San Juan Crisóstomo, miraba en particular á la reprobacion del pueblo Judio y á la vocacion del pueblo Gentil.

Parábola de los jornaleros. El carácter de los Judios del tiempo de Jesucristo era la suma estimacion de sí mismos, y el entero desprecio de todas las demas naciones del mundo, y el Señor les propuso la siguiente parábola. Es semejante el reino de los cielos á un padre de familias que salió muy de mañana á buscar jornaleros que fuesen á trabajar en su viña. Habiéndoles encontrado, les envió á trabajar en ella, despues de haberse convenido en que les pagaría un denario por dia, que equivalia á casi dos reales.

Division de las horas del dia y la noche entre los Judios Los Judios dividian las veinticuatro horas del dia natural en ocho partes; de las cuales aplicaban cuatro al dia, y las llamaban *horas*, y cuatro á la noche, y las llamaban *vigilias*. La hora de *prima* comenzaba al salir el Sol y duraba hasta las nueve. La de *tercia*, desde las nueve hasta el medio dia. La de *sexta*, desde el medio dia hasta

las tres de la tarde. Y la de *noña* ó visperas desde las tres de la tarde hasta ponerse el Sol. Del mismo modo dividian las *vigilias*. La *primera* comenzaba al ponerse el Sol, y duraba hasta las nueve de la noche. La *segunda* hasta las doce. La *tercera* hasta las tres de la mañana, y la *cuarta* hasta las seis.

El padre de familias, que habia buscado jornaleros muy de mañana y los habia enviado á trabajar á la hora de prima, volvió á salir á la hora casi de tercia, y encontrando otros que estaban ociosos en la plaza, les dijo: id tambien vosotros á mi viña, yo os daré lo que fuere justo, y ellos fueron. Volvió á salir cerca de las horas de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Ultimamente salió cerca de la hora de visperas, y halló otros que estaban allí (en la plaza) y les dijo: ¿Qué haceis aquí ociosos todo el dia? Y ellos le respondieron: porque nadie nos ha llamado; id, les dijo, tambien vosotros á mi viña.

Luego que se puso el Sol, mandó el Señor de la viña á su Mayordomo que llamase á los trabajadores y les pagase su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de visperas, recibió cada uno un denario. Viendo ésto los primeros, creyeron que recibirian mayor jornal, pero no recibió cada uno sinó un solo denario, y tomándole, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: éstos últimos solo han trabajado una hora y los has hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor;

pero el padre de familias respondió á uno de ellos: amigo, yo no te hago injuria. ¿No te concertaste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pues yo quiero dar á este postrero tanto como á ti. ¿O no me es licito hacer lo que quiero de lo que es mio? ¿acaso será tu ojo malo porque yo soy bueno? Aquí concluyó Jesucristo la parábola con la misma sentencia que habia dado motivo á ella. Los postreros, dijo, serán primeros; y los primeros serán postreros. Sentencia terrible que humillaba demasadamente el carácter orgulloso de los Judios; y que dió motivo á otra mas terrible, no solo para los Judios, sinó tambien para los cristianos; porque muchos son los llamados, dijo el Señor, y pocos los escogidos.

Para conocer los pocos escogidos que tuvo el pueblo de los Judios, desde la vocacion de Abraham hasta el tiempo de Jesucristo, basta leer su historia; y para conocer los que tendrá en nuestros dias el pueblo cristiano; tambien basta ver sus costumbres. Son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esta sentencia terrible, pronunciada por el Hijo de Dios, debiera llenar de sobresalto á todo cristiano, y hacer que trabajase sin cesar con temor y temblor en la obra de su salvacion, como dice San Pablo; mas en el dia, si se exceptúa un número acaso por desgracia mas corto del que se piensa, los demás confiesan á Jesucristo con las palabras, mas no con las obras. Resuena su nombre en su boca, pero no en su corazon, y deben temblar que se hallen comprendidos en el número de aquellos, de los que predijo Jesucristo: no el

que dice á mi Padre, Señor, Señor, entrará en el cielo, sinó el que hiciere la voluntad de mi Padre, ese entrará en el cielo.

Vuelve Jesucristo de Betania á Jerusalén. Habia permanecido Jesucristo, nuestro Bien, como dos meses y medio predicando en Betania, del otro lado del Jordán, á donde se habia retirado cuando salió de Jerusalén. La voluntad de su Eterno Padre, y el orden de su mision le volvian á llamar á quella ingrata ciudad, y el Señor se dirigió á ella con sus Apóstoles, cuando ya solo le quedaban quince dias de vida. Caminaba el Señor con gran denuedo á concluir su carrera delante de sus Apóstoles, que le seguian llenos de miedo, porque habian visto en los últimos viajes á aquella ciudad el furor con que le perseguian allí los Judios. El Señor que veia esta timidez y cobardia de sus Apóstoles, les sacó de entre la multitud que, como siempre, le seguia; y para que ninguno de los terribles sucesos que iban á verificarse en su divina Persona, les sorprendiese ni apartase de su deber, volvió á referirles, aún con mas estension, lo que ya otras veces les habia hecho presente. He aquí, les dijo, que subimos á Jerusalén, y en ella se consumarán todas las cosas que están escritas por los Profetas del Hijo del hombre. Será entregado á los Principes de los Sacerdotes, á los Escribas y Fariseos y á los ancianos del pueblo, que todos á una le condenarán á muerte, y despues le pasarán á manos de los Gentiles para que la ejecuten. Estos le escarnecerán, le escupirán, le azotarán, le crucifi-

carán y le quitarán la vida; pero resucitará al tercer día.

Pretension de Juan y Santiago á los primeros puestos en el reino de Jesucristo. Los Apóstoles estaban firmemente persuadidos de que su divino Maestro habia de ser aquel rico y poderoso Rey de Israel que debia reinar sobre todos los pueblos del mundo, segun le esperaban los Judios: y al oírle hablar de su proxima muerte y resurreccion al tercero dia, se olvidaron, segun parece, de los acerbos trabajos de su pasion y su muerte, y solo pensaron en que era llegado el tiempo de que ocupase su trono; y este, sin duda, fué el motivo de acercarse al Señor la madre de Juan y Santiago, hijos del Cebedeo, adorándole y pidiéndole alguna cosa (para sus hijos). Era esta mujer viuda del Cebedeo y madre de Juan y Santiago. ¿Qué quieres? la preguntó el Señor; y ella respondió: quiero que estos mis dos hijos se sienten en vuestro reino, el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda. El Señor escuchó con paciencia la importuna pretension de la madre, y dirigiendo la respuesta á los hijos, por quienes habia sido movida á hacerla; no sabeis lo que pedis, les dijo, ¿podeis beber el cáliz (de mi pasion) que Yo he de beber, ó ser bautizados con el bautismo (de muerte) con que Yo he de ser bautizado? Podemos, le respondieron (tampoco aqui sabian lo que prometian). Pues bien; les dijo el Señor: bebereis mi cáliz; mas el sentaros á mi derecha, ó mi izquierda, no me pertenece á mi darlo á vosotros, sinó á los que está preparado por mi Padre.

Desde muy al principio habia dado Jesucristo pruebas de preferencia y cariño á los tres discipulos, Pedro, Juan y Santiago. Creyeron los dos hermanos que esta preferencia les seria tambien otorgada en el reino que iba á establecer, y solo temian que se les adelantase Pedro. Por eso le suplicaron por medio de su madre, que le era tambien muy amada, que les concediese los dos primeros asientos en el nuevo reino. Mas como todo esto era humano, y solo hablaba con Jesucristo en cuanto hombre, les respondió que no pertenecia á Él dar aquellos asientos sinó solo á su Padre. Cuando supieron los diez Apóstoles la solicitud de los dos hermanos, se indignaron contra ellos. Mas Jesucristo les aquietó, diciendo: ¿sabeis que los Príncipes de las gentes las dominan, y que los mas poderosos ejercen su poder sobre ellos? No será así entre vosotros, sinó que cualquiera de vosotros que quiera ser el mayor, será vuestro criado, y el que quiera ser el primero, será vuestro siervo. Aprended del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido, sinó á servir hasta dar su vida por la redencion (efectiva) de muchos, y generalmente de todos.

Da Jesucristo vista á un ciego al llegar á Jericó. El Señor, á quien la necesidad de dar instrucciones y explicaciones á sus Apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á caminar con la misma diligencia que antes; mas cuando ya llegaba á la ciudad de Jericó, un ciego, que pedia limosna cerca del camino, preguntaba á la multitud que pasaba siguiendo á Jesucristo, ¿qué

era aquello? Es, le dijeron, que pasa Jesus Nazareno. Entónces el ciego comenzó á clamar: Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mi. Los que iban delante le mandaban que callase; mas él gritaba mucho mas alto, diciendo: Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mi. Aqui se paró Jesucristo, y mandando que trajesen el ciego á su presencia, le preguntó: ¿qué quieres que Yo haga por ti? Haced, Señor, dijo, lleno de ansia y de fervor el pobre ciego; haced que yo vea. Ve, le dijo el Señor, tu fé te ha salvado; y luego vió el ciego y seguia á su divino Médico, magnificando á Dios; y cuando el pueblo vió todo esto, se deshacia en alabanzas al Señor.

Avisan á Jesucristo las hermanas de Lázaro que está enfermo gravemente su hermano. Jesucristo entró en Jericó y pasó alli tres dias, haciendo en la ciudad y sus contornos breves pero preciosas misiones. A este tiempo Lázaro, hermano de Marta y Maria, se hallaba peligrosamente enfermo en Betania, pueblo de su nacimiento y residencia, y menos de una legua distante de Jerusalén. Las hermanas del enfermo enviaron á decir á Jesucristo: Señor, he aquí que aquel á quien amais ha enfermado. Amaba Jesus, advierte el Sagrado Evangelista, á Marta, Maria y Lázaro, y cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, dijo: esta enfermedad no es para muerte, sinó para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. El enfermo murió á pocas horas de haber enviado las hermanas el aviso á Jesucristo. No lo ignoraba el Señor; pero dilató el consolarlas, porque á las

almas que ama, pone en aflicciones para concederlas favores, y sobre todo porque así convenia ahora para obrar uno de sus mayores portentos. Aun permaneció en Jericó y sus cercanias dos dias, y en ellos sucedió lo que vamos á referir con un publicano, llamado Zaqueo.

Santifica Jesucristo la casa del publicano Zaqueo. Era este un Príncipe de los publicanos y rico. Quería ver y contemplar á Jesucristo y no podia, por causa de la multitud que le rodeaba, y porque él era de muy corta estatura. Echó á correr delante de las gentes y se subió en un Sicomoro (higuera silvestre) para verle, porque había de pasar por allí. Cuando llegó Jesus á quel sitio, alzando sus divinos ojos, le miró y le dijo: Zaqueo, baja luego, porque conviene que Yo me hospede hoy en tu casa. Y el Zaqueo bajó apresurado y le recibió, lleno de gozo, en su casa. Al ver esto los Judios, murmuraban altamente de que se hubiese alojado en la casa de un pecador (por tal tenian á todo publicano); mas el Zaqueo, para evitar el escándalo que su nombre de publicano podia causar, se mantuvo de pie manifestando con esto su humilde condicion, y justificó su conducta, diciendo: la mitad de mis bienes doy á los pobres, y si alguna cosa he defraudado á alguno, le vuelvo el cuatro tanto. Entonces le dijo Jesus: hoy ha venido la salud á esta casa, porque este tambien es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que había perecido.

Habiendo santificado Jesucristo con su divina

presencia la casa de Zaqueo, salió de ella con sus discípulos para ir á Betania, y cuando caminaban, les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme, y Yo voy á despertarle. Si duerme, dijeron á una los Apóstoles: si duerme, estará ya sano. Jesucristo hablaba de su muerte, y ellos entendían que hablaba del sueño natural. Entónces Jesucristo les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creais.

Sabe Marta la venida de Jesucristo y corre á su encuentro. Siguió el Señor su camino hasta las cercanías de Betania, y supo que iban ya cuatro dias que Lázaro estaba muerto y sepultado. Habían venido muchos de los Judíos á la casa de Marta y Maria para consolarlas de la muerte de su hermano. Marta fué la primera que supo que venia Jesus, corrió luego á su encuentro, y derramando dos fuentes de lágrimas, Señor, le dijo: si Vos hubierais estado aqui, no habria muerto mi hermano; pero bien sé que todo lo que pidierais á Dios, os lo concederá Dios. Resucitará tu hermano, la dijo el Señor. Bien sé, dijo Marta, que resucitará mi hermano en el último dia, cuando resuciten todos los muertos. Yo soy la resurreccion y la vida, la dijo Jesucristo, y el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees ésto? Si Señor, dijo Marta, yo he creído y creo firmemente que Vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo á salvar á los que creen en Vos.

Maria, avisada por su hermana, corre á postrarse á sus pies. Maria no habia sabido que venia Jesucristo y se estaba en su casa; Marta, ansiosa de dar parte á su hermana de lo que pasaba, volvió á casa apresurada y como de oculto, y llamó en silencio á su hermana. El Señor ha venido, la dijo, y te llama. Al oirla Maria, se levanta fuera de sí, corre al sitio donde su hermana habia dejado al Señor, llega, se arroja á sus pies, y bañándolos con sus lágrimas, ¡ ah Señor, exclamó: si Vos hubierais estado aqui, no habria muerto mi hermano! Los Judios que estaban con ella en casa consolándola, al verla salir repentinamente, la siguieron, diciendo: sin duda va á llorar al sepulcro. Cuando la alcanzaron, estaba ya postrada á los pies de Jesucristo. Su pena y su dolor eran tan expresivos, que los Judios que la habian seguido no pudieron dejar de llorar con ella. Jesucristo, al verla llorando, y que tambien lloraban los Judios, gimió en su espiritu y se turbó á si mismo. ¿Dónde le pusisteis? preguntó: Venid, Señor, y ved, le dijeron; y se encaminaron todos al sepulcro; mas luego que le alcanzó á ver Jesucristo, lloró. Entónces dijeron los Judios: ¡ved cuánto le amaba! Pero no faltaron algunos que dijeron: ¿no podia Éste que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, hacer que no muriese su amigo? Esto en buenos términos era decir una blasfemia y una heregia al mismo tiempo. Parece que querian dar á entender, ó que el Señor no habia dado vista al ciego de nacimiento, y ésto era una blasfemia contra su veracidad, ó que no

habia podido impedir la muerte de Lázaro, y esto era una heregia contra su Omnipotencia.

Resurreccion de Lázaro. Jesucristo, al ver su incredulidad, gimió otra vez en si mismo y se acercó al monumento. Era éste una bóveda que estaba cerrada por una gran piedra. Quitad esa piedra, dijo: y luego que la quitaron, se estendió por todas partes el hedor que arrojaba el cadáver. Ya apesta, dijo Marta, la hermana del difunto. Hace ya cuatro dias que está muerto y sepultado, y ha principiado ya á corromperse y podrirse. Marta, respondió el Señor, ¿por ventura no te he dicho, que si creyeres verás la gloria de Dios? Entónces Jesucristo se pone en oracion, levanta sus divinos ojos al cielo, y exclama: Padre mio, gracias os doy, porque me habeis oido. Bien sabia Yo que siempre me oís, mas lo he dicho para que el pueblo, que me rodea, crea que Vos me habeis enviado (y que Yo soy vuestro Hijo). Ya á este tiempo la Majestad del Señor se traslucía en su divino semblante. El sepulcro estaba abierto y desde su boca se veia el cadáver tendido en el lóbrego nicho é hirviendo en gusanos. Todos los presentes se hallaban ocupados de un porvenir pavoroso y sobrecogidos de un horror secreto. Los discípulos, acostumbrados á los milagros, se prometian presenciar en esta ocasion el mayor que hubiesen visto en su vida; las dos hermanas le esperaban con ánsia, y los amigos no sabian que pensar de semejante espectáculo; pero aqui Jesucristo levanta su voz Omnipotente, y pronuncia estas tres solas palabras: *Lázaro, ven afuera, y*

Lázaro resucita. Estaba atado de pies y manos, cubierto su rostro con un sudario y envuelto en un lienzo todo su cuerpo. Manda el Señor que le desaten y desenvuelvan, y Lázaro se pone de pie y se deja ver lleno de salud y de vida.

Nada nos dice la historia sagrada del gozo del muerto resucitado, ni de los trasportes de alegría de sus hermanas. Estos son unos hechos que en lances muy vehementes no pueden pintarse, y que el historiador se ve precisado á dejarlos á la consideracion de sus lectores. Por lo que mira á los Judios que habian venido de Jerusalem á consolar á las dos hermanas, no dejó de ser para ellos un gran favor haberse hallado presentes á un suceso tan importante. La gracia hizo su impresion; creyeron que Jesucristo era el Mesías anunciado por los Profetas, y aun se persuadieron algunos, que con este prodigio tendrian en su mano un remedio eficaz para vencer la incredulidad de los Escribas y Fariseos. Se presentaron á ellos y les refirieron la resurreccion de Lázaro y cuanto habia hecho Jesucristo en esta ocasion. Esperaron que vencerian su incredulidad; pero les engañó su esperanza. No eran los Escribas y Fariseos gente de volver atrás, y el aviso solo sirvió para aumentar su ódio contra el Señor y hacer que tomasen medidas mas prontas para quitarle la vida.

Profetiza Caifás, Pontífice de aquel año. Instruidos del milagro, y asustados de las consecuencias que podria traerles, juntaron luego un gran Consejo para determinar el modo y medios de

prenderle lo mas pronto posible, y quitarle la vida. ¿Qué hacemos? se preguntaban en el Consejo, ¿qué hacemos? porque este Hombre hace muchos portentos, y si le dejamos continuar, creeran todos en El, y vendran los Romanos y tomarán nuestra tierra y nuestra gente. Entonces uno de ellos, llamado Caifás, como fuese Pontifice de aquel año, les dijo: vosotros nada sabeis, ni pensais que conviene que muera un Hombre por el pueblo, y que no perezca toda la gente. Esto no lo dijo de si mismo, advierte el Sagrado Evangelista, sinó que, siendo Pontifice de aquel año, profetizó: que Jesucristo habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, sinó tambien para juntar en uno los hijos de Dios que estaban esparcidos por todo el mundo.

Poseian el Pontificado, en tiempo de Jesucristo, dos sumos Pontifices, que turnaban por años en el ejercicio. Estos eran Anás y Caifás, que estaba casado con una hija de Anás, y por consiguiente era su yerno. Habia tocado á Caifás en este año el ejercicio del Pontificado, y por eso dice y repite el Sagrado Evangelista, que Caifás era Pontifice de aquel año. Dios se valió en esta ocasion de la lengua de Caifás, como lo habia hecho en otro tiempo de la de Balaán, para anunciar la salvacion del Universo. Conviene, dijo Caifás, que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la gente, y asi era. Convenia que muriese un Dios hombre, en cuanto hombre, no solo por el pueblo de Israel, sinó tambien por el pueblo Gentil que se hallaba disperso. Es decir:

que convenia que muriese por todo el género humano.

Jesucristo se retira á Efren y vuelve á Betania. Desde el dia de este Consejo tan grande, como grandemente inicuo, la muerte del Redentor quedó determinada y mandado á los Judios, que cualquiera que supiese donde moraba Jesus diese parte al Tribunal para prenderle. Entretanto que los hijos de Israel se ocupaban en decretar la muerte de su Mesias y en disponer los medios de ejecutarla, Jesucristo, dejando la casa de los tres hermanos, Lázaro, Marta y Maria, se retiró á la ciudad de Efren en los desiertos de la Judea, como media jornada de Jerusalén. El tiempo era breve, pero no podia adelantarse ni un solo momento al que estaba decretado en los consejos eternos para la consumacion del Sacrificio. Cuatro dias pasó en esta ciudad ocupado en preparar los ánimos de sus discipulos para el trágico suceso que les habia de quitar á su divino Maestro, y manchar á Jerusalén con su sangre.

Jesucristo habia partido de Betania para ir á Efren el lunes, y el viernes salió de Efren para volver á Betania. Llegó á esta aldea al ponerse el Sol, cuando principiaba la fiesta del Sábado, y para no faltar al reposo que pedia la fiesta, hizo alto en aquel pueblo. La siguiente tarde, en la que cesaba la fiesta, entró Jesucristo al anochecer en la casa de Lázaro y sus hermanas. La mansion que el Señor habia hecho, durante el Sábado, tocando casi en la casa del resucitado, fué como un aviso de su venida, y esta noticia trajo á la casa de

Lázaro un gran número de Judios de Jerusalén y de otros puntos. Querian ante todo ver y adorar al Señor; pero tambien querian ver á Lázaro, á quien el Señor habia resucitado. Un hombre vuelto á la vida despues de cuatro dias muerto y sepultado, bien merecia que hubiese un deseo de verle, y mucho mas al Autor de este portentoso. Con dificultad podia imaginarse espectáculo mas admirable que ver juntos á Jesucristo y á Lázaro. El uno tan poderoso que sacaba vivos del sepulcro á los muertos de cuatro dias; y el otro tan dichoso que tenia en su casa y compañía al Señor que acababa de sacarle del sepulcro.

Cena de los tres hermanos para obsequiar á Jesucristo. Aquella familia tan virtuosa y religiosa, como reconocida y agradecida, dispuso una gran cena para obsequiar á su querido Bienhechor, y convidó á ella á los muchos amigos que habian venido á verles de Jerusalén y de otros puntos. En este banquete, el mas precioso que se habia celebrado hasta entónces, presidia el Hijo de Dios humanado, y rodeado de sus Apóstoles, y el resucitado Lázaro con todos sus convidados. Marta, su hermana, servia, segun costumbre; y la estática Maria se presentó en el convite llevando un vaso de alabastro lleno de preciosisimo nardo, del peso de una libra; se prostró á los pies de Jesucristo, los ungió con aquel purísimo unguento y los enjugó con sus cabellos. Entónces no solo la sala de la cena, sino tambien toda la casa se llenó de la fragancia de aquel oloroso unguento.

De ningun modo podia hacer mejor empleo esta piadosa Israelita de los bienes con que la bondad del Señor la habia favorecido, que volviéndolos, en el modo posible, con mano generosa á su generoso Dueño; mas no faltó quien murmurase y reprobase una accion á todas luces grande y apreciable; y lo peor fué, que la censura vino de aquella parte de donde menos debia esperarse. Judas Iscariote, que aun se contaba en el número de los Apóstoles, fué quien se atrevió á reprobear la generosidad de Maria. ¿Por qué, dijo el avariento, no se ha vendido este unguento por trescientos denarios (como seiscientos reales) y se ha dado á los pobres?

Murmuraciones imptas sobre lo que se ofrece para el culto del Señor. Las murmuraciones, como la de Judas, tan frecuentes entre los cristianos de nuestros tiempos, cuando ven la generosidad de algunas almas piadosas y celosas de la magnificencia del culto del Señor, son regularmente mas bien el lenguaje de una irreligion secreta que de una compasion verdadera para con los pobres. No se murmura, ni contra el adorno excesivo de las habitaciones, ni contra el lujo de los vestidos, ni contra esas riquezas que insultan la pobreza y escandalizan al pobre, y se mira como un hurto, hecho á los pobres, cualquiera cosa que se emplea en el adorno de los Templos y los altares. En las salas, en los estrados, en los gabinetes... brillan por todas partes las riquezas sin que se cuente con la miseria de los pobres, y solo entra la compasion cuando se trata del

adorno de la casa del Señor á quien lo debemos todo.

Quien habló realmente en esta ocasion, no fué la compasion de los pobres, sinó la impia avaricia de Judas. Era el portador de la bolsa en que se depositaban las limosnas para el sustento del Colegio Apostólico y los pobres, y las utilizaba en su provecho. Por eso sentia que aquel bálsamo no se hubiese vendido y puesto su importe en la bolsa; y ésta fué la causa de la ágría re-prension del Apóstol avaro á la generosa discipula. Mas aquí Jesucristo, sin acusar al culpado, tomó la defensa de la inocente. Dejádla, dijo, porque buena obra ha hecho conmigo. Siempre tendreis pobres con vosotros, mas á mi, no siempre me tendreis. Esta ha hecho lo que ha podido. Se ha adelantado á ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad ós digo, que donde quierá que fuere predicado este Evangelio, en todo el mundo, será contado tambien lo que ha hecho conmigo esta mujer para gloria de ella.

Proyectan los Príncipes de los Sacerdotes matar á Lázaro. Desesperados estaban los Príncipes de los Sacerdotes al ver que los pueblos, desde la resurreccion de Lázaro, seguian cada vez con mas fervor y en mayor número á Jesucristo, y en su desesperacion trataron de matarle. Decretada como estaba ya por el Consejo la muerte del Señor, les importaba poco añadir el homicidio al deicidio. Convinieron en deshacerse de Lázaro, volviendo á sumergirle en el sepulcro, de donde el Señor le habia sacado, para quitar de la vista

de los hombres este asombroso testigo del poder de Dios. ¡Como si el Señor no pudiese resucitarle despues que ellos le matasen, como lo habia hecho despues que la enfermedad le habia quitado la vida! Ignoramos el motivo que tuvieron para no llevar adelante su cruel proyecto. Acaso conocieron su desatino, pero cualquiera que fuese, lo que sabemos es que Jesucristo, á cuyos divinos ojos nada se ocultaba, en vez de huir un furor que no queria perdonar ni aun á los resucitados, se presentó en Jerusalén, y lo hizo de un modo tan propio para animar á sus Apóstoles, como para desanimar á sus enemigos.

Domingo de Ramos. En la mañana de la feria segunda, que correspondia á nuestro Domingo, cuando ya no faltaban á Jesucristo sino cinco dias que pasar sobre la tierra, salió de Betania, acompañado de sus discipulos, y habiendo llegado á Betfaje, arrabal de Jerusalén, situado al pie del monte llamado de las olivas, llamando á dos de sus discipulos, les dijo: id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis atados una asna y un pollino, sobre el que aun no se ha sentado hombre. Desatadles y traedmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, le direis que el Señor los ha menester, y al instante los dejará. Fueron, pues, los discipulos é hicieron como les habia mandado el Señor, y cuando les desataban, dijeron los dueños, ¿por qué los desatais? Y ellos respondieron: porque el Señor los ha menester, y al momento les dejaron llevarlos. Todo esto se hacia para dar cumplimiento á la Profecia que

dice: no quieras temer, hija de Sion. He ahí que tu Rey viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre un pollino, hijo de la que está bajo de yugo.

Luego pusieron los Apóstoles sus vestidos sobre la asna y el pollino é hicieron sentar á su divino Maestro sucesivamente sobre la asna y el pollino. La asna figuraba la Sinagoga de los Judios, que ya de largo tiempo vivian bajo el yugo penoso de la ley de Moisés; y el pollino representaba el pueblo de los Gentiles, que habia vivido hasta entónces sin yugo. El Señor se sentó sobre los dos para significar, dicen San Gerónimo y San Agustín, que los que habian de componer su pueblo serian tomados de Judios y Gentiles. Apenas principiaron á caminar para subir á Jerusalén, cuando les rodeó una multitud de piadosos Israelitas que acudieron de la capital y de sus contornos y aldeas; y de otra no menor que habia venido en aquellos dias á celebrar la Pascua. Aun concurren muchos Gentiles que, temerosos de Dios, venian en esta gran solemnidad á adorar al Señor en su Templo. De toda esta multitud, unos tendian sus capas en el camino para que sirviesen de alfombras. Otros cortaban ramos de los árboles para adornar con ellos la carrera, y todos generalmente llevaban en sus manos palmas ó ramos verdes de oliva para adornar el triunfo. Los Apóstoles y discipulos que rodeaban al Señor le bendecian con toda su alma por sus grandes maravillas, y las turbas de hombres, mujeres y niños, que le precedian y seguian, sal-

taban de alegría, diciendo: Hosana al hijo de David (salvad, Señor, al hijo de David). Bendito el que viene, Rey de Israel, en el nombre del Señor.

Subida del Señor al Templo y prediccion de la ruina de Jerusalén. Al oír esto los Fariseos, se decian asombrados: ¿no veis que nada adelantamos? He ahí que todo el mundo se va tras de Él; y acercándose algunos de ellos á Jesucristo, le dijeron: Maestro, reprende á tus discipulos para que callen. Si ellos callaren, les dijo el Señor, clamarán por ellos las piedras. Esta solicitud de los Fariseos no pudo impedir que siguiese la marcha triunfal de Jesucristo. Continuaron y se aumentaron las aclamaciones con la multitud que se incorporaba y aumentaba esta procesion divina; y este triunfo habria sido para Jesucristo de mucho consuelo, sinó hubieran venido á llenar de amargura su alma los objetos que se iban presentando á sus ojos. Cuando alcanzó á ver á Jerusalén, á esta ciudad desdichada, que amaba como porcion principal del campo que le habia confiado el Padre de familias, lloró sobre ella, y dijo: ¡Ah! ¡si reconocieses tú, Jerusalén, siquiera en este dia, las cosas que pueden atraerte la paz! Pero están ahora ocultas á tus ojos, porque dias vendrán sobre ti, en que tus enemigos te rodearán (de trincheras) te apretarán por todas partes, echarán por tierra tus muros, perecerán á sus manos tus hijos, te convertirán en ruinas, y no dejarán piedra sobre piedra; porque no has conocido el tiempo de tu visitacion. (No has querido aprovecharte del tiempo de tu salvacion). ¡Predic-

cion lastimosa! ¡ amenaza terrible , que firmada con las lágrimas de un hombre Dios , tuvo el mas entero cumplimiento antes de cuarenta años!

Gimiendo y llorando subia el divino Jesus á la ciudad ingrata que hacia correr sus lágrimas, y nadie sentia menos las desgracias de esta ciudad desdichada que ella misma. Cuando entró el Señor toda se puso en movimiento , no para hacer penitencia como Ninive, sinó para saber quien venia. ¿ Quién es ese? preguntaban los que se hallaban en ella á los que venian acompañando al Señor: ¿quién es ese á quien haceis un acompañamiento tan magestuoso? Este, decian los pueblos que le seguian: Este es Jesus el Profeta de Nazaret (de donde vosotros decis que no puede salir cosa buena). Siguió el Señor sin detenerse hasta el Templo, y se apeó en el átrio exterior, donde podian seguirle Judios y Gentiles. Lo primero que se presentó á sus divinos ojos fué el abuso que se hacia de la casa de oracion, convirtiéndola en casa de negociacion, cuyo abuso habia reprendido ya en el principio de su predicacion, y volvió á reprender ahora con la indignacion que le causaban las profanaciones de la casa de su Padre.

Hace Jesucristo nuevos prodigios en Jerusalén.
El estado de enojo en que pusieron á Jesucristo los profanadores del Templo, no detuvo á los necesitados para que dejasen de acercarse al Señor. Los ciegos, los cojos, y toda clase de enfermos le cercaban, y á todos sanaba. Tambien los niños rodearon al Señor, clamando: Hosana al Hijo de David, (Gloria, honor, bendicion y salud al Hijo

de David). Viendo los Principes de los Sacerdotes y los Escribas las maravillas que obraba, y oyendo el clamor de los niños que le bendecian, se indignaron en gran manera, y le dijeron: ¿no oyes lo que claman éstos? Sí, les dijo Jesucristo, lo he oido. ¿Y no habeis leído nunca vosotros lo que dice el Profeta: *de la boca de los niños, y de los que maman, sacaste tu alabanza?* Nada tuvieron que reponer aqui los enemigos del Señor, que conocieron la exacta aplicacion de la Profecia, y desampararon el campo, llevando consigo sus malas disposiciones; mas luego vinieron á ocuparle varios Griegos Gentiles con las disposiciones mas bellas. Algunos de ellos que habian subido á Jerusalén para adorar al Señor en la festividad, se acercaron al Apóstol Felipe, que era Griego de origen como ellos, y le dijeron: Queremos ver á Jesus. Felipe, al ver el candor de estos verdaderos hijos de Abraham, no solo procuró que viesen al Señor, sinó que asistiesen á la instruccion que este divino Maestro iba á dar en el Templo á los Apóstoles y al pueblo.

Parábola del grano que se siembra. Luego principió su enseñanza por una breve parábola que aclaraba una gran verdad. Ya vino la hora, dijo, en que el Hijo del hombre sea glorificado. Mas es necesario que suceda con Él lo que con el grano de trigo. Cae este en la tierra, y sinó muere permanecerá solo, pero si muere, producirá mucho fruto. Asi sucederá con el Hijo del hombre. Al decir esto, se presentaron con la mayor viveza en su imaginacion todos los tormentos

que le esperaban, y exclamó: mi alma está en gran manera turbada, ¿y qué diré? ¿á quién dirigiré mi palabra? A Vos, ¡oh Padre mio! es á quien me acojo en medio del horror que me ha sobrecogido. Salvadme, Señor, de la terrible hora que se acerca; pero no así ¡Dios mio! porque Yo no he venido para huir los tormentos, sino para ofrecermé á Vos en sacrificio. Aceptadle, Señor, y glorificad vuestro Santísimo nombre.

Estos temores eran en Jesucristo tan reales, como en los demas hombres; solo con la diferencia de ser mas sensibles y angustiosos. Cuando su Majestad no suspendia la accion de la naturaleza (como era dueño de hacerlo), temia tanto mas los tormentos, las afrentas y la muerte, cuanto eran mas esquisitos y delicados los sentimientos de su perfectísima alma, mas viva su imaginacion y mas honda la pintura que hacian en ella.

Una voz del cielo glorifica el nombre del Señor. Luego que Jesucristo acabó de pronunciar estas palabras: *Padre mio, glorificad vuestro Santísimo nombre*, vino una voz del cielo que dijo: ya lo he glorificado y lo glorificaré otra vez: que fué decir: ya he glorificado mi nombre con vuestra Santísima vida, y le glorificaré otra vez con vuestra penosísima muerte. Al oír la voz que venia del cielo; ha tronado, dijeron unos; un Angel del Señor le ha hablado, dijeron otros; pero Jesucristo les dijo: no por mí ha venido esta voz, sino por vosotros, para que conozcais que soy Hijo de Dios. Ahora será el juicio del mundo; ahora el Principe de este mundo será arrojado

fuera (de su trono) cuando Yo fuese levantado de la tierra, todo lo atraeré á mi mismo. Esto lo decia, añade el Evangelista, para significar la muerte de cruz, de que habia de morir. Entónces dijeron los Judios: nosotros hemos oido en la ley, que Cristo permanecerá eternamente, ¿cómo pues, dices Tú, que conviene que el Hijo del hombre sea levantado (crucificado) ¿quién es este Hijo del hombre? Aun hay en vosotros un poco de luz, les dijo el Señor. Andad mientras teneis esta luz, no sea que os sorprendan las tinieblas. Mientras que teneis luz creed en la luz para que seais hijos de la luz, que fué como decirles: que se aprovecharan de la luz en los pocos dias que le quedaban de vida, antes que viniesen las tinieblas de su muerte y ya no pudiesen obrar, y así en efecto sucedió; porque, como observa San Juan Crisóstomo, las espesas tinieblas de que fueron sorprendidos los Judios en la muerte de Jesucristo, produjeron en sus corazones una total extincion de la luz, que les excluyó del número de los hijos de la luz. Esto dijo Jesus estando en el Templo, y con esto se concluyó un triunfo que habia principiado con tanta gloria. Al llegar la noche salió Jesucristo con sus Apóstoles del Templo y fué á pasarla en Betania á la casa de los tres hermanos, sus predilectos.

Parábola de los colonos que matan á los siervos y al hijo del dueño de la viña. Otro dia por la mañana volvió con ellos á Jerusalén, y despues de repetir sus quejas contra los que profanaban el Templo, propuso otra parábola en la

que no podia desconocerse, no solo su muerte, sino su próxima é injustisima muerte. Habia, dijo, un padre de familias que plantó una viña, la cercó de vallado, cabó en ella un lagar, edificó una torre, y arrendándola á unos colonos, se partió á tierras distantes. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió sus siervos para que recogiesen la renta; pero los colonos, echando mano de ellos, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro apedrearon. Volvió á enviar el Padre de familias otros siervos, en mayor número que los primeros, é hicieron con ellos lo mismo. Entónces dijo el Señor de la viña ¿qué haré? Enviaré á mi carisimo hijo. Acaso cuando le vean, le respetarán. Mas los colonos, viendo al hijo, dijeron entre si: éste es el heredero: venid y matémosle y tendremos su herencia. En efecto, los indignos colonos le prendieron, le sacaron de la viña y le mataron. Ahora, pues, cuando viniere el Señor de esta viña ¿qué hará con ellos? Destruirá, dijeron, á los malos malamente, y arrendará su viña á otros colonos que le paguen la renta á su tiempo.

Bien conocieron los Escribas y Fariseos, y los Principes de los Sacerdotes y del pueblo, que la parábola toda entera caía derechamente sobre ellos y sobre sus padres; señalando á sus ascendientes, como perseguidores de los Profetas, y á ellos, como homicidas del heredero del Padre de familias, cuya sangre iban á derramar para echar el sello á las iniquidades de sus padres y atraerse su entera ruina. Desesperados al verse pintados delante del pueblo de un modo tan claro y odio-

so, no respiraban sinó venganza, y se hubieran apoderado del Señor en el momento que concluyó su parábola, si el temor de ser hechos pedazos por un pueblo, que le escucbaba y le amaba, no les hubiera precisado á dilatarlo para mejor óca-sion. Por ahora tuvieron para consuelo de su de-sazon la mortificacion de oír en presencia del mis-mo concurso otra parábola que no les confundió menos que la anterior, aunque no les áprovechó mas para su conversion.

Otra parábola del banquete preparado por un Rey para las bodas de su hijo. Es semejante el reino de los cielos, continuó Jesucristo, á un Rey que preparó bodas para dar esposa á su hijo. Cuando todo estaba dispuesto, envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no quisieron venir. Envió de nuevo otros siervos para que dijesen á los convidados: mi banquete está preparado: mis toros y animales gruesos están muertos: todo está ya dispuesto, venid á las bodas. Mas ellos despreciaron el aviso y se fueron, el uno á su hacienda, el otro á sus negocios, y los demas echaron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los mataron. El Rey, cuando lo oyó, se irritó mucho, y enviando sus ejércitos, destruyó á aquellos homicidas; puso fuego á su ciudad, la redujo á cenizas, y dijo á sus siervos: las bodas están preparadas; pero los que habian sido convidados, no fueron dignos (de asistir á ellas). Id, pues, á las salidas de los caminos y llamad á las bodas á cuantos encontráreis. Y habiendo salido los siervos, juntaron á todos los

que hallaron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. En tal estado, entró el Rey para ver á los que estaban sentados á la mesa, y vió allí uno que no habia ido á adornarse antes con vestido de boda, y le dijo; amigo, ¿cómo has entrado aquí no trayendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entónces el Rey dijo á sus ministros; arrojadle, atado de pies y manos en las tinieblas exteriores, donde no habrá sinó llanto y crugir de dientes. Aquí acabó la parabola enseñándonos que no basta para no ser condenados por el Rey Soberano entrar en la Iglesia, que es la sala de las bodas, sinó que es necesario tener el vestido nupcial, que es la gracia santificante.

Cuanto mas se acercaba el último dia de la vida mortal de Jesucristo, nuestro Bien, tanto mas expresivas eran sus parábolas acerca de la reprobacion de los Judios y conversion de los Gentiles. En la anterior á ésta habia hecho la pintura de las persecuciones y tormentos que habian sufrido los Profetas del Señor, y de la muerte cruel que habian dado al heredero de la viña, esto es, al hijo del Padre de familias, obligándole á que los destruyese y arrendase á otros colonos su viña. Ahora en ésta, acercándose al fin de las cosas, pinta la resistencia de los hijos de Israel á entrar en el festin de las bodas, y la exclusion que por su resistencia se atraieron de este celestial banquete.

Es el vestido nupcial aquella gracia, que llaman santificante, porque nos santifica, nos hace hijos de Dios y herederos del cielo; y así luego

que el Rey vió en la sala un hombre sin este vestido, mandó que le sacasen de ella y le arrojasen á las tinieblas exteriores, es decir, al infierno; que era el lugar que le pertenecía; porque no hay cabida en el cielo si falta la gracia santificante, significada en este vestido. Si yo hablara lenguas de hombres y de Angeles, decia algunos años despues el Apóstol San Pablo en su carta primera á los Corintios, y no tengo caridad (gracia santificante), soy como metal que suena, ó campana que retiembla. Y si poseyera el don de Profecía; y si supiera todos los misterios y cuanto puede saberse, y si tuviera toda la fé de manera que trasladase los montes, sinó tengo caridad (gracia santificante), nada soy; y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregara mi cuerpo, hasta que yo ardiera, si no tengo caridad (gracia santificante), nada me aprovecha. ¡Tan necesaria es la gracia santificante!

Parábola de las Virgenes fátuas y prudentes.
 Mas como no basta tener la gracia santificante, sinó se cuida de conservarla y estar prevenidos con ella para cuando seamos llamados á entrar en el cielo, propuso el Señor aquella parábola de las virgenes que nuestra Madre la Iglesia repite en el Santo Sacrificio de la Misa con tanta frecuencia. Entónces será semejante, dijo, el reino de los cielos á diez virgenes (que habiendo sido convidadas á unas bodas), tomandó sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Las cinco de ellas eran necias y las cinco prudentes. Las cinco

necias, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron aceite consigo; pero las prudentes tomaron, no solamente sus lámparas, sino también sus aceiteras bien proveidas de aceite. Tardando en venir el esposo, todas comenzaron á dormitar, hasta que al fin se durmieron. Cuando á la media noche se oyó un clamor que decía: mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entónces se levantaron todas aquellas vírgenes y fueron á preparar sus lámparas; pero las fátuas dijeron á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan; y respondieron las prudentes, diciendo: id antes á los que lo venden y comprad para vosotras, no sea que no baste lo que tenemos para nosotras y vosotras. Mientras que las fátuas fueron á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Vinieron despues las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; mas el esposo respondió: en verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis, ni el dia, ni la hora (en que ha de venir el esposo).

Aquí concluyó Jesucristo esta parábola, enseñándonos la vigilancia con que debemos vivir para que el Esposo celestial no encuentre nuestras almas desprevenidas del aceite de las buenas obras, y teniendo que ir á comprarla, llegue entretanto el Esposo, y cuando volvamos, se haya cerrado ya la puerta, y se nos diga desde adentro, como á las vírgenes necias: no os conozco. ¡Terrible respuesta para una virgen que, muy ufana con su virginidad, solo contaba con ella

para entrar en el cielo! Santa es la virginidad, pero no basta, si falta el aceite de las buenas obras.

Otra parábola sobre los talentos. Sin interrumpir el Señor su enseñanza, propuso otra parábola sobre los talentos, en el modo siguiente. Queriendo un hombre poderoso ausentarse por algun tiempo lejos de su tierra, llamó á sus siervos y les entregó su dinero. Dió á uno cinco talentos (cada talento valia sobre veinte y seis mil reales); á otro dos, y á otro uno; á cada cual segun su disposicion, dice el Sagrado Evangelista, y luego se marchó. El que habia recibido cinco, negoció con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos. Mas el que habia recibido uno, cabó en la tierra y escondió el dinero de su Señor.

Despues de mucho tiempo, volvió el Señor de aquellos siervos y les llamó á cuentas; y viniendo el que habia recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, me entregasteis cinco talentos: he aqui ademas otros cinco que he ganado. Muy bien, siervo bueno y fiel, le dijo su Señor; porque has sido fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor. Tambien vino el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, me disteis dos talentos: aqui teneis ademas otros dos que he ganado. Muy bien, siervo bueno y fiel, le dijo su Señor; porque has sido fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor. Y llegando tambien el que habia recibido un talento,

dijo: Señor, sé que eres un hombre duro, que siegas donde no sembrastes, y juntas donde no derramaste, y temiendo, escondi en tierra tu talento. Ahí tienes lo que es tuyo. Siervo malo y perezoso, le dijo el Señor indignado; tu sabias, segun dices, que yo siego en donde no siembro, y junto donde no he derramado; pues por lo mismo debiste dar mi dinero á los cambistas, para que, viniendo yo ahora, recibiera con usura lo que verdaderamente era mio. Quitadle el talento que tiene, y dadle al que tiene diez, porque á todo el que tiene, se le dará y abundará, mas á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que parece que tiene. Ahora arrojad á este siervo holgazan en las tinieblas exteriores donde habrá llanto y el rechinar de dientes.

Explicacion de esta parábola. En el siervo que recibió cinco talentos y ganó otros cinco, se representan aquellos obreros de primer orden, como los Apóstoles, que plantaron con su sangre la Iglesia, y fueron el fundamento de este edificio excelso que se elevó hasta los cielos. En el que recibió dos talentos y ganó otros dos, se representan los Ministros del Señor que, fieles á su ministerio, han servido y sirven á la Iglesia, propagando la fé, predicando el reino de Dios; enseñando á los párvulos, instruyendo á los adultos, ofreciendo el sacrificio del altar por todos los fieles vivos y difuntos, rogando al Padre Eterno por el pueblo de su Santísimo Hijo, santificando á todos con los Sacramentos, y trabajando en la Iglesia cada uno, segun su disposicion. En el que

recibió un talento y le enterró, se representan aquellos siervos perezosos que, por su desidia, no trabajan en la viña, á los cuales mandó arrojar el Señor en las tinieblas exteriores. Y no crean estos holgazanes que podrán alegar delante de Dios, como lo hacen delante de los hombres, su incapacidad para predicar y ocuparse en otros ministerios que piden disposicion y estudio; porque en primer lugar, esa incapacidad acaso proviene de su misma desidia; y en segundo, porque hay tantos ministerios en la Iglesia de Dios, que nunca faltan algunos en que puedan emplearse sus ministros, por incapaces que parezcan, y solo la voluntad es la que puede faltar. ¡Mucho debemos temer los Ministros de la Iglesia este pecado de la desidia! Pero no deben temerle menos los fieles, pues tambien comprende á ellos esta terrible parábola. Cada uno de los hombres tenemos, segun la pintura de un Santo Padre, una preciosa viña que cultivar. Esta viña es nuestra alma, y debemos cultivarla con el celo y esmero que pide su preciosidad, empleando bien nuestros talentos, aunque no hayamos recibido mas que uno, como el de la parábola. Y ¡ay de aquel que no corresponda á los talentos recibidos!

Juicio final. Hasta aqui habia usado el Señor de parábolas, ó semejanzas, para significar su venida en el ultimo dia del mundo á juzgar á los hombres; mas desde aqui ya habla de este juicio terrible claramente y sin parábolas. Cuando viniere, dijo, el Hijo del hombre en su majestad, y con Él todos sus Angeles, se sentará sobre

el trono de su grandeza y se congregarán delante de Él todas las gentes. Separará los unos de los otros, como el pastor apaña las ovejas de los cabritos, y pondrá los buenos, representados en las ovejas, á su diestra; y los malos, representados en los cabritos, á su siniestra. Entonces el Hijo del hombre, este Juez Soberano de todos los hombres, dirá á los que estarán á su diestra: venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me recogisteis; estuve desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; encarcelado y vinisteis á verme... Entonces responderán los justos y dirán: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento y os dimos de comer, ó sediento y os dimos de beber? ¿cuándo os vimos huésped y os hospedamos, ó desnudo y os vestimos? ¿ó cuándo os vimos enfermo, ó en la cárcel y os fuimos á visitar? Y respondiendo el Juez Soberano les dirá: os aseguro, que cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeñitos hermanos, conmigo lo hicisteis.

Entonces dirá tambien á los que estarán á su siniestra: Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedásteis; estuve desnudo y no me cubristeis; enfermo y en cárcel y no me visitásteis... Y ellos responderán tambien, diciendo: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, ó se-

diento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en cárcel, y no os servimos? En cuanto no lo hicisteis, les dirá el Juez Soberano; en cuanto no lo hicisteis con uno de estos pequeñitos, ni conmigo lo hicisteis. Y éstos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna. ¡Terrible parábola! ¡Espantosa sentencia!

¡Quién habrá que no tiemble al considerar que los pecados que traen sobre estos réprobos la maldicion eterna, no son, ni robos, ni homicidios, ni adulterios, ni otros grandes delitos que excluyen claramente del reino del cielo, sinó unos pecados que al parecer importan poco! ¡Unos pecados de omision y descuido! No cuidamos de socorrer á los pobres en sus necesidades, ni de visitar los enfermos y encarcelados para consolarlos, segun podamos. Les vemos desnudos, sin creernos obligados á cubrirlos y sin pensar en que es Jesucristo quien se oculta bajo de aquel exterior de sus lastimados miembros. Desatendemos á los pobres, y sin pensar, como debiamos en ello, desatendemos á Jesucristo. ¡No es mucho, pues, que venga el olvido de los pobres, como el olvido de su divina Persona! ¡No es mucho, pues, que diga en aquel juicio tremendo: id al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me disteis de beber, estuve desnudo y no me vestisteis!

Consideracion antes de entrar en la relacion de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Jesucristo habia cumplido sobreabundantemente lo que debia á los hijos de Jacob, predi-

cando tres años el reino de Dios en Judea, Samaria, Galilea y en todas las partes del antiguo dominio del pueblo de Dios; pero, si Jesucristo era por algun tiempo el Pastor solamente de las ovejas descarriadas del pueblo de Israel, era para siempre el Mesias, el Maestro y el Pastor de todos los pueblos y el Salvador de todos los hombres.

Hasta aquí le hemos visto llenar los pueblos y las ciudades de los frutos de sus lecciones, de la edificacion de su vida y virtudes y del resplandor de sus portentos. En una palabra, le hemos visto vivir como un hombre Dios; pero ahora vamos á verle morir como un hombre Dios. Lo que traemos referido desde su entrada en el mundo, y del ejercicio de su ministerio, pasma á la incredulidad; lo que vamos á referir de su passion y su muerte la confunde. Sobre el teatro de sus penas, y sobre el altar de su sacrificio, es donde debemos estudiar y meditar nosotros al Hijo de Dios, y donde deben buscar su conversion los incrédulos. No les presentaremos, para convencerles, sinó un hombre que padece y muere; pero que padece y muere por su amor, pero que padece y muere en medio de un diluvio de tormentos para merecer su salvacion.

Estaba profetizado en todas las Sagradas Escrituras que Jesucristo habia de ser sacrificado, para glorificar á su Eterno Padre, para salvar á los hombres, y para establecer un culto nuevo y uniforme, fundado en la divinidad de su Persona y sobre el mérito de su sangre. Todo se disponia para esto por parte del Eterno Padre, que espe-

raba hacia ya mas de cuatro mil años una hostia digna de su grandeza ; y todo estaba dispuesto de parte de su Santisimo Hijo, que desde el principio del mundo se habia ofrecido victima aceptable en lugar de los sacrificios de corderos y carneros.

Gran Consejo en casa de Caifás. La hora llegaba, y los Principes de la nacion tuvieron un gran Consejo en la casa de Caifás, que ejercia en aquel año las funciones del sumo Sacerdocio. En él se resolvió prender á Jesus Nazareno y hacer que luego muriese. No era esta la primera vez que se habia tomado semejante resolucion ; pero se convino aquí en que no podia perderse ya tiempo, porque era preciso que se verificase antes de la Pascua. El término era corto, pues se tomaba esta determinacion el martes por la tarde, y la muerte debia verificarse antes de mediar la tarde del viernes, en la que principiaba la fiesta de la Pascua. Éste era un dia de santidad para el pueblo de Jerusalén, en el cual no permitirian ni aun al Magistrado Romano, conducir, durante la fiesta, un reo al suplicio. Por otra parte el pueblo amaba mucho á Jesus, y si se dejaba traslucir la intencion de la Sinagoga, era muy temible una sedicion. Para evitar estos peligros, y no dejar de salir con su intento, procuraban con toda diligencia la prision de Jesucristo, y solo deseaban tener al Señor en sus manos para formar el proceso, dar la sentencia de muerte, y hacer que la confirmase Pilato y que se ejecutase, si pudiera ser, todo en un dia, y aun en una hora ; pero

esta hora no llegaba, y no estaba en el ódio de la Sinagoga el poder de adelantarla.

Jesucristo es convidado á cenar en casa de Simon el leproso. Jesucristo, en estos últimos dias, predicaba desde muy temprano en el Templo, y se retiraba por la tarde á descansar, ó mas bien á velar y orar sobre el monte Olivete; y sus Apóstoles pasaban la noche en Betania, que estaba situada á la falda del mismo monte. En este tiempo fué convidado el Señor á cenar, acompañado de sus discipulos, en casa de Simon el leproso, llamado así, ó porque fuese éste el sobrenombre de su familia, ó porque hubiese padecido esta enfermedad de la que regularmente le habria curado Jesucristo; pues era uno de sus mas fervorosos discipulos. En este convite que se daba en Betania, patria de Lázaro, María y Marta, se hallaron estos tres hermanos y se verificó casi en todo lo mismo que habia sucedido en la cena, que pocos dias antes habian dado al Señor estos tres hermanos, y que ya referida queda. María derramó ahora otro vaso de bálsamo esquisito, no ya sobre los pies de Jesucristo como entónces, sino sobre su divina cabeza. Tampoco faltó quien reprobase la generosidad de María en esta cena de Simon, como en la de sus hermanos, ni un divino Maestro que la defendiese, declarando, que unguida ya su divina cabeza, quedaba unguido todo su cuerpo para la sepultura.

Venta de Jesucristo. Judas bramaba contra esta generosidad de la piadosa Israelita, que él llamaba perdicion y derrote. Por lo que habia

visto y oído en el discurso de la cena, había inferido que Jesucristo iba luego á morir, y derramado el bálsamo, ninguna herencia le quedaba para aumentar su bolsa y apagar la sed de su codicia; porque su divino Maestro iba á morir en la mayor pobreza. Nada, pues, veía ya Judas en Jesucristo que pudiese apagarla, y arrojándose entonces al mas horrendo de cuantos crímenes podia inspirarle el infierno, determinó vender á Jesucristo para sacar dinero de su venta. Era necesario para cometer este delito que Satanás le inspiraba, que el mismo Satanás le ayudase tambien á consumarle, y así nos dice el Sagrado Evangelistas: que entró Satanás en Judas Iscariote. Poseído ya Judas de este espíritu infernal, fué á Jerusalén á tratar con los Principes de los Sacerdotes y con los Magistrados de la venta de su divino Maestro. A favor de la obscuridad de la noche salió de Betania sin ser advertido, y llegó á Jerusalén sin que nadie le conociese. Cuando entró en la ciudad debió estar ya la noche muy adelantada, porque Judas había asistido á la cena en Betania y hecho el viaje á Jerusalén; pero los enemigos del Señor estaban tan ocupados de su muerte que aún los halló reunidos en Consejo. ¡Qué admirados no quedarían cuando viesen presentarse en la sala de la Audiencia un discípulo de Jesús! (Y cuál sería su sorpresa al oírle decir: que venía á tratar de la venta de su Maestro! Mas luego pasó el transporte de su admiración á un transporte de gozo, y solo deseaban que hablase y oírle. ¿Qué me quereis dar, les dijo, y yo os le entregaré? Y al

momento le ofrecieron treinta monedas, ó siclos de plata, que según unos, valían treinta reales de plata (sesenta reales); según otros, doscientos treinta y seis reales y medio; y mas ó menos según la opinion de otros: cantidad tanto mas despreciable, cuanto que con ella se compraba un esclavo, á quien comparaban con este precio al Hijo de Dios. Judas convino en él y se volvió á Betania poseido siempre del demonio, pero tan sereno en lo exterior, como si nada tuviera de que reprenderse. Ya no pensaba sinó en consumir su traicion, y solo esperaba la ocasion en que Jesucristo, apartado del pueblo, que le miraba como á enviado de Dios, no estuviese á su lado. Desde la mañana siguiente, que era la del jueves, volvió á juntarse con Jesucristo, que no podía ignorar ni uno solo de sus pasos. Los Apóstoles, como habian pasado cada uno la noche en la casa de su hospedaje, no advirtieron su ausencia. Judas, por su parte, en nada se manifestó turbado, ni inmutado. Estuvo todo el dia con Jesucristo entre los otros Apóstoles, sin que el Señor, que miraba á su lado este traidor, manifestase la menor sospecha de su detestable traicion, ni el traidor se hallase embarazado en la presencia de su divino Maestro; cuya terrible justicia debia hacerle temblar en todos los momentos. Pero cuando los delitos se cometen con semejante descaro ¿qué entrada puede quedar á la gracia para el arrepentimiento?

Preparacion para celebrar la Pascua. La fiesta de la Pascua empezaba en Jerusalén para

los Galileos á las tres de la tarde del Jueves, un dia antes que para los Judios, para los cuales principiaba á las tres de la tarde del viernes. Jesucristo que, por el origen de su familia y por el lugar de su nacimiento, pertenecia á la tribu de Judá, era tenido por Galileo, á causa de su morada de muchos años en Nazaret y su domicilio en Cafarnaum, y podia elegir el dia destinado para celebrar la Pascua con los Galileos, ó el siguiente, en que la celebraban los Judios; pero el Señor que sabia que en el dia mismo en que los Judios habian de comer el cordero pascual, debia morir sobre la Cruz, sustituyendo como Cordero de Dios al cordero de Moisés, eligió el dia de los Galileos. Los Apóstoles, que todos eran originarios ó habitadores de la Galilea, no contaban con menos de su querido Maestro, á quien tenian en lugar de un padre de familia, y en esta persuasion, se acercaron á Jesucristo, no el viernes en que celebraban la pascua los Judios, sinó el jueves en que la celebraban los Galileos, y le preguntaron: ¿donde quereis que comamos la Pascua? Y envió Jesucristo dos de sus discipulos, Pedro y Juan, diciéndoles: id á la ciudad y encontrareis un hombre que llevará un cántaro de agua, seguidle, y donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: esto dice el Maestro: ¿dónde he de tomar mi alimento? ¿dónde comeré la Pascua con mis discipulos? Mi tiempo está cerca. En tu casa voy á celebrar la Pascua con mis discipulos: entonces os mostrará un Cenáculo grande y adornado. Preparad allí para celebrar nosotros la Pascua.

Solamente un hombre Dios, que sabia las cosas futuras, como las pasadas y presentes, podia dar órdenes semejantes. Los dos Apóstoles, que conocian al Señor, á quien obedecian, salieron sin hablar palabra á cumplir su encargo, y entrando en Jerusalén, encontraron las cosas como el Señor les habia dicho. Teniendo ya Cenáculo para celebrar la Pascua, fueron al Templo á prepararla, pues todo entraba en su encargo. Hicieron sacrificar las victimas ordinarias. Compraron las lechugas agrestes. Se proveyeron de panes ácimos y de vino. Trajeron el cordero Pascual y le hicieron asar; y en fin, todo lo tenian ya dispuesto cuando Jesucristo entró en la ciudad con sus Apóstoles.

Su celebracion. Seria esto á las siete de la tarde, puesto que una hora despues de puesto el Sol la que señalaba la ley para dar principio á esta ceremonia, y se hallaban entónces en Marzo. Se puso Jesus á la mesa y con Él sus Apóstoles, segun el orden con que acostumbraban colocarse. Estaban todos sentados, porque el rito de comer el cordero pascual en pie, con báculos en las manos, ceñidos de sus cingulos y en traje de caminantes, parece que solo debió practicarse en la primera Pascua, celebrada en Egipto, cuando los Israelitas estaban á punto de marchar á la conquista de la tierra prometida.

Estos antecedentes nada anunciaban que no fuese de costumbre; pero era la última Pascua que habia de celebrar el hombre Dios, y la habian de acompañar y seguir prodigiosos sucesos.

Cuando estaban ya comiendo y conversando con aquella afabilidad que el amoroso Maestro concedia à sus discipulos, echando sobre ellos una mirada llena de bondad; con deseo, les dijo, he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca, porque os aseguro que no comeré mas de ella, hasta que la coma en el reino de Dios. Diciendo estas palabras, llenó un càliz de vino (era del que repartia à los convidados el que presidia la mesa y no estaba consagrado). Dió gracias à su Eterno Padre y le presentó à sus discipulos, diciendo: tomad este càliz y bebedle entre vosotros, porque tambien os aseguro que no beberé mas del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. Que fué decirles: mi muerte llega: ya no comeré ni beberé mas con vosotros en esta vida mortal, pero vendrà sobre mi el reino de Dios, resucitaré glorioso, y entónces aún volveré à comer y beber con vosotros. Esta Profecia de tanto consuelo para los discipulos en un tiempo en que todo les anunciaba temores y muerte, se cumplió con tanta gloria para Jesucristo, como gozo para sus discipulos. El Señor, en efecto, despues de resucitado, comió y bebió con sus Apóstoles, y San Pedro tuvo buen cuidado de recordarlo diciendo: nosotros que comimos y bebimos con él (Señor) despues que resucitó de entre los muertos.

Anuncia Jesucristo que uno de sus Apóstoles le ha de entregar, y todos se turban. Seguia la cena y la conversacion con la misma afabilidad, euando inesperadamente oyeron decir à Jesucristo:

os aseguro que uno de vosotros, que come conmigo, me ha de entregar. Al oirlo, todos se llenaron de consternacion, y comenzaron á preguntar cada uno ¿Señor, soy yo? Él que mete conmigo la mano en el plato, dijo Jesucristo, ese es el que me ha de entregar; y el Hijo del hombre va (á la muerte) segun està definido y escrito; pero ¡ay de aquel hombre por quien sera entregado el Hijo del hombre! ¡Bueno le fuera á aquel hombre si nunca hubiera nacido! Aqui se aumentaron los temores de los Apóstoles y preguntaban, no ya á Jesucristo, sinó unos á otros, quién sería de ellos el que cometiese semejante maldad. Judas se mantuvo en medio de estos temores con aquella compostura que en nada desdecia de la de los otros, y con el delito en su corazon, tuvo la osadia de acercarse á Jesucristo y preguntarle: ¿acaso soy yo? Maestro. Sin duda habia perdido la idea de que Jesucristo lo tenia todo presente, y quiso saber si ignoraria su delito; pero recibió esta terrible contestacion: tú lo has dicho. Parece que esta pregunta del Apóstol traidor, y la respuesta del divino Maestro, pasaron en secreto. Lo cierto es que aún siguió ignorado en el Colegio Apostólico quien era el traidor.

Piensa el Señor en instituir el Santísimo Sacramento. Estaba ya para acabarse la cena, cuando el Señor manifestó entregarse por algunos momentos á meditaciones profundas, y á la verdad, su Majestad meditaba, segun vamos á ver, la mas divina accion, si asi puede decirse, de toda

su vida. Iba ya á separarse de la Iglesia, su Esposa, y no queria dejarla. A fin de unir extremos tan distantes, piensa en instituir el Santisimo Sacramento de su Cuerpo y su Sangre para dejarla en él su adorable presencia, su perpetuo sacrificio y el alimento continuo de sus hijos. ¡Pensamiento propio de un Padre amoroso y de un Esposo querido! ¡Pero pensamiento que solo podia formar un hombre Dios, y que no podia ejecutarse sinó por un hombre Dios! Estando ya en la noche del jueves, en que celebraban su Pascua los Galileos, y acercándose la del viernes, en que la habian de celebrar los Judios, como el diablo hubiese puesto ya en el corazon de Judas Iscariote que le entregase; sabiendo Jesus que llegaba su hora de pasar de este mundo á su Padre, como hubiese amado siempre á los suyos que estaban en el mundo, les amó sobre todo en el fin.

Lava Jesucristo los pies á sus Apóstoles. Cuando menos lo esperaban los Apóstoles, se levanta el Señor de la mesa, deja sus vestiduras (su manto) y habiendo tomado una tohalla, se ciñe con ella. Echa despues agua en una bacía, y se dispone á lavar los pies de sus discipulos y á limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Desde luego se dirigió el Señor á Pedro, como cabeza del Colegio Apostólico, pero sobrecogido de temor el Apóstol: ¡Qué, Señor, exclamó! ¡Quereis Vos lavarme á mi los pies! Lo que Yo hago, respondió Jesus, tú no lo sabes ahora, ya lo sabrás despues. No, Señor, replicó Pedro; yo jamás permitiré que me laveis Vos los pies. Pues si no te la-

váre, le dijo Jesucristo, no tendrás parte conmigo. Entonces, dijo Simon Pedro asustado: entonces lavadme, Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza; pero le dijo el Señor: el que está lavado, no necesita sino que le laven los pies (por el polvo) pues está todo limpio, y vosotros estais limpios, aunque no todos. Era esta excepcion muy terrible para Judas, y hubiera sido muy saludable para un alma menos obstinada que la suya; pero este aviso fué inútil para el pérfido. Su sueño era tan profundo, que ni éste, ni otros muchos golpes que recibió sucesivamente, pudieron sacarle de su letargo. Miró con frescura á Jesucristo arrodillado á sus pies, y permitió que se los lavase sin dar la menor señal de arrepentimiento.

Da Jesucristo á sus Apóstoles lecciones de la mas profunda humildad. Acabado el lavatorio, deja el Señor la tohalla, toma sus vestiduras, y volviendo á sentarse, bien veis, les dijo, lo que he hecho con vosotros. Vosotros me llamais Señor y Maestro, y decis bien, porque lo soy; pues si Yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debeis lavaros los pies los unos á los otros; porque ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho con vosotros, asi también lo hagais vosotros. En verdad, en verdad os digo: el siervo no es mayor que su Señor, ni el enviado mayor que el que le envia. Si entendiéreis bien ésto y lo hiciéreis, sereis bienaventurados. No lo digo por vosotros: Yo sé los que he elegido, sino para que se cumpla la escritura,

que dice: el que come pan conmigo, levantará contra mí su talon. Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando sucediere creais que Yo soy (el Mesias, el Hijo de Dios que anuncio lo que está sin venir). En verdad, en verdad os digo: el que recibe al que Yo enviare, á mi me recibe; y el que á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado. Estas divinas lecciones de la mas profunda humildad, y sobre todo el ejemplo inaudito que acababa de dar lavando los pies á los discipulos, disponian á éstos admirablemente para el divino banquete con que, despues de la cena legal, les iba á regalar.

Se queja Jesucristo por tercera vez del traidor, y Pedro desea descubrirle. Trataba de instituir el adorable Sacramento de su inmenso amor, y regalarles con él. Su alma bendita deseaba con ánsia esta institucion; pero el Señor, que todo lo tenia presente, horrorizado al considerar que iba á entregar su Santisimo Cuerpo y su preciosísima Sangre á un traidor, se detiene y exclama: en verdad os digo, Apóstoles míos, que uno de vosotros me ha de entregar. Era la tercera vez que oian quejarse de ésto á su divino Maestro, y la viveza y celo de Pedro, no podia ya sufrir que continuase viviendo tranquilo en el Colegio Apostólico un hombre tan perverso. Deseaba conocerle para arrojarle de su compañía, si otra cosa no se le permitiese. Se hallaba Pedro sentado á la derecha de Jesucristo, y Juan á la izquierda, y Pedro, á quien como cabeza de la Iglesia, parecia ser permitido mas, que á otro alguno, preguntar

á su divino Maestro, quién era el traidor, no se atrevió al ver el silencio que siempre guardaba el Señor acerca de descubrirle; mas lo que parecía deberse á la superioridad, lo encomendó al amor. Era Juan el discípulo amado, y Pedro juzgó que nadie seria oido, en esta ocasion, mejor que el amor. Insinuó á Juan su deseo, y Juan se determinó á hacer la pregunta á su divino Maestro. La ocasion no podia ser mas oportuna. Se hallaba Juan entónces reclinado sobre el costado del Señor, y solo necesitó abrir sus labios para hacer la peticion. La hizo en efecto, y fué concedida. Aquel, le dijo el Señor, á quien yo alargare un poco de pan mojado, ese es; y habiendo mojado el pan le dió á Judas Iscariote.

Institucion del Santísimo Sacramento del altar. Concluida la cena ordinaria y la del cordero pascual, ya solo esperaban los Apóstoles que se levantase de la mesa su divino Maestro para seguirle á donde quiera que se dirigiese; pero aún faltaba lo principal de esta cena eternamente memorable. Continuando el Señor sentado á la mesa, toma un pan ácimo, ó sin levadura, como se comia en semejantes dias, y teniéndolo en sus divinas manos, da gracias á su Eterno Padre, lo bendice, lo parte y lo da á sus discípulos, diciendo: tomad y comed: este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Haced ésto en memoria de mi. Y tomando un cáliz, dió gracias y se le dió, diciendo: bebed todos de él, porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por vosotros y por muchos en remision de los

pecados. Cuantas veces hiciéreis ésto, hacedlo en memoria de mi.

Así concluyó Jesucristo la institucion del Santísimo Sacramento del Altar. Consagró su Cuerpo y su Sangre, haciendo que en virtud de sus divinas palabras, lo que antes era pan, se convirtiese en su Santísimo Cuerpo, y lo que antes era vino, en su preciosísima Sangre, sin que del pan y del vino quedase otra cosa que los accidentes; y dió poder á sus Apóstoles para que consagrasen su Santísimo Cuerpo y su preciosísima Sangre, mandándoles: que cuantas veces hiciesen ésto (cuantas veces consagrasen), lo hiciesen en su memoria. Así Jesucristo, no solo instituyó el Santísimo Sacramento, sinó que dió á sus Apóstoles facultad para usarle cuantas veces quisiesen, para consagrar su preciosísimo Cuerpo y Sangre: para alimentar con este Soberano Sacramento á los fieles, y para ordenar Sacerdotes que le consagrasen y administrasen. Así que en esta preciosísima noche fué instituido, consagrado y administrado por primera vez el Santísimo Sacramento del Altar, para ser el alimento celestial de los hombres hasta el fin de los siglos; porque de fé es que entónces se acabará el mundo, cuando falte esta Hostia inmaculada y cese este Sacrificio divino.

Se dirige Jesucristo con sus Apóstoles al huerto de las Olivas. Jesucristo, acabada esta cena divina, rezó con sus discipulos el himno de accion de grácias, con que los verdaderos Israelitas acostumbraban dar fin á sus cenas, y muy particularmente á la de la Pascua. No eran ya sinó once

los discípulos, porque Judás Iscariote se aprovechó de la obscuridad de la noche para ir á consumar su traicion. Concluido este acto de accion de gracias, salió el Señor de la Sala de la cena, y de la ciudad de Jerusalén, y se dirigió con ellos al monte de las Olivas. Este hermoso y fértil monte dominaba gran parte de Jerusalén, y estaba separado de ella por el famoso valle de Josafat, ó torrente de Cedron. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos, y se podia hacer este pequeño viaje en los dias de Sábado y fiestas solemnes sin contravenir á la ley. Al pie del monte estaban las aldeas de Betfaje y Betania, y en su ladera la de Getsemani, desde donde se descubria el monte y la ciudad. En esta última aldea se hallaba el huerto que Jesus habia escogido para depositario de su intima comunicacion con su Eterno Padre, y el que habia de ser en esta temerosa noche el campo de batalla, donde el infierno presentase su combate contra el Hijo de Dios.

Les habla en el camino de su desercion. Los Apóstoles no esperaban que este huerto habia de ser el testigo de su flaqueza, despues de haberlo sido tantas veces de su fervor, ni que en este huerto abandonarían cobardemente al que con tanta resolucion habian prometido entregar su vida antes que desampararle. Sin embargo, ellos debian vivir muy sobre si, porque Jesucristo les habia prevenido mas de una vez contra este abandono. En el camino desde Jerusalén hasta el huerto, apenas les habló de otra cosa que de su desercion. Todos vosotros, les decia, padecereis es-

cándalo en mí en esta noche ; porque escrito está: heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas. Era sin duda lastimoso el estado en que iba á quedar el rebaño Apostólico sin Pastor, sin Maestro, sin Guia, sin defensa... un rebaño derramado por todas partes... pero Yo, añadió Jesucristo á este anuncio de tanto desconsuelo, Yo, despues que resucité, izé antes que vosotros á Galilea. Así templaba el Señor las penas con las esperanzas. Sin embargo, Pedro, apenas de nada hacia caso, y todo lo que era hablar de que habia de morir su querido Maestro, le era intolerable. Jesucristo, al verle tan resuelto, quiso prevenirle contra su flaqueza, y le dijo: Simon, Simon: He ahí que Satanás ha deseado con ánsia zarandearos como el trigo, mas Yo rogaré por tí para que no falte tu fé; y tú, convertido hácia tus hermanos, confirmalos en ella. Mas Pedro, sin parar apenas su atencion en ésto, continuó diciendo: Señor, aunque todos se escandalicen en Vos, Yo jamás me escandalizaré. Era sin duda muy apreciable la firmeza de Pedro; pero un aprecio excesivo de su valor, hacia que perdiese de vista su flaqueza, y esto era un mal. En verdad te digo, le confesó Jesucristo: que tú hoy, en esta misma noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres; mas el enardecido Apóstol en nada se detenía, y continuaba, diciendo: Señor, yo estoy preparado y dispuesto á ir con Vos á la cárcel y á la muerte; y si conviniere morir juntamente con Vos, yo moriré, pero jamás os negaré. Lo mismo dijeron los demas Apóstoles.

Les manda que compren espadas. Jesucristo seguía recibiendo estas protestas de sus discípulos, y caminando hácia el torrente Cedron, que era necesario pasar para entrar en el huerto de Getsemani. ¡Paso memorable, representado en el que llorando habia hecho David por el mismo torrente hácia ya diez y ocho siglos, como lo dejamos escrito en la historia de este ilustre Ascendiente del Hijo de Dios hecho hombre! ¡Paso lastimoso que en esta misma noche haria maniatado el Hijo de Dios, cuando volviese del huerto á Jerusalén.

Luego que Jesucristo hubo pasado el torrente con sus discípulos, y antes de entrar en el huerto, se volvió á ellos y les hizo una pregunta que debió sorprenderles. Cuando os envié á predicar, les dijo, sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó acaso alguna cosa? Nada, Señor, le dijeron. Pues ahora el que tiene bolsa y alforja, véndalas, y el que no las tiene, venda su túnica y compre espada, porque es necesario que se vea cumplido en mí, lo que está escrito de mí: *Y fué contado con los inicuos.* Señor, dijeron los discípulos: aquí hay dos espadas. Basta (para el cumplimiento de la Profecía) dijo el Señor.

Oracion del huerto. Habiendo al fin entrado en el huerto, les dijo: orad, para que no caigais en tentacion; y quedaos aquí hasta que Yo vaya allí y ore. Y tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos en el huerto, y se puso en oracion. Luego principió á entristecerse y atemorizarse. Mi alma, les dice, está

sumergida en una tristeza de muerte. Estaos aqui y velad conmigo. Se aparta de ellos, como un tiro de piedra, vuelve á ponerse en oracion, postrado en tierra y pegado su rostro con ella, y en esta lastimosa postura, Padre mio, dice: todas las cosas os son posibles, haced que pase de mí este cáliz; mas no se haga como Yo quiero, sinó como Vos querais. Acabada esta congojosa oracion, vino á sus discípulos, y halládoles dormidos, dijo á Pedro: ¿asi no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espiritu, en verdad, está pronto, pero la carne está enferma. Volvió á retirarse el Señor y á orar segunda vez, diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que Yo le beba, hágase vuestra voluntad; y volviendo otra vez á sus discípulos, les halló durmiendo, porque estaban sus ojos cargados por la tristeza. Ninguna reprension les hizo el Señor esta vez, y solo se limitó á despertarlos y volverse á orar tercera vez, haciendo la misma súplica.

Un Angel se presenta al Señor para confortarle. Entonces se le presentó un Angel del cielo para confortarle; pero el Señor, postrado en tierra, pegado su divino rostro con el suelo y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia, y fué hecho su sudor como gotas de sangre que corria sobre la tierra. Por un efecto inaudito y jamás visto, desde que Dios habia criado el mundo, el cuerpo de Jesucristo, comenzó á sudar sangre por todos sus poros, y á correr ésta en abundancia por todo su cuerpo. Rebatida del corazon

á donde el temor la habia juntado, sale de él con rapidez por mil caminos, y todo lo baña y encharca. En tan angustioso estado el Angel del Señor le conforta, no con la esperanza de ser dispensado de la muerte, que tanto temia, sinó con la conformidad que pedia á su Eterno Padre.

Prision del Señor. El Hijo se conforma enteramente con esta voluntad adorable, y se apresta resignado á la muerte. El Angel se retira; la sangre cesa y vuelve á su curso ordinario, y Jesus, levantándose de su oracion, viene por última vez á sus discipulos, que estaban ya todos reunidos, y les dice: levantaos y orad, para que no entreis en tentacion. Vamos. Se acercó la hora en que el Hijo del hombre será entregado en las manos de los pecadores. Ya llega el que me ha de entregar. Aun estaba hablando Jesucristo, y he aquí que Judas Iscariote viene á entregarle. Sabia el traidor cuál era el sitio en que le habia de hallar, porque venian alli con frecuencia Jesucristo y sus Apóstoles, y se dirigió á Él con una multitud de gentes armadas de espadas y varas y con linternas ó hachas encendidas; y una cohorte ó batallon de quinientos á seiscientos soldados. Toda esta gente era enviada por los Principes de los Sacerdotes, por los Magistrados del Templo y por los Ancianos del pueblo. Tambien venian mezclados con ella varios de los mismos Principes, Magistrados y Ancianos que la enviaban.

El asunto era prender á Jesus, Hijo de Dios. Judas debia saber que nada de esto era necesario para prender á un hombre que no queria huir ni

defenderse, y que todo este aparato y prevencion eran inútiles, si este hombre no queria entregarse. Él le habia visto librarse de las manos de sus enemigos, cuando parecia no quedarle el menor arbitrio, y desaparecer de su vista en el mismo momento en que se armaban de piedras para quitarle la vida. Le habia visto pasar entre ellos como si fuera entre sus amigos, sin que hubiese quien se atreviese á detenerle ni á tocarle. En una palabra, le habia oido, y habia visto, que no era prendido, porque no queria serlo, hasta que llegase la hora señalada por su Eterno Padre. Todo esto debia escusar á Judas estas prevenciones de gentes armadas; pero era preciso que, en el tiempo de sus padecimientos, se repitiese el cumplimiento de esta afrentosa Profecia, *Y fué contado con los inicuos.*

Beso de Judas. Sabiendo el Señor todas las cosas que habian de venir sobre Él, salió con sus discipulos al encuentro de sus enemigos. Judas por su parte se adelantaba con sus tropas, previniéndoles que aquel á quien él diese un beso, ese era Jesus Nazarezo: que le prendiesen y llevasen con toda cautela. Luego se llegó el malvado á Jesucristo y estampó en su divino rostro sus inmundos lábios, dándole el beso de Judas, y diciendo: Dios os guarde, Maestro. Amigo, le dijo Jesucristo, ¿á qué has venido? ¡Con un beso entregas al Hijo del hombre! Cualquiera pecador ordinario se habria conmovido con una reprension tan dulce y amorosa. Era necesario un Judas para no arrepentirse, y Judas cumplió con su carácter.

Caen de espaldas los que vienen á prender al Señor. Seguido el divino Maestro de sus once discipulos, se encaminó hácia sus enemigos, con los cuales se habia incorporado ya el traidor, y les preguntó: ¿á quién buskais? A Jesus Nazareno, le dijeron. Pues *Yo soy*, les dijo el Señor. Mas luego que el Señor les dijo: *Yo soy*; amos y criados, soldados y gefes, y Judas, capitan de la traicion, todos retrocedieron y cayeron en tierra de espaldas, unos sobre otros. Despues de un golpe de esta naturaleza, no debieran levantarse todos estos infelices, sinó para implorar á los pies de Jesucristo el perdon de su temeraria intencion; pero en la ejecucion de los grandes delitos hay un tiempo en el que los pecadores no reflexionan y corren ciegos al precipicio. Esto sucedió á los que venian á prender á Jesucristo. Se levantan, se miran unos á otros, y sin pensar mas en tan terrible suceso, se empeñan en la continuacion de su empresa. Viendo el Señor su temerario empeño, ¿á quién buskais? volvió á preguntarles, como para darles tiempo á que lo reflexionasen bien; pero ellos, sin detenerse respondieron como antes, á Jesus Nazareno. Pues ya os he dicho que *Yo soy*, les respondió el Señor; y puesto que á mi es á quien buskais, dejad á estos (mis discipulos) que se vayan libres.

Corta Pedro á Malco una oreja, y el Señor la sana. Viendo los discipulos que trataban de prender á su divino Maestro: le preguntaron, ¿qué hacemos? ¿herimos con espada? Y luego Simon Pedro, que tenia una, llevado del mas

profundo dolor al ver que quieren prender á su divino Maestro, la saca, y sin esperar la contestacion del Señor, corta con ella la oreja derecha de un criado del Pontífice, llamado Malco. Permitió el Señor este principio de combate para que se verificase por tercera vez el cumplimiento de la repetida Profecía; *Y fué contado con los inicuos.* Pero no era su designio que padeciesen sus enemigos por el celo indiscreto de su Apóstol. Hizo traer á su presencia al herido, tomó su oreja la aplicó á su lugar, y quedó unida, y Malco sano. Apenas se comprende, y semejante admiracion se ofrece á cada paso de la dolorosísima pasion del Señor: apenas se comprende repito, como Malco, curado repentinamente, y los demás que fueron testigos de este prodigio, no desistieron á su vista de su malvado intento; pero su desdicha estuvo en ser conducidos por un Apóstol traidor, y animados por Fariseos soberbios. No se contentó el divino Maestro con curar la herida que, sin su licencia, habia hecho Pedro al criado del Pontífice, quiso tambien instruir á la cabeza del Apostolado, y en ella á los demas Apóstoles.

Manda á Pedro que vuelva la espada á su vaina, porque el que á hierro mata, á hierro morirá. Pedro, le dijo el Señor: vuelve la espada á su vaina; porque todo el que matáre á espada (sin autoridad), á espada morirá. ¿Piensas acaso que no puedo Yo rogar á mi Padre y me enviará mas de doce legiones de Angeles (mas de setenta y dos mil Angeles) que me defiendan?

¡Terrible poderío! Si en una noche mató un solô Angel ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército de Senaquerib, ¿qué harían mas de setenta y dos mil Angeles? Pero entónces, añadió el Señor: ¡cómo se cumplirán las Escrituras que dicen: que conviene que asi se haga! Esto es, que Yo padezca! ¡Qué! el cáliz que me presentó mi Padre, no le beberé! Dejad, dijo á sus Apóstoles, dejad que se acerque esa gente. A estas palabras se acercó á Jesucristo el Tribuno con su cohorte, los Principes, los Majistrados, los Ancianos y las demas gentes, y les dijo el Señor: ¡con espadas y varas habeis salido á prenderme, como si fuera un ladron; y estando Yo todos los dias con vosotros en el Templo no me detuvisteis! Todos los dias me sentaba con vosotros, enseñando en el Templo, y no me prendisteis, mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Huyen los Apóstoles y prenden á Jesus sus enemigos. Al oír los Apóstoles estas palabras de su divino Maestro, conocieron que iba á dejarse prender, y todos huyeron. Entónces ¡qué horror! La tropa y los ministros de los Judíos prendieron á Jesus, Hijo de Dios, y le ataron. Las entrañas se estremecen al contemplar preso y atado al Hijo del Eterno Padre; pero era preciso que esta víctima, sacrificada desde el principio del mundo á la gloria de Dios y á la salud de los hombres, caminase al altar, y fuese ofrecida sobre él. No eran, no, los lazos de los enemigos de Jesucristo los que ataban al Señor. Con mayor facilidad los habria rompido, que Sanson los de los Filisteos.

Eran los lazos de la obediencia á su Eterno Padre, y los lazos del amor á los hombres los que le aprisionaban.

Cuando las tropas y la turba salian del huerto y caminaban á Jerusalén, con Jesus preso, un jóven, que regularmente seria alguno de sus muchos discipulos, le seguia cubierto con una sabana sobre la túnica (de la que nunca se desnudaban los Judios) y los que llevaban preso al Señor prendieron tambien á este jóven; pero él, dejando la sábana entre sus manos, huyó desnudo, esto es, solo con la túnica. De este modo Jesucristo quedó enteramente solo, sin que hubiese alguno de los suyos que le siguiese de cerca, y cuya vista pudiese consolarle.

Jesus, puesto en este total desamparo, y arrastrado por los impios, será siempre el objeto de la compasion de todos los cristianos y aun de todos los hombres; y entre las ignominias de su pasion, parecerá mas Dios, si así puede decirse, que cuando resucitaba los muertos. Desde este momento de su ignominiosa prision, no dirá ya Jesus una palabra, ni dará un paso, ni hará una cosa que no exija nuestro dolor y nuestras lágrimas.

Es llevado el Señor á la casa de Anás. Se contaba en Jerusalén tan seguramente con la prision de Jesus Nazareno, que ya se habian tomado todas las medidas para instruir el proceso; y estaban tan determinados á sacrificar al inocente, que solo se formaba por guardar alguna apariencia de orden. Caifás, que hacia este año las fun-

ciones de sumo Sacerdote, tenia por compañero en el Pontificado á Anás, su suegro, ya bastante anciano. Fuese por consideracion á la edad, fuese por atencion al parentesco, habia dispuesto Caifás, que luego que prendiesen á Jesus, le condujesen á la casa de Anás, por si gustaba examinarle. Era Caifás aquel inicuo Pontifice que ya con anticipacion habia pronunciado sentencia de muerte contra Jesucristo cuando habia dicho: conviene que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la gente, pues aunque dijo una verdad, anunciada repetidas veces en los libros santos, condenaba por su parte á un inocente á morirle, y esto era una iniquidad. Anás tuvo la complacencia de ver en su palacio, preso, á Jesus Nazareno, y se duda si fué en él donde recibió el Señor la bofetada.

De la casa de Anás es llevado á la de Caifás.

Nosotros dejamos este lastimoso paso para referirle como sucedido en el palacio de Caifás, porque conviene mejor al enlace de la historia; lo que no tiene duda es, que Anás envió luego al Señor á su yerno Caifás que le esperaba y habia reunido un Concilio para juzgarle.

Pedro y Juan le siguen de lejos y llegan á entrar en la casa de Caifás. Durante el camino, Pedro y Juan, despues de la comun desercion, volviendo en si de su espanto, seguian al Señor, pero á larga distancia, temeros de ser vertidos y presos por los soldados. Vieron que el Señor era llevado á la casa de Anás y conducido á poco tiempo á la de Caifás. Juan era cono-

cido de este Pontífice y de su familia, y no tuvo dificultad en llegarse á la puerta y llamar; ni tampoco la tuvieron los criados del Pontífice en abrirle la puerta. No sucedió lo mismo á Pedro. Le fué preciso quedarse á la puerta hasta que Juan intercedió por él y se le permitió la entrada. Bien hubieran querido ir juntos los dos Apóstoles á lo interior del palacio para saber todos los sucesos; pero Juan no tuvo bastante ascendiente para internar consigo á su compañero, y éste se vió precisado á quedar en el átrio, donde habia una confusa multitud de soldados, ministros y criados del gran Sacerdote. Era esto en principio de la primavera, y aun hacia frio, particularmente por la noche. Encendieron lumbre en medio del átrio y se calentaban. Pedro, por su desdicha, se acercó tambien á la lumbre, y se calentaba con los demás, esperando la decision del Concilio. Esta fué tal como debia esperarse de la disposicion de los Jueces.

Pregunta Caifás al Señor sobre sus discípulos y doctrina. El sumo Sacerdote Caifás fué quien principió el interrogatorio, preguntando al Señor acerca de sus discípulos y doctrina. Yo, le dijo Jesucristo, públicamente he hablado al mundo. Yo siempre enseñé en las Sinagogas y en el Templo, donde se juntan todos los Judios, y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas á mi? Preguntá á aquellos que me han oido, que es lo que yo les he dicho. Ellos saben lo que he dicho. Habiendò respondido Jesucristo de un modo tan justo, tan modesto y tan incontestable, la fuerza

de la verdad hirió al Pontífice y le puso de mal semblante.

Recibe el Señor una bofetada por tan justa respuesta. Entónces uno de sus criados que estaba al lado de Jesus, viendo el disgusto de su amo, dió al Señor una bofetada, diciendo: ¿asi respondes al Pontífice? A una accion tan inieua, no correspondió el Señor sinó con la mayor bondad y mansedumbre. Si he hablado mal, dijo al criado, da testimonio de lo malo, y si bien ¿porqué me hieres? Hemos dicho que el Señor en su pasion no daria un paso, ni diria una palabra, que no exigiese nuestras lágrimas. ¿Pues qué no exigirá de nosotros una bofetada estampada en su divino rostro? Los Angeles retirarian sus ojos al ver levantada la mano sacrilega; y nosotros no podemos dejar de estremecernos al contemplarla estampada en aquel rostro divino en que se miran los Angeles. El criado del Pontífice debia ser castigado severamente por la indignidad con que habia tratado á Jesus contra el órden judicial; pero no se pensaba en guardar las reglas ordinarias con un hombre á quien se queria perder á todo trance.

Exámen de testigos. Los Principes de los Sacerdotes y todo el Concilio buscaban un falso testimonio contra el Señor para sentenciarle á muerte, y no le encontraban, aunque se presentaron muchos testigos; porque en sus declaraciones se contradecian. Por último, despues de multiplicadas declaraciones, vinieron dos falsos testigos, y dijeron: nosotros le hemos oido deci:

puedo destruir el Templo de Dios y reedificarle en tres dias. Tambien le hemos oido: Yo dertruiré este Templo, hecho de mano; y en tres dias edificaré otro, no hecho de mano; y no era conforme su testimonio. Asi como todos los primeros testigos habian sido falsos, tambien estos dos últimos no declaraban en verdad. Jesucristo habia dicho: destruid este Templo y en tres dias Yo le reedificaré. Jesucristo hablaba de su cuerpo, al que llamaba con frecuencia Templo, y su sentido era, que le destruyesen, esto es, le quitasen la vida, y en tres dias le reedificaria, le resucitaria, como así se verificó; pero no hablaba del Templo de Jerusalén, como ellos querian, sino de su cuerpo, como dice el Sagrado Evangelista.

Caifás conjura al Señor á que diga la verdad. Bien conoció el Pontifice que en todo lo que acababa de oír no se hallaba cosa alguna con que poder, al menos, colorear á los ojos del público una sentencia de muerte. Quería encontrar alguna causa plausible para que no se clamase contra la injusticia que iba á consumir. Nada habia conseguido por medio de los testigos, y podia temer que si seguia en su exámen, encontrase con algunos sinceros, veraces y firmes que declarasen, segun su conciencia, en favor de la santidad de la doctrina del acusado y de la multitud de sus prodigios, y esto le seria muy funesto. Para huir semejante peligro abandonó el examen de testigos y acudió á la autoridad. Se levanta del Tribunal, como un hombre asombrado de la multitud de acusaciones que estos habian hecho á Je-

sus, y acercándose al Señor, ¿nada respondes, le dijo con un tono de autoridad irritada, nada respondes á las cosas de que te acusan? Mas Jesus callaba. Entónces dijo el Pontifice: te conjuro por Dios vivo, que nos digas, si eres tú Cristo, Hijo de Dios. La pregunta era decisiva. Nuestro divino Salvador estaba obligado á dar gloria á su Eterno Padre, en cuyo nombre se le conjuraba, y era preciso hablar claramente.

El Señor la dice y es tratado por esto de blasfemo y declarado reo de muerte. Esto iba á costar al Señor la vida, lo conocia muy bien: pero á este precio habia de dar honor y gloria á su Eterno Padre; animar á sus discipulos, y conquistar millones de Mártires. Sin balancear, ni detenerse un momento, Yo soy, le respondió: tú lo has dicho. Y os aseguro que vereis de aquí á poco al Hijo del hombre estar sentado á la diestra de Dios, y venir en las nuves del cielo. Estas palabras que convienen espresamente al juicio final, se aplican tambien al terrible castigo que dentro de pocos años habia de hacer el Señor en sus enemigos, destruyendo por medio de los Romanos su Templo, reduciendo á ruinas su ciudad, y acabando con sus habitantes, su Sacerdocio y su culto. Pero esta terrible amenaza no asustó á persona alguna del Concilio; fuese porque no la entendieron, fuese porque no la creyeron, ó fuese, y esto es lo mas creible, porque toda su atencion estaba ocupada en hallar reo de muerte á Jesucristo. El Principe de los Sacerdotes se mostró lleno de horror, al oír las pala-

bras del Señor, rasgó sus vestiduras, y exclamó: ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y ellos respondieron, diciendo: reo es de muerte.

Desea la Sinagoga sacrificarle al momento.

Caifás oyó la sentencia del Concilio con todo el contento que se puede discurrir, y Jesucristo la escuchó con todo el aliento con que despues sufrió su rigor. Desde este momento hasta el de su muerte, ya no tuvo sinó acerbos dolores que sufrir, y ultrages indignos que sobrellevar. Se sometió á la voluntad de Dios y no se quejó de los hombres. Estaba la Sinagoga tan sedienta de la sangre de su Mesías, y tan ansiosa de derramarla, que inmediatamente habria pasado á publicar la sentencia y á ejecutarla; pero Dios no lo queria así. El sacrificio del Cordero de Dios por los pecados del mundo debia identificarse en el tiempo con el del cordero pascual, y era preciso que para esto llegase la tarde del viernes. En este tiempo debian cumplirse muchas Profecias que tenian fijado en él su cumplimiento. Era tambien necesario, en el estado en que se hallaba la nacion, contar con la aprobacion del Magistrado Romano para ejecutar las sentencias de muerte; y no lo era menos irritar al púeblo que amaba mucho al Señor, haciéndole creer que el Señor era un blasfemo. Todo esto pedia tiempo, y como estaban resueltos á sacrificarle antes de la Pascua, juzgaron que no podian perder ni un momento; y determinaron no separarse, sino para tomar

algun descanso , quedando citados para volver á reunirse al venir el dia siguiente.

Sacan al Señor de la Audiencia y le bajan al átrio. No enviaron á Jesus á la prision , porque no acostumbraban á hacerlo con los reos cuyas causas querian abreviar. Le entregaron á la guardia de los soldados , y se retiraron de la Audiencia. De Ella fué sacado el Señor por los ministros , y conducido al átrio , donde luego le rodeó la guardia incomodada , y muy dispuesta á vengar en su divina persona el trabajo de velar por su causa toda aquella noche. Al contrario, el Señor bajó muy consolado al lugar de su confusion, porque se iba á hallar á tiempo de socorrer al primero de sus Apóstoles. Quería dar la mano á Pedro y ayudarle á salir del abismo en que le habia sumergido su presuncion, porque este Apóstol iba á experimentar, á pesar de sus juramentos , su gran flaqueza.

Negacion de Pedro. Con el favor de Juan habia entrado Pedro , como ya digimos, hasta el átrio del palacio del sumo Sacerdote Caifas , pero no tuvo libertad para pasar adelante con Juan y se fué necesario quedarse en él en medio de los soldados , y rodeado de alguaciles y criados; gente baja , que conociendo las disposiciones de sus amos , decian y hacian al Señor cuanto mal les habian oido. La ocasion era bella para salir un discipulo á la defensa de su Maestro. Pedro le dejó pasar sin atreverse á declarar en su favor. Tomó el partido de callar y de no manifestar en manera alguna que tenia interés por el preso , y

este silencio fué la primera flaqueza que anunciaba ya su caída. Acaso esperaba salir con el disimulo del mal paso en que se hallaba; pero no le sucedió como pensaba.

Estaban los soldados, criados y ministros calentándose á la lumbre, y Pedro se calentaba con ellos. Para su desdicha pasó por allí la criada portera, y le preguntó : ¿ acaso eres tú de los discípulos de este preso ? ¡ Terrible pregunta para un hombre sobrecogido ya de temor ! Turbado Pedro con este contratiempo, expuesto al insulto de toda aquella turba, y acaso tambien á la prisión y al castigo, se halló como fuera de sí, y por un encadenamiento de faltas ; de un silencio tímido pasó á una omisión culpable, y de esta á un lenguaje infiel. ¡ Qué asombro ! el Príncipe de los Apóstoles reuuncia delante de todos á Jesucristo, y aunque temblando, deja caer de sus labios estas desdichadas palabras. No soy. Apenas acaba Pedro de negar á Jesucristo, cuando cantó el gallo la primera vez. Poco despues vino una criada del sumo Sacerdote, y como viese á Pedro calentándose, le miró con cuidado, y le dijo : tú estabas con Jesus Nazareno, y Pedro lo negó con juramento, diciendo : ni le conozco, ni sé lo que dices. Pasada, como una hora, uno de los criados del Pontífice, pariente de aquel cuya oreja habia cortado Pedro, le dijo : ¿ acaso no te vi yo en el huerto con Él ? Sin duda tú eres de ellos, porque tú eres Galileo, y aun tu lenguaje te descubre. Entónces comenzó Pedro á jurar, anatematizar y hacer imprecacio-

nes, asegurando que no conocía á tal hombre.

Bien conocía Pedro á aquel divino Maestro á quien negaba. Le amaba y era tiernamente amado de Él. Le adoraba, y gemía viendo su situación lastimosa, pero al mismo tiempo se avergonzaba de confesarle; no se sentía ya con aquel fervor que le habia hecho decir tantas veces yo os seguire, Señor, hasta las prisiones y la muerte. Sin embargo, Pedro no era infiel en su corazón. Creía que Jesucristo era el Hijo de Dios vivo, y su lengua era la que mentía á su corazón. Aun estaba negando á su divino Maestro, cuando volvió á cantar el gallo. Pedro habia negado á Jesucristo tres veces, antes que cantarse esta segunda, y por su desdicha se habia cumplido á la letra la profecía de Jesucristo, que habia dicho: antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. A este tiempo, volviéndose el Señor á su pobre discípulo, le dirigió una mirada.

Su conversion. Poco habrían sido para Pedro, sin esta mirada, los cantos del gallo, que era la señal que se le habia dado de su caída, ¡ Pero qué no puede una mirada de Jesus, y de Jesus, espiondo en prisiones la caída de su Apóstol! El canto del gallo hirió los oídos de Pedro. La mirada de su divino Maestro le traspasó el corazón, y estos dos medios de salud llevaron la unción de la divina gracia á lo íntimo del alma de Pedro, y Pedro se convirtió. Salió inmediatamente de la casa, donde habia padecido tan lastimosa desgracia, y se entregó al mas profundo arrepentimiento, derramado un torrente de lágrimas, cuyo

manantial no se agotó en toda su vida; lágrimas arrancadas por un vivo dolor, acompañadas de una santa confusión, y sostenidas por una firme esperanza y una profunda humildad; lágrimas tales, cuales debían ser las de un Apóstol penitente, que lavaba con ellas su culpa, mientras que llegaba el tiempo de lavar su culpa con su sangre; lágrimas en fin, que sostuvieron al discípulo en su inmensa pesadumbre, y consolaron al Maestro en su lastimoso desamparo.

Tormentos y ultrages que sufre el Señor en el átrio. Mientras que Pedro lloraba amargamente su desgracia, los soldados, ministros, alguaciles y criados, rodearon á Jesucristo para hacerle padecer cuanto pudieron imaginar de mas afrentoso y sensible. Jesus, atado y hecho el centro del oprobio, es el Rey de Israel, el Mesias esperado con tantas ansias y por tantos siglos, el Hijo único de Dios, el muy amado del Eterno Padre, el Salvador de los hombres, el espejo donde se miran los Angeles... ¡y los que le rodean, le miran como el mas despreciable de los hombres!!! Ciertamente, si los sucesos que es preciso referir en esta parte de su historia, no hubieran de componer reunidos su verdadera gloria, y la confusión de sus enemigos, se negaría toda pluma cristiana á escribir tantos horrores. Las gentes brutales, á quien se habia entregado el mas amable de los hijos de los hombres, hacen del Hijo de Dios una diversion bárbara, un entretenimiento cruel, y toman por descanso cargarle de ultrajes. El Salvador se mantiene en medio de

ellos con un semblante grave, modesto y digno de la grandeza de su alma, y esta misma grandeza que conserva entre los insultos, aumenta el furor de sus verdugos. Unos le escupen en la cara, ¡Dios mio!!! otros le maltratan á puñadas, ¡cielos santos!!! y otros cubriéndole los ojos, le dan fuertes bofetadas, diciendo: ¿profetizanos, Cristo, quién es el que te hirió? Bien pudiera señalarlos el Señor, y reducirlos al mismo tiempo á la nada; pero estaba cumpliendo las profecias y la voluntad de su Padre, y por eso nada decia ni hacia. Este silencio y sufrimiento, en vez de moverles á compasion, excita mas la cólera de aquellas bestias feroces. Redoblan los golpes, renuevan los ultrajes, y un proceder tan inhumano y cruel no se acaba sino con la noche.

Vuelve el Concilio á preguntar al Señor. Venida la mañana, los Principes de los Sacerdotes, los Ancianos del pueblo, los Escribas, y todo el Concilio volvieron á reunirse para seguir y concluir la causa contra el Señor. Luego le subieron del átrio, donde habia sido ultrajado toda la noche, y le presentaron en la sala de la Audiencia, á discreccion de unos Jueces mas perversos que sus ministros y criados. A fin de dar alguna apariencia de órden, comenzaron la sesion por revisar la sentencia de muerte que habian dado contra el Señor en la noche anterior. La causa de esta sentencia, era haber confesado el Señor que era Hijo de Dios. Esta confesion, despues del cumplimiento de tantas Profecias y de tantos milagros hechos en prueba de esta verdad, no podia

mirarse como blasfema, sinó por hombres rebeldes á la verdad, y así por mas seguridad que afectasen los Jueces del Concilio, nunca podia dejar de parecerles dudosa esta sentencia; pero su revision era muy conveniente para extraviar al pueblo y muy á propósito para engañarle. Por otra parte, el Señor estaba muy lejos de querer defenderse, y sus enemigos no necesitaban mas para su triunfo. Los encargados de revisarla, preguntaron luego al Señor sin otro preámbulo. Si tú eres Cristo, dinoslo claro.

El Señor responde lo mismo y la sentencia se confirma. Si os lo dijere, les respondió el Señor, no me creereis, y si os preguntáre, no me responderéis, ni me soltareis. Mas el Hijo del hombre se sentará luego á la diestra del poder de Dios. Esta respuesta era en sustancia la misma que habia dado pocas horas antes, y que habia sido tan cruelmente castigada por toda una noche; pero en este momento ya no se trataba sinó de confirmar la sentencia de muerte que se habia pronunciado. Disimularon todo el enfado que pudo causarles la respuesta del Señor, y solo se aplicaron á valerse de ella para su intento. Luego tú eres Hijo de Dios, le dijeron. Bien previó el Señor las consecuencias de la nueva confesion que iba á hacer; pero no las temió. Vosotros decís bien, les respondió, que Yo soy el Hijo de Dios. Aquí todos los Jueces clamaron: para qué necesitamos mas testimonios. Nosotros mismos hemos oido de su boca (la confirmacion de sus blasfemias).

Llevan al Señor al palacio del Presidente Pilato, y viéndolo Judas se desespera y ahorca. Entónces la guardia de los soldados tomó á Jesus y lo llevó de la Sala del Concilio al Pretorio de Poncio Pilato, Presidente de la Judea. Iba en tropel, rodeando al Señor la turba de sus enemigos y llenándole de insultos. Viendo Judas que Jesus iba á ser condenado á muerte, llevado de un cruel pesar, volvió á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos las treinta monedas de plata (en que le habia vendido), diciendo: he pecado, entregando la sangre de un Justo. Judas conoció la enormidad de su pecado, pero no conoció que el mayor de todos los pecados á los ojos de un Dios que muere por la salvacion de todos los hombres, no era haberle sido traidor, sinó desconfiar de su misericordia y no hacer penitencia. Los Príncipes y los Ancianos, que se hallaban en el Templo, no quisieron recibir este dinero, y respondieron á Judas con aquella frescura é indiferencia con que los perversos miran á los malvados, cuando estos son ya inútiles al cumplimiento de sus designios. ¡Y qué nos importa á nosotros, le dijeron, que tú hayas ó no pecado! Allá tú te entiendas.

Entónces, arrojando Judas los treinta dineros en el Templo, salió de él desesperado y se ahorcó. Un pesar tan amargo y profundo le hubiera podido salvar si hubiese sido sostenido por la esperanza y confianza en Dios; pues no hay pecador á quien el pesar de su culpa y la esperanza del perdón no hagan volver al seno amoroso del

Señor. Judas, aunque mas culpado que Pedro, solo con haber esperado y llorado amargamente como él, nos hubiera dado el consuelo de bendecir todos los dias las misericordias del Señor sobre tan desventurado Apóstol; pero Judas desesperó; se colgó y derramó sobre la tierra todas sus entrañas. ¡ Muerte horrible! que no tiene semejante en la historia del mundo, si se consideran todas sus circunstancias.

Compran con el dinero en que fué vendido el Señor un campo para sepultura de peregrinos. Los Principes de los Sacerdotes, habiendo tomado el dinero que arrojó Judas en el Templo, dijeron: no es licito poner este dinero en el Corbana (en el Tesoro) porque es precio de sangre. Los Sacerdotes, Escribas y Fariseos, hipócritas como siempre, despues de haberse tragado un camello hicieron escrúpulo de pasar un mosquito; esto es, despues de haber comprado con aquel dinero la sangre del Justo, no se atrevieron á ponerlo entre el dinero del Templo. Tuvieron un Consejo para determinar este punto, y resolvieron que se comprase con ello el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos al que llamaron *Haceldama*, esto es, campo de sangre; y asi se llamaba cuando escribió San Mateo su Evangelio. Entónces se cumplió lo que habia sido anunciado por el Profeta Jeremias, que dijo: y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fué apreciado. El que apreciaron los hijos de Israel; y los destinaron para comprar el campo del alfarero, como me lo dió á entender el Señor.

Van el Concilio y la multitud á acusar al Señor delante de Pilato. Tenia el Presidente Pilato su Tribunal en Jerusalén, y á él acudieron los Judios para la conclusion de este negocio, que querian finalizar en el dia y antes que mediase la tarde. Era Pilato un hombre naturalmente recto, pero timido. Las disputas de los Judios entre sí le importaban poco, cuando el interés de sus amos no tenia parte en ellas. Sabia los movimientos que hacian los Escribas y Fariseos, y los Sacerdotes y Doctores de la ley en punto á un hombre que llamaban Jesus, pero miraba estas inquietudes como excitadas por la envidia y adelantadas con exceso bajo el pretexto de religion. No temia malas consecuencias por lo que miraba al Estado, y esperaba tranquilo que viniese á su poder el proceso para hacer entrar los ánimos en su deber. Mas no era esto lo que pretendia el Pontífice y los miembros del Concilio. Ellos iban con el Señor y muy resueltos á no perderle de vista hasta que se verificase su muerte. Una multitud de Judios, congregados en Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua, iban en tumulto á apoyar la demanda de sus gefes, y dispuestos á un alboroto, si era necesario. Los discipulos del Señor no se atrevieron á parecer, y sus apasionados se escondian atemorizados. Las medidas estaban tambien tomadas, que el suceso no parecia dudoso. No obstante, mas de una vez estuvo para dar en tierra por los esfuerzos de la rectitud natural, y los sentimientos de humanidad de un Gentil.

Pilato se inclina á favor del Señor. Era muy de mañana cuando los enemigos del Señor llegaron al palacio de Pilato con su divina victima. Este palacio tenia delante de sí una plaza en la que se presentaron los individuos del Concilio y la multitud que les seguia. El Señor fué conducido por la guardia á la sala de la Audiencia; pero sus acusadores se escusaron de entrar en ella porque tenian que comer la Pascua, y se contaminarian si entrasen en la habitacion de un incircunciso. Tenia el palacio un balcon ó galeria cubierta, que por una parte dominaba la plaza, y por otra se comunicaba con las habitaciones interiores. Desde esta galeria ó balcon habia de oir Pilato las acusaciones de los Judíos que se mantenian en la plaza, y entrar despues al Pretorio ó Audiencia para oir las defensas de Jesus é instruirse de este modo de las razones de los acusadores y del acusado. Todas las presunciones del Presidente estaban á favor de Jesus, y así no le molestó con interrogatorio.

Confiesan los Judíos que no tienen autoridad para quitar la vida y por consiguiente que no tienen ya Rey. Salió luego al balcon, y dirigiendo sus palabras á los Magistrados, Ancianos, Escribas, Fariseos, Principes de los Sacerdotes y Doctores de la ley (pues todos se hallaban allí acusando al Señor juntamente con el pueblo), les preguntó: ¿qué acusacion traeis contra este hombre? Si no fuese malhechor, contestaron con altivez, no te le hubiéramos entregado. Pues bien, les dijo Pilato: si estais seguros de que es un mal-

hechor, tomadle y juzgadle vosotros, segun vuestra ley. No, dijeron al momento, á nosotros no es permitido matar á ninguno (porque habia salido ya el cetro de la casa de Judá y era el tiempo del Mesias, segun la Profecia de Jacob). Jesucristo habia dicho muchas veces que moriria en cruz, pero este género de muertes no se permitia en el pueblo de Israel, y por eso añadia siempre el Señor, que su pueblo le entregaria á los Gentes para que le crucificasen. Este oráculo se comenzaba á cumplir en el palacio de Pilato. Los Judios querian que muriese Jesucristo, pero que le condenase á muerte Pilato; y al ver que éste se desentendia de sentenciarle, entraron en un género de tumulto. Los principales acusaban al Señor sobre muchas cosas, pero conociendo que todas ellas eran despreciables, se fijaron en dos que les parecieron capitales y apropósito para salir con el triunfo, y no se engañaron. Nosotros, gritaron, hemos hallado á este Hombre pervertiendo á nuestra gente, prohibiendo dar tributo al César, y diciendo: que es él *Cristo Rey*. Pilato no se dejó engañar por estas acusaciones. No obstante, como eran de tanta gravedad, y se hacian por hombres de carácter, y sobre todo, como se trataba de la autoridad del César, no pudo desentenderse de ellas.

Se ve precisado Pilato á preguntar á Jesucristo. Deja Pilato á los Sacerdotes y Príncipes del pueblo, vuelve á entrar en el Pretorio, y llamando á Jesus aparte: ¿Tú eres, le preguntó, el Rey de los Judios? Y el Señor le respondió:

tú lo dices ; ¿pero preguntas ésto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí ? ¡Pues qué ! dijo Pilato : ¿soy yo Judío ? Tu gente y Pontifices te han puestó en mis manos : ¿qué has hecho ? (He dicho que soy Rey) pero mi reino no es de este mundo ; si fuese de este mundo , mis Ministros pelearian para que no fuese entregado á los Judios ; pero mi reino no es de aqui . ¿Luego Tú eres Rey ? dijo Pilato . Tú dices , respondió el Señor , que Yo soy Rey . Yo para ésto he venido al mundo , (mas no para reinar sobre los cuerpos , ni disputar á los Reyes sus coronas y cetros , sinó para reinar sobre las almas) y darlas testimonio de la verdad , porque todo aquel que viene de la verdad , oye mi Voz .

¿Qué es verdad ? preguntó aqui Pilato , y sin esperar , por su desgracia una respuesta que , como del Hijo de Dios , habria llevado adelante la obra de su salvacion , tan manifestamente principiada , volvió á presentarse á los Principes de los Sacerdotes y á las turbas , diciendo : yo ningun delito hallo en este Hombre . Entónces levantaron mas el grito y clamaban , diciendo : tiene alborotado el pueblo . Pilato hizo callar al tumulto , y cuando se hubo restablecido el sosiego , dijo á Jesucristo : ¿no oyes cuántos testimonios dicen contra tí ? Pero el Señor guardaba un profundo silencio (como el cordero que , en expresion del Profeta , permanece mudo entre las manos del que le esquila) y no le respondió palabra alguna , hasta admirarse de ello el Presidente en gran manera . Bien hubiera querido Pilato encontrar el secreto

de enviar absuelto á Jesus. Por lo menos él buscaba medios para no tomar sobre sí el sacrificio de un Inocente. Conocieron los Judios la intencion del Presidente; vieron su irresolucion y timidez, y creyeron que un poco mas de resistencia y ruido acabaria de vencerle á su favor. Si se contemporiza con los revoltosos y se miran contemplados, luego se determinan á llevar adelante sus alborotos.

Pilato envia á Jesucristo á Herodes. Vos no sabeis, dijeron al Gobernador, quién es ese Hombre. Él principió á sembrar sus máximas sediciosas en la Galilea, y ha venido derramándolas por toda la Judea, hasta tener el atrevimiento de publicarlas en la capital. Cuando Pilato oyó hablar de la Galilea, creyó que se le habia presentado un arbitrio para salir de su apuro. Luego preguntó si Jesus era Galileo. Es, le dijeron, natural de Nazaret, ciudad de la Galilea. (En esta ciudad habia pasado Jesucristo casi toda su vida, y de ella eran su Madre, la Santísima Virgen, y San José, su Padre putativo; y por eso los Judios le tenian por natural de Nazaret, aunque en realidad lo era de Belén, donde habia nacido). Sabido por Pilato que Jesucristo pertenecia á la jurisdicción de Herodes, Gobernador de la Galilea, y que éste se hallaba á la sazón en Jerusalén, le remitió escoltado y atado, como estaba, á su palacio, á donde le siguieron sus acusadores.

Noticia de Herodes y de su carácter. Herodes, llamado Antipas, era hijo de Herodes el grande (de aquel Herodes que mandó degollar los inocen-

tes, y de quien tanto hemos hablado en esta historia) y de Cleopatra, natural de Jerusalén. Antipas fué nombrado Tetrarca de la Galilea por Augusto, fué el mismo que quitó á su hermano Filipo á su mujer, la escandalosa Herodías, madre de la bailarina Salomé, y tambien el que hizo decapitar al Bautista. No habia mudado Antipas de carácter, despues que sacrificó el Precursor á la satisfaccion de sus placeres. Su natural era voluptuoso, y por su parte procuraba satisfacer todos sus deseos y antojos.

Su contento cuando le presentaron al Señor.
 Fué grande el contento que tuvo cuando le presentaron al Señor y le dijeron: que Pilato ponía en sus manos, como en las de su Juez natural, aquel Galileo, á quien los Judios habian llevado á su Tribunal fuera de propósito. Habia mucho tiempo que deseaba Herodes ver al Señor, porque habia oido de Él muchas cosas, y esperaba que hiciese algun prodigio en su presencia. Estaba la multitud, y particularmente los Principes de los Sacerdotes y los Escribas, acusando al Señor sin cesar delante de Herodes; mas éste no hizo caso de sus clamores, y fijó toda su atencion en el Señor, porque esperaba verle obrar algun milagro. Para conseguirlo le hizo desde luego muchas preguntas; pero el Señor nada respondia. Vió Herodes que estaba muy lejos de conseguir un milagro de quien ni aun conseguia una respuesta, y picado de este silencio, que miró como un desprecio, le insultó con toda su cohorte, le escarneció y trató de fátuo, mandando que

le vistiesen de una ropa blanca y le volviesen á Pilatos.

Vuelve Herodes á enviar á Jesucristo á Pilato y se hacen amigos. Herodes y Pilato, que eran antes enemigos, se hicieron amigos con este motivo, y fué el fruto que cogió Pilato de una determinacion que tomó con tanto gusto, contando con que le libraria de un negocio tan árduo. No obstante procuró sacar alguna ventaja de la conducta de Herodes para apagar el furor de los enemigos de Jesucristo. Habian vuelto éstos con su Majestad del palacio de Herodes al de Pilato y con el mismo alboroto que habian ido, y se volvieron á fijar en la plaza delante del palacio. El Señor fué conducido por la guardia á la sala del Pretorio, donde habia estado antes, y Pilato volvió á presentarle á los Magistrados, á los Principes de los Sacerdotes y á la plebe, diciendo: vosotros me entregasteis este hombre, como perversidor del pueblo, y ved que habiéndole yo examinado delante de vosotros, ninguna causa he hallado en Él, de las en que le acusais; y lo que es mas, que ni Herodes, que como Judío, sabe mejor vuestras leyes y á quien os remiti con Él ha hallado cosa alguna digna de muerte. Todos los medios que hasta aquí habia tomado Pilato para librar á Jesucristo le habian salido fallidos; pero se acercaba uno en el que confiaba mucho y con mucha razon.

Propone Pilato á Jesus y á Barrabás para que elija el pueblo. Desde los primeros años de la sujecion de los Judíos á los Romanos habian

conseguido aquellos de los Emperadores que en memoria de su libertad de la esclavitud de Egipto, los Gobernadores, que pusiesen en la Judea, diesen libertad por la Pascua á uno de los presos condenados á muerte, y que fuese el que ellos quisiesen. Sabia Pilato que los sumos Sacerdotes y los principales de la Nacion, le habian entregado á Jesucristo por envidia y no esperaba que estas clases retrocediesen y se diesen á partido. Por eso se dirigió otra vez al pueblo, contando con que hallaria en él la buena disposicion que deseaba; pero le engañó su esperanza. El pueblo estaba corrompido y ganado por los autores de la persecucion. Reunida la multitud delante del balcon de Pilato, principió á pedir que se la soltase un reo de muerte, como se hacia siempre en la vispera de la Pascua. Habia uno muy perverso, llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos por haber cometido un homicidio en un alboroto. Pilato eligió á éste para que escogiesen entre él y Jesucristo, contando tanto mas segura la libertad de Jesus, quanto era Barrabás mas detestable.

Aviso que dá á Pilato su mujer. Cuando Pilato estaba ya sentado en su Tribunal para sentenciar esta ruidosa causa, tuvo que retirarse para oír á un enviado de su mujer, por quien le decia: nada tengas tú con ese Justo, porque he padecido hoy muchas cosas en vision por causa de Él. No puso á Pilato en mucho cuidado este aviso por quanto estaba tomando las mas eficaces medidas para dejar ir libre á ese mismo Justo.

El pueblo pide á Barrabás. Despachado este enviado, volvió á sentarse en su Tribunal, y teniendo á su lado á Jesus, y á su vista aquel pueblo alborotado que le esperaba, ¿á quién, preguntó, quereis que os deje libre? ¿á Barrabás ó á Jesus, que se dice Cristo? Parecia no caber duda en respuesta, pero en los momentos que habia estado ausente Pilato, con motivo del aviso de su mujer, los Principes de los Sacerdotes y los Ancianos se habian derramado por entre la multitud y persuadido á todos que en ningun caso dejasen de pedir la muerte de Jesus, y la libertad del que Pilato propusiese para elegir, cualquiera que fuese; y asi respondieron todos á una voz: suelta á Barrabás, deja libre á Barrabás. ¡Qué confusion para Jesucristo, que estaba presente, ver que ponian su santidad é inocencia á un hombre tan perverso como Barrabás! ¿Pues qué haré, les dijo Pilato, de Jesus que se llama Cristo? Que sea crucificado, respondieron todos, ¿Qué mal ha hecho? volvió á preguntarles Pilato, pero ellos gritaban: que sea crucificado. Insistiendo Pilato en soltar á Jesus, les habló segunda vez: mas ellos volvieron á dar voces, diciendo: crucifícale, crucifícale. Por tercera vez les dijo Pilato: ¿qué mal ha hecho Este? Yo ninguna causa de muerte hallo en Él. Le castigaré, pues, y le soltaré. Pero ellos insistian, pidiendo á grandes voces, que fuese crucificado, y prevalecian sus voces.

Se lava Pilato las manos para significar su inocencia. Viendo Pilato que nada adelantaba

sinó que crecia cada vez mas el alboroto , tomando agua , se lavó las manos delante del pueblo , diciendo : inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo vereis vosotros. Y respondió todo el pueblo : su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Espantosa imprecacion, que tuvo , tiene y tendrá el mas terrible cumplimiento! Entonces Pilato determinó que se hiciese lo que pedian , y soltó á Barrabás , dejando preso al Señor para que fuese crucificado , sinó podia aun librarle.

Manda azotar al Señor. Ordenaban las leyes Romanas que los que hubiesen de morir crucificados fuesen primero azotados. De este medio quiso valerse la humanidad y compasion de Pilato , como de último esfuerzo para librar al Señor ; pero lo hizo de un modo que su humanidad vino á ser la inhumanidad mas cruel , y su compasion para con el Señor el mas terrible de sus tormentos. Quiso enternecer las entrañas de sus enemigos y librarle por este camino de la muerte ; mas eran de pedernal ó de aquella clase de piedras que , segun dicen , se endurecen mas bañándolas en sangre. Mandó á su guardia que llevase al Señor al átrio para azotarle , pero previniéndola : que no le azotase como á los reos comunes , sinó con tanto rigor que su vista no pudiese dejar de enternecer los corazones mas duros : que solamente cuidase de no quitarle la vida ; y que le volviese á su presencia. Aun esperaba Pilato sacar algun partido de esta crueldad. Jesucristo sabia muy bien cual habia de ser el suceso ; sin embargo se sometió á ella en silencio , no para

aplacar el furor de sus enemigos, sinó para dar cumplimiento á las Profecias, y satisfacer por nuestros pecados las venganzas del cielo en su carne bendita. ¡Tan cruel fué el tormento de los azotes que no se puede escribir, sinó suspirando, ni leer, sinó derramando lágrimas!

Es atado el Señor á una columna y azotado cruelmente. Entónces los sôldados de la guardia de Pilato, tomando á Jesus, le bajan al atrio, y formando en su rededor toda la cohorte ó batallón, le desnudan de sus vestidos, dejan expuesto brutalmente á sus miradas insolentes el hermosísimo cuerpo del Hijo de la Virgen, le atan apretadamente á una columna, descargan una lluvia de azotes sobre sus delicadísimas carnes, las muelen, las rasgan, las despedazan y chorrea la sangre por todas partes. Sufre el Señor y no dice una palabra, ni exhala un suspiro. Y si en todo el discurso de su pasión es su silencio un prodigio incomprendible, ¡qué diremos del que guarda atado á la columna!!!

Es tratado de Rey de burlas. Sabian los soldados, aunque paganos, que el Señor se llamaba Rey de los Judios, y quisieron hacer de su Majestad un Rey de burlas, añadiendo á los tormentos, la confusion y la ignominia. Cubrieron su ensangrentado cuerpo con un manto viejo de púrpura; pusieron una corona de espinas sobre su soberana cabeza, y la apretaron hasta clavarlas hondamente en ella; tomaron una caña y se la pusieron por cetro en su mano derecha, y doblando la rodilla, le escarnecian, diciendo: Dios

te guarde Rey de los Judios ; le escupian en la cara , le abofeteaban , y tomando la caña , le daban con ella en la cabeza. Enmedio de tantos tormentos y burlas , Jesus es el espejo en que se miran los Angeles , y el objeto de las complacencias de Dios ; ¡y qué deberá ser para un Cristiano por cuya salvacion nada en sangre !!!

Es presentado en el balcon de Pilato quien dice : Ecce homo. Harto de oprobios el Señor , segun la espresion del Profeta , hecho un varon de dolores , y cubierto de sangre desde la planta del pie hasta lo mas alto de la cabeza , fué vuelto al Pretorio , y Pilato salió otra vez al balcon , y dijo á la multitud que esperaba para pedir de nuevo su muerte : os le voy a sacar fuera para que conozcais que no hallo en Él causa alguna para condenarle á muerte , y luego sacó á Jesus con la corona de espinas sobre su divina cabeza , la caña por cetro en su mano , la púrpura rasgada sobre su cuerpo dando lugar á que se viesen por sus roturas las llagas y la sangre que le cubria. En su divino semblante , afeado con las bofetadas que habia recibido , se dejaba ver la humildad mas profunda , el dolor mas sufrido y la compostura mas amable. Pilato presenta este lastimoso espectáculo á aquel pueblo amotinado , y le dice : ved aqui el Hombre ; que fué como decirle en estas breves y enfáticas palabras : ved aqui el Hombre que vosotros acusais de que quiere hacerse Rey. Juzgad , si este Hombre , en el estado en que se halla , puede dar que temer ni á Judios ni á Romanos. El designio de Pilato , presentando á

Jesus en un estado tan lastimoso, que podia mover á compasion á las mismas fieras, era ablandar sus corazones y poder soltar al Señor, en quien no hallaba delito. El espectáculo era en extremo tierno y lastimoso, y el pueblo acaso se habria compadecido; pero los que le gobernaban, eran una casta de vivoras, como habia dicho el Bautista.

Dan voces los Pontífices y Ministros diciendo: crucifícale. Cuando los Pontífices y Ministros vieron al Señor, daban voces, diciendo: crucifícale, crucifícale; pero les dijo Pilato: tomadle allá vosotros y crucifícadle, porque yo no hallo en Él causa alguna. Nosotros tenemos ley, respondieron, y segun nuestra ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando oyó Pilato estas palabras, temió mas. Ningun cuidado le habia puesto el pretendido delito que atribuian al Señor de querer revelarse contra la autoridad del César; mas al oir ahora el nombre de *Hijo de Dios*, quedó sobrecogido. Todo le pareció ya tan grande y respetable en aquel Preso, que temió atraer sobre su cabeza toda la ira del cielo si le condenaba. Volvió á entrar en el Pretorio, llevando consigo al Señor, y le preguntó, como en secreto, ¿de dónde eres Tú? Pero el Señor no le respondió. ¿A mi no me hablas? le dijo entónces Pilato. ¿No sabes que tengo potestad para crucifícarte, y poder para soltarte? No tendrías poder alguno sobre mi, le dijo el Señor, sinó te hubiese sido dado de arriba. Por eso quien á tí me ha entregado, mayor pecado tiene que tú.

Que fué decirle : es verdad que tienes poder para quitarme la vida , mas este poder le tienes de Dios , y á Él serás responsable si me condenas injustamente. Los Judios son mas culpables que tú , porque me han entregado por un movimiento de envidia y de ódio ; pero tú no dejas de serlo por consentir en mi condenacion.

Pilato sentencia á Jesucristo á muerte de cruz.
 Desde entónces procuraba Pilato con mayor empeño soltar al Señor ; mas los Judios gritaban , diciendo : si sueltas á Este , no eres amigo del César , porque todo aquel que se hace Rey , contradice al César. Cuando Pilato oyó estas palabras , sacó fuera al Señor y se sentó en su Tribunal , colocado en un lugar elevado , que en Griego se llamaba *Litóstrotos* y en Hebreo *Gábata* , y dijo á los Judios : he aquí á vuestro Rey. Mas ellos gritaban : quita , quita , crucificalo. ¿ Crucificaré a vuestro Rey ? les dijo Pilato ; y respondieron los Pontifices : nosotros no tenemos otro Rey sinó el César. Aquí tembló Pilato y se rindió cobardemente , sentenciando al Señor á muerte de cruz. No hay que maravillarnos. Para llegar á cometer las mayores injusticias , no es necesario que sea un juez perverso , basta que sea cobarde. Esto se verificó en Pilato. Él creía que Jesus era un inocente calumniado , y con todo eso , su cobardia le condena. Él gemia y queria librarle , y no obstante le entrega á unos hombres furiosos , que despues de haber corrompido al pueblo y acobardado a su Juez , no pensaban sinó en consumir la obra de su iniquidad. Pilato , al fin , entregó á Jesucristo

á la voluntad de sus enemigos para que fuese crucificado.

El tiempo se adelantaba, y si se dilataba la ejecución de la inicua sentencia algunas horas, sería necesario detenerla ocho dias por causa de la Pascua, con riesgo de experimentar en este tiempo alguna enfadosa mudanza. Ya se contaban las nueve de la mañana, y el cordero pascual debía sacrificarse á las tres de la tarde; es decir: que solo faltaban seis horas para principiar la festividad de la Pascua, y en estas seis horas era necesario que el Señor fuese crucificado, que espirase en la cruz, que se quitase de ella su cuerpo, que fuese enterrado y que desapareciesen todas las señales de su suplicio para celebrar la Pascua; ó por mejor decir: era necesario, que se verificasen las Profecías; que el cordero de Dios juntase su último suspiro con el último aliento del cordero pascual; que la voluntad del Padre fuese cumplida enteramente; que la obediencia del Hijo fuese probada hasta la muerte, y muerte de cruz; y que la religion cristiana, anunciada por tantos siglos, naciese de la sangre de su divino Autor.

Camina Jesucristo al Calvario cargado con la cruz. Apenas hubo pronunciado Pilato la sentencia de que el Señor fuese entregado para crucificarle, la multitud reunida delante de su balcon, y principalmente los Escribas y Fariseos corrieron á las puertas del palacio para recibir su víctima con insultos, y acompañarla con burlas hasta que muriese en la cruz. Bajaba Jesucristo del Pretorio cubierto todavía con aquella capa vieja y

rasgada con que le habian adornado para burlar su reinado. Los soldados de la guardia, que habian de ejecutar la sentencia, se apoderan aqui del Señor; le arrancan sin piedad aquel ropage de escarnio, que con la sangre se habia pegado fuertemente á un cuerpo desollado, y arrancan con él pedazos de sus carnes despedazadas. ¡Qué dolor, Dios mio!! ¡Qué tormento!! Vuelven á ponerle sus propios vestidos; cargan sobre sus delicados y lastimados hombros una enorme cruz (cuyo árbol, segun la tradicion de nuestros mayores: era de cinco varas, y de tres los brazos) en la que habia de ser crucificado; y con este desmedido peso hacen que tome el camino del monte Calvario ó *Gólgota*, que quiere decir Calavera.

San Atanasio, San Ambrosio, San Basilio y otros muchos Santos Padres son de sentir, apoyados en una antigua tradicion, que se llamó asi por haberse encontrado en él la calavera de Adán enterrado alli por disposicion particular del Señor, y que el segundo Adán eligió para sufrir la muerte, y rescatar á todo el género humano aquel mismo lugar, donde reposaba el primero, que habia esclavizado con su pecado á todo el género humano.

Pasa con la cruz por medio de Jerusalén. Para ir al monte Calvario era preciso atravesar toda la ciudad, y despues de pasar un pequeño valle, subir á su cima. Aun habia de servir el Señor de espectáculo á los habitantes de la infiel Jerusalén. Ellos le habian visto enseñar al pueblo, dar vista á los ciegos de nacimiento, curar los paralíticos

de treinta y ocho años resucitar los muertos de cuatro dias... ellos le habian visto entrar, como en triunfo, en la ciudad, y ejercer la autoridad de Mesias en el Templo, y le acababan de ver aprisionado, conducido á las casas de Anás, Caifás, Herodes y Pilato... ya no les faltaba sinó verle llevar la cruz á cuestas y caminar al Calvario; y tambien tienen ahora esa satisfaccion. Pasó el Señor por medio de Jerusalén cargado con su enorme cruz, y caminando al lugar de su sacrificio.

Cae con ella la primera vez. Los malos tratamientos que habia recibido durante la noche, y sobre todo la lluvia de azotes en que acababa de derramar tanta sangre, habian reducido su delicado cuerpo á tal flaqueza, que á pocos pasos que dió cargado con la cruz cayó bajo de su peso. Sin embargo de las pocas fuerzas con que se hallaba este verdadero Isaac para llegar al monte, y subir á su cima, aun continuó llevando el pesado leño.

Sale al encuentro del Señor su Santísima Madre. A poco de su caída, y cuando llegaba al medio de la ciudad, la Santísima Virgen, acompañada de San Juan y de mujeres piadosas, viene al encuentro de su acongojado Hijo. ¡Qué encuentro Dios mio! ¡Quién podrá ponderar la acerbidad del dolor de la Madre y del Hijo! ¡Quién podrá pensar en un encuentro tan lastimoso sin que se ahogue su corazon y corran de sus ojos dos fuentes de lágrimas! ¡El mas hermoso de los hijos de los hombres, cubierto de llagas y sangre, gimiendo con el peso de una cruz, padeciendo los

mas vivos dolores y caminando á la muerte! ¡Y la mas bendita de todas las mujeres, la mas tierna de todas las madres, viendo padecer á su querido Hijo sin poder aliviarle! ¡Qué paso, Dios mio! ¡Las entrañas aqui se estremecen y el corazon no cabe en el pecho!

Limpia la Verónica su Sacratísimo rostro. Poco despues de este dolorosísimo encuentro, y antes de salir de la ciudad, se acercó al Señor una piadosa mujer, que se ha llamado *Verónica*, y limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, sacando en premio de su piedad, la imágen de su divino semblante, impresa en el lienzo con que se limpiaba. Se cree que esta piadosa Israelita fué la Hemorroisa que, tocando la orla del manto del Señor, cuando iba á resucitar á la hija de Jairo, quedó sana de su flujo de sangre.

Cae la segunda vez y Simon Ciréneo le ayuda á llevarla. Habia caminado el Señor, cargado con la cruz, hasta la salida de la ciudad; pero cayó aqui segunda vez. Viendo los enemigos por tierra al Señor, temieron que espirase antes de llegar al Calvario, y se viesen privados del placer de verle morir crucificado. Entónces detuvieron á un paisano, llamado Simon, padre de Alejandro y Rufo, que venia de su casa de campo y pasaba por la puerta de la ciudad, donde habia caido el Señor, y le obligaron á llevar la cruz desde allí hasta el Calvario, caminando detras del Señor, como sienten unos, ó llevándola juntamente con el Señor, como creen otros, fundados todos en las diversas expresiones de los Evangelistas. Lo

que no tiene duda es, que el Señor llevó solo la cruz hasta que obligaron á llevarla á éste Simon, llamado Cireneo, porque era natural de Cirene, ciudad de la Libia.

Dicha del Cireneo. ¡Qué dicha la de Simon ser escogido por Dios para ayudar á llevar la cruz á su Santísimo Hijo! ¡Quién habrá de los Cristianos que no envidie su dicha! ¡Ni quién que, durante su vida, no tenga en sus trabajos ocasiones continuas de imitar al Cireneo, llevando en ellos la cruz de su Redentor! ¡Pluguiese al cielo que las aprovecháramos para ser tan felices como el Cireneo! Tan precioso pareció al Evangelista San Marcos el ministerio de ayudar á llevar la cruz al Señor, que no solo hizo mencion del nombre y pátria de este dichoso paisano, sino que tambien la hizo de sus hijos, para que la memoria de esta venturosa familia pasase con el Evangelio á los siglos venideros y se conservase siempre en la veneracion de los Cristianos.

Habla el Señor á las hijas de Jerusalén. Con la ayuda del Cireneo se halló el Señor en estado de continuar su doloroso camino hasta el Calvario. Era seguido su Majestad de una multitud innumerable de todas clases, siendo los principales que la componian los Escribas, Fariseos, Ancianos y Principes de los Sacerdotes y del pueblo, que iban á la cabeza de la turba y no querian perder de vista al Señor hasta concluir su funesta victoria. Aunque el mayor número de esta multitud seducida, eran enemigos del Señor, le seguia no obstante, separadamente y á cierta dis-

tancia, un número de almas fieles, que penetradas de dolor, lloraban la muerte de un Justo, tan digno de su compasion y su amor. Se componia este número en la mayor parte de piadosas Israelitas que, como mujeres, temian menos las venganzas de la Sinagoga. El Señor que habia reusado responder á las potestades de la tierra, se volvió benignamente á estas almas compasivas y las dijo: hijas de Jerusalén, no querais llorar por Mi, sinó por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque vendrán dias (los de la ruina de Jerusalén) en que dirán: bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entónces comenzaran á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos; porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará? Si el Padre Eterno permite que se haga esto con su Santísimo Hijo, solo porque ha salido fiador del pecador, con el pecador ¿qué hará?

Caee el Señor con la cruz tercera vez. De esta manera, olvidandose el Señor de si mismo, avisaba á estas almas fieles para que viviesen prevenidas, y caminaba al Calvario para morir por todo el mundo en la cruz; pero al llegar á la falda de aquel pavoroso monte, volvió á caer con la cruz, á pesar de ayudarle á llevarla el Cireneo. ¡Tanta era ya su debilidad y falta de fuerzas! Subió por último al monte, ayudado del Cireneo. Tenian ya allí los enemigos del Señor prevenidos dos ladrones famosos que, para aumentar su ignominia, habian de ser crucificados con Él.

Es clavado en ella. Llegó el Señor á la cima del monte , agotado de fuerzas , pero preparado á consagrar á su Eterno Padre la sangre que le quedaba y á ofrecerla hasta por los mismos que iban á continuar derramándola. Vino, en fin , el momento mas doloroso. Los soldados desnudan al Señor de sus vestidos , abriendo por tercera vez todas sus llagas y llevando pedazos de su benditísima carne pegados á las ropas. Brota de nuevo la sangre por todas sus heridas y corre por todo su Sacratísimo cuerpo. En tan lastimoso estado tienden los soldados al Señor sobre la cruz ; clavan en ella con gruesos clavos sus divinas manos y pies ; salta en mas abundancia la sangre por los grandes agujeros que han abierto los clavos : levantan en alto la cruz , pendiente ya en ella el Señor , y la dejan caer brutalmente en el hoyo en que iban á fijarla , haciendo retemblar con el golpe su santísimo cuerpo y habriendo mas y mas sus heridas. Queda crucificado el Señor , y con Él crucifican los dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra.

Dan los soldados á beber al Señor vino mezclado con mirra y con hiel. Se acostumbraba dar á los que iban á morir ajusticiados vino mezclado con mirra , para adormecer algun tanto sus padecimientos. Los soldados lo ofrecieron al Señor mezclado , no solo con mirra , sinó tambien con hiel ; y el Señor lo gustó para sentir el amargor de la mirra y la hiel ; pero no quiso beberlo , para no experimentar el alivio que podría recibir con el adormecimiento que causa,

porque destinaba sus dolores á pagar por el peccador.

Ruega el Señor por sus enemigos. Era la hora de terecia cuando crucificaron al Señor, y ya llevaba algun tiempo en la cruz, sin que hubiese hablado una sola palabra, hasta que, aquel corazon todo de amor para los hombres, en vez de quejarse á su Eterno Padre de los que le atormentaban de un modo tan cruel, se hizo su intercesor, diciendo: perdónalos Padre mio, porque no saben lo que hacen. ¡Oracion adorable, y modelo de todas las que se hacen por los enemigos! ¡Oracion poderosa que mereció para los que le quitaban la vida gracias saludables, de que algunos se valieron, y de que todos debieron valerse para su conversion, pues no fué precisamente su deicidio quien les perdió, sino su obstinacion! ¡Oracion capaz de abrir los ojos de los mas ciegos; y á la que permaneció insensible la endurecida Sinagoga!

El Señor en la cruz. Sobre el altar de la cruz, Jesus, adorado de los Angeles, desconocido de los hombres y hecho la victima del mundo, cumple las Profecias, obedece á Dios y salva á los hombres; pero ¡con cuántos tormentos! Todo lo que le rodea, aumenta sus penas. A alguna distancia de la cruz ve al pueblo que le está mirando y escarneciendo, y á los principes de los Sacerdotes, los Ancianos, los Escribas y los Fariseos que le animan á ello con sus palabras y ejemplo. Un poco mas distante alcanza á ver una tropa tímida de personas afligidas, entre las cua-

les descubré á sus Apóstoles y fieles discípulos, llenos de turbacion, ahogados de pena y dejando caer en abundancia sus lágrimas á impulsos del sentimiento. Al pie de la cruz ve á su Santísima Madre en pie, recibiendo sobre su bendita cabeza la sangre que cae de su santísimo cuerpo, pero sin verter ni una sola lágrima, segun San Agustin, porque el exceso del dolor impide que las vierta. A su lado está el discípulo amado, compañero inseparable de la Madre querida de su adorado Maestro. Allí están llorando Maria, mujer de Cleofas y Maria Magdalena, la mas fiel y la mas casta amante de las discipulas del Señor. Sobre su divina cabeza experimenta un cielo de bronce, que ni se mueve, ni se interesa en su defensa; y á sus pies unos soldados, que se reparten sus vestidos y sortean la túnica inconsútil que han tejido los dedos virginales de su querida Madre. ¡Mis amados cristianos! ¡Quién puede sostener la vista de tan lastimoso espectáculo sin que vengan las lágrimas á ocultarle! ¡Quién puede contemplarle sin que le ahogue la pena y le acabe el sentimiento! ¡Oh mi querido Jesus! ¡Oh mi adorado Dueño! ¡Quién pudiera bajaros de la cruz, recibirós en sus brazos, mitigar vuestros dolores, suavizar vuestra amargura, y llevaros á los brazos de vuestra querida Madre, para que lavase vuestra sangre con sus virginales lágrimas, os limpiase con su tóca, os cubriese con su manto y os colocase y entregase al descanso, aunque fuera en un pesebre! ¡Pero no hay alivio ni consuelo para Vos, mi querido Jesus! Vuestro Eterno Padre

ha decretado que acabeis como un Varon de dolores; el Presidente Romano ha fijado su sentencia sobre vuestra cruz, declarando que sois Rey de los Judios; y los Profetas han dicho que el Rey de los Judios ha de morir crucificado.

Título fijado en la cruz por orden de Pilato. Habia escrito Pilato un título, y mandado que le pusiesen sobre la cruz. Estaba escrito en Hebreo, Griego y Latino, para que todas estas naciones le entendiesen, y decia: *Jesus Nazareno, Rey de los Judios.* Leyeron este título muchos Judios, porque el lugar donde fué crucificado el Señor estaba cerca de la ciudad, y habian concurrido á él, como hemos dicho, una multitud de pueblo con los Principes de los Sacerdotes, los Ancianos, los Eseribas y los Fariseos. Estos se presentaron á Pilato, diciendo: no escribas Rey de los Judios, sinó que él dijo: Rey soy de los Judios; y respondió Pilato: lo escrito, escrito. De este modo fijó Pilato, sin conocerlo, esta verdad importante, á saber: que Jesus era Rey de los Judios, asi como Caifás, sin conocerlo, habia anunciado otra, no menos importante; esto es, que convenia que muriese Jesucristo para que no se condenase todo el género humano. Tambien los soldados, sin conocerlo, anunciaron la unidad indivisible de la Iglesia, no dividiendo la túnica Sagrada del Señor.

Furor de los Judios contra Jesucristo por causa del título. Jesucristo pagó bien caro el título de Rey de los Judios, que le habia dado Pilato y que no quiso mudar por mas que se lo pidie-

ron. Desde este momento el Señor, pendiente como estaba de la cruz, no oyó sinó burlas amargas, injurias atroces y horrendas blasfemias. Ellos le miraban penar y verter sangre con una alegría feróz, propia de bárbaros, criados en las selvas; y en señal del horror que les causaba ver al Señor adormecido con el título de Rey, y Rey de los Judíos, sacudían sus cabezas, y encogiendo sus lábios, presentaban sus dientes de una manera horrible; cumpliendo así lo que había dicho el Profeta: Yo he sido hecho el oprobio de ellos. Viéronme, menearon sus cabezas y hablaron con sus lábios. Después de estos primeros insultos, dirigiéndose al Señor, le decían: he, Tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate á Ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz; y hablando unos con otros, se decían: salvó á otros; pues si es Cristo, el escogido de Dios, sálvese á si mismo. A otros salvó, decían los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y Ancianos, burlándose del Señor. A otros salvó, y á si mismo no se puede salvar. Si es Rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en Él. Confió en Dios, pues libréle ahora si le ama; pues que dijo: Hijos soy de Dios. Diez siglos se habían cumplido desde que había dicho David: Esperó en el Señor, libréle y sálvele, pues que le ama. ¡Quién no creería que los enemigos del Señor habían copiado esta Profecía de los escritos de David!

Le tratan los soldados como Rey de burla.
Como los soldados oían dar al Señor por irrisión

el nombre de Rey de los Judios, y leían esto mismo escrito en el rótulo de la cruz, le insultaban con su reinado, ofreciéndole vinagre con las ceremonias y demostraciones de respeto que los criados ofrecen á los Reyes las copas de licores generosos, repitiendo al mismo tiempo: si eres Rey de los Judios, sálvate. Esto tambien le echaban en cara los dos ladrones que estaban crucificados á su diestra y siniestra.

Adorables juicios de Dios. Estos dos hombres eran ambos ladrones, ambos igualmente castigados y ambos blasfemaban del Señor, pero... ¡oh profundidad de los juicios de Dios! El uno se convierte en la cruz, y el otro se endurece en ella, el uno bendice y el otro blasfema; el uno escucha la voz de la gracia, reconoce al Señor, le adora, le pide perdon y defiende su inocencia; mientras que el otro á nada atiende, ni á los prodigios que obra, ni á la mudanza de su compañero, ni á los gritos de su conciencia. Cada vez se endurece mas y cada vez es mas blasfemo. Uno de los ladrones, que estaban colgados, dice el Evangelista, blasfemaba del Señor, diciendo: si tú eres Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros; mas el otro le reprendia: ni tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio; y en verdad que nosotros padecemos justamente, porque recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero Este ningun mal ha hecho; y decia á Jesus: Señor, acordaos de mi cuando entrareis en vuestro reino. Hoy, le dijo el Señor, serás conmigo en el paraíso.

Tinieblas por tres horas en toda la tierra. Podrían ser como las doce del día, cuando en esta hora, la mas bella y resplandeciente, sin haber ni una nube en todo el cielo, se habia cubierto de tinieblas toda la tierra. La hora era la misma en que fué crucificado el Señor, porque estuvo tres horas en la cruz y espiró á las tres de la tarde. No eran tan espesas estas tinieblas como las de Egipto entre las que nada se veia; porque los sucesos que pasaron en el tiempo de la duracion de éstas, no podian efectuarse sin alguna claridad; pero no eran ni podian ser efecto de un eclipse natural, ya porque no principiaron ni acabaron por grados, como sucede en los eclipses, sinó repentinamente; y ya porque nunca podia estar mas distante de suceder un eclipse de sol que en la luna llena ó plenilunio, en que se hallaban entónces, y los eclipses de sol no pueden verificarse sinó en la luna nueva ó novilunio. Estas tinieblas eran milagrosas, pero atemperadas por el que las enviaba, y debieron parecerse á las de un dia muy obscuro. Acaso creyendo la multitud que se hallaba en un dia obscurisimo, no se conmovió ni se retiraron los soldados, ni temieron los Judios, sinó que todos incluso los amigos del Señor, se mantuvieron en el Calvario. Maria Santisima permaneció al pie de la cruz como una roca en medio de las avenidas de sangre de su amantisimo Hijo. San Juan no se apartó de su lado; y las piadosas discipulas, Maria Cleofás y Maria Magdalena se mantuvieron inmóviles á la vista de su divino Maestro.

Encomienda el Señor su Santísima Madre á San Juan. Cuando ya estaba para consumarse el sacrificio, mirando el Señor al pie de la cruz á su Madre Santísima y á su amado discípulo, dijo á su Madre: Mujer, he ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo; he ahí tu Madre, y desde aquella hora el discípulo la recibió por su Madre. Aquí el Señor llama mujer á su querida Madre para no aumentar su dolor, llamándola Madre al quedar sin su querido Hijo; ¡Qué honor para San Juan ser destinado á ocupar el lugar que va á dejar desamparado el Hijo de Dios con su muerte y á ser el hijo de la Santísima Virgen en vez de Jesucristo! ¡Pero qué cambio tan doloroso para la Santísima Virgen! ¡Tomar al discípulo en lugar del Maestro! ¡A Juan en lugar de Jesus! ¡Al hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios! Sin embargo, este era el testamento que ordenaba Jesucristo sobre la cruz. Su Santísima Madre era su posesion y su herencia, y de esta Santísima herencia deja heredero á San Juan. La tomó este heredero fiel por Madre, la tuvo siempre en su compañía, ó por mejor decir, mereció vivir en su compañía, la veneró con el profundo respeto que le inspiraba su amor, y la miró como una Madre y como una Madre de su divino Maestro. Tambien la Santísima Virgen miró á San Juan como hijo, y como hijo donado por Jesucristo y dejado en su lugar. Bien podemos gloriarnos todos los hijos de la Iglesia de haber sido representados en San Juan y quedado entregados á el amparo y cariño de esta amantísima Madre; y tambien esta

cariñosa Madre de que no ha habido ni habrá un verdadero Cristiano que no la profese el mas tierno cariño , el cariño de hijo.

Espira el Señor. Despues de este inestimable don de la Madre , ofrecido á los hombres por el Hijo , parecia que solo restaba que se dirigiese á su Eterno Padre , y le pidiese que cesase ya en el desamparo en que le habia tenido en su penosísima pasion , le fortaleciese y diese fuerzas para entregar su alma en sus manos. Llegaban las tres de la tarde , y la hora de su tránsito , y entónces exclamó el Señor con una voz grande : *Eli , Eli , lama sabacthani* , que quiere decir : *Dios mio , Dios mio , ¿por qué me has desamparado?* Creyeron algunos de los que estaban alli que llamaba á Elias , porque no entendian estas palabras *Eli , Eli* , que estaban escritas en Siriaco , y dijeron : esperemos á ver si viene Elias á librarle. Sabiendo el Señor que todas las cosas estaban ya cumplidas , para que se cumpliese la Escritura , dijo : sed tengo. Habia alli un vaso lleno de vinagre , y corriendo uno de los circunstantes , tomó una esponja , la empapó en el vinagre , y atándola á la punta de una larga caña , le daba á beber. No encontró este hombre agua para refrigerar al Señor , ni vino para confortarle , sino vinagre para atormentarle , ó mas bien para cumplir la Profecia de David , que decia : y en mi sed me dieron á beber vinagre. Habiendo tomado Jesus el vinagre , dijo : Padre mio , en vuestras manos entrego mi espiritu ; y diciendo esto inclinó su divina cabeza y espiró.

Consideracion y súplica. Consumóse, en fin, la obra de la redencion; ¿pero á cuánta costa? Tú lo has visto, lector Cristiano y piadoso. Recuerda los pasos de tu Redentor desde que suda sangre en el huerto hasta que espira en la cruz. ¡Cuántos vituperios! ¡Cuántas burlas! ¡Cuántas afrentas! ¡Cuántos dolores! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántas congojas! ¡Cuánta sangre, hasta que se agota el manantial en el Calvario! ¡Oh pecado! ¡Oh mancha del pecado, que no se borra sinó con la sangre, con toda la sangre de un hombre Dios! ¡Oh mi adorado Jesus! ¡Mi querido Redentor! ¡Oh Dios de mi corazon! ¡Yo me uno á Vos en el camino del Calvario! ¡Yo voy con Vos al monte del sacrificio! ¡Yo me pongo al pie de vuestra cruz á recibir sobre mi pecadora cabeza vuestra misericordiosísima sangre! ¡Yo me aflijo, yo lloro al veros espirar! ¡Y ojalá que yo espirase con Vos en ella! ¡Oh mi piadoso Jesus! ¡Concededme un corazon tan compadecido de vuestras penas, como arrepentido de mis pecados, que fueron la causa de ellas! ¡Un corazon afligido por vuestros trabajos, agradecido á vuestros dolores y abrasado en vuestro amor! ¡Virgen misericordiosísima! ¡Mi Madre querida! ¡Alcanzadme de vuestro piadosísimo Hijo estas gracias! Alcanzadlas tambien para todos los hijos que vuestro divino Hijo os encomendó en la cruz.

Prodigios en la muerte del Señor. Eran las tres de la tarde cuando debia ser sacrificado el cordero pascual, y cuando espiró el Cordero divino en la cruz. En este momento el Orbe se es-

tremece; se oscurece el sol; el velo del Templo se rompe y divide de alto á bajo; el Sancta Sanctorum ó Santo de los Santos, cerrado por tantos siglos, quedà manifiesto; las piedras se parten; la tierra tiembla; los sepulcros se abren... toda la naturaleza gime y manifiesta su sentimiento en la muerte de su Criador.

Dureza de la Sinagoga. Tantos y tan asombrosos portentos, obrados en el momento de la muerte del Señor, debieran convertir los corazones de todos los que los presenciaban; pero hay almas tan endurecidas que nada las ablanda. Para convertirse particularmente un incrédulo, es necesaria la humildad del corazón y la bondad del entendimiento, y estas virtudes no eran comunes en los Judios, y menos en los principales miembros de la Sinagoga. Soberbios y ya muy empeñados, nada era capaz de hacerles volver atrás. Los prodigios que no podían negar, los esplicaban con blasfemias contra el Espíritu Santo, y el ascendiente que habían tomado sobre el pueblo, le empleaban en desacreditarlos.

Conversion del Centurion. Sin embargo, no todos los testigos de los portentos del Calvario fueron insensibles. El Centurion, cuando oyó el fuerte clamor con que Jesucristo acompañó su último suspiro, y sintió temblar la tierra bajo de sus pies; cuando vió partirse las piedras y abrirse los sepulcros, con todos los demás prodigios que se obraban en la muerte del Señor; sobrecogido de un horror santo, adoró los impenetrables juicios de Dios, que había permitido las humillacio-

nes, los tormentos y la muerte del Justo, y dió testimonio de la verdad, exclamando: verdaderamente éste era el Hijo de Dios. Lo mismo confesaron los soldados; y en verdad que la confesion de estos paganos, al tiempo que era un anuncio muy favorable para el Gentilismo, era tambien una profecia muy funesta para la Sinagoga, pues manifestaba que los Gentiles, que estaban sentados en las sombras de la muerte, se dejaban penetrar de la luz, mientras que los Judios, hijos de la luz, cerraban los ojos para no verla.

Arrepentidos en el Calvario. Trabajaban los principales enemigos de Jesucristo en inutilizar las consecuencias que podrian seguirse de estos nuevos portentos, pero no lograron impedir que una parte del pueblo se declarase en favor del Inocente que acababa de espirar en la cruz. El concurso era grande, y por la mayor parte se componia de los que habian gritado en la plaza del Pretorio: que se nos quite delante á Jesus; que sea crucificado; que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y que sin moverse ni compadecerse, habian visto correr su sangre divina. Con todo eso fué muy provechoso á gran parte de ellos haber ido al Calvario y haberlo visto todo. Tantos prodigios, obrados en aquel monte Santo, ganaron á favor de Jesus á todos aquellos, cuyo corazon no estaba corrompido y que no habian sido crueles, sinó por la sorpresa de los que los gobernaban. Asustados ahora al ver tantos portentos y tantas señales de la ira del cielo, obscurecido el sol, en tinieblas la tierra, temblando el suelo

que pisan, haciéndose pedazos las piedras, abriéndose los sepulcros... al ver tantas señales de las venganzas que va á tomar el Eterno Padre de la muerte de su Santísimo Hijo, huyen del Calvario y se vuelven á sus casas, hiriendo sus pechos y pidiendo misericordia.

Quiebran los soldados las piernas de los ladrones y dan una lanzada al Señor. Sin inquietud los Ministros de la Sinagoga sobre el horror del deicidio que acababan de cometer, y muy cuidadosos de preparar todo lo que pedia la celebracion de la Pascua, y de retirar cuanto pudiese profanarla, acudieron á Pilato y pidieron que mandase quebrar las piernas de los crucificados para que luego muriesen, quedase tiempo bastante para quitar los cuerpos de las cruces y no estuviesen colgados en ellas en un día, tanto mas solemne, cuanto concurrían en él este año las fiestas de la Pascua y la del Sábado. Pilato se lo concedió, y luego vinieron al Calvario los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones; mas cuando vinieron á Jesus, y le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le abrió con una profunda lanzada el costado (derecho) y luego salió de él sangre y agua.

Todo era divino en estos sucesos. Los soldados llevaban la orden de quebrar las piernas de los tres crucificados, y aunque hubiese muerto el Señor, no estaba en su facultad, ni era este un motivo para dejar de cumplirla, tanto menos, cuanto debía serles menos repugnante sino eran enteramente

insensibles, quebrarlas al muerto que á los vivos; pero era preciso que se cumpliese aqui lo que habia dicho Moisés, hablando del cordero pascual: *No quebrantareis alguno de sus huesos.* Dios lo habia mandado asi, y habia querido que esto se observarse siempre en aquel cordero, para que se cumpliese ahora en Jesucristo, Cordero de Dios, representado en aquel. Tambien era contra la órden, ó á lo menos fuera de ella, que uno de los soldados abriese con un golpe de lanza el Sagrado costado del Señor; pero tambien era preciso que se cumpliese otro texto de la Sagrada Escritura, que decia, hablando de los Judios: *Miraron al que traspasaron.* Dios además permitió esta profunda lanzada en la parte mas vital del hombre, para que no quedase duda alguna de la muerte del Señor y para que saliese de su amante corazon la sangre, y el agua con que habia de redimir y lavar las almas de la mancha del pecado; porque en sentir de muchos Santos Padres con San Agustin, del costado abierto del Señor manaron dos Sacramentos muy principales para la salvacion del hombre; el de la Eucaristia en la sangre, y el del Bautismo en el agua.

José de Arimatea viene á enterrar el Sagrado cadáver. Mientras que los soldados quebraban las piernas de los dos ladrones, y uno de ellos abria el costado de Jesucristo ya difunto, José, natural de Arimatea, ciudad distante de cinco á seis leguas de Jerusalén; varon bueno y justo, noble y distinguido Senador del Sanedrin, y que no habia consentido, ni en su consejo, ni

en sus actos contra el Señor, porque era discípulo de Jesucristo, aunque oculto hasta ahora, y uno de los que esperaban el reino de Dios... José, este noble discípulo, luego que vió espirar á su querido Maestro, vino á Jerusalén, entró y animosamente le pidió á Pilato el cuerpo del Señor. Pilato se admiró de que ya hubiese muerto, y llamando al oficial de la guardia, le preguntó: si habia ya muerto, y luego que supo que ya habia espirado, mandó que se le entregasen. José en el momento que consiguió esta licencia, se volvió presuroso al Calvario á dar honrosa sepultura al Sagrado cadáver.

Trae Nicodemo como cien libras de mirra y acibar para embalsamarle. La muerte del Señor iba juntando, al parecer, cerca de sí á los que habia dispersado el temor y hecho que no se atreviesen á llegarse á Él, durante su vida. Nicodemo, Judio tambien de nacimiento, Príncipe de los Fariseos, Maestro en Israel y miembro como José del Sanedrin... Aquel Nicodemo que habia ido de noche á consultar al Señor: que habia tenido con el divino Maestro una larga conferencia que desde entónces se habia hecho su discípulo, aunque sin manifestarse; y que defendió animosamente su inocencia en uno de sus grandes Consejos; vino entónces al Calvario, trayendo como unas cien libras de mistura de mirra y acibar para embalsamar el cuerpo del Señor.

José y Nicodemo desclavaron el Sagrado cadáver, le bajaron de la cruz y le entregaron á su Santísima Madre, que le esperaba al pie de la

cruz con los brazos abiertos para estrecharle en su seno. Lo que pasó aquí en el corazón de la Virgen, solo esta Santísima Madre podría explicarlo. Acaso nunca la espada, que la anunció Simeon, penetró mas hondamente su maternal corazón. Los piadosos varones volvieron á tomar el Sagrado cadáver de los brazos de su querida Madre para amortajarle.

Hemos dicho que trajo Nicodemo al Calvario como cien libras de una mistura de mirra y acibar. Esta cantidad ha parecido á algunos muy excesiva para embalsamar un solo cadáver, y asi se presenta á primera vista; pero es necesario saber, que esta mistura, no solo servia para *conservar*, sino que, siendo aromática, servía tambien para *sahumar*, por la fragancia que despedia, y que pudo servir ahora para embalsamar el Sagrado cadáver, sahumarle cuando le llevaban á enterrar y sahumar tambien su monumento, esto es, la bóveda y el sepulcro. Embalsamado cumplidamente el Sagrado cadáver, le envolvieron en una Sábana nueva, que habia comprado el piadoso José; cubrieron su divino rostro con un pedazo de lienzo, que llamaban *sudario*, y fajaron todo el cuerpo envuelto ya en la Sábana, con un ancho vendaje. Es de advertir que tanto la Sábana, como todos estos lienzos habian sido empapados antes en el mismo bálsamo que habia servido para embalsamar el cuerpo del Señor, porque este era el modo con que los Judios acostumbraban preparar para la sepultura los cadáveres de las personas principales, y asi no es extraño que se necesitase una gran

cantidad para embalsamar todas estas cosas, y que Nicodemo se previniese de cien libras de unguento para embalsamar, abundantemente y sobre todo, el cuerpo del Señor.

Santo sepulcro. Faltaba aun el sepulcro en que fuese enterrado, pero habia á ciento y ocho pies ó treinta y seis varas de distancia un huerto y en él un sepulcro nuevo, que José habia mandado abrir en una peña para su enterramiento y el de su familia; y que el Eterno Padre habia destinado para el enterramiento de su Santísimo Hijo. Mas como no hay cosa en la historia de Jesucristo, segun dejamos dicho, que aun bajo de las apariencias mas comunes no encierre prodigios, tambien lo fué que este sepulcro, donde habia de ser enterrado el Señor, estuviese cabado en una peña y no se hubiese enterrado todavía en él persona alguna, para que no se pudiese decir que no era el Señor, sinó otro el que salia vivo de su sepulcro. Amortajado el Señor, José y Nicodemo le llevaron al huerto y le pusieron en la sepultura, colocando la cabeza al Occidente, para que quedase mirando al Oriente, que era la parte del mundo que los Israelitas miraban con predileccion, porque del Oriente habia de venir, ó por mejor decir habia ya venido la misteriosa estrella de Jacob. Los dos piadosos varones cerraron la entrada del sepulcro con una gran piedra, y concluido este honrosísimo ministerio, que les envidiarían los Angeles, si fueran capaces de envidia, se retiraron, llenos de pena, por dejar en un sepulcro á su querido Maestro, y de

consuelo, porque esperaban verle luego resucitado de entre los muertos, segun su promesa. En todas estas santisimas ocupaciones habian seguido á José y Nicodemo aquellas piadosas mujeres que vinieron con el Señor de la Galilea, y no se volvieron del huerto hasta ver el sepulcro y el modo con que quedaba colocado el Sagrado cadáver; pero María Magdalena y María, madre de Santiago el menor, no solamente habian seguido á José y Nicodemo, como las demas mujeres, y estado atentas como ellas á todo lo que se hacia, sino que, cuando todos se retiraron, ellas se quedaron sentadas enfrente del sepulcro, y estando allí pensando en el Señor, las ocurrió que, aun cuando Nicodemo habia llevado cerca de cien libras de mirra y acibar para embalsamar el Sagrado cadáver, debian ungirle tambien ellas, no con mayor cantidad de aromas, sino con aromas mas preciosos, y para esto se volvieron luego á la ciudad y compraron unguentos muy esquisitos; pero cuando andaban mas fatigadas en preparar todo lo necesario para ejecutar este segundo embalsamamiento, llegó la hora en que debia principiarse la santificacion de la Pascua, y quedaron en la quietud que mandaba la ley, esperando con una santa impaciencia que pasase la festividad para acabar de hacer sus preven-
ciones.

Piden los Judíos á Pilato que mande guardar el sepulcro. Concluido el viernes, en que habia muerto el Señor, al principiarse el Sábado que era luego que se ponía el sol y se veían en cielo

sereno al menos tres estrellas, los Principes de los Sacerdotes y los Fariseos acudieron juntos a Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel impostor (tal era el nombre que daban al que era la verdad por esencia) nos acordamos que dijo, cuando todavía estaba en vida: despues de tres dias resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta que pase el dia tercero, no sea que vayan sus discipulos de noche, le roben y digan á la plebe: resucitó de entre los muertos; porque este segundo error será peor que el primero. Guardia teneis, les dijo Pilato. Id y guardadle como sabeis.

En efecto, los Judios tenian una compañía para guardar el Templo, y permitió Dios, segun la reflexion de San Juan Crisóstomo: que Pilato no quisiese dar sus soldados para guardar el sepulcro, porque entónces habrian dicho los Judios cuando hubiese resucitado, que los soldados Gentiles se habian concertado con los discipulos de Jesucristo y les habian entregado su cuerpo. Eran por otra parte bien inútiles tantos cuidados, porque si Jesucristo resucitaba, no quedaba mas arbitrio que reconocerle como á su verdadero Mesias, y sinó resucitaba, los Apóstoles no eran capaces de suponer, á costa de su vida, la resurreccion de un hombre que les hubiese engañado. Su timidez se vió en el tiempo de la pasion, en la que todos huyeron, y en su resurreccion se verá, que si eran medrosos, tampoco eran crédulos. No se fiaron del dicho de Magdalena, aunque era una mujer de tanto crédito, y apenas pudieron creer

á su Majestad cuando le vieron resucitado delante de sus ojos ; pero la Sinagoga tiembla solo con pensar que puede ver destruida la obra de su iniquidad por los discipulos de aquel inocente á quien habian quitado tan injusta y atrozmente la vida ; y el Señor quiere poner la obra de su inmensa misericordia á cubierto de todos los tiros de la incredulidad.

Contribuyen á asegurar la resurreccion del Señor. No dejaron cosa por hacer los Judios para asegurarse contra lo que ellos llamaban sorpresa de los discipulos, y acaso nunca contribuyeron mejor á asegurar la obra de Dios. Primero registraron si estaba el Señor en el sepulcro. Diligencia prematura ; pues Jesucristo les habia dicho que resucitaría al tercero dia , y era inútil cuanto se practicase para averiguar su resurreccion antes de dicho dia. Luego volvieron á poner la piedra que le cerraba , y la sellaron con el sello público ; y últimamente pusieron guardas de su nacion y confianza para que le custodiasen. Todas estas precauciones eran otros tantos testigos de su resurreccion , si ésta se verificaba , y no podia quedar el mas remoto motivo para decir que los discipulos le habian robado. Sin embargo, este fué el único arbitrio que les quedó para negarla , como veremos despues ; pero si Jerusalén aparenta dejarse engañar , la relacion sincera de los hechos basta para dar á conocer á todo el mundo la verdad de la resurreccion , y la poca vergüenza con que la Sinagoga se valió de las mentiras mas groseras para negarla.

Dias de su sepultura. Jesucristo habia muerto á las tres de la tarde del viernes, y su Sagrado cadáver fué puesto en el sepulcro cerca de las seis del mismo dia, esto es, poco antes de principiar las fiestas del Sábado y de la Pascua. En él permaneció hasta la media noche, y *este fué el primer dia de su sepultura*, contando la parte por el todo, segun uso comun. Continuó en él hasta la media noche del Sábado y *este fue el segundo dia*, y terminó en la aurora del domingo y *este fué el dia tercero* en el que salió el Redentor del sepulcro, victorioso de la muerte, dando cumplimiento á tantas Profecias, realidad á tantas figuras y existencia á aquella solemne promesa que habia hecho tantas veces de que resucitaria al tercero dia de entre los muertos.

Su bajada al limbo. En el momento que espiró Jesucristo, bajó su alma Santisima al seno de Abraham, donde estaban las de los Santos Padres esperando su santo advenimiento. ¡Qué bajada tan dichosa para aquellas almas santas! ¡Qué visita tan amable y tan deseada! Todos los justos de la antigua alianza vieron en este venturoso dia al divino libertador, que habia sido deseado por tantos siglos... En el momento que el Hijo de Dios entró en aquella mansion de la esperanza, todos fueron inundados de una inmensa luz y principiaron á ser bienaventurados, para continuar siéndolo despues eternamente en la gloria.

Su resurreccion. Jesucristo habia bajado á este seno el viernes por la tarde, y el domingo al apuntar el alba, llevando consigo á la multitud

de cautivos que habia redimido con su sangre, volvió á tomar en el sepulcro la vida humana, que habia dejado cuando espiró sobre la cruz. Estaba el Sagrado cadáver tendido en el sepulcro con aquella lastimosa figura que habia presentado cuando le bajaron de la cruz; agujereados y rasgados sus pies y manos Santisimas, abierto su Sacratísimo costado, penetrada de espinas su divina cabeza y cubierto todo su cuerpo de sangre cuajada y denegrada. En tan lastimoso estado entra en El su alma gloriosa, se une con Él, le dá nueva vida, le penetra y llena de su gloria y le vuelve mas hermoso y luminoso que el sol en medio del mas claro dia; y siendo ya un cuerpo glorioso, sale del sepulcro en virtud del don de sutileza, sin romper, ni levantar, ni trastornar la enorme piedra con que estaba cerrado.

El alma de Jesucristo era bienaventurada desde el momento que el Hijo de Dios la unió á si mismo en su Encarnacion, pero no comunicaba al cuerpo su bienaventuranza para dar lugar á los padecimientos y á la muerte que venia á sufrir por la redencion del género humano, mas ahora que ha entrado en la plenitud de su gloria desde que espiró el cuerpo en la cruz, se la comunica tan entera y cumplida, cuanto es capaz de poseerla un cuerpo resucitado.

Hay un gran terremoto y la guardia huye. Como el Señor no habia movido la piedra, ni hecho ruido alguno para salir del sepulcro, nada advirtieron los soldados de la guardia de lo que pasaba tan cerca de ellos. No supieron que habia

resucitado aquel cuya custodia les estaba tan encargada, hasta que bajando un Angel del cielo causó un grande terremoto, y en medio de él se acercó al sepulcro, volvió la piedra de su entrada y se sentó sobre ella. Su semblante era semejante á un relámpago, centelleaban sus ojos, y su vestido era mas blanco que la nieve. Los guardias no pudieron sostenerse á su vista y cayeron de espaldas como muertos. Mas luego que poco á poco fueron volviendo en sí y llegaron á recobrar los sentidos y las fuerzas, huyeron asombrados de aquel lugar donde habian tenido su vida por perdida.

Caminan las Marias al sepulcro en la madrugada del domingo. Ya digimos que Maria Magdalena y Maria, madre de Santiago el menor, estaban comprando en Jerusalén las prevenciones para embalsamar por sí y mas ricamente el cuerpo del Señor, cuando principió la solemnidad de la Pascua, y tuvieron que parar hasta que pasase este dia; mas luego que se concluyó en la vispera del domingo, volvieron á continuar haciendo sus prevenciones para ir al sepulcro la mañana siguiente lo mas pronto que las fuese permitido salir de la ciudad. Varias mujeres piadosas, y compañeras ordinarias de los viajes del Señor, quisieron acompañarlas; entre otras, Juana, mujer de Chusas, Procurador de Herodes, y Maria Salomé, madre de Santiago el mayor y de Juan. Como habian pasado todo el dia de la Pascua en retiro, ignoraban que se hubiese sellado el sepulcro y puesto soldados que le guardasen, y fué

una ignorancia feliz para que no desistiesen acaso de su viaje al Calvario.

Sin esta noticia salieron de Jerusalén antes de amanecer, para tener tiempo de embalsamar con entera libertad el cuerpo del Señor antes que viese el día; pero ya fuese porque reunidas advertiesen que faltaban algunas de las provisiones necesarias y se viesen precisadas á esperar el día para volver á comprarlas; ya porque el peso y embarazo de lo que llevaban, las hiciese largo y difícil este viaje, ya porque la oscuridad (y esto es lo mas creible) les causase temor cuando se hallaron fuera de la ciudad y enteramente solas, ó ya en fin, por otros motivos que no nos han dicho los Evangelistas; lo cierto es que á pesar de haber salido antes de amanecer de Jerusalén, y de estar el sepulcro tan cerca, no llegaron á él hasta salido ya el sol. Sin embargo, Maria Magdalena, cuya viveza é intrepidez era incomparable, en nada se detuvo, y llegó al sepulcro cuando todo estaba en tinieblas. Aunque apenas veía por donde caminaba, no se extravió, porque el amor habia impreso en su corazon muy profundamente todos los pasos que habia dado por él su querido Maestro. Entró en el huerto; se acercó al sepulcro, y lo primero que alcanzó á ver fué la enorme piedra que le cerraba retirada de su entrada.

Magdalena encuentra abierto el sepulcro y corre á decirlo á Pedro y á Juan. El Angel que habia volcado la piedra y aterrado á los soldados, no se presentó á Magdalena, y como era tan viva, al ver abierto el sepulcro, creyó que

durante la noche habia sido robado el cuerpo de su divino Maestro. Corrió á Jerusalén por el camino mas breve, y sin encontrarse, y acaso sin acordarse de sus compañeras, llegó á la casa de Pedro, cabeza del Apostolado, que vivia con Juan, el discipulo amado, y les dijo: han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos donde le han puesto. Desde luego conocieron los dos Apóstoles las consecuencias de esta novedad, y juzgaron de la mayor importancia asegurarse de ella; pues aunque conocian la veracidad de Magdalena, el temor natural de mujer podia haberla engañado, tanto mas, cuanto era todavia de noche.

Pedro y Juan corren al sepulcro y le encuentran abierto. Con esta noticia, Pedro y Juan corrieron al sepulcro. Corrian los dos juntos, pero Juan, como mas jóven, corrió mas que Pedro y llegó el primero, y habiéndose inclinado, vió en el suelo los lienzos, esto es, la Sábana en que habia sido envuelto el Sagrado cadáver, y las fajas con que habia sido ceñido, pero no entró en el sepulcro. Convenia para la autorizacion que Pedro, como cabeza que era del Colegio Apostólico, y que iba á ser de la Iglesia de Jesucristo, fuese el primero que le registrase y pudiese dar testimonio de la resurreccion del Señor, viendo las pruebas desde su principio. Llegó, pues, Pedro postrero que Juan, pero entró primero. Vió, como Juan, la mortaja de Jesucristo en el suelo, y vió ademas, puesto aparte de la mortaja en un lugar separado, el sudario con que habia sido cubierto su divino rostro, y que Juan no habia

visto. Pedro quedó lleno de admiracion y alegria. No vió, ni al Señor, ni á los Angeles; pero vió el campo abandonado por la guardia, la piedra del sepulcro volcada, el sepulcro vacio, la mortaja en el suelo, el sudario envuelto y puesto en un lugar separado, dando todo señales y pruebas de la resurreccion del Señor. Entró despues Juan, vió lo mismo que Pedro, hizo las mismas observaciones, y se convenció como él de la resurreccion del Señor. Por lo que acabamos de decir se puede hacer juicio ¡con cuánto consuelo volverian estos dos Apóstoles á Jerusalén!

Con la mejor voluntad habrian permanecido al lado del sepulcro, mansion memorable donde acababa de ser vestido de gloria el cuerpo de su divino Maestro; pero el dia llegaba y no convenia, ni á los intereses de la resurreccion, ni á los mismos Apóstoles, que fuesen sorprendidos en aquel sitio dos hombres, los mas íntimos del Crucificado, porque no les perdonaria la calumnia este encuentro; y asi les fué necesario volverse á Jerusalén. No debia suceder lo mismo con una mujer á la que verian llorar sobre el sepulcro de un difunto, á quien amaba y habia honrado siempre. Tal era Magdalena, que habiendo seguido á los dos Apóstoles desde Jerusalén al sepulcro, y que no resolviéndose á desampararle, se quedó llorando á su entrada; mas no tardó en recibir una parte del premio de su constancia. Mientras que asi la regaba con sus ardientes lágrimas, miraba á una y otra parte con la inquietud propia de una mujer afligida que busca su tesoro.

Ve Magdalena dos Angeles en el sepulcro.

Dirigia muchas veces sus miradas hácia lo hondo del sepulcro, pero nada descubria, hasta que al fin alcanzó á ver, no á su divino Maestro; pero si á dos Angeles vestidos de blanco y sentados, uno á la cabecera y otro á los pies, donde habia estado puesto el cuerpo del Señor. ¿Por qué lloras? la dijeron. Lloro, respondió, porque han quitado á mi Señor y no sé donde le han puesto.

Se la presenta el Señor. Cuando decia esto, ocupada siempre de la inquietud por hallar á su divino Maestro, se volvió á mirar hácia atrás y vió á Jesus de pie, pero no le conoció. Mujer, la dijo el Señor, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, si tú le has llevado, le dijo (pero sin decir á quien, porque los que aman ardientemente creen que todos piensan en aquello que ellos aman). Si tú le has llevado dime donde le has puesto y yo me le llevaré. Dicho esto se volvió á mirar al sepulcro, donde su imaginacion la estaba representando siempre el Sagrado cadáver en la figura que le habia visto al enterrarle. Entónces el Señor, á quien habia tenido por hortelano, la dijo: *María.* Conoce Magdalena por la voz, al que no habia conocido por la presencia, ó mas bien, conoce Magdalena al Señor, porque el Señor la ilumina, la habla al corazon y la dá el conocimiento. Magdalena se vuelve absorta de gozo y exclama: ¡Mi querido Maestro!!! Se arroja á sus divinos pies, baña con lágrimas de una suma alegria aquellos mismos pies que habia lavado en casa del Fari-

seo con lágrimas del mas profundo dolor. Quiere abrazarlos y besarlos, como lo habia hecho cuando era una pecadora; pero la dice el Señor: no me toques: que fué decirla, no te detengas en manifestar tu amor; Yo le conozco. Aun habrá tiempo, porque todavía no me voy á mi Padre. Lo que ahora quiero es que vayas á decir á mis hermanos (los Apóstoles) que he resucitado, que me has visto, y que de aquí á poco subiré á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

Desapareció el Señor y Magdalena corrió otra vez á Jerusalén á los Apóstoles, y les dijo: he visto al Señor, y esto me ha dicho: refirió cuanto la habia pasado en el huerto; pero si Pedro y Juan, ya convencidos, creyeron sin dudar la relacion de Magdalena, ella halló á los otros Apóstoles y á los discipulos tan afligidos, que se les caian las lágrimas sin poder contenerlas, y tan incrédulos, que nada les pudo persuadir de que vivia su divino Maestro. Yo he visto, decia Magdalena, dos hermosos Angeles sentados uno á la cabecera y otro á los pies de la sepultura. Yo he visto al Señor y me ha hablado; pero ellos miraban las noticias, que daba Magdalena, como de una mujer á quien engaña su Amor. Todo cuanto habia sucedido desde la primera llegada de Magdalena al sepulcro, habia pasado en poco tiempo. Sus viajes no habian sido otra cosa que rápidas carreras que manifestaban toda su viveza y su amor. Apenas salia el sol, cuando ya estaba en Jerusalén por segunda vez.

Llegan las Marías al sepulcro, salido ya el sol. Sus compañeras, que habían salido tan de mañana como ella, no llegaron al sepulcro hasta salido el sol, al paso que Magdalena había llegado durante la obscuridad de la noche. Como estas piadosas mujeres no tenían noticia de Magdalena, porque había tomado otro camino mas breve para ir y venir á los Apóstoles, y su objeto principal era embalsamar el cuerpo del Señor, iban muy cuidadosas acerca de la enorme piedra que cerraba el sepulcro, y se decían unas á otras: ¿quién nos retirará la piedra que cubre el sepulcro?

Le encuentran abierto y un Angel en él. Pero mirando hácia él, luego que entraron en el huerto, vieron volcada la piedra. Su alegría al verla retirada, fué grande porque efectivamente la piedra era tan pesada que todas juntas no bastarian á retirarla, tanto menos, cuanto no estaba la entrada del sepulcro al costado, sinó en el plano de lo alto, y era necesario levantarla á pulso, como suele decirse. Estando ya abierto, entraron desde luego en él, pero no bajaron á su fondo, porque vieron á la derecha un Angel, en figura de un jóven, vestido de un ropaje blanco y se asustaron. No os atemoriceis, las dijo el Angel. Vosotras buscáis á Jesus Nazareno, que fué crucificado: resucitó. No está aqui. Venid y vereis el lugar donde había sido puesto el Señor. Id luego y decid á sus discipulos y á Pedro, que ha resucitado, que va delante de ellos á Galilea, y que allí le verán, como se lo ha prometido. El

Angel, fiel Ministro del Señor, hace aqui particular mencion de Pedro para honrar á la cabeza del Apóstolado, como lo habia hecho muchas veces Jesucristo. El Angel habia dicho á las mujeres que viesen el lugar donde habia sido puesto el Señor; y antes de partir á Jerusalén, bajaron á lo hondo del sepulcro, le registraron; pero le hallaron vacio, sin encontrar otra cosa que la mortaja y el sudario de su divino Maestro. Quedaron fuera de si, porque no hallaron el cuerpo del Señor, y como si nada las hubiera dicho el Angel acerca de su resurrección, creyeron como Magdalena que le habian hurtado.

Se las presentan dos Angeles. Se entregaron al sentimiento y las lágrimas; pero cuando estaban mas afligidas, he aqui que dos varones con vestidos resplandecientes se pusieron junto á ellas, y como temiesen y bajasen sus ojos hácia la tierra por vergüenza, las dijeron: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado. No está aqui. Acordaos de esto que os dijo, estando en Galilea: conviene que el Hijo del hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercero dia. Entonces se acordaron de las palabras del Señor, y quedaron convencidas de su resurrección.

Mas este convencimiento que las colmó de alegría, no las sosegó. Tan sobrecogidas quedaron de la vista de los Angeles, que salieron del sepulcro, no tanto como unas mujeres á quienes han dado una nueva de suma alegría, cuanto como unas mujeres que huyen asustadas de un preci-

picio. Se unieron estrechamente unas con otras, y unidas en esta disposicion, tomaron el camino de Jerusalén para ir, como las habian mandado los Angeles, á dar á los discipulos la noticia de la resurreccion de su divino Maestro. Mucho era para ellas la seguridad que las habian dado los Angeles de haber resucitado Jesucristo, y el recuerdo que las habian hecho de sus predicciones; pero no era bastante para satisfacer el tierno amor que tenian á su divino Maestro sinó llegaban á verle y abrazar sus divinos pies; y este deseo es el que las va á cumplir ahora el Señor.

Se las aparece el Señor. Cuando iban ya mas sosegadas á Jerusalén, sale á su encuentro el Señor, se deja ver en su figura ordinaria, y con su tono de voz acostumbrado, las dice: Dios os guarde. Como se presentó en traje bien conocido y las habló con el tóno de voz acostumbrado, nada tuvieron en que dudar. Corrieron al Señor, se postraron en su divina presencia, le adoraron y se abrazaron estrechamente con sus divinos pies. No las puso el Señor las dificultades que á Magdalena, porque no urgia su viaje, como el de aquella, y las dejó satisfacer su tierna devocion.

De esta manera se entrega nuestro amantísimo Jesus hasta el dia de hoy y se entregará siempre á los fervores de las almas interiores. Las que se hacen dignas de sus visitas, como estas santas mujeres, entenderán lo que decimos; pues si Jesus resucitado no se comunica sinó á un pequeño número de almas, es porque la multitud, engañada con la apariencia de este mundo, no busca

á Jesucristo ; no estudia en Jesucristo ; no se ocupa en amar á Jesucristo ; ni se cuida de hacerse digna de ser amada de Jesucristo. Pero ¡ qué dicha para un alma cristiana ser amada de Jesucristo ! ¡ ser visitada de Jesucristo ! ¡ Hablo de aquellas visitas secretas , en que sin mostrarse el Señor á los ojos del cuerpo , hace que se oiga su voz en lo íntimo del corazón , y que se sienta en él la uníon de su divino amor ! En estos momentos felices , y siempre breves , es en los que se gusta la religion y la virtud , y en los que todo el mundo parece nada. Tales debieron parecer á las santas mujeres los momentos que estuvieron á los pies de Jesucristo. La dulce escena de estas piadosas discipulas , abrazadas con los pies de su divino Maestro , y regándolos con las mas ardientes lágrimas de alegría , se concluyó con un precioso encargo que las hizo Jesucristo para sus Apóstoles y discipulos. No temais , las dijo. Id , y anunciad á mis hermanos que vayan á Galilea. Allí me verán. Al concluir estas palabras , desapareció el Señor , pero no su memoria que daba alas á los pies de sus siervas para volar á cumplir su divino mandato. Así fué que en pocos momentos llegaron á Jerusalén las que habian tardado horas en ir al sepulcro.

Resistencia de algunos Apóstoles y discipulos á creer la resurreccion del Señor. Entran las fervorosas mujeres en casa de Pedro y Juan , donde la primera noticia de la resurreccion del Señor , traida por la Magdalena , habia juntado los Apóstoles y muchos discipulos , refieren indivi-

dualmente su viaje; cuentan lo que las habian dicho los Angeles; lo que habian visto en el sepulcro; el sumo gozo que habian tenido en ver al Señor resucitado, adorarle, besarle los pies, regarlos con sus lágrimas, hablarle y ser encargadas de darles el aviso de ir á Galilea; y se empeñan en que se cumpla este encargo lo mas pronto posible. Todos los testimonios de la resurreccion del Señor convenian. Magdalena estaba presente y sostenia la verdad del suyo. Pedro y Juan daban cuenta de lo que habian visto. Maria, madre de Santiago el menor; Juana, mujer del administrador de Herodes; y sus compañeras, conocidas todas por prudentes, sinceras y veraces... todas afirmaban con unánime consentimiento sucesos tan circunstanciados, que ni la imaginacion mas fogosa podria figurarlos sinó hubieran sucedido, y solo conviniéndose estas santas mujeres en mentir con pleno conocimiento, y en componer y publicar un embuste, podrian asegurarlos. Por otra parte, estos sucesos estaban anunciados repetidas veces por los Patriarcas, por los Profetas y por el mismo Jesucristo, y su cumplimiento debia verificarse precisamente en estos dias y circunstancias.

Tantas pruebas y tan claras no bastaron sin embargo á convencer el espiritu de algunos Apóstoles y discipulos, que en fuerza de desear la resurreccion de su divino Maestro, ninguna prueba les parecia suficiente para creerla. Estaban fuera de sí de gozo, y á pesar de esto no creian, dice el Evangelista San Lucas. No contradecian la re-

lacion de Pedro. Creían con gusto sobre su palabra, que el sepulcro estaba sin guardia y la piedra volcada; que el cuerpo de Jesucristo no estaba en él; que los lienzos y el sudario estaban como él decia... pero Pedro no decia que hubiese visto al Señor resucitado, y esto era lo que ellos querían, y tambien verle ellos mismos. Las apariciones, ya de Jesucristo, ya de los Angeles, no tenían á Pedro por testigo, sinó á algunas mujeres, á cuyo número, calidad, veracidad, virtud y santidad no se hacia por esta vez bastante justicia; y Magdalena vió tratar de visionarias á sus compañeras, del mismo modo que lo habia sido ella. Mas Pedro, convencido como estaba ya por sí mismo de que Jesucristo habia resucitado, no tuvo dificultad en creer las diversas apariciones del Señor y sus Angeles á las santas mujeres, y solo trató del viaje á la Galilea para tener el indecible consuelo de verle resucitado.

Jesucristo les manda muchas veces que vayan á verle resucitado en Galilea. Siempre que Jesucristo les habia hablado antes de morir de sus primeras apariciones despues que resucitase, les habia señalado, para dejarse ver, la Galilea. Todos vosotros padecereis escándalo en mí en esta noche, les decia la vispera de su muerte, porque escrito está: heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño; pero despues que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea. Apenas resucita, cuando hace decir, por medio de un Angel, á las santas mujeres que venian á embalsamar su cuerpo en el sepulcro: ha resucitado; no está aquí.

Id, y decid á sus discípulos, y á Pedro: va delante de vosotros á la Galilea. Allí le vereis como os lo tiene dicho. Cuando estas piadosas mujeres iban en camino á cumplir el encargo del Angel, Jesus mismo las sale al encuentro, y despues de permitirles que abracen sus divinos pies y le adoren: id, las dice, y decid á mis hermanos que vayan á Galilea que allí me verán. En vista de estos pasajes en que Jesucristo mandaba á sus Apóstoles y discípulos que fuesen á verle resucitado á la Galilea, se convinieron todos en hacer este viaje; bien fuese á un edificio cercano á Jerusalén, que llamaban *Galilea*, porque era de los Galileos; bien fuese á la provincia de Galilea.

Avisan unos soldados de la guardia á la Sinagoga la resurreccion del Señor. Algunos de los soldados de la guardia, que asustados por el terremoto y de la vista del Angel habian huido desparvoridos del sepulcro, se volvieron á juntar salido ya el sol; vinieron á Jerusalén y dieron aviso á los Principes de los Sacerdotes de todo lo que habia pasado. En la obscuridad de la noche, les dijeron, tembló la tierra. Un Angel mas resplandeciente que el sol, volcó la piedra que cerraba el sepulcro y se sentó sobre ella. Sus ojos centelleaban, y las miradas que nos dirigia, eran tan terribles, que caimos de espaldas medio muertos. Ignoramos el tiempo que estuvimos sin sentido; pero al fin volvimos poco á poco de nuestro espanto. Entonces nos entregamos á huir como y por donde pudimos, y vednos aquí sin haber vuelto todavía enteramente de nuestro terror, pero persuadidos

de que Jesucristo ha resucitado, y su cuerpo no está en el sepulcro. A nosotros tocaba hacer una relacion exacta, como la hacemos, de todo lo ocurrido; á vosotros toca ahora averiguar lo que haya sobre este asombroso suceso. Desde luego parecia consiguiente que los Principes procedieran á registrar el sepulcro, y aunque no hallarian alli el cadáver, á lo menos verian que no estaba alli, y acaso encontrarian la mortaja, los lienzos y el sudario, pues regularmente no habrian sido retirados todavia, habiendo pasado tan poco tiempo, porque la noticia de la resurreccion del crucificado se les dió por la mañana. Es verdad que luego juntaron un Concilio, compuesto de los Principes de los Sacerdotes y de los Ancianos del pueblo; pero en vez de ocuparse de registrar el sepulcro, de averiguar los hechos, de confrontarlos con las Profecias, y de estudiar en ellas la resurreccion del Mesias, solo pensaron en asegurar su feroz triunfo. No se habló de resurreccion. Jesucristo habia sido crucificado, y el asunto estaba concluido.

Les dan mucho dinero para que digan, que estando ellos dormidos, le hurtaron sus discípulos. Pero ¿cómo ocultar y negar lo que decian los soldados? Les daremos mucho dinero, dijeron, para que callen lo que ha pasado; y publiquen: que estando ellos dormidos, vinieron de noche sus discípulos y le robaron. ¡Miserable recurso! ¿Con que nos traeis, dice aqui san Agustin, burlándose de los Principes de los Sacerdotes y de los Ancianos, con que nos traeis por testigos á hombres

dormidos? Vosotros si que estais verdaderamente dormidos cuando soñais tales sueños. Sin embargo, la impostura, á pesar de ser evidente, pasó adelante. Los soldados lo tomaron y publicaron el embuste á pesar de los gritos de su conciencia (¡pero qué no consigue el dinero!) y este embuste continúa creyéndose entre los Judios hasta el dia de hoy, decia San Mateo, cuando escribia su Evangelio.

Desde luego se deja conocer que publicado en Jerusalén, por los soldados, que los discipulos del crucificado habian robado su cuerpo, debian atraerse estos el ódio público y correr muchos peligros. Se mantuvieron ocultos el resto de aquel dia hasta que llegó la noche, y entónces cada uno por su parte se dirigió á la Galilea, donde pudieron reunirse á favor de la obscuridad. En poco tiempo se hallaron juntos los once Apóstoles, excepto Tomás, llamado el Didimo, que no pareció allí, sin duda para ser otra prueba de que Jesucristo habia resucitado verdaderamente, como veremos despues. Con los Apóstoles habian ido muchos discipulos y todos se encerraron en un edificio de la Galilea, ya por temor de los Judios, y ya para esperar allí la visita del Señor resucitado. Mas antes que esta se verificase, tuvo lugar un suceso bien interesante y glorioso que habia de servir de última preparacion para la aparicion de Jesucristo resucitado á sus Apóstoles y discipulos.

Se aparece el Señor á dos discipulos en Emaus.
 Cuando menos lo esperaban, llamaron dos disci-

pulos á la puerta , y como eran conocidos, luego se les dió entrada. Iban como fuera de sí de gozo. Uno se llamaba Cleofás , y acaso era el padre de Santiago el menor. Se ignora el nombre del otro, aunque algunos presumen que se llamaba Cefas. Estos dos discípulos habian salido de Jerusalén como al medio dia para llegar al fin de la tarde al castillo ó aldea de Emaus , distante dos leguas de la capital , y hé aqui el suceso de su viaje, segun le refirió uno de ellos á Pedro y los demás Apóstoles y discípulos, y nos lo dejó escrito el Evangelista San Lucas.

En aquel mismo dia (de la resurreccion del Señor) iban dos discípulos á una aldea , llamada Emaus , que distaba de Jerusalén sesenta estadios (dos leguas). Ellos caminaban hablando entre sí de todas estas cosas que habian sucedido; y cuando iban preguntándose el uno al otro , acercándose el mismo Jesus , iba con ellos , pero sus ojos eran detenidos para que no le conociesen. Entonces les dijo el Señor : ¿qué conversaciones son esas que traéis entre vosotros caminando? ¿ y por qué estais tristes? Y respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás , le dijo : ¿tú solo eres peregrino en Jerusalén para no saber lo que alli ha pasado estos dias? ¿Pues qué ha sucedido? les preguntó el Señor ; y ellos le respondieron: (Ha sido) acerca de Jesus Nazareno , que fué un varon Profeta , poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes á condenacion de muerte y le crucificaron.

Mas nosotros esperábamos que seria Él quien redimiese á Israel, y ya hoy es el tercero dia que sucedieron estas cosas. Sin embargo unas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado; porque habiendo ido antes de amanecer al sepulcro, y no habiendo hallado el cuerpo, han venido diciendo que han visto allí vision de Angeles, los cuales las han dicho que vive, y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y todo lo hallaron como las mujeres lo habian referido, mas no hallaron al Señor. Entónces les dijo Jesus: ¡ Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que han dicho los Profetas! ¡ Pues qué, no convenia que Cristo padeciese y entrase asi en su gloria! Y comenzando desde Moisés y desde todos los Profetas, les interpretaba todas las Escrituras que hablaban de Él. En esto se acercaron al Castillo (de Emaus) á donde iban; y Él dió á entender que iba mas adelante; pero le obligaron (á fuerza de ruegos) á detenerse, diciendo: quédate con nosotros, porque es ya tarde y el dia va á acabarse. Entró al fin en su casa ó alojamiento, y sucedió, que estando sentado á la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo alargaba. Ellos lo tomaron y lo comieron. Aquí se abrieron sus ojos y le conocieron y el Señor se desapareció de su vista.

El sentir de los Santos Padres es, que Jesu-
cristo les dió su Sacratísimo cuerpo y preciosí-
sima sangre en el pan consagrado con su bendicion,
recompensando con un esceso inmenso la caridad
que habian usado con Él, obligándole con ruegos

á entrar en su casa y sentarse á su mesa. Nunca podrian estar mejor dispuestos estos dichosos discipulos para recibir el adorable Sacramento, que despues de haber conversado con su divino Autor largo tiempo. ¡ Pluguiese al cielo que nos cupiese á todos los Cristianos una conversacion sejante antes de recibirle ! Una Comuniõn tan santa produjo los mas prodigiosos efectos. Se les abrieron los ojos para conocer al Señor, desaparecieron de su entendimiento todas las dudas acerca de su resurreccion y se encendió mas y mas su corazon en su amor.

¡ Por ventura, se decian uno á otro, luego que quedaron solos, ¡ por ventura, no ardía nuestro corazon dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos esplicaba las Escrituras ! Diciendo esto, se levantaron en la misma hora, corrieron á Galilea á contar lo que les habia sucedido ; y hallaron reunidos á los Apóstoles y los discipulos, que estaban diciendo : ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido á Simon.

Aparicion del Señor á Simon. Se ignora quando hizo Jesucristo esta consoladora visita á su penitente Simon Pedro, que tantas lágrimas habia derramado desde que negó á su divino Maestro; pero no parece que se puede dudar que fué anterior á la de los discipulos de Emaus, por ser la cabeza del colegio Apostólico y de su futura esposa la Iglesia ; y por consiguiente, que tambien fué anterior á la de todos los demás Apóstoles. Luego contaron estos dos discipulos quanto les

habia sucedido en el camino, y cómo habian conocido al Señor en partir el pan.

Se aparece á los Apóstoles reunidos. Cuando ya se hallaba muy adelantada la noche de aquel dia, que era el domingo ó primero de la semana, estando cerradas las puertas donde se hallaban reunidos los Apóstoles y discipulos, vino el Señor y se puso en medio de ellos. Como tenian bien cerradas las puertas por miedo de los Judíos, y nadie las habia abierto, todos turbados, juzgaban que veian un Espíritu ó fantasma, pues no entendian que un cuerpo pudiese entrar donde no habia entrada, porque ignoraban todavia, los dotes de los cuerpos gloriosos. Jesucristo en los cuarenta dias que mediaron desde su Resurreccion hasta su Ascension á los cielos, suspendia en sus apariciones el dote de claridad, pero no el de agilidad, impassibilidad y sutileza; y en virtud de este último entró ahora en el edificio donde estaban congregados sus Apóstoles y discipulos, á los que saludó con estas dulces palabras: la paz sea con vosotros. ¿Por que estais turbados y afligen vuestros corazones pensamientos inquietos? No temais: Yo soy, y al verle, le adoraron.

Les muestra las manos, los pies y el costado, y los pide de comer. Mas algunos dudaron todavia y les dijo el Señor: ved mis manos y mis pies, que Yo mismo soy. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne, ni huesos como veis que Yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró las manos, los pies y el costado. Mas como aun no lo acabasen de creer y estuviesen como fuera de

si de alegría, les dijo el Señor : ¿ teneis aqui algo que comer ? Y ellos le presentaron parte de un pez asado , y un panal de miel . Les pidió de comer para convencerles , porque era tal el exceso de su gozo que les tenia trastornados , y tan fuera de si , que no creian lo mismo que veian y tocaban ; y desconfiando de sus propios sentidos, creian que soñaban . Comió el Señor delante de ellos (y á su vista) el pez y miel que le habian presentado , y para que viesen que habia comido del panal y del pez , sin variar este alimento , ni hacerle aparente , tomó las sobras y se las dió para que las comiesen . Todo esto era ya un exceso de condescendencia , si asi puede decirse ; sin embargo no pareció á nuestro amorosísimo Redentor que hacia demás para asegurar la fé de su resurreccion en los espíritus de aquellos que destinaba y disponia para morir en su defensa .

Los abre el sentido de las Sagradas Escrituras.

Despues de unas pruebas tan palpables de su resurreccion : esto, les dijo , es lo que os hablé, cuando estaba con vosotros : (á saber) que era necesario que se cumpliese todo lo que estaba escrito de mi en Moisés , en los Profetas y en los Salmos . Entónces les abrió el sentido de las Escrituras , diciendo : asi está escrito ; y asi convenia que Cristo padeciese y resucitase al tercero dia de entre los muertos , y que en su nombre se predicase penitencia y remision de los pecados para todas las gentes , principiando por Jerusalén . Vosotros sois testigos de todas estas cosas ; que fué decirles : vosotros que lo habeis visto todo,

lo predicareis todo, y dareis noticia y testimonio á todo el mundo de mi vida, mi doctrina, mi pasion, mi muerte y mi resurreccion.

Les autoriza para enseñar y bautizar á todas las gentes. Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado; en cuyo mandamiento se ve, que no basta saber las verdades de la fé y creerlas, sinó que es necesario tambien saber las reglas de las buenas costumbres y guardarlas todas, á lo menos en lo esencial y grave; porque, como dice el Apóstol Santiago: cualquiera que hubiese guardado toda la ley y faltase (gravemente) en uno de sus mandamientos, se ha hecho culpable de todos, y así no basta, dice San Gerónimo, tener fé y haber recibido el bautismo, sinó que es necesario observar todo lo que el Hijo de Dios ha mandado por sus Apóstoles, que fueron los Ministros de su divina palabra. Id, pues, por todo el mundo, les dijo el Señor, y predicad el Evangelio á toda criatura (á todos los hombres, á todas las naciones, sin excepcion de Judío, ni Gentil, de Bárbaro ni de Pagano). El que creyere y fuere bautizado (y además guardare la ley) será salvo; pero el que no, será condenado.

Estas son las señales que seguirán á los que creyeren (con fé viva). En mi nombre lanzarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán las serpientes, y si bebieren alguna cosa (dañosa)

no les dañará ; pondrán las manos sobre los enfermos , y sanarán. Todos estos milagros , de que nos habla aquí San Marcos al concluir su Evangelio , fueron necesarios en el principio de la Iglesia para plantar la fé ; así como es necesario el riego del arbolito , dice San Agustin , para plantarle y hacer que arraigue y que crezca.

Promete su asistencia á la Iglesia hasta que se acabe el mundo. San Mateo , Apóstol y Evangelista , cuyo Evangelio es el mas largo de todos , le concluye aquí con esta consoladora promesa de su divino Maestro : he ahí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo. Promesa sobre la cual está fundada la duracion de la Iglesia , y contra la que en ningun tiempo prevalecerán , ni las potestades del mundo , ni las del infierno , porque está Jesucristo con ella hasta la consumacion de los siglos.

Da facultad para perdonar los pecados. Jesucristo habia ya conferido á sus Apóstoles parte del Sacerdocio cuando en la última cena , instituyendo el Santisimo Sacramento , les habia dado facultad para consagrar su cuerpo y su sangre , haciéndoles Sacrificadores de la nueva alianza ; tambien les habia establecido ya predicadores de su divina palabra con poder para anunciarla en todo el mundo por si , por sus sucesores , y por aquellos á quienes tuvieron á bien encargar este Sagrado Ministerio ; y para darlos un poder que jamás concedió á sus Angeles , la paz sea con vosotros , les dice. Como me envió mi Padre , así tambien Yo os envio ; y dicho esto , sopló sobre

ellos, diciendo: recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, perdonados les quedan; y á los que los retuviéreis, tambien les quedan retenidos. Soplo divino que les dió autoridad para perdonar todos los pecados del mundo cometidos despues del Bautismo, siempre que los pecadores se presenten al Confesor con un corazón penitente, y manifiesten sus pecados segun están en su conciencia, como dice el Santo Concilio de Trento, á fin de que el Confesor pueda juzgar y sentenciar con conocimiento de causa, y poner la pena ó penitencia justa. Soplo divino que produjo el Sacramento de la Penitencia; ese interesantísimo é inapreciable Sacramento que ha descargado y descarga á tantas almas del peso enorme de sus culpas y que las purifica y hace dignas de entrar en el cielo. Finalmente, soplo divino al que deben la mayor parte de los Cristianos adúlto la gloria que poseen; porque es indudable, que de los que llegan al uso de la razón, lleva mas al cielo la penitencia que la inocencia; y ¡ojalá que los Cristianos nos aprovechásemos con mas frecuencia y mas fruto de este remedio salvador que dejó Jesucristo en su Iglesia! En esta primera visita que hizo Jesucristo resucitado á sus Apóstoles reunidos, no se encontró Tomás, y el Señor, despues de formar su Iglesia, concederla facultades propias de su amada Esposa y dejarla autorizada para perdonar los pecados, desapareció y no volvió á aparecerse hasta el domingo siguiente: esto es, á los ocho dias.

Acompañan á Jesucristo las almas del Limbo. Nada nos dicen los Sagrados Evangelistas acerca de Jesucristo resucitado, por lo que hace á los cuarenta dias que estuvo en el mundo hasta que subió á los cielos, mas que sus apariciones; pero no hay razon para dudar que los pasó acompañado de los Justos que habia sacado del Limbo hasta que subió con ellos al cielo á sentarse á la diestra de su Eterno Padre. Por lo que toca á los Apóstoles y discipulos, creemos que debieron pasar estos ocho dias despues de la Pascua escondidos por causa de la persecucion de los Judíos, y esperando que su querido Maestro tuviese la bondad de volver á visitarlos; y en verdad que no fué vana su esperanza. Ya hemos dicho que Tomás no estaba con los demas Apóstoles cuando vino Jesus en la noche del primer domingo, y que no se halló en aquella aparicion. Tomás se presentó á los Apóstoles en uno de los ocho dias que mediaron hasta la aparicion del domingo siguiente, y luego le dijeron los demas: hemos visto al Señor; pero Tomás les contestó: si yo no viere en sus manos la abertura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano (tan atroz fué la lanzada) en la abertura de su costado, no lo creeré; recias eran estas condiciones, pero la piedad del Señor le sacó luego de su incredulidad con su condescendencia.

Se aparece al incrédulo Tomás. El domingo segundo de la Pascua, ocho dias despues de la primera aparicion, estando otra vez encerrados los Apóstoles y discipulos (por miedo de los Ju-

dios) y Tomas con ellos, vino el Señor, cerradas las puertas, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: la paz sea con vosotros. Y despues dijo á Tomás: mete aqui tu dedo, y mira mis manos, y dame acá tu mano y métela en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sinó fiel. Una condescendencia tan grande de parte de un hombre Dios debió ser para su discipulo una reprension sumamente severa. No es creible que Tomás se atreviese á tocar sus manos divinas y Sagrado costado. Tomás, estremecido y temblando delante de su divino Maestro, cuya Majestad no pudo sostener, sólo acertó á articular estas cortadas palabras: ¡Señor mio y Dios mio!!! Confesion viva y fervorosa, pero tardía. Y así le dijo el Señor: porque me has visto, Tomás, has creido. Bienaventurados los que no vieron y creyeron, que fué decirle: mas bienaventurados que tú fueron los que no vieron y creyeron. Sin embargo Tomás hizo aquí un acto heróico de fé, porque confesando la humanidad que ve, confiesa la divinidad que no ve. Por otra parte la incredulidad de Tomás, dice San Gerónimo, contribuyó para afirmar nuestra fé, aun mas que la docilidad con que los demas creyeron.

No se habia hallado Tomás en la aparicion del primer domingo, en la que los otros Apóstoles recibieron de Jesucristo la comision para predicar el Evangelio por todo el mundo, y la potestad para perdonar los pecados á todos los hombres, y debemos creer que fué ahora cuando se las concedió el Señor, despues de haber confesado

con tanto fervor su divinidad. Con esto concluyó Jesucristo una aparicion dirigida, segun se ve, únicamente á la conversion del discipulo incrédulo, y en seguida desapareció.

Varias apariciones. Volvió despues á aparecerse el Señor, primero á Cefas, y luego á Jacobo, que algunos quieren que fuesen dos discipulos del Señor; pero apenas cabe duda de que eran Pedro y Santiago, y luego se apareció á los once Apóstoles reunidos, despues se manifestó otra vez á sus discipulos junto al mar de Tiberiades, y se manifestó asi: estaban juntos Simon Pedro, Tomás, Natanael, que algunos quieren que sea Bartolomé, Santiago y Juan, hijos del Cebedeo, y dos discipulos (que no nos dá á conocer el Evangelista), y les dijo Simon Pedro: voy á pescar. Tambien vamos nosotros contigo, dijeron los demas.

Y entónces se dirigieron todos juntos al mar, entraron en un barco, y nada cogieron en aquella noche por mas redadas que echaron; pero cuando vino el dia se apareció Jesus en la rivera, mas no conocieron que era Jesus, y el Señor les dijo: hijos ¿teneis algo que comer? No, le respondieron; pues echad la red á la derecha del barco y hallareis. Echaron la red, y ya no podian sacarla por la multitud de peces que traia (eran ciento y cincuenta y tres). Entónces aquel discipulo, á quien amaba Jesus, dijo á Pedro: el Señor es. Al oir esto Pedro, se tertia su manto (estaba cubierto solo con la túnica) y echa á andar, ó mas bien á correr, por el mar, como po-

dria hacerlo por el terreno mas sólido y llano, y va á postrarse y abrazarse á los pies de su querido Maestro.

Ya en la vida mortal del Señor habian hecho los Apóstoles otra pesca milagrosa y muy semejante á esta por su mandado y á su nombre, y aunque no se dice allí, como aquí, el número de peces que pescaron, se dice que fué tan grande que se rompía la red; y que al verlo Pedro, se arroja á los pies de Jesucristo, diciendo; apartaos, Señor de mi, porque soy un hombre pecador.

Mientras que abrazaba Pedro los pies de su divino Maestro y le adoraba, los demás Apóstoles y discípulos venian con el barco, trayendo la red con los peces, porque el sitio donde se habia hecho la pesca milagrosa no distaba de la rivera sinó como doscientos codos (cien varas). Luego que Pedro satisfizo los primeros impulsos de su tierno amor, volvió con prontitud á ayudar á sus compañeros. Tiró con ellos de la red y la trajo á tierra, llena de grandes peces, hasta el número de ciento cincuenta y tres, y por un nuevo prodigio, la red, aunque venia cargada sobre todo lo que naturalmente podia traer sin hacerse pedazos, no se rasgó ni rompió.

Cuando bajaron á tierra, vieron brasas dispuestas, un pez asándose sobre ellas y un pan á su lado. La cariñosa Providencia de Jesucristo habia preparado este desayuno á sus discípulos porque debian estar muy fatigados, habiendo pasado toda la noche pescando y la mañana tirando del barco y de la red cargado de peces. Venid y

comed, les dijo el Señor. Ellos vinieron y se recostaron, según su costumbre, para comer; pero ninguno se atrevía á preguntar ¿quién sois? sabiendo que era el Señor. Entónces Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo hace con el pez.

Pregunta á San Pedro hasta tres veces si le ama. Era ésta ya la tercera vez que se manifestaba Jesucristo á sus Apóstoles reunidos, después que habia resucitado de entre los muertos. El día de su resurrección ó primer domingo, se manifestó á diez; porque Judas Iscariote se habia ya ahorcado, y Tomás no pareció por allí, como dejamos ya dicho. Ocho días después, ó el domingo segundo, se apareció á los once que componian entónces el colegio Apostólico, habiéndose reunido ya Tomás. Y en fin, el día de hoy se manifestó junto al mar de Tiberiades; mar célebre por la multitud de milagros que el Señor habia hecho en él y sus riveras, en los tres años de su predicación.

No se concluyó esta tercera aparición con una pesca feliz y milagrosa. Asunto mas elevado iba á tratar el Señor. Acabada la comida, preguntó á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que éstos? La pregunta parecia una sorpresa, pero Simon no se sorprendió, sino que respondió con su acostumbrada viveza: Vos, Señor, sabeis que yo os amo. Pues apacienta mis corderos. Muy reconocido debió quedar Pedro á la honra que le dispensaba su divino Maestro encargándole el cuidado de apacienta sus corde-

ros; pero debió quedar tambien muy sorprendido cuando oyó que el Señor le preguntaba segunda vez: ¿Simon, hijo de Juan, me amas? Si Señor, respondió como la primera vez, Vos, Señor, sabeis que yo os amo. Pues apacienta mis corderos. No pensaba ya el Apóstol fervoroso sinó en corresponder á la confianza que de él hacia su querido Maestro, cuando le pregunta por tercera vez. ¿Simon, hijo de Juan, me amas? Era necesario tener todo el amor que profesaba el primero de los discipulos á su divino Maestro para conocer toda la inquietud que debió causar en su pobre corazon una pregunta tantas veces repetida. Los mas tristes pensamientos, las imaginaciones mas melancólicas, la pena y la tristeza mas profunda debieron apoderarse de su alma. Él amaba mucho, pero estas repetidas preguntas le hacian temer que no amaba. Él veía sus flaquezas pasadas, y éstas le sumergian en un mar de amargura. Sumamente con tristado al oír tercera vez la misma pregunta; Vos, Señor, respondió: Vos conocéis todas las cosas. Vos sabeis que yo os amo. Pues apacienta, le dijo el Señor, mis ovejas.

Le constituye cabeza de la Iglesia. Muy breves fueron estas palabras; pero ¡con cuánto esceso no recompensaron las amarguras que acababa de experimentar el pobre Apóstol! Muy compendioso era este encargo; pero ¡á cuánto no se estendia! Por él puso Jesucristo al cuidado de Pedro, no solo todo el rebaño, representado en los corderos, sinó tambien todos los pastores de este rebaño, representados en las ovejas. Por él constituyó á

Pedro Pastor de todos los Pastores, Obispo de de todos los Obispos, Principe de todos los Principes de la Iglesia; y en fin, su Vicario ó encargado de hacer sus veces en la tierra. Tal fué constituido aqui Pedro por Jesucristo, y tales serán sus Sucesores hasta el fin de los siglos. De aqui nace que todos los fieles al pronunciar el nombre del Principe de la Iglesia, se sientan, por un género de instinto religioso, penetrados de la mas profunda veneracion, y de aquel amor y respeto que los hijos bien nacidos y criados tienen á sus padres; pero si Pedro quedaba constituido por Jesucristo cabeza de la Iglesia y puesto al frente de todo el rebaño, tambien debia defender á la Iglesia y dar hasta la última gota de su sangre por el rebaño; y esto fué lo que le recordó aqui su divino Maestro en las siguientes palabras: en verdad, en verdad te digo, que cuando eras jóven te ceñias tu, é ibas á donde querias, mas cuando fueres anciano, estenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará á donde tú no quieras.

Habia preguntado el Señor á San Pedro hasta tres veces si le amaba, no porque desconfiase de su amor, sinó para reparar con tres confesiones sus tres negaciones; para disponerle á tomar sobre sí el peso inmenso de cuidar de todo su rebaño, y para hacerle entender que debia amarle hasta la muerte; á la que le llevarian, no la enfermedad, sinó los verdugos. Esta Profecía lejos de afligir á San Pedro, solo hizo que suspirase en adelante por el honor de verla cumplida muriendo en una cruz, no cabeza arriba, como

su divino Maestro, sinó cabeza abajo, como lo pidió su humildad.

Pregunta Pedro á Jesucristo sobre el destino de Juan. Jesucristo, despues de poner á Pedro al frente de su Iglesia, le dijo: sigueme; pero volviéndose Pedro, vió que tambien le seguia aquel otro disdipulo á quien amaba el Señor, y que en la noche de la cena estuvo recostado sobre su pecho y le preguntó, quién era el que le habia de entregar. Sabia Pedro la ternura con que el Señor amaba á este privilegiado discipulo, y se determinó á preguntarle: ¿Señor, y éste qué? Como si dijera: me habeis mandado que os siga ¿y vendrá éste conmigo? El Señor no juzgó conveniente satisfacer una curiosidad de su Apóstol, aunque fuese motivada por el deseo de que le acompañase su amado Juan, y contestó: así quiero que él quede hasta que yo venga ¿qué te va á tí? tú sigueme. Y luego se corrió la voz entre los hermanos de que aquel discipulo no moriria, y no dijo Jesus á Pedro que no moriria, sinó que así queria que quedase hasta que Él viniese. Jesucristo habia prometido en el tiempo de su vida mortal á los dos hermanos Santiago y Juan que beberian el cáliz (de amargura) que Él habia de beber. No queria el Señor revocar esta promesa, privándoles del grande honor de beber su mismo cáliz, y solo intentaba anunciar que Pedro le beberia antes que Juan.

Ultimo siglo de la Sinagoga y último siglo del mundo. Los Apóstoles reconocian dos venidas de su divino Maestro. Una cercana y dirigida á des-

truir por medio de los Romanos, á los obstinados defensores de un culto abolido por la venida del Mesias y por el cumplimiento de las Profecias; y otra distante ordenada á condenar al fin del mundo á todos los malos, y á premiar á todos los buenos. Los Apóstoles y discípulos del Señor juzgaron que Juan permaneceria hasta al fin del mundo, que era la segunda venida, y Jesucristo solo hablaba de la primera, y queria decir: que permaneceria hasta la consumacion del siglo, no del siglo del mundo, sinó del siglo de la Sinagoga, que debia acabar con su Jerusalén y su Templo, y así se verificó; porque San Pedro murió como cinco años antes de ser destruida Jerusalén y el Templo por los Romanos; y San Juan como treinta despues de esta destruccion, que acabó con el siglo de la Sinagoga, su Jerusalén, su Templo y su culto.

Aparicion de Jesucristo á los once Apóstoles y mas de quinientos discipulos. Estos notables modos de pensar, acerca de la vida del discípulo amado, se disiparon luego que la luz celestial fué comunicada á los Apóstoles por el Espiritu Santo, cuando vino sobre ellos. Con la manifestacion de la predileccion que Jesucristo profesaba á este discípulo, se concluyó esta aparicion, en la que el Señor habia constituido á San Pedro cabeza de la Iglesia y su Vicario en la tierra. Estaban los Apóstoles y discípulos en la Galilea, en cuyo mar se habia verificado la pesca milagrosa, y en aquella provincia quiso dejarse ver el Señor de los once Apóstoles y de mas de quinientos hermanos ó

discipulos. Ninguna circunstancia nos dicen los Evangelistas de esta aparicion mas que el crecido número de discipulos á quienes se apareció, porque el Padre Eterno, segun se puede conjeturar de su profundísima y altísima providencia, quiso multiplicar los testigos de la gloriosa Resurreccion de su Santísimo Hijo; de esta verdad tan superior á la razon humana, que jamás habia tenido ejemplo en el mundo; pues, aunque habian sido resucitados algunos muertos en el discurso de los siglos, nunca se vió que algun muerto se resucitase á si mismo.

Aparicion á Santiago y otras que no se expresan. Despues de esta aparicion, se siguió otra á Santiago el menor, hijo de Cleofás, por otro nombre Alfeo, y uno de los Apóstoles. Tampoco se dice circunstancia alguna de esta aparicion, y con ella se concluyeron las particulares de Jesucristo, excepto la del dia de su triunfante Ascension á los cielos, de la que hableremos á su tiempo; pero es necesario tener presente que hubo otras muchas apariciones, que solo se nos han anunciado en términos generales, como lo vemos en los hechos Apóstolicos. He hablado, dice San Lucas escribiendo á Teófilo, en mi primer sermón (mi Evangelio) de todas las cosas que comenzó Jesus á hacer y enseñar hasta el dia en que fué llevado, despues de haber instruido por el Espiritu Santo á los Apóstoles que habia elegido, á los cuales se mostró tambien vivo en muchas pruebas, (apariciones) hablandoles del reino de Dios.

Aparicion á la Santísima Virgen. Nos resta

hablar de una aparicion la mas tierna, la mas amable, la mas frecuente y la mas interesante que fué la del benditísimo Hijo á su benditísima Madre. No se puede dudar por un alma cristiana sin una manifiesta impiedad, que la Santísima Virgen fué la primera á quien se presentó su Santísimo Hijo resucitado. Si la Magdalena mereció por su amor ser el primer testigo de la resurreccion de Jesucristo ¡qué no mereceria por su amor la Madre del divino amor! María Santísima no solo fué la primera criatura del mundo á quien se presentó Jesucristo resucitado, sino que fué visitada continuamente de su Santísimo Hijo en los cuarenta dias que estuvo en la tierra desde su gloriosa Resurreccion hasta su triunfante Ascension á los cielos. Se presentaba este amantísimo Hijo á su amantísima Madre, y la daba los testimonios mas tiernos de su divino amor, para hacerla en la tierra tan dichosa, cuanto podia serlo antes de entrar á reinar con Él en el cielo. Pensar de otro modo es rebajar el amor del Hijo y la felicidad de la Madre, y si un estado de tanta felicidad no se manifestaba, era porque el divino Hijo le concedia á su querida Madre, no para que sirviese, como las apariciones hechas á los Apóstoles, discípulos y mujeres, de prueba de su Resurreccion, sino para hacerla dichosa.

Aparicion á los Apóstoles y discípulos en el Cenáculo. Pero la obra de la salvacion del género humano, se adelantaba y tocaba en su fin, y cuando el Señor la consideró concluida por su parte y que solo faltaba que el Espiritu Santo vi-

niese sobre ella, trató de volverse á los cielos, de donde habia venido, y enviar este Soberano Paraclete, ó Espiritu Consolador, como lo tenia prometido, y quedarse reinando para siempre á la diestra de su Eterno Padre. Para esto ordenó á sus Apóstoles y discipulos que se hallasen en Jerusalén el dia cuarenta de su Resurreccion. Ellos lo hicieron como lo ordenaba su divino Maestro, y cuando en la mañana de aquel dia se hallaban reunidos en el Cenáculo, se les apareció, les dió la paz, comió por última vez con ellos, y estando comiendo, les dijo: voy á enviar sobre vosotros al Prometido de mi Padre. Vosotros estaos en la ciudad hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto. Esperad en ella la promesa del Padre que oisteis de mi boca; porque Juan, en verdad, bautizó en agua, mas vosotros sereis bautizados en el Espiritu Santo no mucho despues de estos dias. Entónces los que se hallaban congregados le preguntaban, diciendo: Señor, ¿si restituireis en este tiempo el reino de Israel? Aun continuaban prevenidos de sus terrenas esperanzas acerca del restablecimiento del reino temporal de Israel, y no se desprendieron de ellas hasta que fueron alumbrados por el Espiritu Santo el dia de su venida. No os toca á vosotros, les dijo el Señor, saber los tiempos ni los momentos que el Padre puso en su potestad; pero recibireis la virtud del Espiritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y entónces me sereis testigos (de todo) en Jerusalén, en la Judea y Samaria y hasta en lo último de la tierra. Concluido este último encargo, salió con ellos

del Cenáculo, y se dirigió por Betania al monte Olivete, que llamaban monte inclito y *monte Santo*; á aquel monte famoso por su frondosidad, altura y hermosura: mas famoso por el memorable huerto que habia en su ladera, en el que sudó sangre el Señor, y donde fué preso para ser crucificado, y que iba á hacerse mas famoso desde este dia por su Ascension desde él á los cielos. Acompañado, pues, el Señor de su Santísima Madre, rodeado de sus Apóstoles y seguido de sus discipulos hasta el número de ciento y veinte, salió de Jerusalén cerca de las doce del jueves, que era el cuarenta de su Resurreccion; y formando una procesion la mas santa del mundo, porque la presidia el Hijo de Dios, y la adornaban su Santísima Madre y los once Principes de la Iglesia, caminaron al monte Olivete, á donde llegaron á las doce, hora señalada por el Señor para subir á los cielos.

Ascension del Señor á los cielos. En este momento levanta sus manos divinas, les bendice, y bendiciéndoles comienza á elevarse delante de ellos. Le veian subir con un movimiento majestuoso y pausado, á fin de que todos quedasen bien convencidos de su triunfante Ascension; asi como lo estaban de su gloriosa Resurreccion por las frecuentes apariciones y comunicaciones que en los cuarenta dias tuvo con ellos. Al verle elevarse, todos se arrodillan, le adoran, y clavados en Él sus ojos, le siguen hasta que una hermosa y resplandeciente nube, poniéndose bajo de sus divinos pies, comienza á ocultarle. Era esta nube

al principio como un velo trasparente para no privarles de su vista de repente, pero se fué condensando hasta que le ocultó enteramente. Entónces el divino Triunfador del infierno penetró en un momento por todos los cielos y fué á sentarse á la diestra de Dios su Eterno Padre.

¡ Qué espectáculo para unas almas que le aman tiernamente ! ¡ Y sobre todo para la Santísima Virgen que ve al Hijo de sus entrañas subir triunfante á los cielos ! ¡ Qué encuentro de sentimientos para esta amabilísima compañía ! La ausencia del Señor pedia lágrimas de pena , y su gloria las pedia de alegría. Suspensos entre estos dos poderosos afectos , ni pueden hablar , ni aciertan á separarse del lugar desde donde le han adorado. Poseidos de un género de éxtasis , solo se ocupan en mirar el camino por donde se les ha subido y ausentado su Amado ; y en dirigir sus bendiciones y sus alabanzas al Triunfador del pecado y de la muerte.

Permanecian inmóviles mirando al cielo , aunque habia ya bastante tiempo que la nube le habia ocultado á sus ojos , y no es fácil conjeturar cuál habria sido el término de su enagenamiento , si dos Angeles , vestidos de blanco , y bajo la forma de figuras humanas , no se hubieran presentado y les hubieran hecho volver en si mismos , diciéndoles : varones de Galilea ¿ por qué estais mirando al cielo ? Este Jesus que habeis visto subir al cielo ; asi vendrá (á juzgar al mundo) como le habeis visto subir al cielo , entónces , adorándole , se volvieron á Jerusalén con grande

gozo, y habiendo entrado en el Cenáculo, subieron á la parte superior y allí permanecieron Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simon, el celoso, y Judas (hermano de Santiago el menor). Todos estos perseveraban unánimes en la oracion con las mujeres y con los que se llamaban parientes del Señor, y tambien con Maria, Madre del Señor, á la que cuida de nombrar separadamente el Sagrado Evangelista por causa de su dignidad incomparable. Allí esperaban al divino Paráclito, ó Espiritu Consolador, en continua oracion, que no interrumpían sino para hacerla en el Templo, en donde estaban siempre, dice San Lucas, alabando y bendiciendo á Dios. Amen. Aquí concluyó este Escritor Sagrado el libro divino de su Evangelio, dándonos en seguida otro libro divino con el título de *Hechos de los Apóstoles*, que es el siguiente: pero antes de principiar su compendio es indispensable copiar las palabras con que cierra San Juan su Evangelio, porque son aquí muy considerables. *Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus, dice este Sagrado Evangelista al concluir, las cuales, si se escribiesen una por una, me parece, que ni aun en el mundo cabrian los libros que habrian de escribirse. Amen.*

HECHOS

APOSTOLICOS.

Con la subida de Jesucristo á los cielos se habia concluido la obra de la redencion del género humano. En su Encarnacion habia tenido principio; en su vida se habia preparado; en su dolorosissima Pasion y santissima Muerte se habia obrado, y en su gloriosa Resurreccion y triunfante Ascension á los cielos se habia testimoniado y firmado. Solo faltaba anunciar al mundo su felicidad, y esta era la obra de que iban á encargarse los Apóstoles. Pero ¿y cómo ejecutarla? El Evangelio era para los Judios un escándalo, y para los Gentiles una locura. Sin embargo ella habia de anunciarse, y esto era á lo que se daba principio hoy en el Cenáculo.

Faltaba un Apóstol para componer el número de los doce que habian de tomar sobre sí la con-

version del Universo; y S. Pedro, como cabeza de la Iglesia, se levantó en medio de los hermanos (eran como ciento y veinte) y les dijo: conviene que se cumpla la Escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas que fué el Capitan de aquellos que prendieron á Jesus, el cual era contado con nosotros y tenia parte en nuestro Ministerio. Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose, reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas; lo cual se hizo tan público á todos los habitantes de Jerusalén, que aquel campo fué llamado en su lengua *Hacéldama*, que quiere decir: campo de sangre, porque fué comprado con el precio que entregaron á Judas los hijos de Israel por la sangre de Jesucristo. Por eso está escrito de Judas en el libro de los Salmos: quede su habitacion desierta; no haya quien more en ella, y tome otro su Obispado.

Es elegido Apóstol S. Matias en lugar de Judas el traidor. Conviene, pues, dijo S. Pedro: que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió entre nosotros el Señor Jesus, desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado de nosotros y se subió al cielo, sea uno testigo de su Resurreccion con nosotros, y señalaron á dos; á José, que se llamaba *Barsabas*, y tenia el sobrenombre de *Justo* y á *Matias*; y orando, digeron: Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos, mostrados á cuál de estos dos habeis escogido para que ocupe el lugar del Ministerio y Aposto-

lado de Judas que, por su prevaricacion, cayó para ir á su lugar (que era el infierno); porque como dice S. Bernardo: este alevoso que había vendido al Hijo de Dios, no podia ser admitido en el cielo, ni sostenerle la tierra, y solo el infierno podia recibirle y encerrarle. Hecha la oracion, esperaban todos la declaracion del Señor, pero el Señor, no se declaraba. Entónces los Apóstoles recurrieron á las suertes. Veian en la Sagrada Escritura varios ejemplares de haberse acudido á este medio para saber la voluntad del Señor, cuando era muy importante el asunto, y tambien leian en ella, que puestas las suertes en el cántaro de un modo legitimo, Dios las dirigia. Fundados en estas verdades, pusieron las bolas en el cántaro y cayó la suerte sobre Matias, y desde aquel momento Matias, que solo era un discipulo, fué contado entre los doce Apóstoles.

Es verdad que no se eligieron por este medio los Obispos y Ministros de la Iglesia en lo sucesivo; pero, como aqui se trataba de elevar á un puro discipulo á la dignidad de Apóstol, y no se tenia ejemplar, S. Pedro y sus compañeros convinieron en poner esta eleccion en manos del Señor, y contando con su divina voluntad, entregarla á la decision de la suerte. Con esta eleccion quedó lleno el número de los Apóstoles, y completo el Colegio Apostólico. Entónces la Santisima Virgen, los Apóstoles, los discipulos y las mujeres, que componian toda la Iglesia de Jesucristo, se prepararon, como buenos Israelitas, á celebrar la fiesta de las *Semanas*, que eran siete y compo-

nian los cincuenta dias que mediaron desde la Pascua ó salida de Egipto, hasta la publicacion de la ley sobre el monte Sinai. Esta fiesta se llamó despues *Pentecostés*, que en griego significa cincuenta; esto es, los cincuenta dias que pasaron desde la Resurreccion de Jesucristo hasta la venida del Espiritu Santo. Celebraban los Judios tres grandes fiestas; á saber: la del Sábado ó descanso, la de la Pascua, ó salida de Egipto, y la de las siete semanas ó los cincuenta dias, y en esta vino el Espiritu Santo, esto es, cuando se cumplian los cincuenta dias de la Resurreccion de Jesucristo.

Venida del Espiritu Santo. Estando la Santisima Virgen, los Apóstoles, los discipulos y las mujeres reunidos en el Cenáculo, en número de ciento y veinte, como hemos dicho, celebrando ya la Pascua con la oracion y reposo que pedia la santificacion de la fiesta; á las nueve de la mañana, que era la hora en que se ofrecian los panes de trigo nuevo y las victimas que ordenaba la ley, se oyó de repente un ruido del cielo, como de un viento que soplabá con impetu, y conmovia toda la casa, donde estaban sentados. Este viento impetuoso era simbolo de la presencia del Espiritu Santo, como los truenos del monte Sinai lo habian sido en otro tiempo de la presencia del Señor. En seguida de este viento impetuoso aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, que reposó sobre cada uno de ellos. Entonces todos fueron llenos del Espiritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun el Espiritu Santo les daba que hablasen. Habia en

aquellos dias en Jerusalén, con motivo de la Pascua, una multitud de hijos de Abraham, varones religiosos que habian venido de todas las naciones que hay bajo del cielo, dice el texto sagrado, á celebrarla. Tambien habia Gentiles en gran número que habian concurrido á la fiesta. Oido este ruido por toda la ciudad, se reunió la multitud y quedó pasmada porque les oian hablar cada uno en su propia lengua. Estaban todos atónitos, y se decian llenos de asombro, ¿por ventura, estos que nos hablan no son todos Galileos? ¿pues cómo les oimos nosotros hablar cada uno en la lengua en que hemos nacido? Aquí nos llamamos Partos, Medos y Elamitas: de los que moran en Mesopotamia y Capadocia, en Ponto y en Asia; en Frigia y en Panfilia; en Egipto y las tierras de la Libia; y los que han venido de Roma; y tambien de los Judios y Prosélitos; y de los Cretenses y Arabes... y todos les oimos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos se pasmaban, y todos se asombraban, diciendo, ¿qué quiere ser ésto! Mas algunos (los Escribas y Fariseos) dijeron, burlándose: están llenos de mosto.

Ceguedad de los Escribas y Fariseos. Cuando los Escribas y Fariseos no podian negar los milagros de Jesucristo, los atribuian, como ya hemos visto, á operacion del principe de los demonios; ahora que tampoco pueden negar los portentos del Espiritu Santo, los atribuyen á una operacion todavia mas injuriosa, á la operacion del mosto. ¿No veian estos ciegos voluntarios que

no habia mosto en la estacion en que se hallaban, que era la primavera? ¿No sabian ó mas bien no querian recordar que no era permitido á los hijos de Abraham desayunarse hasta pasada la hora de la oracion y del sacrificio que se ofrecia á las nueve de la mañana? ¿No les convence ver asombrada una multitud innumerable, compuesta de su nacion y de todas las naciones del mundo, al presenciar un portento inaudito, que solo visto podia ser creido? ¡Hablar en todas las lenguas con claridad y perfeccion unos Galileos que apenas saben la suya, entender cuanto les dicen los hombres de todas las naciones, y hacer entender á todos los hombres de todas las naciones cuanto ellos les dicen!!! Esto, repito, solo visto, puede ser creido. Sin embargo, estos incrédulos tienen el atrevimiento ó mas bien la desvergüenza de negar tantos y tan asombrosos portentos delante de la multitud que les está presenciando.

Se convierten en el primer sermon de S. Pedro cerca de tres mil personas. San Pedro no juzgó conveniente dejar que pasase tan buena ocasion, no solo para confundir á los incrédulos, sino tambien para confirmar á los fieles en la fé. Rodeado de Apóstoles y discipulos, como en otro tiempo su divino Maestro, cuyo lugar ocupaba, se levanta, y esforzando su voz, principia un largo discurso, que vamos á dar solo en compendio, consultando á la brevedad. Varones de Judea, dijo: y vosotros los que habitais en Jerusalem, séaos ésto notorio, y sean oidas con atencion mis palabras. No por cierto, no están embriagados

estos mis compañeros, como vosotros pensais, porque aun son las nueve del dia y no se han desayunado, sinó que ésto que estais viendo y oyendo es lo que dijo el Profeta Joel: y sucederá en los últimos dias (de la Sinagoga) dice el Señor: que Yó derramaré de mi Espiritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y verán visiones vuestros jóvenes, y soñarán sueños vuestros ancianos. Derramaré de mi Espiritu en aquellos dias sobre mis siervos y sobre mis siervas y profetizarán. Esto es lo que estais viendo y oyendo en este dia, y sucederá que cualquiera que invocáre el nombre del Señor será salvo.

Varones de Israel, oid estas palabras. A Jesus Nazareno, Varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes, prodigios y señales que Dios obró por su poder en medio de vosotros, como vosotros tambien sabeis... á este Jesus, que por decretos de Dios fué entregado á la muerte en remision de nuestros pecados... á este Varon... vosotros le matasteis, crucificándole por mano de los malvados (Judas, Pilato, Escribas, Fariseos, Doctores de la ley y soldados Romanos). Pues á este (Jesus) ha resucitado Dios sueltas las ataduras del seplucro, por cuanto era imposible que fuese detenido en él. Dios le resucitó, de lo cual somos testigos todos nosotros. Por esto sepa ciertisimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor (de todas las cosas) y Cristo, á este Jesus, á quien vosotros crucificasteis... Y oidas estas cosas la multitud, penetrada de dolor y arrepentimiento, dijo á San Pedro y á los otros

Apóstoles: ¿y qué haremos, varones hermanos? Entonces les dijo San Pedro: haced penitencia y bauticese cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo para la remision de vuestros pecados y recibireis el don del Espiritu Santo; porque á vosotros ha sido hecha la promesa y á vuestros hijos y á todos los que están lejos, cuantos quisiere llamar á si el Señor, nuestro Dios. Esto lo atestiguió San Pedro con otras muchisimas razones, y les exhortaba diciendo: salvaos de esta generacion perversa. Los que recibieron su sermón fueron bautizados y agregados á la Iglesia de Jesucristo en número de cerca de tres mil personas.

Breve pintura de las costumbres de los primeros Cristianos. Hacian los Apóstoles muchos prodigios y señales en Jerusalén, y en todos los fieles habia gran temor á vista de los portentos que obraban. Todos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en la comunion de la fraccion del pan y en la oracion, tanto en las casas particulares como en el Templo á las horas de la oracion pública y otras que les dictaba su devocion. Todos los que creian, vivian unidos, no precisamente en una habitacion, sinó en un mismo corazon, en un mismo espiritu y en una misma voluntad. Tenian todas las cosas comunes. Vendian sus posesiones y haciendas y las repartian entre todos, conforme á la necesidad de cada uno. Todos poseian lo de todos, y cada uno lo de cada uno, desterrando así de su corazon *el tuyo y el mio*, que es la raiz de todos los males,

é imitando así en la tierra, dice S. Juan Crisóstomo, la vida de los Angeles en el cielo. Todos los dias estaban mucho tiempo en el Templo, orando unánimemente, y todos los dias se repartía el pan por las casas, tomando cada uno el alimento y la comida en alegría y sencillez de su corazón, alabando á Dios y hallando gracia en todo el pueblo con su vida admirable, y con sus heroicas virtudes se arrebatában hácia sí los corazones de todos. Y el Señor aumentaba cada dia los que se habían de salvar en esta preciosa unidad.

¡ Dichosos por cierto aquellos primeros tiempos de la Iglesia en los que aun el comun de los fieles dejaba que envidiar á los que en los tiempos sucesivos han hecho profesion de la vida mas perfecta ! ¡ Dichosos aquellos tiempos en los que todos los Cristianos se aplicaban con el mayor fervor á cumplir las obligaciones que habían contraído en el Bautismo en cuyo cumplimiento consiste la vida eterna ! Es verdad que los usos y costumbres de los primeros Cristianos eran, no en lo esencial sino en lo accidental, diferentes de los de nuestros dias, pero debían serlo ciertamente, pues de otro modo convenia que se gobernase en muchas cosas la Iglesia cuando nacia y empezaba á formarse en medio de reinos idólatras, que cuando llegó á estar sólidamente establecida en medio de reinos Cristianos, y reinando como Esposa del Cordero sobre los mismos Reyes que reinan.

S. Pedro y San Juan curan á un cojo de nacimiento. El primer suceso de gran consideracion

que nos refiere la Sagrada Escritura, despues de habernos hecho la pintura del nacimiento de la Iglesia, de su prodigioso aumento y de sus admirables costumbres, es el milagro del cojo, curado á la entrada del Templo. S. Pedro y S. Juan, compañeros inseparables hasta que les obligaron á tomar distintos caminos sus respectivos destinos, subían al Templo á la oracion pública de la hora de nona. Mientras que subsistia en su autoridad la Sinagoga, los discipulos de Jesucristo no tenian inconveniente, y aun miraban como una obligacion, asistir á los ejercicios de religion con los discipulos de Moisés. Un hombre, que era tan cojo desde el vientre de su madre que no podia valerse en manera alguna de sus pies, se hacia llevar todos los dias á la puerta del Templo, llamada *Especiosa*, para pedir limosna á los que entraban por ella. Este hombre, cuando vió á S. Pedro y San Juan, que iban á entrar, pedia que le diesen limosna; mas S. Pedro, fijando en él los ojos juntamente con S. Juan, le dijo: miranos; y él los miraba atentamente, esperando que iba á recibir de ellos alguna cosa, pero le dijo S. Pedro: no tengo oro ni plata, mas lo que tengo, eso te doy. En nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda; y tomándole de la mano derecha, le ayudó á levantarse. En este momento se consolidaron sus tobillos y sus plantas, y dando un salto para probar su salud, se puso de pie, echó á andar y á brincar y entró con ellos en el Templo andando y saltando y alabando al Señor. Su alegria era tal que no acertaba á andar, sinó á brincar

y saltar, y con estos trasportes de gozo hasta parecia faltar al decoro del Templo, ¡ falta bien perdonable !

La multitud que entraba y salia con motivo de ser la hora de la oracion, veia al cojo andando y saltando y alabando á Dios delante de sus bienhechores. Tenia ya este hombre mas de cuarenta años y era muy conocido de todos despues de tanto tiempo que pedia limosna á la puerta del Templo, y todos quedaron atónitos y como fuera de si, por lo que le habia sucedido. Estando el curado asido de S. Pedro y S. Juan, corrió á ellos todo el pueblo. La noticia de este portentoso se estendió por toda la ciudad, y todos acudieron atónitos al pórtico de Salomón, donde se encontraba el cojo con S. Pedro y con S. Juan sus bienhechores.

Otro Sermon de S. Pedro en el que se convierten cinco mil hombres. Cuando S. Pedro vió reunida delante de sí aquella multitud, tomó la palabra, y respondiéndole á la admiracion de todos, les dijo: hijos de Israel ¡ por qué os admirais de esto, y por qué poneis vuestros ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este hombre ! El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros Padres ha glorificado á su Hijo Jesus, á quien vosotros, en verdad, entregasteis, y á quien negasteis delante de Pilato, juzgando Pilato que debia ser suelto. Mas vosotros negasteis al Santo y Justo y pedisteis que se os concediese un hombre homicida (pedisteis la

vida del que mataba á los hombres , é hicisteis morir al que les daba la vida). Pues á este Autor de la vida que vosotros matásteis , resucitó Dios de entre los muertos , de lo que somos nosotros testigos ; y en la fé é invocacion de su Santísimo nombre se han consolidado los pies á este hombre á quien vosotros habeis visto y conocido (cojo por tantos años) y ha recibido entera salud á la vista de todos vosotros. Ahora , pues , hermanos , yo sé que lo hicisteis por ignorancia , como tambien vuestros Principes. (Esta ignorancia era inescusable ; pero S. Pedro disminuye cuanto le es posible el horror del delito para no ponerlos en desesperacion. Asi lo habia aprendido de su divino Maestro , que dijo al espirar : perdonadlos , Padre mio , porque no saben lo que hacen). Dios habia anunciado por boca de todos sus Profetas , continuó S. Pedro , que padeceria Jesucristo ; y asi lo ha cumplido. Arrepentios , pues , y convertios para que vuestros pecados os sean perdonados. Vosotros sois los hijos de los Profetas y del Testamento que ordenó Dios á vuestros padres , diciendo á Abraham : todas las generaciones serán benditas en tu descendencia. Dios resucitando á su Hijo , le ha enviado primeramente á vosotros , bendiciendoos para que cada uno se convierta de su iniquidad... Aqui cesó de hablar el Apóstol , y creyeron muchos , y fué el número solo de los varones hasta cinco mil.

Prision de los Apóstoles y del cojo. Una conversion tan numerosa llamó la atencion de los enemigos de los Apóstoles , y estando éstos ha-

blando á la multitud, despues del discurso de San Pedro, sobrevinieron los Sacerdotes, el Magistrado del Templo y los Saduceos, quejándose de que enseñasen al pueblo y predicasen con el ejemplo de la Resurreccion de Jesucristo, la resurreccion de los muertos. Estaba ya muy cercana la noche, y no habia tiempo para formar un proceso contra los Apóstoles, y asi se contentaron con dispersar las gentes que habian visto el milagro del cojo y oido el sermon de San Pedro, con poner en prision á los Apóstoles y al cojo y con juntar para la mañana siguiente un Concilio, compuesto de Anás y su yerno Caifás, sumos Pontifices; de Juan y de Alejandro, sus Vicarios; de todos los que eran del género Sacerdotal; de todos los Principes, de todos los Ancianos, y de todos los Escribas ó Doctores de la ley. El Concilio era muy numeroso, y sin duda se quiso imponer con él á los Apóstoles, pero no eran ya estos unos hombres á quienes hacia temblar la voz de una criada; eran ya los fuertes de Israel que, llenos del Espiritu Santo, iban á vencer el mundo y sus iniquidades.

Acompañados del cojo los Apóstoles, fueron presentados en la mañana siguiente ante aquella imponente reunion, y preguntados: ¿en qué poder ó en nombre de quién habian curado á aquel cojo? Lleno entónces S. Pedro del Espiritu Santo, oid, Principes del pueblo y Ancianos, les dijo: puesto que hoy somos juzgados acerca del bien hecho á un hombre enfermo, y que se nos pregunta ¿por virtud de quién ha sido sano? Sea notorio á todos

vosotros y á todo el pueblo de Israel: que está sano este hombre delante de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos. Este Jesus es la piedra que ha sido reprobada por vosotros los edificadores y puesta por cabeza y atadura del ángulo, y no hay salud en alguno otro nombre, porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado á los hombres, en que nos sea concedido salvarnos.

Su libertad. Viendo el Concilio la constancia de los Apóstoles, y sabiendo que eran unos hombres tímidos y sin letras, se maravillaban y llenaban de asombro. Oían hablar á estos ignorantes como Doctores y veían á estos tímidos presentar una firmeza de héroes, y no sabían á qué atribuir tan pasmosa mudanza. El enfermo curado estaba presente y no habia réplica que hacer, porque todos le conocían y le habían visto cojo por cerca de cuarenta años. Este caso en que se hallaba el Concilio, era capaz de desconcertar á todo hombre, á quien la vergüenza de volver atrás en presencia del público, no detuviera en la incredulidad, como sucede generalmente á los incrédulos; sin embargo ninguna impresion hizo este lance bochornoso, ni sobre los Pontífices, ni sobre el resto del Concilio. Mandaron retirar á los Apóstoles y se pusieron á conferenciar y deliberar sobre el asunto. ¿Qué haremos con estos hombres? se decían. Porque es cierto y no puede negarse que han hecho un prodigio; y que este prodigio es notorio á cuantos habitan en Jerusa-

lén. Mas para que no siga divulgándose en el pueblo, amenacémosles que en adelante no hablen mas á hombre alguno en nombre de Jesucristo, y tomada esta determinacion, les llamaron y les intimaron que nunca mas hablasen ni enseñasen en nombre de Jesus; pero ellos les respondieron, diciendo: si es justo, delante de Dios, oír primero á vosotros que al Señor; juzgado vosotros; pues nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. Ellos entónces amenazándolos de nuevo, les dejaron ir libres, no hallando modo de castigarlos por miedo del pueblo, que ensalzaba este glorioso hecho de la curativa del cojo.

Oran los fieles y el Cenáculo se conmueve.
 Puestos en libertad, vinieron á los suyos, que estaban en el Cenáculo, y les contaron cuanto les habia sucedido con los Principes de los Sacerdotes y los Ancianos y cuando lo oyeron, todos unánimes levantaron á Dios su voz, y dijeron: Señor, Vos hicisteis el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; y digisteis por boca de nuestro Padre David, vuestro siervo, ¿por qué bramaron las gentes y meditaron cosas vanas los pueblos? ¿por qué se levantaron los Reyes de la tierra, y los Principes convinieron (en un mismo ódio) contra el Señor y su Cristo? Porque verdaderamente Señor, Herodes y Poncio Pilato, unidos con los Géntiles y los pueblos de Israel, se coligaron á una en esta ciudad contra vuestro Ungido y Santo Hijo Jesus. Ahora, pues, mirad Señor con desprecio sus amenazas y conceded á

vuestros siervos, que con toda libertad hablen vuestra palabra, estendiendo vuestra mano á sanar enfermedades y á obrar milagros y prodigios en el nombre de vuestro Santo Hijo Jesus; y cuando así oraron, tembló el Cenáculo, en donde estaban congregados, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con toda confianza.

Desprendimiento de S. Bernabé. Con una resolución valerosa daban los Apóstoles testimonio de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, entregaban sus bienes y había mucha gracia en todos ellos. Aunque el desprendimiento real de los bienes no era de una necesidad absoluta para ser discípulo de Jesucristo y entrar en el cielo, lo era el desprendimiento afectivo, como lo ha sido y será en todos los tiempos. Sin embargo había entonces un motivo muy particular para que los Cristianos manifestasen su desprendimiento real y efectivo, entregando á la Iglesia todos ó parte de sus bienes, cual era el establecer aquella vida comun que tanto había de edificar á los hombres y tantas almas había de atraer al Evangelio. Había Cristianos de fervor admirable, y tal era uno, cuyo hecho nos ha conservado S. Lucas. Se llamaba José y los Apóstoles le pusieron el nombre de Bernabé, que quiere decir hijo de consuelo. Era Levita y natural de la Isla de Chipre. Tenía un campo ó posesión muy rica, y la vendió y presentó el precio á los pies de los Apóstoles para que lo distribuyesen entre los pobres. Esto era cuanto poseía el caritativo

Levita, y nunca se juzgó mas rico con respecto al cielo, que cuando nada poseía ya en la tierra. Esta relacion singular que nos hace aqui el Historiador sagrado entre tantas otras que pudiera habernos dejado de aquellos hermosos tiempos; sobre ser en si tan bella, parece que quiso proponerla principalmente para hacer mas odiosa la que iba á describir en seguida.

Castigo terrible de Ananias y su mujer Safira. Un hombre llamado Ananias, de concierto con su mujer Safira vendió tambien un campo, como Bernabé para poner su precio á los pies de los Apóstoles, y que estos le distribuyesen á los pobres; pero, tentado del diablo, defraudó del precio á sabiendas de su mujer, y llevó solo una parte á los pies de los Apóstoles. Ananias, le dijo S. Pedro, ¿por qué tentó Satanás tu corazon para que mintieses al Espiritu Santo y defraudases del precio del campo? ¿pues qué, no permanecia tuyo sinó le vendias? Y si le vendias ¿no era tuyo su valor? Que fué decirle: ¿quién te ha obligado á que vendieses el campo; ni á que entregases el precio? Pero ¿quién puede sufrir que hagas el papel de un hipócrita? ¿Qué quieras pasar á la faz de la Iglesia por un discipulo heróico que vende cuanto tiene y lo da para los pobres, quedandote al mismo tiempo con una parte escondida de lo mismo que ofreces? ¿y quién sobre todo puede sufrir que se mienta al Espiritu Santo? ¿por qué, pues, continuó el Apóstol, por qué pusiste en tu corazon esta maldad? Tú no has mentido á los hombres, sinó á Dios.

Al oír Ananías estas palabras, cayó y espiró; y vino un gran temor sobre todos los que lo vieron y oyeron. Luego se levantaron unos jóvenes que se hallaban presentes, le retiraron, y llevándosele, lo enterraron.

De allí como al cabo de tres horas entró también su mujer sin saber lo que había acontecido á su marido, y la preguntó S. Pedro: ¿dime mujer, si vendiste por tanto la heredad? Si, dijo ella, por tanto. Esto es, por lo mismo que mi marido ha puesto á vuestros pies, y S. Pedro la dijo: ¿por qué os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He ahí á la puerta los pies de los que han enterrado á tu marido y te llevarán á ti. Al momento cayó la mujer ante los pies de S. Pedro y espiró. Luego entraron los jóvenes, y hallándola muerta, la llevaron á enterrar con su marido. Y sobrevino, dice S. Lucas, un gran temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron estas cosas; y se hacían muchos prodigios en la plebe por manos de los Apóstoles. El lugar del Templo donde acostumbraban juntarse los fieles para ofrecer á Dios sus oraciones con un mismo espíritu, era el pórtico de Salomon, que estaba en el átrio de los Judíos. Allí los miraba el pueblo con gusto, pero no se atrevía á juntarse con ellos al ver tanta santidad y tantas virtudes, y se contentaba con llenarlos de bendiciones. Ninguno de los que no eran de esta congregación de justos, se atrevía, dice S. Lucas, á juntar con ellos, pero los magnificaba. No era solamente admirable su santidad, los prodigios

se multiplicaban, los Apóstoles mandaban á la naturaleza en nombre de Jesucristo, la gracia obraba en virtud de este divino nombre y tropas numerosas de hombres y mujeres se convertian y aumentaban el número de los fieles. Eran tantos los milagros que obraban los Apóstoles, y particularmente S. Pedro, que llevaban los enfermos á las calles y los ponian en lechos y camillas para que, cuando pasase S. Pedro, al menos su sombra les tocase y quedasen libres de sus enfermedades; y acudia tambien á Jerusalén mucha gente de las ciudades vecinas, trayendo los enfermos y los atormentados por los espíritus inmundos, los cuales eran curados.

Los Judíos ponen en la cárcel pública á los Apóstoles y un Angel los saca de ella. En vista de tantas virtudes, tanta santidad y tantos portentos, Jerusalén mudaba de semblante de un modo prodigioso, y habria llegado á ser toda cristiana, si los que la gobernaban, no hubieran sido, en mucha parte, unos hombres sin religion. Al ver el Príncipe de los Sacerdotes y los que estaban con él, que eran de la secta de los Saduceos, este abandono de la ley de Moisés para seguir el Evangelio, se llenaron de un celo amargo; prendieron á los Apóstoles, y les pusieron en la cárcel pública; mas el Angel del Señor, abriendo de noche las puertas y sacándoles de ella, id, les dijo, presentaos en el Templo y predicad al pueblo todas las palabras de esta vida. Los Apóstoles, cumpliendo con este encargo del Angel, fueron muy temprano al Templo y enseñaban sin

temor ni reserva á cuantos se presentaban á oírlos.

Vuelven á prenderlos y quieren matarlos.
 Mientras que los Apóstoles predicaban en el Templo, el Príncipe de los Sacerdotes y los que le acompañaban, creyendo que estaban en la prisión, convocaron el Concilio y determinaron enviar por ellos para que fuesen juzgados, pero los ministros, abierta la cárcel, no los hallaron, y volvieron acelerados á dar aviso, diciendo: hemos encontrado la cárcel muy bien cerrada, y visto los guardias que estaban delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, á ninguno hallamos dentro. Cuando oyeron esto el Magistrado del Templo y los Principes de los Sacerdotes, no sabian que decir; pero no tardaron en salir de esta incertidumbre, porque luego vino uno, diciendo: mirad que aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están en el Templo y enseñan al pueblo. Entónces el Magistrado fué al Templo con sus ministros y los trageron al Concilio, pero sin violencia ni mal tratamiento, porque temian que el pueblo les apedrease, por el grande amor que los tenia. Luego que fueron presentados en el Concilio, el Príncipe de los Sacerdotes les dijo: mandando os mandamos, que no enseñáseis en este nombre (era el de Jesus, y no se dignaron nombrarle) y á pesar de este mandato tan expreso, vosotros habeis llenado á Jerusalén de vuestra doctrina, y quereis echar sobre nosotros la sangre de este hombre; y consultaban cómo les darían la muerte.

Gamaliel procura contenerlos. Mas levantándose en el Concilio un Fariseo, llamado Gamaliel, Doctor de la ley y hombre de mucho respeto en todo el pueblo, mandó que saliesen fuera los Apóstoles por un breve rato, y dijo al Concilio: varones de Israel, mirad bien por vosotros y atended á lo que vais á hacer con esos hombres. Antes de ahora apareció un cierto Teodas, diciendo: que él era alguien, esto es, un gran personage, y hubo como unos cuatrocientos hombres que le siguieron; pero fué muerto y los que le habian dado crédito, fueron disipados y reducidos á nada. Despues de Teodas se levantó Judas el Galileo, y arrastró tras de sí al pueblo, mas él pereció tambien y fueron dispersados todos los que le siguieron: en todo lo cual quiso decirles Gamaliel, que considerasen atentamente la diversidad del caso presente á los que acababa de referir; pues aquellas facciones desaparecieron con la muerte de sus caudillos; y la Congregacion Cristiana por el contrario se aumentaba con la muerte de su Autor, á pesar de haberle quitado la vida con tanta ignominia, y que sus discipulos en vez de dispersarse y desaparecer, como los de Teodas y Judas con la muerte de estos, se aumentaban mas y mas con la muerte de Jesucristo.

Consejo prudente de Gamaliel. Esto supuesto, continuó Gamaliel, escuchad mi consejo. Dejad de inquietar á estas gentes. Si su obra es cosa de los hombres, ella se disipará por si misma, y si al contrario, es obra de Dios, en vano trabajareis

en detener sus progresos, y no ganareis otra cosa, oponiendooos, que haceros enemigos del Señor; y ¡qué cosa mas terrible que tener al Señor por enemigo! El consejo de Gamaliel era muy prudente y convenia seguirle. Con todo eso no tuvieron la condescendencia de conformarse en todo con él. Solamente cedieron sobre la sentencia de muerte que estaban para pronunciar contra doce hambres inocentes.

Despues del consejo de Gamaliel mandaron entrar á los Apóstoles, hicieron que les azotasen vorgonzosamente delante del Concilio, les prohibieron con la mayor severidad que volviesen á hablar en el nombre de Jesus, y les dejaron ir. Creyó el Concilio que sacaria grandes ventajas de su castigo, que amedrentados los Apóstoles no se atreverian á seguir predicando el Evangelio; y que aun cuando se arrojasen á predicarle, no encontrarian oyentes que quisiesen escuchar á unos Maestros azotados públicamente, pero se engañaron. Los Apóstoles, lejos de juzgarse deshonorados, se tuvieron por muy dichosos en haber sido dignos de padeces por el nombre de Jesus, y salieron muy contentos del Concilio. Se volvieron á Juntar llenos de consuelo y de gloria con los discipulos, y no cesaban de enseñar todos los dias en el Templo y en las casas la doctrina del Señor, y de evangelizar en nombre de su Santisimo Hijo Jesucristo. La imaginada infamia con que habian procurado cubrirles, no les quitó ni uno solo de sus antiguos discipulos, al contrario, su celo hizo con ella tantos nuevos, que creciendo

la multitud, estuvo para causarse alguna confusión en la Iglesia de Jerusalén.

Eleccion de siete Diáconos para recibir y repartir las limosnas. Hasta aquí (como medio año despues de la subida de Jesucristo á los cielos) habian corrido los Apóstoles con el encargo de recibir y repartir entre los fieles las limosnas de que se les hacia depositarios; pero creciendo prodigiosamente el número de los que creían, ya no les fué dado distribuir á tiempo y en justa medida las numerosas limosnas, que recibian á la multitud que las necesitaba, particularmente á las viudás; y era necesario tratar de elegir personas religiosas y virtuosas que, aliviando á los Apóstoles de tan grave peso, las repartiesen en virtud y justicia. Se añadia á esto, que las viudas de los Griegos no podian ser atendidas como las de los Hebreos, ya por su multitud, y ya por la distancia de muchas de la Capital; y de aquí se habia originado un principio de murmuracion, que era preciso cortar. Para todo esto reunieron los Apóstoles la multitud de los fieles, y les dijeron: No está en razon que nosotros desatendamos la predicacion de la palabra de Dios por atender á las mesas. Escoged, pues, de entre vosotros siete varones de buen testimonio, llenos del Espiritu Santo y de sabiduria para que les confiemos este Ministerio. Nosotros, á imitacion de nuestro divino Maestro, nos entregaremos á la oracion y á la predicacion de la divina palabra, y en esto nos ocuparemos incesantemente. Agradó á toda la multitud la proposicion de los

Apóstoles, y sin perder momento, procedieron á la eleccion, que como se hacia entre almas de tanta virtud, luego se encontraron las que se deseaban. Cayó la eleccion en Esteban, varon lleno de fé y del Espiritu Santo, en Filipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquia, y orando los Apóstoles, pusieron las manos sobre ellos, y con esto recibieron el Ministerio ú Orden que se llamó *Diaconado*. Crecia la palabra del Señor, y se multiplicaba en gran manera el número de los discipulos de Jesucristo, particularmente en Jerusalén. Tambien se convertia y obedecia á la fé una multitud de Sacerdotes descendientes de la familia de Aarón, y esto era en gran manera apreciable.

El Diácono Esteban hace muchas conversiones y es arrastrado al Concilio. Hemos dicho que Esteban era un varon lleno de fé y de Espiritu Santo; y que fué uno de los siete escogidos para suplir á los Apóstoles, en cuanto á las limosnas, y ordenado por ellos de Diácono con los demas compañeros. Esteban, pues, lleno de gracia y fortaleza, hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo, y conseguia muchas conversiones. Entónces algunos de la Sinagoga, que se llamaba de los Libertinos, Cireneses, Alejandrinos y de aquellos que eran de Cilicia y Asia, se levantaron á disputar con Esteban; pero no podian resistir al Espiritu que hablaba en él, cumpliéndose asi lo que Jesucristo habia prometido á todos sus discipulos, diciendo: Yo os daré palabras y sabiduria á la que no podrán resistir todos vuestros

adversarios. Las disputas de Esteban tenían por objeto principal probar la divinidad de Jesucristo, y como esto era para ellos una blasfemia, acusaron á Esteban de blasfemo. El Santo Diácono les habia convencido de que Jesucristo era Dios, pero no les habia convertido. Trataron de vengarse, y para esto enviaron por todas partes gentes sobornadas, que dijese: nosotros le hemos oido decir blasfemias contra Moisés y contra Dios. La acusacion no podia ser mas fuerte, si hubiera sido verdadera; sin embargo ellos consiguieron con su impostura el deseo que tenían de acabar con Esteban. Conmovieron no solo á la plebe, sinó tambien á los Ancianos y Escribas, que acudiendo al lugar en que se encontraba Esteban disputando, le arrebataron y arrastraron al Concilio que se había reunido. Presentaron en él testigos falsos, que dijese: este hombre no cesa de hablar contra el lugar Santo y la ley. Nosotros le hemos oido decir: que este Jesus Nazareno (é quien crucificásteis) destruirá este Santo lugar y mudará las tradiciones que nos dió Moisés.

Estaba llena de Jueces, de acusadores y de pueblo la Audiencia, en que declaraban los testigos, y al oír acusaciones tan graves, todos pusieron los ojos en Esteban para ver con qué semblante recibia unas declaraciones que le llevaban á la pública indignacion y á la muerte; pero Esteban se conservaba tranquilo. La alegría interior en que rebosaba su alma, al verse tratado como Jesucristo por Jesucristo, saltaba á su

rostro ; el resplandor y la gracia brillaban en sus ojos , y toda su presencia manifestaba una tranquilidad y dulzura admirable. Era inocente , y aunque miraba cercana la muerte , no la temia. Jesucristo , por quien iba á pelear y morir , realizó aqui por un milagro su natural hermosura. Todos los presentes quedaron deslumbrados al mirarle , y les parecia ver un Angel del cielo vestido de un cuerpo humano. Entónces el Principe de los Sacerdotes deseando librar á un hombre tan hermoso , le preguntó si tenia alguna cosa que alegar en su defensa , y el Santo Diácono pronunció un discurso lleno de Majestad y grandeza , adornado de los mas bellos rasgos de la Historia Santa ; y animado con aquellas exclamaciones que sorprenden los espíritus y encienden los corazones.

Discurso de Esteban. Hermanos y padres mios, dijo , esforzando su voz en medio del Concilio. El Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abraham cuando estaba en la Mesopotamia, antes que morase en Charan , y le dijo : sal de tu tierra y de tu parentela y ven á la tierra que te mostraré. Y salió (Abraham) de la tierra de los Caldeos , y moró en Charan , y despues que murió su padre , le trasladó (el Señor) á esta tierra en que vosotros morais ahora. Mas no le dió por entónces heredad en ella , ni aun el espacio de un pie , pero le prometió que le daria en posesion á él y á su posteridad, despues de él... Aqui sigue el Santo Diácono haciendo la historia de su nacion con una exactitud , una precision y una elecuen-

cia que admira. Pintà su carácter, refiere sus rebeldias, y aplicando esta pintura á los que tiene presentes, vosotros, les dice, con unas expresiones llenas de fuego: vosotros, hombres de dura cerviz y de oidos, y corazones incircuncisos, resistis siempre al Espiritu Santo. Asi como lo hicieron vuestros padres, asi tambien lo haceis vosotros. Porque ¿á cuál de los Profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo (por esencia) y vosotros ahora habeis sido traidores y homicidas entregando este Jesus á Pilato para la muerte. Vosotros que recibisteis la ley por Ministerio de Angeles y no la guardasteis... Al oir estas cosas sus enemigos, reventaban de rabia y rechinaban los dientes contra Esteban; pero el Santo Diácono, lleno del Espiritu de Dios, solo suspiraba por la pátria celestial á donde habia subido su querido Maestro por los tormentos de la cruz; y no encontraba mas bello y pronto camino que el del martirio para juntarse con Él en el cielo. Miraba con ánsia la pátria, cuya posesion deseaba, y viendo la gloria de Dios y á Jesus, su Santisimo Hijo, de pie á su derecha, exclamó: ¡he ahí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie á la diestra de Dios!

Muere apedreado. Cuando oyeron esto los enemigos del Santo, se taparon los oidos, se arrojaron sobre él, dando gritos espantosos, y arrastrándole fuera de la ciudad, principiaron á apedrearle furiosamente. Los testigos debian ser los primeros que apedreasen; para hacerlo con

mas desembarazo, se quitaron las capas y las pusieron á los pies de un jóven que se llamaba Saulo, y que era consentidor en la muerte de Esteban. Tenia este ardiente discipulo de Jesucristo profundamente grabadas en su corazon las palabras que habia oido á su divino Maestro pendiente de la cruz, y quiso morir pronuneciándolas y haciendo á este divino Hijo la misma peticion que este Hijo divino habia hecho á su Eterno Padre, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Golpeado el fervoroso Diácono por una nube de piedras, plagado de heridas, bañado en su propia sangre, falto de fuerzas y sintiendo que se acercaba su muerte, invocaba al Señor y decia: mi Señor Jesus, recibid mi espiritu. Estando ya para espirar, recogió sus últimas fuerzas, reanimó su espíritu, se puso de rodillas, volvió á levantar sus ojos al cielo, y exclamó: ¡Señor! no les imputeis este pecado; y cuando hubo dicho ésto, durmió en el Señor y concluyó su heroica vida pidiendo por sus enemigos.

Gamaliel le entierra en su sepultura. A pesar de cuanto habia que temer del furor de la Sinagoga, no faltaron en Jerusalén Josés y Nicodemos, hombres temerosos de Dios, que recogieron el cuerpo del Santo Protomartir ó primer Mártir, le lavaron, le embalsamaron, segun la costumbre del pais, y le dieron muy honrosa sepultura. Hicieron gran llanto sobre él y dieron á su memoria los testimonios mas tiernos de su veneracion y su amor. El piadoso Gamaliel hizo conducir secretamente el cadáver del Santo Diácono, en la no-

che siguiente de su martirio, á un monumento nuevo que habia hecho abrir en una heredad que tenia á siete leguas de Jerusalén. En él enteró el cadáver del Santo Mártir, y á su tiempo fueron enterrados allí el mismo Gamaliel, su hijo Abibon y el piadoso varon Nicodemo, que con José de Aritmatea habia bajado al Señor de la cruz.

Persecucion de la Iglesia desde la muerte de S. Esteban. Con la muerte de S. Esteban dieron principio las persecuciones de la Iglesia, pues aunque habian sido ya presos y azotados los Apóstoles, aquella persecucion se limitó al colegio Apostólico, y á poco mas de un dia; pero ahora la persecucion se hizo general y duró algunos meses, particularmente en la floreciente Iglesia de Jerusalén. Saulo, que habia asistido al martirio de S. Esteban y cuidado de la ropa de los que le apedreaban, para apedrearle, dice S. Agustin, por las manos de todos, fué uno de los principales perseguidores. El mismo confiesa, despues de su conversion, que era el que encerraba en las cárceles á los Cristianos y hacia azotar en las Sinagogas á los que creian en el Señor; y encerré, dice, en cárceles á muchos Santos, habiendo recibido poder para ello de los Principes de los Sacerdotes; y cuando los hacian morir, yo lo aprobaba y me alegraba, y muchas veces castigándolos por todas las Sinagogas, les estrechaba para que blasfemasen (renegando de Jesucristo) y enfureciéndome mas y mas contra ellos, les perseguia hasta en las ciudades extranjeras.

Tal es la pintura que él mismo nos hace del furor con que perseguia á los fieles, particularmente en Jerusalén. Podrá ser que no hubiese en la capital quien le excediese, pero no faltarian otros falsos celosos que le igualasen; pues S. Lucas nos dice: que la persecucion en Jerusalén era grande. Con este motivo los Ministros del Señor, Exceptuando los Apóstoles, se derramaron por las ciudades de Judea y Samaria y las corrian predicando la palabra de Dios por todas partes. Asi es que la persecucion trajo tanto bien á la Iglesia que pudiera haberse deseado, á pesar de la mucha sangre, que derramaba, y de los muchos y preciosos hijos de que la privaba, que se hiciese mas general y duradera. Los Apóstoles, á manera de los robustos de Israel y defensores del trono de Salomón, se quedaron en Jerusalén haciendo frente á la persecucion, y cuidando de aquella multitud de corderos que estaban tan expuestos á ser presa de los lobos.

Conversion de los Siquimitas y noticia de Simon Mago. Felipe, otro de los siete Diaconos, y compañero muy amado del Mártir S. Esteban, fué á parar á una ciudad de Samaria, que se cree era Siquém ó Sicar, pátria de la Samaritana que convirtió Jesucristo, y capital de aquella provincia. En ella predicó Felipe á Jesucristo resucitado, no tanto con sus discursos, como con sus milagros, porque eran muchos los que obrada en el Santísimo nombre del Señor. Habia en esta ciudad un hombre llamado Simon, que antes habia sido Mago ó Hechicero y engañado á las gentes,

diciendo como Teodas: que él era una cierta grandeza, y todos le escuchaban desde el menor al mayor, y decian: este es la virtud de Dios, llamada la grande, y le atendian; porque con sus magias les habia entontecido por mucho tiempo, dice el texto Sagrado; mas ahora habiendo los Siquimitas creído lo que Felipe les predicaba del reino de Dios, abandonaron á Simon y se bautizaban todos, hombres, mujeres y niños en nombre de Jesucristo; y tambien el mismo Simon creyó, y despues de haber sido bautizado, se adhirió á Felipe y estaba atónito de admiracion al ver los grandes prodigios que obraba.

Avisa Felipe esta conversion á los Apóstoles.
 Como Felipe no era mas que Diácono, solo podia conferirles el Sacramento del Bautismo, y para que recibiesen los demás Sacramentos, y principalmente el de la Confirmacion, por él que en aquellos primeros tiempos venia el Espiritu Santo sobre los confirmados, no solo invisiblemente como siempre, sinó tambien visiblemente, dió aviso á los Apóstoles, que aun permanecian en Jerusalem, que la Samaria habia recibido la palabra de Dios. Oida una noticia de tanto consuelo, todos convinieron en que fuesen cuanto antes algunos Apóstoles á dar el pasto necesario á las ovejas de aquella provincia. Tambien convinieron en que debian manifestar alguna consideracion particular á estos fieles Samaritanos, que mas apartados, al parecer, del reino de Dios que los otros habitantes de la Palestina, manifestaban tanto deseo de ser recibidos en él.

Pedro y Juan van de Jerusalén á confirmar en Samaria. Por esto se rogó á Pedro y Juan, los dos primeros testigos de la resurreccion de Jesucristo en la que principalmente iban á confirmar á los Samaritanos, que se encargasen de esta gloriosa mision. Los dos Apóstoles la tomaron con alegria y luego emprendieron su viaje, que era camino de un dia, y fueron recibidos por los Samaritanos con aquel gozo que correspondia á la grande idea que Felipe les habia hecho formar de los Padres y fundadores de la Iglesia. Reunidos los nuevos hijos en rededor de los Apóstoles, hicieron estos oracion para que recibiesen el Espiritu Santo, porque aun no habia bajado sobre alguno de ellos. Les ponian las manos, esto es, les confirmaban; y todos, hombres, mujeres y niños recibian visiblemente el Espiritu Santo.

Ofrece Simon dinero á los Apóstoles porque le concedan el don celestial. Viendo Simon que por la imposicion de las manos de los Apóstoles bajaba el Espiritu Santo; les ofreció dinero, diciendo: dadme á mí tambien esa potestad, de que á cualquiera que yo impongalas manos, reciba el Espiritu Santo. Poner en comercio las cosas santas, como queria aqui Simon, dando ó recibiendo un bien temporal por un bien espiritual, es un sacrilegio, que del nombre de Simon se llamó despues *Simonia*. Las cosas espirituales y celestiales son de un orden superior al de las cosas corporales y terrenas, y no pueden apreciarse por dinero ni por cosa que lo valga.

Terrible reprehension de S. Pedro á Simon. Tu dinero, dijo San Pedro á Simon, tu dinero sea contigo en perdicion, porque juzgaste que el don de Dios podia poseerse por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este Ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios. Haz, pues, penitencia de esta tu iniquidad, y ruega á Dios si por ventura te sea perdonado este pensamiento de tu corazon; porque veo que tú estás en hiel de amargura y en lazo de iniquidad. No dudaba San Pedro que Simon pudiese conseguir el perdon de su pecado, haciendo verdadera penitencia, pero dudaba que la hiciese, porque veía que su corazon estaba en una hiel de amargura muy difícil de dulcificar, y en un lazo de iniquidad muy difícil de romper. Simon, sin embargo, respondió á San Pedro diciendo: rogad vosotros por mí al Señor para que no venga sobre mí ninguna de las cosas que habeis dicho.

Deplorable fin de Simon. No nos dice el historiador sagrado si el arrepentimiento de Simon fué verdadero; pero S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo, S. Gerónimo y S. Agustin escriben: que hallándose Simon en Roma en tiempo de Neron, prometió á este Emperador subir volando al cielo, y que en efecto los demonios le levantaron en el aire hasta cierta altura; pero que los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que se hallaban á la sazón en aquella capital del mundo, puestos de rodillas, invocaron el nombre de Jesus, y desamparado entónces Simon de los demonios, cayó y pereció miserablemente.

Se vuelven los Apóstoles á Jerusalén, y Felipe, avisado de un Angel, vá al encuentro del Etiope de la Reina Candace. Los dos Apóstoles S. Pedro y S. Juan, despues de haber administrado á los Samaritanos la Confirmacion, de haberles dado testimonio de la Resurreccion de Jesucristo, de haber cumplido el Ministerio á que habian sido enviados por el Colegio Apostólico, y en fin, despues de haber predicado en aquella ciudad la palabra de Dios, que Felipe habia anunciado, se volvieron á Jerusalén, predicándola tambien en muchos lugares de los Samaritanos que se hallaban al paso.

Por lo que toca al Diácono Felipe, luego que se retiraron los Apóstoles, se le apareció un Angel del Señor, y le dijo: levántate y ve hácia el medio dia por el camino que baja de Jerusalén á Gaza la desierta, y levantándose Felipe, emprendió su viaje, y he aquí que luego se encontró con un varon Etiope, Eunuco, ó Ministro de la Reina Candace, y Superintendente de todos sus tesoros, el cual habia venido á adorar (al Señor) en Jerusalén. Este Etiope era prosélito, ó Gentil, convertido al Judaismo, y natural de la Isla de Moroe, pais de la Etiopia, donde reinaban las mujeres con el nombre de Candaces; como los Reyes de Egipto, con el de Faraones; los de Siria con el de Antiocos, y los Emperadores Romanos, con el de Césares.

Se volvia el Etiope á su tierra, sentado en su carro, y caminaba leyendo en el Profeta Isaias. Entónces el Epiritu del Señor dijo á Felipe: acér-

cate y júntate á ese carro, y acercándose Felipe, le oyó que leía en el Profeta Isaías, y le dijo: ¿entiendes lo que lees? ¿y cómo puedo yo entenderlo, le respondió el Etiope, si no hay alguno que me lo explique?

Espiritus ilustrados de estos últimos tiempos, que pretendéis entender por vosotros mismos lo que se comprende en las santas Escrituras, ¿dónde está aquí ese espíritu que, según vosotros, dá á todos la inteligencia de los libros santos? ¿dónde está aquí el espíritu privado del Etiope? Yo no soy, decia S. Gerónimo, ni mas santo, ni mas estudioso que este Eunuco, y no obstante, que lee las palabras del Señor y las medita, confiesa ingenuamente que no entiende lo que lee y que necesita de alguno que se lo explique, y el Señor le envia á Felipe para que le descubra á Jesus, que se oculta bajo del velo de aquello que lee, para que entendais por este ejemplo, añade el Santo, que no podeis entrar en la inteligencia de los libros Sagrados sin guia y sin que alguno os muestre el camino, y ésta es la causa porque no es licito á un Cristiano leer la Biblia ó Sagrada Escritura sin notas de los Santos Padres ó Doctores Católicos, que deben ser los Felipes que enseñen á los Etiopes Cristianos su verdadero sentido.

Bautiza Felipe al Etiope y luego se encuentra en Azoto. Rogó este Eunuco á Felipe que subiese á su carro y se sentase con él, y así lo hizo. El lugar de la Sagrada Escritura que leía, era éste: como oveja fué llevado al matadero; y como un cordero delante del que le esquila; estuvo

mudo y no abrió su boca. Su justicia fué ensalzada en su humildad, ¿quien contará su generacion? porque su vida quitada será de la tierra... De quién, dijo aquí el Eunuco á Felipe: ¿de quién, dime, dijo ésto el Profeta? ¿de si mismo ó de alguno otro? Y contestando Felipe, y dando principio por esta Escritura, le Evangelizó á Jesus. Continuando su camino llegaron á un sitio donde habia agua, y dijo el Eunuco; he aqui agua ¿qué prohíbe que yo sea bautizado? Si crees de todo corazon, dijo Felipe, bien puedes ser bautizado; y respondiendo el Eunuco, dijo: creo que Jesucristo es Hijo de Dios. Entónces mandó parar el carro y ambos bajaron al agua, y Felipe le bautizó. Cuando subieron del agua, el Espiritu Santo arrebató á Felipe y no le vió mas el Eunuco. Este volvió á subir en su carro y seguia su camino inundado de gozo. Escribe Eusebio en su historia eclesiástica: que este célebre Etiope fué el Apóstol de su nacion; y los Abisinos se glorian de haber recibido de este Apóstol la fé. Por lo que toca á Felipe, luego se encontró en Azoto, ciudad de los Filisteos, y desde alli fué predicando el Evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó á Cesárea, que era su patria.

Toma Saulo cartas para perseguir á los Cristianos en Damasco. No dejaba de gozar la Iglesia de alguna tranquilidad en las provincias distantes de Jerusalén, y los Predicadores del Evangelio que se habian derramado por ellas con motivo de la persecucion, ejercian en ellas su Ministerio con bastante sosiego. Mas no sucedia asi en Jeru-

salén , donde continuaban la sangre y los martirios , Saulo , que con tanta furia persiguió á los discípulos del Señor desde que fué el depositario de la ropa de los testigos que apedreaban á S. Esteban , y cuyos furores dejamos ya pintados con sus mismas palabras , en nada habia cedido. Saulo , nos dice S. Lucas , respirando aun amenazas y castigos contra los discípulos del Señor , se presentó al Principe de los Sacerdotes pidiendo cartas para las Sinagogas de Damasco á fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos Cristianos hallase , hombres y mujeres.

Carácter de Saulo. Era Saulo de un natural vivo , ardiente , impetuoso , enemigo de contemplar é incapaz de cobardia. Era un jóven activo , arrojado , de una intrepidez que no conocía peligros , y de una fortaleza superior á todas las fatigas. Tenia un espíritu grande , mucha elevacion en sus pensamientos , un corazon naturalmente bueno y mucha constancia en su conducta. Era muy respetado entre los emuladores de la ley de Moisés , por su celo , su estudio y su capacidad. Estaba bien persuadido de la próxima venida del Mesias y se hallaba en la mejor disposicion para preparar á sus paisanos á esta venida , pero extraviado por malos Maestros que no pintaban al Mesias sinó como un Rey poderoso , rico y de una autoridad universal sobre todas las naciones del mundo... Saulo , que nada de esto habia descubierto en Jesucristo , venia á ser el mas terrible enemigo de sus discípulos.

Su conversion. Caminaba á Damasco lleno de

coraje contra los que él miraba como unos desertores de la ley de Moisés, y todo le parecía poco para castigarlos; pero el Señor tiene prevenidos sus tiempos y decretadas sus mudanzas. Cuando mas ansioso de ejecutar su comision se acercaba á Damasco, se halló de repente rodeado de una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Quién sois, Señor? dijo Saulo. Yo soy Jesus á quien tu persigues. Dura cosa es para ti coclear contra el aguijon. Despavorido Saulo y temblando ¿qué quereis Señor, preguntó, qué quereis que yo haga? Entra en la ciudad, le dijo el Señor, y allí te se dirá lo que te conviene que hagas. Los varones que le acompañaban, estaban atónitos, oyendo claramente la voz, y no viendo á nadie. Oian hablar á Saulo, pero no veian con quien hablaba, ni entendian lo que se le decia.

Ciega, y Ananias le cura y bautiza. Saulo se levantó y habiertos los ojos, nada veia. Entonces los compañeros, llevándole de la mano, le entraron en Damasco. Tres dias estuvo allí sin ver y sin comer ni beber. Habia en Damasco un discípulo de Jesus, llamado Ananias, y le dijo el Señor: Ananias, y este respondió, heme aquí Señor; y el Señor le dijo: anda al barrio que llama *Recto* y busca en casa de Judas á uno de Tarso, llamado Saulo. He aquí que ora. Tres dias habia que estaba Saulo sin ver, y sin comer ni beber, ocupado todo en orar, en reconocer sus extravíos, admirar la bondad infinita del Señor para con él, implorar sus misericordias y prepararse para

cumplir las órdenes que el Señor le había anunciado que se le darian en aquella ciudad. Al fin de los tres dias, vió Saulo en vision á un hombre, llamado Ananias, que entraba y le ponía las manos para que recobrase la vista. Cuando el Señor mandó á Ananias que buscase á Saulo, Ananias se asustó, y respondió: Señor, he oido decir á muchos de este hombre los grandes males que ha hecho en Jerusalén á vuestros Santos, y tiene poder de los Principes de los Sacerdotes para prender á cuantos invocan vuestro nombre. Anda, le dijo el Señor, porque este me es un vaso (un Apóstol) escojido para llevar mi nombre delante de las gentes y de los Reyes y de los hijos de Israel, y Yo le mostraré cuantas cosas conviene que padezca por mi nombre. Entónces fué Ananias y entró en la casa donde estaba Saulo, y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesus, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista; y seas lleno del Espiritu Santo; y al instante cayeron de sus ojos unas, como escamas, y recobró la vista, y levantandose, fué bautizado, y con el Bautismo recibió la gracia de un Apóstol consumado. Algunos creen que en el Bautismo se le mudó el nombre de Saulo en el de Pablo, y con este le nombraremos desde ahora. Despues que el fatigado Pablo tomó alimento y recobró las fuerzas, estuvo algunos dias con los discipulos del Señor que habia en Damasco.

Predica á Jesucristo y los Judíos quieren matarle. Ananias, cumplido lo que le habia orde-

nado el Señor, se retiró y Pablo quedó ocupado en los mas tiernos afectos de reconocimiento á los grandes favores y beneficios que le dispensaba el Señor. Hecho ya, no solo un Cristiano, sinó un Apóstol de las gentes, se le vió luego tan celoso de los progresos del Evangelio, como ardiente y arrebatado habia sido en procurar su ruina; tan amante de los discipulos del Señor, como enemigo y perseguidor habia sido de ellos; y tan inflamado en el deseo de anunciar el adorable nombre de Jesus á todo el mundo, como empeñado estaba pocos dias antes en borrarle de sobre la tierra. Permaneció Pablo por algunos dias en Damasco y luego principió á predicar en las Sinagogas de la ciudad que Jesus era el Hijo de Dios. Todos cuantos le oian; se pasmaban y decian: ¡ pues qué no es este el que perseguia en Jerusalén á los que invocaban el nombre de Jesus y vino acá para llevarlos presos á los Principes de los Sacerdotes? Pero Pablo al oirlo, mucho mas se esforzaba y confundia á los Judios que moraban en Damasco, afirmando que Jesus era el Cristo, el Mesias prometido y esperado. Los Judios de Damasco no podian, ni responderle, ni desistirle, y se veian públicamente confundidos, mas no por eso se convertian. Acaso intentarían quitarle la vida, que era el medio de que acostumbraban valerse en semejantes apuros; pero nada nos dice el historiador sagrado.

Huye á la Arabia y cuando vuelve á los tres años, es perseguido de nuevo. Sabemos por el

mismo, S. Pablo que entonces se ausentó de Damasco y fué á parar á la Arabia, pais Gentil, donde no habia alumbrado la luz del Evangelio. Allí estuvo tres años, y tambien ignoramos los frutos que produjeron sus trabajos Apostólicos, porque nada nos dice el mismo San Pablo que es quien nos da la noticia de este viaje. Al cabo de los tres años volvió á Damasco, donde esperaria encontrar mejores disposiciones que las que dejó en su salida, pero se engañó mucho. Los Judios de Damasco, habian considerado que un hombre del carácter de Pablo habia de ser tan terrible enemigo de la ley de Moisés, como habia sido de la de Jesucristo antes de su conversion, y solo pensaban en deshacerse de él. San Pablo empezó á predicar el Evangelio con la libertad propia de su ardiente celo. Mas llegó ésto á noticia de los principales de la Sinagoga, y luego juntaron un Concilio en el que se decretó su muerte. En su consecuencia procuraron que el Gobernador de Damasco, nombrado por Aretas: Rey de los Arabes, pusiese guardas á las puertas de la ciudad para prenderle. Supo el Apóstol las diligencias que se hacian para apoderarse de su persona, y consultó su situacion con los principales discipulos del Señor que habia en la ciudad. Todos convinieron en que se trasladase á la casa de uno de ellos que, como la de otra Rahab, estaba pegada al muro. Así se ejecutó, y S. Pablo, metido en una espuerta, fué descolgado por el muro en el silencio de la noche y puesto fuera de la ciudad y del peligro.

Pasa de Damasco á Jerusalén á visitar á San Pedro. No era conocido aun S. Pablo de S. Pedro, cuya dignidad honraba aquel sobre manera, y cuya preeminencia miraba con el mas profundo respeto. Creyó que ésta era una ocasion muy oportuna para cumplir con el deseo y deber de presentarse al Vicario de Jesucristo, darle cuenta de la mudanza que la divina gracia habia obrado en su corazon, de las misericordias que habia usado con él, y de las órdenes que habia recibido del cielo. Tomó el camino de Damasco á Jerusalén, y luego que llegó á esta capital de la Judea, se presentó al Santo Apóstol. Recibió el Principe de la Iglesia á S. Pablo con aquel cariño que un padre tierno recibe á un hijo convertido. Refirió S. Pablo á S. Pedro su conversion. Le dijo que se le habia aparecido el Señor en el camino de Damasco, y que le habia hablado... en suma, le contó cuanto le habia sucedido en su conversion, y antes y despues de ella, y S. Pedro le oyó con el mayor consuelo. Quince dias estuvo S. Pablo en Jerusalén, y en ellos á ninguno de los Apóstoles vió mas que á S. Pedro y á Santiago el menor, hijo de Alfeo; los demás se habian derramado por la Judea á predicar el Evangelio. S. Pablo en estos quince dias hablaba con los Gentiles y disputaba con los Judíos que sabian el Griego, y estos trataron de matarle porque no podian convencerle.

Baja á Tarso su pátria. Se cree que por causa de esta persecucion no estuvo S. Pablo con S. Pedro mas que quince dias en Jerusalén, de donde salió al fin de ellos, no porque temiese la persecucion,

sinó porque, destinádo por Dios para Apóstol de las gentes, le prohibia el Señor exponerse á una muerte temprana. Cuando entendieron los hermanos en Jesucristo su marcha, fueron acompañándole hasta Cesárea, que estaba en el camino de Cilicia, y le enviaron á Tarso, su pátria, para que entre sus parientes, ámigos y conocidos estuviese menos expuesto á las asechanzas y persecuciones de los Judios. San Pablo era desconocido para aquellas Iglesias de la Judea, que se habian fundado desde la venida del Espiritu Santo hasta entónces, y estas Iglesias, dice el mismo Apóstol, ninguna otra noticia tenian de mí, sinó que las perseguia en otro tiempo, y que ahora predicaba la fé que antes combatia; y glorificaban á Dios por la mudanza tan maravillosa que habia obrado en mí. S. Pablo permaneció en su pátria y ciudades comarcanas acaso tres años, y su fogoso celo trabajaba incansable en la obra de la conversion de los Gentiles, para la que habia sido elegido por Dios, aunque todavia no habia sido enviado con toda la plenitud de poder, con que habia de ser autorizado despues, como veremos mas adelante. Por este tiempo la Iglesia de Jesucristo, estendida por la Judea, la Galilea, y la Samaria, se propagaba caminando en el temor del Señor y estaba llena del consuelo del Espiritu Santo, dice San Lucas.

Visita S. Pedro las Iglesias de Judea, Galilea y Samaria. Un tanto de calma que habia sobrevenido en la capital, y el interesante estado de la Iglesia naciente en las Provincias de la Pa-

lestina y poblaciones considerables de sus cercanías determinaron á S. Pedro á hacer, como Pastor de todo el rebaño, una visita general á las manadas que conducian los Pastores particulares. Con este designio salió de Jerusalén y recorrió las ciudades de la Judea, Samaria y Galilea, donde crecía la Iglesia de Jesucristo. La historia sagrada ninguna particularidad nos dice de esta visita, sinó que habiendo recorrido todas las Iglesias, vino á los *Santos* que habitaban en Lida. Con este nombre de Santos se designaban en aquel tiempo los discipulos de Jesucristo por la santidad de su vida, aunque no se pretendia significar con esto que estuviesen ya confirmados en la gracia que hace los Santos. Éra Lida una ciudad muy considerable, situada á dos leguas del mar mediterráneo, y la quinta de las diez Toparquías ó Señoríos en que estaba dividida por este tiempo la Judea. S. Pedro en su visita, despues de dar las instrucciones propias del Maestro de toda la Iglesia y de ordenar Obispos y Ministros que ayudasen á los fundadores de las Iglesias particulares en su gobierno, confirmaba á todos en la fé con sus exhortaciones.

Sana el paralítico Eneas. Como los enfermos estaban por lo comun privados de oír á S. Pedro, cuando hablaba á los fieles reunidos, iba despues á sus casas y les dispensaba en ellas este consuelo. Continuando en Lida esta obra de caridad pastoral, halló un hombre, llamado Eneas, que habia ya ocho años que estaba paralitico y postrado en cama, y le dijo: Eneas, el Señor Jesus te sana.

Levántate y dobla tu cama. Eneas se levantó al momento y dobló su cama para que se viese que se hallaba enteramente sano. Eneas estaba reconocido habia ya ocho años por un enfermo incurable. La noticia de esta salud repentina y entera, concedida por Jesucristo, se extendió luego en la ciudad y aldeas del valle de Saroná, en que estaba situada, y todos sus moradores se convirtieron. Un milagro tan auténtico y público, y una conversion tan general, tuvo luego su éco en Jope.

Resucita S. Pedro á la viuda Tabita. Era Jope otra ciudad no menos considerable que Lida. Estaba situada en la rivera del mismo Mediterraneo y sobre un promontorio tan alto que se descubria desde Jerusalén, á pesar de distar mas de doce leguas. Era tambien Toparquía, y fué el puerto famoso á donde se llevaban en naves y de donde se trasportaban en carros á Jerusalén las maderas del Libano para hacer el Templo de Salomón. Tambien fué á la vista de Jope donde arrojaron los marineros al agua á Jonás, que fué tragado por una Ballena y vomitadò vivo en la playa. Como Lida solo distaba dos leguas de Jope, luego se supo en esta ciudad el milagro de la curacion de Eneas y la conversion de aquellos moradores.

Habia en Jope una viuda, discipula del Señor, llamada Tabita, que quiere decir Dorcas ó Dama. Era de una virtud ejemplar, vivia entregada á la piedad y á todo género de buenas obras, y era tan limosnera, que se la miraba en la ciudad

como la madre de todos los pobres. Personas de este carácter no temen morir, pero todo el mundo teme que mueran. Cayó enferma Tabita y murió. El sentimiento fué grande y general, y solo podia suavizarse tributándola los honores mas esmerados de la sepultura. Lavaron su cuerpo y le ungieron con esquisitos aromas, le adornaron con preciosos vestidos, y le expusieron en un gran cenáculo á la veneracion de todos, especialmente de los pobres, que no cesaban de llorar en su rededor y de publicar sus obras de misericordia.

Como Lida estaba tan cerca de Jope, segun dejamos ya dicho, sabiendo los discipulos del Señor que S. Pedro permanecia en Lida, le enviaron dos de ellos, rogándole que viniese á Jope y que no se detuviese en venir; y aunque nada se decia á S. Pedro del motivo de una súplica tan urgente, luego marchó con ellos. Cuando llegaron á la ciudad, le llevaron al Cenáculo, donde estaba el cadáver de Tabita; mas apenas hubo entrado en él, cuando se halló rodeado de una multitud de viudas, llorando y mostrando las túnicas y vestidos que las hacia Dorcas con sus propias manos, y pagaba con su dinero para que se las hiciesen las manos ajenas. Todas pedian á S. Pedro la resurreccion de su comun bienhechora; y á la verdad que no podia darse un medio mas eficaz que su gran caridad y abundantes limosnas para conseguir un milagro semejante. S. Pedro, para orar con mas intension y fervor, quiso quedar solo. Mandó á todos salir del Cená-

culo, se acercó al cuerpo, se puso de rodillas, oró al Señor, y dirigiendo su palabra á la difunta Tabita, la dijo: levántate; y ella abrió los ojos, y viendo á S. Pedro, se sentó; la dió la mano y se levantó; y habiendo llamado entónces S. Pedro á los Santos (á los discipulos) y á las viudas, se la entregó resucitada y llena de vida y salud.

Despues de semejantes prodigios, no tiene necesidad un Apóstol de exhortaciones para convertir. La noticia de la resurreccion de Tabita se extendió luego por toda la ciudad y quedaron en ella muy pocos, aun de los descendientes de Abraham, que no se convirtiesen. S. Pedro con este motivo permaneció algun tiempo en Jope en casa de un tal Simon, de oficio curtidor. Notable humildad con que el Principe de la Iglesia quita á los grandes y ricos el motivo de ensoberbecerse, y á los pequeños y pobres el de avergonzarse.

Un Angel manda á Cornelio que llame á San Pedro. Mientras que el Pastor universal se ocupaba en cuidar por si mismo del rebaño particular de Jope, el Señor le preparaba otra ocupacion mas considerable en Cesárea, ciudad muy populosa y puerto tambien del mar mediterráneo. Habia en ella un hombre, llamado Cornelio, Centurion ó Comandante de los cien hombres de que constaba la compañía, que llamaban Itálica. Era religioso y temeroso de Dios, y tambien toda su casa. Hacia muchas limosnas y oraba á Dios incesantemente. Un dia, como á la hora de nona,

ó tres de la tarde, vió en vision que un Angel se acercaba á él y le decia: Cornelio; y fijando Cornelio los ojos en el Angel, preguntó: ¿qué es esto, Señor? Y el Angel le dijo: tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía hombres á Jope y llama á un cierto Simon, por sobrenombre Pedro, que vive en casa de un curtidor, que tambien se llama Simon, y tiene su habitacion junto al mar. Pedro te dirá lo que te conviene hacer; y al momento que se retiró el Angel, llamó Cornelio á dos de sus domésticos y á un soldado, todos temerosos de Dios, y de aquellos que estaban á sus órdenes; y les envió á Jope. El dia siguiente, yendo ellos por su camino y hallándose ya cerca de la ciudad, subió S. Pedro á lo alto de la casa á hacer oracion, cerca de las doce, y sintiéndose con hambre, quiso comer.

Baja del cielo un vaso lleno de toda especie de animales para que coma Pedro. Entretanto que le preparaban el alimento, le sobrevino un exceso de espiritu (un éxtasis) y vió el cielo abierto y que descendia un vaso, formado de un gran lienzo, que atado por las cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra. En él venian de todos los animales de cuatro pies, y de todos los que arrastran sobre la tierra, y de todas las aves del cielo, y oyó una voz que le dijo: levántate Pedro, mata y come; y dijo Pedro: lejos de mi eso, Señor; porque yo jamás comí cosa impura. Y otra vez le dijo la voz. Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro. Esto se repitió hasta tres veces, y á la tercera fué recibido el vaso

en el cielo. Mientras que S. Pedro dudaba entre si, qué seria la vision que acababa de ver, he aqui que los hombres que habia enviado Cornelio, llegaron á la puerta, y habiendo llamado, preguntaban si estuviere allí hospedado un tal Simon, por sobrenombre Pedro. Estando aun pensando S. Pedro en la vision, le dijo el Espiritu del Señor: ahí están tres hombres que te buscan. Levántate, pues, y ve con ellos sin recelo, porque Yo les he enviado; y descendiendo S. Pedro al encuentro de los hombres, les dijo: yo soy el que buscáis ¿qué quereis? El Centurion Cornelio, dijeron ellos, hombre justo y temeroso de Dios, y que tiene á su favor la opinion de todos los Judios, recibió mandamiento del santo Angel para que te hiciese llamar á su casa y que escuchase tus palabras.

Va S. Pedro á Cesarea á verse con el Centurion. S. Pedro, pues, haciéndoles entrar, les hospedó, y el dia siguiente fué con ellos á Cesarea, acompañándole desde Jope seis discipulos del Señor. Al otro dia llegaron á Cesarea donde los esperaba Cornelio con sus parientes y amigos. Cuando S. Pedro estaba ya para entrar en casa de Cornelio, este salió á recibirle, y arrojándose á sus pies, le adoró, esto es, le veneró. Mas S. Pedro le dijo: levántate, que yo tambien soy hombre, y entraron S. Pedro y Cornelio en la pieza donde se hallaban reunidos los parientes y amigos de Cornelio; y como ninguno se atreviese á preguntar á S. Pedro, aunque deseaban mucho oirle y ser instruidos, S. Pedro, tomando la pa-

labra les dijo: Vosotros sabeis que es cosa abominable para un Judio juntarse con un extranjero; pero Dios me ha manifestado en vision que ningun hombre debe ser llamado inmundo, ni tenido por impuro; y por esto no he tenido inconveniente en venir, luego que me habeis llamado (aunque yo soy Judio y vosotros Gentiles). Entónces Cornelio, despues de referir el encargo que le habia hecho el Angel de enviar por él á Jope, le dijo: ahora nosotros todos estamos en tu presencia para oir todas las cosas que el Señor te ha mandado que nos digas.

En verdad, dijo S. Pedro, que Dios no es aceptador de personas, sinó que se agrada en toda gente que le teme y obra justicia. Dios envió su palabra á los hijos de Israel anunciándoles paz por Jesus, que es el Señor de todos... Aqui les predica S. Pedro á Jesucristo, su vida, su muerte y su Resurreccion y Ascension, y estando aun predicando, bajó el Espiritu Santo sobre todos los que le oían, y se asombraron los fieles de la circuncision que habian venido de Jope con S. Pedro, de que la gracia del Espiritu Santo se deramase tambien sobre los Gentiles, porque les oían hablar en muchas lenguas y decir grandes cosas de Dios. Entónces dijo S. Pedro: ¿por ventura, puede alguno impedir que sean bautizados estos que han recibido, como nosotros, el Espiritu Santo? Y mandó á sus compañeros de Jope que los bautizasen (en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo) invocando á Jesus. Verisimilmente Cornelio seria bautizado el pri-

mero y por el mismo S. Pedro, en obsequio de su autoridad y virtud singular. Los nuevos cristianos rogaron á S. Pedro que se quedase algunos dias con ellos, y el Santo Apóstol condescendió con sus deseos; pero su cualidad de cabeza de la Iglesia solo le permitió estar en su compañía un breve tiempo, cuya duracion no sabemos y cuyos frutos evangélicos tambien ignoramos.

Defiende S. Pedro en Jerusalén la vocacion de los Gentiles. Abierta ya á los Gentiles la puerta del Evangelio, volvió S. Pedro á tomar el camino de Jerusalén, llevando consigo los seis discipulos que habia traído de Jope á Cesarea. Antes que llegase á la capital, supieron los Apóstoles y los hermanos circuncisos que los Gentiles habian recibido la palabra de Dios, y cuando S. Pedro llegó á Jerusalén, disputaban contra él los que eran de la circuncision. ¿Por qué, le decian, habeis entrado en casa de los incircuncisos y comido con ellos, sabiendo que esta comunicacion nos está prohibida? Y S. Pedro, aunque como cabeza de la Iglesia, podia responder con sola su autoridad, no se negó hacer su defensa, y principiando por la visita que le habia hecho el Angel, contó todo lo que le habia sucedido y que dejamos ya referido; y cuando llegó á decir que el Espiritu Santo habia bajado sobre todos los Gentiles que se hallaban congregados en casa de Cornelio, y que todos hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios y ensalzando sus grandezas y bondades (porque se acordaba de los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte)

inundado de gozo, exclamó: ¿y quién era yo, hombre miserable, para impedir á Dios (que los recibiese en su Iglesia?) Oidas todas estas cosas, nadie volvió á disputar, y todos glorificaban á Dios, diciendo: luego Dios tambien ha concedido á los Gentiles, como á nosotros, creer en Jesucristo, hacer penitencia, recibir el Bautismo, y merecer la vida eterna. ¡Tan felizmente terminó S. Pedro el gravísimo asunto sobre la vocacion de los Gentiles!

La semilla de la divina palabra produce gran fruto en Antioquia. Algunos discipulos, naturales de Chipre y Cirene, del número de aquellos que se derramaron por las provincias con motivo de la persecucion que se siguió al martirio de S. Esteban, fueron á Antioquia, y habiendo sabido el Bautismo de Cornelio, de sus parientes, amigos y demás convertidos en Cesarea, y la declaracion que habia hecho S. Pedro acerca de la vocacion de los Gentiles, emprendieron en aquella gran ciudad la predicacion del Evangelio, principiando por los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, como pedia el buen orden de la caridad y la sangre, y predicando tambien á los Gentiles, particularmente cuando veian que no sacaban fruto de sus hermanos los Judios. No se oponian los Magistrados á los progresos del Evangelio, porque veian, que lejos de perturbar el orden público, conducian á la práctica de todas las obligaciones que impone la sociedad; y así era que los ciudadanos, sin riesgo en sus bienes, ni en sus dignidades, y menos en sus vidas, seguian las

impresiones de la gracia que se derrámaba en abundancia sobre ellos.

Mision de S. Bernabé á Antioquia. No tardó en llegar á Jerusalén la noticia de lo que pasaba en Antioquia. S. Pedro, que gobernaba en persona la Iglesia de la capital, supo con gran consuelo las conquistas que hacía la religion de Jesucristo en aquella populosa ciudad, y le pareció, como tambien á los demas Apóstoles y principales discipulos, que tan abundante cosecha pedia grandes atenciones. Se juntaron á tratar de este asunto y determinaron enviar á S. Bernabé para que ayudase á los discipulos de Chipre y Cirene, y supliese lo que éstos no pudiesen cumplir por falta del carácter Episcopal, porque ninguno era todavia Obispo. San Bernabé lo era ya de algun tiempo, y la eleccion no pudo ser mas acertada.

Sus bellas cualidades. Era S. Bernabé Griego de origen, y habiendo nacido en Chipre, sabia perfectamente la lengua que se hablaba en Antioquia. Descendia de la sangre de Levi y se llamaba José. Los Apóstoles, al bautizarle, ó acaso al ordenarle de Obispo, le habian mudado este nombre en el de Bernabé, que quiere decir, *hijo de consolacion*, y con él fué conocido ya siempre. Era un hombre de gran fé, de sumo desinterés, como lo habia hecho ver, trayendo, como ya hemos dicho, todos sus bienes á los pies de los Apóstoles, y estaba lleno del Espiritu Santo. Se distinguia por aquella tierna caridad que hace á un Pastor tan apropósito para arrebatarse el amor de sus ovejas, y todo el mundo se regocijó en

su eleccion. Aceptó el Apóstol gustoso este precioso, aunque trabajoso encargo, y partió luego á Antioquia.

Reconoció el estado de aquella naciente Iglesia, y quedó enamorado de la inocencia, fervor y buen orden que reinaban en ella. Bendijo á Dios por las lluvias de gracias que habia derramado sobre aquella tierra estraña. Manifestó su consuelo y agradecimiento á los discipulos que con tanto desvelo la habian formado, y exhortó á los fieles que la componian, á conservar el precioso depósito de la fé y la pureza de las costumbres. S. Bernabé tenia bellas disposiciones para emprender y conseguir con felicidad, y en un año que estuvo trabajando en Antioquia con sus amados compañeros los Cipros y Cirenenses, se aumentó todo el número de los fieles, que juzgó necesario buscar quien le ayudase á cultivar un campo tan espacioso y abundante, y puso sus miras en su antiguo amigo S. Pablo.

Elije por compañero á San Pablo. Ya digimos que San Pablo se habia fijado en Tarso, pueblo de su naturaleza, y que desde allí salia á recorrer las poblaciones del pais y predicar el Evangelio á los hijos de la circuncision por no estar aun abierta en aquel tiempo la puerta á los incircuncisos. No podia San Bernabé haber pensado en eleccion mas acertada. Hemos visto el celo y actividad extraordinaria de este Apóstol. Él solo era capaz de llevar, no ya parte, sinó todo el peso de la Iglesia de Antioquia. Salió, pues, San Bernabé á Tarso en busca de su compañero;

le hallo ocupado en sus tareas evangélicas, y ambos partieron para Antioquia. Como se había dado ya entrada en la Iglesia á los Gentiles, desde la vocacion de Cornelio, la predicacion de S. Bernabé y de San Pablo se hizo general. Un año estuvieron estos dos Apóstoles en Antioquia, y fué tal la conversion de los Gentiles á la fé, que Antioquia tuvo la gloria de ser la primera ciudad donde los discípulos del Señor se llamaron *Cristianos*. Un estado tan floreciente hizo que muchos de los principales discípulos de la circuncision viniesen á visitar una Iglesia que se principiaba á mirar, con muchisima razon, como la puerta de los Gentiles al Cristianismo. Entre ellos vinieron varios Profetas y Doctores, como Simon, por sobrenombre Niger; Lucio, natural de Cirene, Manahen, hermano de leche de Herodes, y algunos otros.

Profetiza Agabo un hambre general en el imperio Romano. Agabo, que tambien era Profeta, conoció en una vision que tuvo del Señor, de que habria una grande hambre en todo el mundo (en todo el Imperio Romano), la cual se verificó el año siguiente en el Imperio de Claudio. Con este conocimiento los discípulos de Antioquia, como eran tan virtuosos y caritativos, determinaron enviar cada uno, segun sus facultades, socorros á los hermanos que moraban en la Judea. Estos eran generalmente pobres, ya porque su desprendimiento de los bienes habia hecho que los llevasen á los pies de los Apóstoles, para que los pusiesen en las manos de los pobres, y ya por la

persecucion que se movió en toda la Judea desde la muerte de San Esteban, en la que se causaron grandes violencias contra los que profesaban la fé, y grandes destrozos en sus bienes.

S. Pablo y S. Bernabé recogen limosnas para remediarla. El orden que los Apóstoles habian establecido en general, socorria las necesidades ordinarias, pero no bastaba para tiempos de hambre. Los Judíos acomodados, tanto en la capital como en toda la Judea, lejos de socorrer á sus hermanos, segun la carne, los aborrecian y solo deseaban acabar con los que ellos llamaban enemigos de la ley y de las tradiciones. En atencion á todo esto, se determinó hacer un esfuerzo para socorrer á los discipulos de la Judea y su capital, de los que los Antioquénos habian recibido la fé y á los que amaban como hermanos. Se recogieron limosnas en mucha abundancia, y se determinó enviarlas á los Diáconos y ancianos de Jerusalén y de todos los pueblos, para socorrer á los necesitados de cada uno de ellos cuando llegase el tiempo del hambre; y para llevar este socorro fueron destinados San Pablo y San Bernabé, cuya presencia no era entónces de la mayor necesidad en Antioquia, atendiendo á que esta Iglesia se hallaba bien provista de Pastores, Maestros y Doctores, y estos dos Apóstoles tomaron y cumplieron con el mayor gusto este encargo, tanto en Jerusalén como en toda la Judea.

Viene Herodes á Jerusalén y la Sinagoga le incita contra los Apóstoles. Por este tiempo en que S. Pablo y S. Bernabé recorrían la Judea re-

partiendo limosnas, vino Herodes, no Antipas, sinó Agripa, Rey de Galilea, á Jerusalén, antes que llegase el hambre pronosticada por Agabo. Este año, que era el cuarenta y tres del nacimiento de Jesucristo, coincidía con el año treinta y tres en que habia sido crucificado. Herodes, que habia llegado á Jerusalén pocos dias antes de la Pascua, debia partir despues de ella. Él no tenia interés en perseguir á los Cristianos, ni les perseguia en sus estados de Galilea; pero la Sinagoga deseaba con ánsia deshacerse de ellos, principalmente de los Apóstoles. Con este deseo procuró persuadirle que entraba en sus intereses deshacerse de ellos, ya para atraerse la estimacion de los Judios, y ya para tener en éstos unos poderosos defensores contra los Romanos en cualquier encuentro con ellos, á lo que estaba muy espuesto. Herodes se dejó llevar de sus instigaciones, y como era un hombre á quien costaba muy poco quitar la vida á un súbdito, aunque fuese el mas inocente, y el mas virtuoso, determinó dar gusto á los Judios, sacrificando á los Apóstoles. No se sabe cuántos de éstos estaban á la sazón en Jerusalén, porque no solian separarse de ella todos á un tiempo, ni tampoco estar todos juntos en ella. Lo cierto es que S. Pedro, cabeza de todos; Santiago el mayor, hijo del Cebedeo; S. Juan, su hermano, y Santiago el menor, hijo de Alfeo, se hallaron en Jerusalén en esta Pascua. Herodes, pues, tenia á su disposicion estas cuatro preciosísimas victimas para sacrificarlas á su placer y eleccion, ó todas á un tiempo, ó una despues de otra.

Sacrifica Herodes á Santiago el mayor. Tomó este segundo partido y echó mano para el primer sacrificio de Santiago el mayor. No sabemos porque no principió por San Pedro, cabeza de todos, y por consiguiente primer enemigo de los Judíos. Acaso la fogosidad de Santiago dió motivo á que principiase apagando este rayo del celo Apostólico. Santiago fué aprisionado y atado, como lo habia sido su divino Maestro la noche antes de aquella en que los Galileos debian comer el cordero Pascual. Todo el dia siguiente era de fiesta para éstos, pero no para los Judíos, cuya Pascua principiaba, como ya lo hemos dicho y explicado, en la tarde del viernes, y hasta aquella hora se podian formar los procesos, sentenciar las causas y ejecutar las sentencias. No tardó mucho en formarse el de nuestro querido Apóstol. Su delito delante de Herodes era ninguno, y delante de la Sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo y ser su Apóstol. Santiago, para sostenerse y aumentar su fervor, tenia muy presentes estas divinas palabras que á él y su hermano Juan habia dirigido Jesucristo. ¿Podeis beber, les habia dicho, el cáliz que Yo he de beber? Y habiendo respondido ellos que podian, Jesucristo les dijo: pues bebereis mi cáliz. Y el primero de los dos Apóstoles que mereció beber este cáliz, derramando su sangre para sellar con ella la divinidad de la religion, fué Santiago. Llevado al Tribunal, en nada contradijo á la acusacion que se le hacia; dobló su cuello, presentó su cerviz y recibió el golpe que separó de su cuerpo su preciosa cabeza.

Fué martirizado, sinó va errado algun cálculo, en el mismo dia que Jesucristo fué crucificado, aunque diez años despues. Grande fué el desconsuelo de los Cristianos que miraban á los Apóstoles como á sus padres en la fé, y solo se consolaron, considerando que la religion, fundada sobre la muerte del hombre Dios, habia de ser regada con la sangre de sus Apóstoles para que creciese. Recogieron ansiosos el cuerpo y cabeza del Apóstol y le hicieron las exequias con la magnificencia que permitian las circunstancias, quedando preciosa su memoria en el amor de todos los fieles y de todos los siglos.

Se fundan muchas Iglesias desde el martirio de S. Esteban hasta el de Santiago. Apenas se puede dudar sin herir la tradicion de las Iglesias mas respetables, y aun de la Iglesia universal, que en el tiempo que medió entre el martirio de S. Esteban y el de Santiago, fué cuando los Apóstoles y principales discipulos de Jesucristo se deramaron por las diversas regiones del mundo conocido, y formaron en los pueblos las Iglesias Cristianas, que se glorian de tenerlos por sus Fundadores. Es verdad que no consta ésto de los libros Santos, pero consta de la tradicion, y esto debe bastar, pues el contar tan poco con ella, ha hecho en estos últimos tiempos y hace en el dia que se cometan tantos yerros.

Nuestra España fué favorecida en esta época con la visita de un Boanerges, ó hijo del trueno, que fué Santiago el mayor. No sabemos precisamente las provincias que recorrió; pero el Santo

Apóstol la cruzó de oriente á poniente y de mediodia á norte con aquella rapidez que era tan propia de su fogoso carácter. Derramó por todas partes la semilla del Santo Evangelio y se volvió á Jerusalén, llevando consigo, como primicias de este piadoso reino, siete discípulos escogidos, que fueron: Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, todos los cuales fueron ordenados de Obispos.

Traslado del cuerpo de Santiago el mayor á Galicia, provincia de España. Luego que estos siete discípulos pudieron recoger el cuerpo de su querido Maestro, sacrificado por Herodes, trataron de volverse á su pátria con esta prenda inestimable. Se embarcaron en un puerto del mar mediterráneo, y rodeando gran parte de la Europa, vinieron á desembarcar en otro del Océano, perteneciente á la España en la provincia de Galicia, y á parar en un pueblo llamado Iria-Flavia, donde estuvo enterrado este precioso tesoro con motivo de las guerras que habia por aquellas provincias entre Romanos y Españoles, y de las inundaciones de los Bárbaros, hasta que por el año de ochocientos y trece fué descubierto en tiempo del piadoso Alfonso el Casto, Rey de Leon, y aliado del no menos piadoso Carlo Magno, Rey de Francia, Alfonso le hizo trasladar á Compostela, ciudad de la misma Galicia, y muy cercana á Iria-Flavia, con el nombre de ciudad de Santiago, el cual nombre ha conservado desde entónces, siendo en los últimos tiempos la concurrencia á esta célebre ciudad la mas

grande que se ha conocido despues de la de Jerusalem y de Roma. Nuestro Apóstol Santiago ha sido en todos tiempos el muro de defensa de la España, que le ha mirado siempre como su escudo contra todos los enemigos, no solo de su fé y bienes eternos, sinó tambien de sus glorias y bienes temporales. Si, Santiago ha sido y será siempre nuestro gran consuelo, nuestra dulce esperanza, nuestro refugio y amparo y el Apóstol de nuestro especial cariño y amor.

Prision de S. Pedro. Viendo Herodes el gran placer que habia causado en los Judios la muerte de nuestro querido Santiago, se propuso prender y quitar tambien la vida á S. Pedro, que siendo el principe de los Apóstoles, causaria mucho mayor contento á los enemigos del Evangelio. Creyó que sacrificando esta gran víctima, tendria á su favor todo el grueso de los Judios rebeldes. Tomó esta determinacion cuando llegaba la Pascua. El plazo era muy brebe, porque se acercaba la tarde del viernes en la que principiaba la fiesta, y solo hubo tiempo para prenderle y encerrarle en una rigurosa prision. Como estaba resuelto á sacrificarle y dar al pueblo este agradable espectáculo al momento que pasase la Pascua, trató de asegurarle de un modo que no hubiese peligro de que se le huyese, ni de que se hallase privado del placer de presenciar por sí mismo el sacrificio.

Estaba la cárcel fuera de la ciudad. Herodes puso en ella una guardia extraordinaria de diez y seis soldados, divididos en cuatro compañías, ca-

da una de cuatro hombres , de manera que á todas las horas del dia y de la noche hubiese cuatro soldados de centinela ; dos á los lados de S. Pedro en el calabozo , y dos á la puerta de la carcél. A los unos llamaban primera guardia y á los otros segunda , siendo todos relevados de tiempo en tiempo por guardias de refresco. La vigilancia de tantos hombres para custodiar uno solo, aun no pareció á Herodes suficiente , y mandó que fuesen atadas sus manos con dos cadenas de hierro. Todas las precauciones que tomó Herodes acerca de su prisionero , vinieron á ser como las que tomó Pilato y la Sinagoga acerca de la resurreccion de Jesucristo. Unas y otras sirvieron para hacer mas incontestables la resurreccion del Señor y la milagrosa libertad de S. Pedro. No conocia Herodes el espiritu de la religion que profesaban los Cristianos. Este no les permitia, ni forzar las prisiones , ni menos corromper los guardas. Es verdad que tenia muy en su corazon la libertad de este gran prisionero porque él era su Gefe, su Guia , su Pastor , su oráculo... era aquel á quien habia dicho Jesucristo apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Sin embargo para librarle de sus perseguidores , jamás pensaron en la fuerza; bien es verdad que ellos tenian otras armas en la oracion , cuya fuerza ignoraba Herodes , y cuyo poder no alcanzan á resistir todas las potestades del mundo.

Oracion de la Iglesia por S. Pedro. Luego que se supo la prision de S. Pedro , se congregaron asustados los fieles á pedir al Señor su vida

y su libertad. Desde entónces no hubo momento en que no subiesen una multitud de ruegos al trono del Altísimo pidiendo por su pastor. Entretanto que los guardas se sucedian unos á otros para no perder de vista á sus prisioneros, los fieles, juntándose por familias, velaban á su vez y cuidaban que en ninguna hora del dia y de la noche faltase una multitud de suplicantes, que en sus casas (por no poderse reunir en el Templo á causa de la persecucion) pidiesen sin cesar el socorro del cielo. Esperaba Herodes con impaciencia que pasase la Pascua para pronunciar la sentencia de muerte contra la cabeza de la Iglesia, y con más ánsia lo esperaba la Sinagoga y el pueblo inflamado por esta; pero el que se burla de los designios de los hombres malvados, hizo que se desvaneciesen en un momento todas sus esperanzas.

Un Angel saca de la prision á S. Pedro. Custodiado S. Pedro por dos soldados tan de cerca que tocaban en sus costados, atadas sus manos con dos cadenas de hierro, y estando para oír la sentencia de su muerte, se durmió con aquel sueño tranquilo que produce una buena conciencia y que se sobrepone á los acontecimientos humanos. Velaban con gran cuidado los dos primeros soldados á un dormido que tenian á la vista, y no era menor la vigilancia de los otros dos que cuidaban de la puerta. Ningun hombre podia entrar en la cárcel; pero ningun hombre podia impedir la entrada á los Ministros del Omnipotente. Un Angel del Señor vino de repente y lle-

nó de una resplandeciente luz toda la cárcel. Se acercó á S. Pedro , y tocando su costado, le despertó diciendo : levántate pronto; y luego cayeron las cadenas de sus manos , ciñete tu ceñidor y cálzate tus sandalias , y lo hizo así. Cúbrete con tu capa y sigueme ; y saliendo S. Pedro de su prision , le seguía sin conocer que fuese verdad lo que el Angel hacía ; porque pensaba que era vision lo que veía. Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron á la puerta de hierro , por donde se entraba en la ciudad , la cual se les abrió por sí misma , y habiendo entrado en ella , pasaron juntos un barrio , y luego desapareció el Angel. Entónces volviendo S. Pedro en sí (del enagenamiento en que se hallaba) dijo : ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su Angel y me ha librado de la mano de Herodes y de las miradas de toda la plebe de los Judios.

Se dirige S. Pedro á la casa donde estaban reunidos los fieles. Luego se dirigió S. Pedro á la casa de una viuda Cristiana llamada Maria Cleofas , madre de Juan , por sobrenombre Marcos , el cual era primo de S. Bernabé y uno de los setenta y dos discípulos que habia enviado el Señor delante de sí á preparar su predicacion. Era esta viuda una mujer muy piadosa , y su casa á este tiempo estaba llena de fieles que se habian reunido en ella para pedir á Dios que librase á su amado Pastor de las manos de Herodes. Tocando S. Pedro á la puerta de Maria , una jovencita , llamada Rode ó Rosa , se acercó á la puerta á escuchar , y cuando conoció que era

S. Pedro, fué tal su gozo y enagenamiento, que no se acordó de abrir la puerta, y dejándole en la calle, se dió á correr á donde estaban los fieles y entró gritando: Pedro está á la puerta, Pedro está á la puerta. Tú estás loca, la dijeron; mas ella afirmaba mas y mas que así era: que Pedro estaba á la puerta. Viendo que la jovencita se aseguraba en ello, dijeron: ese es sin duda su Angel. Entretanto S. Pedro continuaba llamando, hasta que abriendo la puerta, le vieron, y al verle, quedaron todos como fuera de si de alegría. ¡Cuántas lágrimas de gozo y consuelo no derramarían ahora los que habían derramado antes tantas de pena y desconsuelo! ¡Con cuánto respeto! ¡Con cuánto cariño! ¡Con cuánta ternura no besarían aquellas ancianas manos que habían estado atadas con cadenas de hierro por la fé! ¡Cuántas preguntas no le harían sobre su prision, sobre su calabozo, sobre sus centinelas, y sobre el modo con que había sido puesto en libertad por el Angel! Esta escena debió ser en gran manera tierna. San Pedro, despues de satisfacer con una benignidad suma á todas sus preguntas, les refirió cuanto le había sucedido y dejamos ya dicho, y concluyó diciendo: que el Señor, atendiendo á sus oraciones, y movido al ver correr tantas lágrimas, le había sacado de la cárcel por mano de su Angel y le había restituido, como veian, al seno de sus amados hijos.

Con muchísimo gusto habrían seguido hablando S. Pedro, y escuchando los fieles, porque hay relaciones tan gustosas que jamás llegan á

cansar al que habla ni á satisfacer á los que oyen, y tal era la presente : pero S. Pedro no podia estar con seguridad en Jerusalén entre unos enemigos tan empeñados en perderle, que cuando no le hallasen en la cárcel, no dejarían rincón sin registrar hasta encontrarle.

Se retira S. Pedro á Antioquia. Dad de todo noticia á Santiago, único Apóstol que queda con vosotros, les dijo. Consolad á todos los hermanos y contadles las grandes misericordias que Dios ha usado con nosotros. Yo me retiro por ahora. Los tiempos se mudan y yo volveré á veros. Dicho esto, salió de la casa de Maria entre las tinieblas de la noche y las lágrimas de sus hijos; pero era preciso ó retirarse ó morir, y puesto que el Señor no le habia indicado que era llegada su hora, debia tomar el segundo partido; y así lo hizo, bajando acompañado de cariñosos discípulos á Antioquia, capital de la Siria, donde se habian refugiado ya un gran número de cristianos, porque estaba fuera de la jurisdiccion de Herodes.

Hace matar Herodes á los soldados de la guardia. Cuando amaneció el dia siguiente, ya no encontraron los soldados á Pedro y nadie daba razon de él. La cárcel desde este momento era un lugar de confusion. Nadie sabia lo que habia sucedido, y lo mas terrible fué que, cuando estaban en estas averiguaciones y sustos, llegó la órden del Rey para que los soldados presentasen al preso en el lugar del suplicio. Herodes, al saber la falta de Pedro, se puso furioso, le hizo buscar por todas partes y con toda diligencia, y no hallán-

dole ni dado razon de él, los soldados de la guardia fueron condenados á muerte. En vano protestaron estos infelices su vigilancia y cuidado. No fueron oidos, y sin ser culpables, murieron como reos en un suplicio. El cruel Herodes habia consentido en dar á los Judios la bárbara satisfaccion de matar á S. Pedro delante de sus ojos, y no pudiendo verificarlo, quiso hacer ver á la Sinagoga, con la sangrienta ejecucion de estos inocentes, que lo habia querido de veras. No juzgó Herodes que le convenia seguir la guerra que habia declarado á los Apóstoles, porque el número de los discípulos del Señor era ya muy grande y de mucha consideracion.

Baja á Cesarea donde permite ser tratado como una deidad. Entónces dejó repentinamente á Jerusalén y pasó á Cesarea de Palestina. Estaba muy irritado con los de Tiro y Sidon, y no dejaron estos pasar la ocasion de ver al Rey en Cesarea, ciudad muy cercana á las suyas, y de procurar reconciliarse con él. Para esto ganaron á Blasto, su Camarero, y consiguieron del Rey la audiencia que deseaban. Herodes que era vano en extremo, y se preciaba de hablar con finura, quiso aprovecharse de esta ocurrencia para lucir su vanidad. Se adornó con sus mas preciosas vestiduras, se puso el manto real y la corona, tomó el cetro en su mano, se sentó en el trono, y con este ostentoso aparato, recibió á los Embajadores de las dos ciudades, las mas ricas y poderosas de aquellos paises. Para recibirlos, habia compuesto una arenga ó discurso que, con

su modo de decir, lleno de pulcritud y atractivo, tenia á todo el auditorio embelesado desde el momento que principió á pronunciarle. En lo mas encantador de él, exclamó de repente todo el auditorio: palabras de Dios y no de hombre son estas.

Muere roido de gusanos. Gustaba indeciblemente Herodes de este incienso sacrilego, y lejos de oponerse á semejantes blasfemias, se embriagaba con ellas; mas el Señor del cielo y de la tierra, celoso de su honor y su gloria, castigó inmediatamente este delito de un modo ruidoso y terrible. Envió un Angel, que sin cortar de repente el hilo de su vida, para que sirviese de espectáculo y escarmiento, le hirió con llagas terribles, y cubierto y roido de asquesosos gusanos, espiró á pocos dias en medio de la confusion y de los mas terribles dolores. Menos grande este nuevo Antiocho, que el antiguo perseguidor de la nacion santa; pero tan soberbio, y acaso mas orgulloso é impio que aquel, fué á dar cuenta ante el Tribunal del Juez Soberano de la sangre del Apóstol Santiago que acababa de derramar; del intento sacrilego de hacer correr la del Principe de la Iglesia; de la de los infelices soldados que mandó degollar, estando enteramente inocentes, y del blasfemo deseo de querer ser tenido por Dios pocos dias antes de ir á dar á Dios esta terrible cuenta. Asi se verificó en este famoso criminal, que la muerte del pecador es una muerte pésima.

Cesa la segunda persecucion. Con la muerte de Herodes cesó la segunda persecucion en la que

Santiago el mayor entregó su garganta al cuchillo, y S. Pedro estuvo atado con cadenas para ser llevado como un cordero al matadero.

No teniendo ya que temer los predicadores del Evangelio sinó á la Sinagoga, cuyas violencias contenian los Romanos, volvieron á predicar con mas celo que nunca la divina palabra en toda la Palestina, particularmente en la Judea y hasta en Jerusalén, donde habian sido tan perseguidos, haciendo en todas partes numerosas conquistas. En el discurso de veinticinco años que pasaron desde el cuarenta y cuatro de Jesucristo hasta el sesenta y ocho en que ya principiaron las divisiones de la Judea y de Jerusalén, á penas hubo suceso notable en toda la Palestina con respecto á religion, y á pesar de la oposicion de la Sinagoga, se continuó en predicar á Jesucristo y hacer multitud de discipulos.

S. Pablo y S. Bernabé son destinados por el Espíritu Santo á la conversion de los Gentiles con toda plenitud. Habia tiempo que Dios preparaba los que habia escogido para rozar y demontar el fragoso terreno que se estendia por el Asia, la Grecia y todo el Imperio Romano, cuyo campo era inmenso. Con este designio habia conducido á S. Pablo y S. Bernabé á la Iglesia de Antioquia, los cuales con sus continuos desvelos contribuyeron á poner aquella Iglesia en un estado tan floreciente, que mereció ser Cátedra de S. Pedro aun antes que Roma.

Un dia que estos dos Apóstoles y otros muchos Ministros del Evangelio se hallaban congre-

gados, sirviendo al Señor, les dijo el Espíritu Santo: separadme á Pablo y Bernabé para la obra á que les he destinado (que era la predicacion á los Gentiles) y entónces los Ministros del Señor, ayunando, y orando, les impusieron las manos y les enviaron á predicar á las Gentes. Tenia ya entónces S. Pablo cerca de cuarenta años de edad y once de discípulo de Jesucristo; S. Bernabé era de mas edad y tenia mas años de Cristiano y de Obispo. Dios habia preferido á S. Pablo para la obra de la instruccion de los Gentiles, y S. Bernabé era un segundo Pablo en esta obra inmensa.

Van á Seleucia y pasan á Salamina donde principia su predicacion. Enviados asi por el Espíritu Santo fueron á Seleucia de Siria, edificada por Seleuco, sucesor de Alejandro el grande. Tenia esta ciudad un puerto sobre el mediterráneo, y embarcándose en él, navegaron á la Isla de Chipre, pátria de S. Bernabé, se internaron en ella hasta Salamina, que era su capital, y aquí principiaron á predicar la palabra de Dios en las Sinagogas.

El método constante de S. Pablo, desde que principió su Apostolado, era ofrecer la luz del Evangelio á los hijos de Abraham, y si estos no la recibian, llevarla á las Gentes. La ceguedad de los primeros ofrecia continuamente ocasiones á los Apóstoles para alumbrar á los segundos, y asi el fruto de sus trabajos evangélicos venia á ser casi todo de los Gentiles. No sabemos cual fué el de esta primera mision, ni las conquistas que hi-

cieron en ella. Solo sabemos que habiendo predicado en toda la Isla, vinieron hasta Pafos.

Castigo del Mago Elimas y conversion del Procónsul Romano. Era esta ciudad el asiento del Procónsul Romano, llamado Sergio Pablo. Informado éste del arribo de Pablo y Bernabé, deseó verlos. Quería ser instruido en la religion que predicaban, oír de su misma boca la palabra de Dios, y rendirse á la verdad, que buscaba con buena intencion; pero tenia la desgracia, no solo de faltarle la luz, sinó de tener en su misma casa y al lado de su persona, un criado perverso que se oponia con todas sus fuerzas á los buenos sentimientos del corazon de su amo. ¡Comun desgracia de los poderosos de la tierra! ¡Cuántos serían el ornamento y apoyo de la religion, que están obligados á defender, sinó fueran trastornados por hombres infieles á cuya confianza se entregan!

Este hombre malvado se llamaba Elimas, que significa adivino, y era un Mago de profesion que tenia comercio con el diablo. El Procónsul por el contrario era un hombre prudente, dice S. Lucas, y muy circunspecto. Este buen pagano rogó á Pablo y á Bernabé que le predicasen la palabra de Dios. Ellos lo hicieron con claridad y con celo, y el Procónsul les oía con atencion y con gusto. Estaba presente el adivino y procuraba apartar al Procónsul de la fé. Entónces S. Pablo, lleno del Espiritu Santo, fijando en él los ojos, le dijo: ¡oh hombre lleno de todo engaño y de toda falacia! ¡Hijo del diablo! ¡Enemigo de toda justicia! Tu

no cesas de trastornar los caminos derechos de Dios. Pues he aqui ahora la mano del Señor sobre ti. Ciego quedarás y no verás el sol hasta cierto tiempo; y luego cayó sobre él obscuridad y tinieblas, y volviéndose á todas partes, buscaba quien le diera la mano. Este castigo temporal, que le privó de la vista del cuerpo, sirvió, segun San Juan Crisóstomo, para abrirle los ojos del alma, y fué como un colirio que se los purificó para ver la verdad. Sin embargo, no sabemos si su castigo logró hacer de este escaudaloso pecador un constante penitente. Por lo que toca al Procónsul, cuando vió el terrible castigo de su criado, abrazó la fé, maravillado, no solo del prodigio, sinó de la bondad del Señor que obraba tan grandes portentos para plantar la luz de la fé en las tinieblas del Gentilismo. Sergio fué uno de los discípulos mas amantes de S. Pablo y mas amado del Santo. No se puede dudar que otros muchos Gentiles siguieron el ejemplo del Procónsul; pero la sagrada Escritura solo de éste nos conserva la memoria y el nombre.

Juan Marcos se vuelve á Jerusalén á vivir con su madre. Salieron los Apóstoles de Pafos y se embarcaron para Perje, ciudad de Panfilia, en el Asia menor. Aqui perdieron á su compañero Juan Marcos, al que, con beneplácito de su madre, Maria Cleofás, habian llevado consigo cuando volvieron de Jerusalén á Antioquia, y que, siendo aun muy jóven, no se creyó con fuerzas bastantes para llevar la carga del Ministerio. Acaso su complexion delicada no sería á propósito para

seguir á unos hombres de la valentia, altura, robustez y carácter de un S. Pablo y un S. Bernabé. La prueba que habia hecho en las primeras fatigas, pudo desalentarle. Tenia á su madre en Jerusalén. S. Pedro le habia instruido en la fé y creyó que le convenia volver á la capital á unirse con su madre y su Maestro. Su primo S. Bernabé hubiera querido detenerle en su compañía; pero S. Pablo no queria, en los que asociaba, sinó valor, intrepidez y constancia. Juan Marcos se volvió en efecto á Jerusalén, y los dos Apóstoles perdieron este jóven amable y de bellas inclinaciones; pero en cambio dejaron en Pafos un militar piadoso, valiente y distinguido en el Procónsul Sergio Paulo, y llevaron consigo nuevos discipulos de los convertidos en aquella ciudad, que no quisieron separarse de los padres de su fé.

Predican los dos Apóstoles en Antioquia de Pisidia. Despues de la partida de Juan Marcos, los dos Apóstoles se internaron en el Asia menor y llegaron á Antioquia de Pisidia, distinta de la Antioquia de Siria, y habitada por un gran número de fieles. Se detuvieron en ella y concurren el Sábado á la Sinagoga, donde se juntaban, no solamente los Judios, sinó tambien los Gentiles, que sin profesar la ley de Moisés, creian en un solo Dios verdadero. Allí asistieron á los ejercicios piadosos, y concluida la leccion de la ley y los Profetas, los Principes de la Sinagoga les dijeron: varones hermanos, si teneis que hacer alguna exhortacion al pueblo, hablad. Entonces levantándose S. Pablo y haciendo señal de

silencio con la mano , pronunció en un estilo sublime , un discurso muy semejante al de San Esteban en el dia de su martirio. El discurso de San Pablo hizo tan profunda impresion en el concurso , que al salir de la Sinagoga , les rogaban las gentes que el Sábado siguiente volviesen á decirles las mismas palabras. Muchos de los Judios y Prosélitos , temerosos de Dios , siguieron á San Pablo y S. Bernabé á su posada con el fin de oir nuevas instrucciones de su boca , y los Apóstoles les persuadian con la eficacia de sus razones á que creyesen y perseverasen en la fé. El Sábado siguiente concurrió casi toda la ciudad á oir la palabra de Dios , y cuando los Judios vieron tantas gentes , se llenaron de indignacion y contradecian á San Pablo con blasfemias (á falta de razones). Entónces S. Pablo y S. Bernabé les dijeron con firmeza y enojo : á vosotros convenia que se predicase primero la palabra de Dios : mas porque la desechais y os haceis indignos de la vida ; he aquí que nosotros nos vamos á las gentes. Asi nos lo ha mandado el Señor , porque discipulos somos de aquel divino Maestro , á quien dijo su Eterno Padre : te he puesto para luz de las gentes y para que seas la salud hasta lo último de la tierra. Los Gentiles que se hallaban presentes , rebotaban de gozo al oir estas cosas y glorificaban á Dios.

Sacuden el polvo de sus pies en Antioquia y se marchan á Iconio. Se fueron á Iconio, ciudad célebre de la Licaonia , y poco distante de Antioquia de Pisidia. Con sacudir los Apóstoles el polvo de

sus pies contra los incrédulos, querian manifestar que detestaban su incredulidad y que no querian tener comunicacion con ellos en cumplimiento de la orden del Señor, que les habia mandado usar de este género de execracion contra los que cerrasen sus oidos á la divina palabra. El fervor de los nuevos discipulos de Antioquia no se entibió por la ausencia de los Apóstoles. La fé en las divinas promesas, la esperanza de los bienes eternos, la caridad que les unia á todos entre sí, los dones del Espiritu Santo que animaban su nueva vida... todo hacia que llevasen con tranquilidad la ausencia de sus padres en la fé y manifestasen en sus semblantes aquel gozo de que estaban llenos, como nos dice S. Lucas.

Entraron luego los dos Apóstoles en la Sinagoga de Iconio, y hablaron con tanta elocuencia sobre la necesidad de la fé en Jesucristo, que creyó una gran multitud de Judios, y tambien de Gentiles; mas no todos los Judios creyeron, y los que permanecieron incrédulos, conmovieron y provocaron á ira los ánimos contra los Apóstoles. No fué tan general la persecucion ni tan recia que no pudiesen permanecer los Apóstoles en Iconio mas de medio año predicando la divina palabra y trabajando con fiada en el Señor, que daba testimonio á la verdad, concediendo en su confirmacion, que se hiciesen prodigios y milagros por las manos de los Apóstoles; pero al fin sus enemigos consiguieron ganar aqui á los Magistrados, y todos unidos, les cargaron de oprobios y se pusieron en disposicion hasta de apedrearlos.

Perseguidos en Iconio, huyen á las ciudades de Listria y Derbe. Entónces guiados por la doctrina de su divino Maestro, que les habia dicho: si os persiguieren en una ciudad, huid á otra, salieron de Iconio con el consuelo de haber hecho en ella mucho fruto, y pasaron á las cercanas ciudades de Listria y Derbe, situadas tambien en la provincia de Licaonia, y evangelizaban en ellas.

Cura S. Pablo un cojo en Listria. Habia en Listria un hombre enfermo de los pies, cojo desde el vientre de su madre y que nunca habia andado. Este se habia hecho llevar al lugar donde predicaba S. Pablo, y sentado, le estaba escuchando con mucha atencion. S. Pablo habiendo puesto los ojos en él, levántate, le dijo en alta voz, y ponte derecho sobre tus pies. El enfermo se levantó, y despues de mantenerse algun tanto sobre sus pies, como para probar su firmeza, principió á saltar y brincar delante de todos como un hombre loco de alegría.

Tratan de dioses los Listrios á S. Pablo y S. Bernabé. Mas si el curado estaba como loco de gozo, no lo estaban menos las turbas que le veian, las cuales gritaban en lengua Licaonia: no hombres, sinó dioses, en forma de hombres, han bajado á nosotros; y llamaban Júpiter á S. Bernabé por su hermosura, y Mercurio á S. Pablo por su elocuencia. El Sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba á la entrada de la ciudad, trayendo á las puertas de la casa, donde se hallaban los Apóstoles, toros y guirnaldas, queria ofrecerles

con el pueblo sacrificios , como á dioses , y coronarlos de flores. Cuando S. Pablo y S. Bernabé vieron estas idolatrias , rasgaron sus vestidos , y arrojándose en medio de la multitud , decian á gritos : ¡ hombres, qué haceis !!! Tambien nosotros somos mortales como vosotros. No hay sinó un solo Dios verdadero , eterno, infinitamente bueno, sabio , justo y poderoso, que crió cuando fué su voluntad , el cielo, la tierra, el mar y cuanto se contiene en el cielo , en el mar y en la tierra. A este Criador de todas las cosas es á quien deben todas las cosas sus cultos, obsequios y adoraciones, y cuando asi procuraban desengañarles, apenas podian contener á la multitud para que no les ofreciesen sacrificios y les coronasen de flores como á sus dioses. Pero estando en lo mas fuerte de su apuro, un suceso, al parecer casual, mas en la realidad, ordenado por Dios, ocudió á sacarles de él.

Hizo el Señor que sus pasadas persecuciones viniesen á librarles de una adoracion que les horrorizaba. Los Judios que les habian perseguido en Antioquía de Pisidia y en Iconio, noticiosos de los frutos que hacian en Listria y en Derbe, vinieron á perseguirles tambien en estas ciudades, y llegaron tan á tiempo á la escena que se queria representar en Listria que no solo la trastornaron, sinó que presentaron, como era de esperar de unos enemigos encarnizados, otra enteramente contraria. Hicieron creer á la multitud que Pablo y Bernabé eran unos hombres poseidos del demonio, y que en virtud del demonio habian hecho

el prodigio que habían visto. No pararon aquí, sinó que la provocaron á que los apedrease; y la multitud que, puesta en alboroto en nada se detiene, cargó luego, particularmente sobre S. Pablo y le apedreó sin cesar, hasta que le tuvo por muerto. Entónces le sacó de la ciudad y le arrojó en el campo, como á un criminal indigno de sepultura. Sin embargo este tratamiento que era la última señal de su furor contra S. Pablo, fué una especial providencia para conservar su vida. Sus discípulos, que le habían seguido hasta el campo, á donde le arrojaron, advirtieron que aun respiraba, ¡y cuál fué aquí su alegría! Le tomaron en sus brazos, le fomentaron con mucho tiento y cariño, y le curaron con tanto acierto y tan feliz suceso, que pudo entrar por su pie en Listria y pasar á Derbe el día siguiente con su compañero S. Bernabé. Allí fué S. Pablo enteramente curado, y luego volvió á predicar con S. Bernabé la palabra del Señor sin que nadie les turbase, prueba clara de que la ida de los Judios á Listria, fué mas bien á impedir el sacrificio nefando, que los idólatras de esta ciudad pretendían ofrecerles, que á perseguirles.

Visitan la Iglesia de Antioquia de Siria y suben á Jerusalén. De Derbe se volvieron á su amada Antioquia de Siria, predicando al paso en la ciudad de Perges, donde convirtieron á muchos, particularmente paganos, y recogido este fruto, se embarcaron, y despues de una feliz navegacion, vinieron á Antioquia. De aquí les había enviado el Espíritu Santo para abrir la puerta de la fé á los

Gentiles, y el primer cuidado de San Pablo y San Bernabé fué juntar todos los Pastores y todas las ovejas de este amado rebaño, y darles parte de las maravillas que por su Ministerio habia obrado Dios entre los Gentiles; lo que hicieron cumplidamente en una bella relacion de todo lo que les habia ocurrido. No se puede explicar cuánto fué el gozo de los habitantes de Antioquia cuando, despues de dos años, volvieron á ver á sus primeros Maestros en la fé, y á oír de su boca los consoladores sucesos de su Ministerio. Los detuvieron cerca de sí lo mas que pudieron; pero estaba S. Pablo muy ansioso de subir á Jerusalén para hablar con aquella Iglesia, y principalmente con S. Pedro acerca de su Ministerio. Habian pasado ya catorce años desde su conversion, y en todo este tiempo solamente dos veces habia estado en Jerusalén; una á los tres años de convertido, y entonces solo fueron quince dias que estuvo con S. Pedro, sin que tuviese ocasion de ver ningun otro Apóstol que á Santiago el menor; y otra, cuando fué á llevar las limosnas de los Cristianos de Antioquia y sus contornos. Era esta la tercera exigida por su Ministerio, y ordenada por el Señor.

Primera noticia del jóven Títo. Tomaron consigo en este viaje un jóven Gentil, llamado Títo, que habia abrazado la fé, y que mereció por sus virtudes que le escribiese S. Pablo una carta, que se conserva entre las canónicas ó sagradas. Llegaron los tres á Jerusalén, y el primer cuidado de S. Pablo y S. Bernabé, fué reunir cuantos pudie-

ron de los Apóstoles, discípulos y antiguos Cristianos, que habían sido testigos de la gloriosa Resurrección del Señor en muchas apariciones hasta su triunfante Ascension á los cielos. Con éstos consultó S. Pablo, y principalmente con S. Pedro, el Evangelio que predicaba á los Gentiles. Deseaba este Apóstol de las Gentes que la Iglesia de Jerusalén diese su aprobacion á la doctrina que predicaba, no porque temiese que no fuese verdadera, habiéndola recibido del mismo Jesucristo, sinó para que su aprobacion contribuyese á aumentar la conversion de los Gentiles.

Reconoce la Iglesia de Jerusalén la mision de S. Pablo á los Gentiles. Visto por la Iglesia de Jerusalén, dice el mismo S. Pablo, que á mi se me habia encomendado la predicacion del Evangelio á los Incircuncisos, como á Pedro la de los Circuncidados; porque el que obró en Pedro para el Apostolado de la Circuncision, obró tambien en mi para el Apostolado de las Gentes, Pedro, Juan y Santiago nos dieron las manos derechas á mi y á Bernabé en señal de una cariñosa despedida, quedándose ellos en la Iglesia de la Circuncision en Jerusalén, y volviendo nosotros á la de los Incircuncisos en Antioquia. Tito, siempre al lado de sus amados maestros, fué con ellos á aquella tan populosa como Cristiana ciudad. Todos y en todas partes sabian que no estaba Circuncidado; pero S. Pablo queria hacer ver con este testigo presencial y continuo, que ni la Circuncision, ni alguno de los legales de Moisés, obligaba á los Gentiles que se convertian.

Disputa sobre la necesidad de la Circuncision.

Todo seguia bien en la Iglesia de Antioquia, tanto mas, quanto tenia dos Apóstoles á su frente; mas bajaron de Judea y Jerusalén algunos Cristianos de la Circuncision, negando que pudiesen salvarse los Gentiles convertidos, sinó se circuncidaban segun la ley de Moisés. Y bajando algunos de la Judea, dice San Lucas, enseñaban á los hermanos, diciendo, si no os circuncidais, segun el rito de Moisés, no podeis salvaros. Al oír ésto los Cristianos Gentiles, que componian casi toda esta floreciente Iglesia, y vivian en una gran paz sobre la fé de sus Apóstoles, turbados de repente y sumergidos en la confusion, corrieron en tropa á buscar á San Pablo y San Bernabé, y les dijeron afligidos: que los Cristianos que habian venido de Jerusalén les trataban como escomulgados y perdidos, porque no se habian circuncidado, y que no era eso lo que se les habia enseñado al tiempo de su conversion y su Bautismo; que como padres de su fé en Jesucristo, mirasen por el consuelo de estos sus hijos y tratasen del remedio.

Los dos Apóstoles se presentaron á los Cristianos recién venidos y les hicieron ver: que los Cristianos convertidos del paganismo, no estaban sujetos, despues de su conversion, á la Circuncision, ni á las demas leyes ceremoniales de Moisés, como no lo habian estado antes: que éstas solo habian obligado á los hijos de Jacob, á quienes se habian impuesto; y en fin que estaban tan lejos de obligar á los Gentiles convertidos, que los mismos

Judios convertidos debian quedar libres de ellas por la gracia de Jesucristo. Disputaron reciamente los dos Apóstoles con los recién venidos (según San Epifanio eran el hereje Cerinto y sus secuaces) y no pudieron convertirlos. No era extraño siendo herejes. Bastaba S. Pablo, instruido hasta en el tercer cielo por Jesucristo para decidir y dar por concluida con su autoridad la disputa; pero podia mirársele como parte interesada por sus amados Gentiles, y quiso que la cuestion se llevase á la Iglesia de Jerusalén, de la que no hubiese apelacion. Se convinieron unos y otros en ello, y los defensores de la necesidad de que observasen los Gentiles la ley de Moisés, nombraron dos de los Cristianos de la Circuncision, y San Pablo y San Bernabé fueron los encargados por parte de los Gentiles ó incircuncisos. La Iglesia ó Concilio de Jerusalén, al que presidia S. Pedro, como cabeza de todos los fieles, se componia de todos los Apóstoles, exceptuando á Santiago el mayor, á quien habia hecho quitar Herodes la vida, y á Judas Iscariote que se habia ahorcado. No sabemos los que en esta ocasion se hallaban en Jerusalén; pero si que se reunieron todos los que se encontraban en ella, ó en lugar y situacion de poder asistir al Concilio. Tambien asistieron aquellos discipulos ancianos que habian conocido á Jesucristo y que gozaban de mayor reputacion entre los hermanos. A este Tribunal excelso fueron los encargados á exponerse sus pretensiones reciprocas.

Los mas antiguos y considerables Cristianos de la floreciente Iglesia de Antioquia acompaña-

ron á los dos Apóstoles San Pablo y San Bernabé hasta mas allá del término de su ciudad, y aunque fué inevitable su sentimiento al separarse de los padres que les habian engendrado en Jesucristo, no lo fué tanto como en otras ocasiones, porque esperaban que seria brebe su ausencia y muy provechoso su viaje para la tranquilidad de sus almas. Pasaron S. Pablo y S. Bernabé por las provincias de Fenicia y Samaria, donde habia ya mucho tiempo que el Evangelio producía frutos abundantes. En todas las ciudades y pueblos en que se veian precisados á detenerse, juntaban á los fieles, no tanto para predicarles, como para decirles cuanto habia obrado el Señor por su Ministerio para la conversion de los Gentiles; y con estas noticias llenaban sus corazones de un gozo indecible. Cuando llegaron á Jerusalén fueron recibidos con la mas profunda veneracion por los Apóstoles, los Obispos, los Ancianos; y por toda la Iglesia de aquella gran ciudad, donde con una alegría universal se habia sabido la eleccion que Dios habia hecho de estos dos grandes hombres para Apóstoles de las gentes, y la fidelidad y exactitud con que correspondian á ella. Se les dieron todos los testimonios posibles de aprobacion de su conducta y todos los elogios que merecia la grandeza de su empeño. S. Pablo y S. Bernabé no necesitaban alegar razones en favor de su causa. Les bastaba referir los que habian hecho, ó por mejor decir, lo que Dios habia hecho por ellos y con ellos. Esta narracion sencilla era la prueba mas convincente que podia presentarse. Así lo hicieron

estos defensores de la incircuncision, dejando á los diputados contrarios todo el tiempo que quisieron emplear en exponer sus razones en favor de la Circuncision; y cuando hubieron acabado, se levantaron algunos Fariseos (secuaces de Cerinto) y dijeron: no basta lo que han hecho y dicho Pablo y Bernabé; es necesario que los Gentiles convertidos se circunciden y que guarden la ley de Moisés.

San Pedro decide y todos se conforman. Entonces los Apóstoles y los Obispos, como miembros del Concilio, y los Presbiteros ó Ancianos, como Consejeros y como discipulos que habian aprendido del Señor y de los primeros Cristianos las verdades de la religion, confirieron sobre ello; y cuando con mas ardor se buscaba la verdad, se levantó San Pedro, y tomando aquel tono de autoridad, propio del Pastor universal, cuando habla para enseñar á los fieles, dijo: varones hermanos, vosotros sabeis que desde los primeros dias que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, ordenó que de mi boca oyesen los Gentiles la palabra del Evangelio y creyesen; y Dios, que conoce los corazones de los hombres, dió un testimonio patente de ésto, concediendo tambien á ellos el Espiritu Santo, como á nosotros; y habiendo purificado con la fé sus corazones, no hizo ya diferencia entre ellos y nosotros. ¿Por qué, pues, tentais ahora vosotros á Dios, queriendo poner sobre los cuellos de los Gentiles convertidos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Mas nosotros creemos ser

salvos, no por la ley de Moisés que á ninguno ha podido salvar, sinó por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, por la que tambien fueron ellos salvados. Aqui calló toda la multitud, aprobando quanto habia dicho la cabeza de la Iglesia, y la cuestion quedó concluida, ó como dice S. Agustin, habló Pedro y la causa quedó finalizada.

Carta del Concilio de Jerusalén á los Gentiles de Antioquia. Entónces pareció bien á los Apóstoles y á los Ancianos, con toda la Iglesia, elegir á Judas y á Silas, varones principales entre los hermanos, y enviarlos á Antioquia con una carta que decia: los Apóstoles y los hermanos Presbíteros, á los hermanos Gentiles, que están en Antioquia, en Siria y en Cilicia, salud. Por quanto hemos sabido que algunos, que han salido de entre nosotros, os han trastornado y turbado vuestras almas con palabras, que nosotros no les hemos mandado, habiendonos congregado, como si fuéramos uno solo, nos ha parecido escoger varones y enviarlos á vosotros con nuestros carísimos Pablo y Bernabé, que han puesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, á Judas y á Silas, que os dirán de palabra esto mismo. Ha parecido, pues, al Espíritu Santo y á vosotros no imponer sobre vosotros mas cargas que estas cosas necesarias: que os abstengais de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la sangre del sofocado y de la fornicacion; de las cuales, guardandoos, hareis bien. Quedad con Dios.

S. Pablo y S. Bernabé partieron luego para

Antioquia, colmados de gozo con el pensamiento de que el feliz suceso de su comision iba á llenar de alegría á sus amados Antioquenos y á sosegar sus conciencias. Con ellos se unieron Judas y Silas, diputados de la Iglesia de Jerusalén y portadores de la carta del Concilio y caminaron juntos hasta la ciudad. Un ánsia, una santa impaciencia de saber las resultas del viaje, ocupaba á todos. Luego que se supo el arribo de S. Pablo, S. Bernabé y los dos enviados del Concilio que les acompañaban, se juntó la multitud, y conducida por sus Doctores y Obispos, salieron á su encuentro y los condujeron á la ciudad. Fueron recibidos con la profunda veneracion que correspondia al carácter de enviados de una Congregacion reunida en el Espiritu Santo. Entregaron la carta del Concilio, que fué leida en presencia de todos y causó en todos los corazones una alegría indecible. Judas y Silas, testigos del gozo que ocupaba á los Antioquenos, echaban el colmo á la alegría con sus fervorosos discursos y confirmaban en la fé á los hermanos con la uncion propia de su carácter de Profetas y Doctores de que estaban revestidos. Cuando hubieron pasado algun tiempo disfrutando de la comun alegría, se les permitió volver á Jerusalén á hacer participantes de ella á los que les habian enviado: pero Silas tuvo por mas conveniente quedarse en Antioquia y solo Judas subió á Jerusalén, donde hizo relacion á los Apóstoles y Padres del Concilio, á los Ancianos y Presbiteros, y á todos los Cristianos de su feliz viage, del gozo con que habian sido reci-

dos por los Cristianos de Antioquia, y sobre todo, del Júbilo con que habia sido leida y oida la carta.

S. Pablo y S. Bernabé se estaban en Antioquia enseñando y evangelizando la palabra del Señor, teniendo en su compania á Silas y otros muchos cooperadores y Ministros que esta dichosa Iglesia habia poseido en abundancia desde el principio. Esta multitud de operarios de que estaba provista, hizo creer á S. Pablo que podia pasar ya sin su presencia y la de su compañero, y asi despues de algun tiempo, dijo á S. Bernabé; volvamos á visitar á nuestros hermanos, recorriendo las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, y veamos como les va y el estado en que se encuentra su fé y sus costumbres.

No se avienen S. Pablo y S. Bernabé sobre llevar consigo á Juan Marcos. Bernabé convino con mucho gusto en ello, pero queria llevar en su compania á Juan Marcos, su primo; mas S. Pablo hizo presente á S. Bernabé que no les convenia llevar consigo este discipulo, que ya sabia que les habia dejado en Panfilia, volviéndose á Jerusalén á vivir con su madre; que su delicada complexion no habia podido sobrellevar las fatigas evangélicas; y que no era prudente exponerle á una segunda prueba. S. Bernabé formaba otras esperanzas de Marcos, en lo que facilmente pudo tener su parte la carne y la sangre. Contaba con hacer de este jóven un excelente operario, y no se determinaba á pasarse sin él. No se avinieron, ó por decirlo mejor, no quiso el Señor que se avinieran, porque asi convenia á los intereses

del Evangelio. Separándose los dos Apóstoles y tomando cada uno compañeros que les ayudasen, podían llevar á un mismo tiempo la palabra de Dios á muchos pueblos y adelantar esta divina obra, durante los pocos años que faltaban hasta la ruina entera de Jerusalén y de la Sinagoga, y así en efecto lo hicieron.

Historia de S. Bernabé. S. Bernabé partió de Antioquia llevando consigo á Juan Marcos, que habia vuelto de Jerusalén, y se embarcaron juntos para la Isla de Chipre, de donde era natural el primero, como ya hemos dicho, y es todo lo que sabemos por la historia Sagrada del Apostolado de S. Bernabé; mas por las historias Eclesiásticas, mas antiguas y mejor acreditadas, sabemos que S. Bernabé trabajó con gran celo y con gran fruto en su Isla de Chipre; que tuvo el consuelo de verla convertida á la fé; que pasó á Italia y á Milan, cuya Iglesia se gloria de haberle tenido por su primer padre en la fé; y que volviendo á su patria, combatió con tanto celo la doctrina de la Circuncision y los legales, que la Sinagoga suscitó contra él un alboroto popular, en el que recibió la corona del Martirio, muriendo apedreado como S. Esteban. Quisieron los Circuncisos quemar su cadáver, pero su pariente y discípulo Juan Marcos, ayudado de otros discípulos, le recogió en la obscuridad de la noche inmediata y le enterró cerca de la ciudad con todo el honor que le permitieron las circunstancias. El furor de las persecuciones de los primeros siglos, hizo que se perdiese la noticia de su sepulcro, hasta que,

convertidos á la fé los Emperadores, se volvió á adquirir en el siglo quinto y tiempo de Cenon. Antimo, Obispo de Salamina (capital de la Isla de Chipre) tuvo una revelacion del sitio donde se hallaba el sagrado depósito, y luego se formó una procesion religiosa y se caminó á descubrirle. Se cabó en el sitio designado y se halló el cadáver, del Santo Apóstol, con un ejemplar del Evangelio de S. Mateo sobre el pecho, escrito por mano del mismo S. Bernabé. El Santo Obispo Antimo envió este ejemplar al Emperador Cenon, quien mandó guarnecerle con láminas de oro y custodiarle en su palacio imperial con el mas profundo respeto. Hizo tambien edificar una magnífica Iglesia en el sitio donde se habia encontrado el sagrado cadáver colocando en el centro el sepulcro del Santo entre hermosas columnas de mármol guarnecidas de magníficos relieves de plata.

S. Pablo asocia consigo á Silas. S. Pablo, separado de S. Bernabé, asoció consigo á Silas, uno de los dos diputados que habian bajado de Jerusalén á Antioquia á traer la carta del Concilio, y que se habia quedado en esta ciudad cuando su compañero Judas se volvió á Jerusalén como dejamos ya dicho. Silas, aunque Profeta y Obispo, se dió por muy contento y honrado con esta eleccion que hacia de él un S. Pablo, el vaso escogido por Dios para llevar su Santísimo nombre á las Gentes. S. Pablo y Silas salieron de Antioquia y recorrian la Siria y la Cilicia, animando y confirmando á las Iglesias en la fé y mandando

que se guardasen los preceptos de los Apóstoles y de los Ancianos, decretados en Jerusalén; y las Iglesias se afirmaban en su fé y se aumentaba todos los dias. Llegaron á Derbe y á Listria, ciudades en las que habia trabajado mucho S. Pablo con S. Bernabé en su primer viaje y donde veia ahora los mas hermosos frutos.

Encuentran en Listria á Timoteo. Hallaron en Listria un jóven Cristiano, llamado Timoteo, hijo de padre Gentil y de madre Judia de nacimiento, y cristiana de profesion, del que ninguna noticia nos da S. Pablo en su primer viaje. Era el padre de Timoteo uno de aquellos Griegos que, como el Centurion antes de su Bautismo, sin ser discipulo de Moisés, creia en un solo Dios verdadero; y su madre, llamada Cunice, vivia con un hombre de este carácter sin peligro de que la pervirtiera. Habia criado á su hijo Timoteo en la religion Cristiana que ella profesaba, y en púnciosas costumbres. Siendo hijo de Padre Gentil y de madre Judia, podia circuncidarse ó permanecer incircunciso, y en este último estado habia vivido hasta ahora. Los Cristianos de esta ciudad, y tambien los de Iconio, daban de Timoteo el mas glorioso testimonio. S. Pablo quiso conocerle por sí mismo y luego penetró lo mucho que valia este jóven.

No permite S. Pablo la circuncision de Tito y quiere la de Timoteo. S. Pablo se habia asociado, como ya hemos dicho, á Tito para servirse de él en la instruccion de los Gentiles, y ahora quiso tomar á Timoteo para la de los Judios. Siendo

Tito hijo de padre y madre Gentiles, creyó el Apóstol que seria un gran inconveniente para la conversion de los Gentiles circuncidarle, y nadie pudo vencerle á que lo permitiese. Lo contrario sucedió con respecto á Timoteo. Siendo hijo de padre Gentil y de madre Judia, y pudiendo continuar incircunciso, siguiendo la ley del padre, ó circuncidarse siguiendo la de la madre, el Apóstol quiso que se circuncidase para que coadyuvase mejor á la conversion de los Judios. Conviniéron en ello los padres de Timoteo, y este se sujetó á la ley para seguir á S. Pablo, á quien habia cobrado ya aquel tierno amor que le profesó siempre.

Se dirige S. Pablo con sus compañeros á Bitinia. Despues de haber visitado el Apóstol las tres Iglesias de la Licaonia, que eran Iconio, Derbe y Listria, y de haber aumentado con sus fervorosos discursos la piedad y virtudes de aquellas florecientes Iglesias, salió de ellas acompañado de Silas, Tito y de Timoteo, su nuevo cooperador y discípulo, y pasando las provincias de Frigia y de Galacia, trataron de ir á Bitinia, provincia del Asia menor, cuya capital era Efeso, y no se lo permitió el Espíritu de Jesús. No se nos dice la causa que hubo para esto. Dios es árbitro de hacer gracia á quien quiere y cuando quiere. S. Juan Crisóstomo y otros Santos Padres creen que el motivo fué tener el Señor reservadas estas provincias al Ministerio de S. Juan, y en efecto en ellas le egirió cumplidamente. Tambien pudo ser porque ya S. Pedro habia predicado el Evangelio

en el Asia y la Bitinia, y queria el Señor que S. Pablo y sus compañeros fuesen á predicarle en la Macedonia, como puede inferirse del pasaje siguiente. S. Pablo y sus compañeros, despues de haber cruzado la Misisia, bajaron á Troade, llamada Alejandria. En esta ciudad tuvo S. Pablo una vision celestial. Se le puso delante un hombre Macedonio que le rogaba y decia: pasa á Macedonia y ayúdanos. Se cree que este hombre, que se habia presentado á S. Pablo en traje Macedonio, era el Angel tutelar de la provincia que pedia por ella. Luego que S. Pablo tuvo la vision procuramos, dicen estos Misioneros, ir á Macedonia, asegurados de que Dios nos habia llamado para que predicásemos el Evangelio, y embarcándonos en Troade, vinimos á Somotracia, última ciudad de la Tracia, y el dia siguiente llegamos á Nápoles, situado sobre las fronteras de Tracia y Macedonia. De alli pasamos á Filipos, llamada así de Filipo, padre de Alejandro Magno, y en esta ciudad nos detuvimos algunos dias á conferenciar sobre el modo de derramar en aquel país, enteramente desconocido, la semilla del Santo Evangelio.

Se detienen en Filipos. No habia en Filipos Sinagogas como en las otras ciudades del Asia, y los pocos Judios que se toleraban allí, se juntaban para hacer su oracion comun en un lugar apartado de la ciudad sobre la ribera de un rio. Habiendo llegado el Sábado, salimos de la ciudad y fuimos á la ribera del rio, donde nos parecia que se hacia la oracion comun, y sentándonos,

hablabamos con las mujeres que se hallaban ya allí reunidas.

Conversion de Lidia. Entre ellas habia una de Tiatira, llamada Lidia, que tenia un gran comercio de grana en Filipos, y adoraba á un solo Dios. Cuando oyó hablar de Jesucristo, el Señor abrió su corazon y escuchaba con mucha atencion las cosas que San Pablo decia. Advirtió el Apóstol la atencion y piedad de Lidia, y dirigiéndose á ella particularmente, la habló de Dios y de su Santísimo Hijo Jesucristo, de sus misterios y de la santidad de su doctrina. Entonces esta piadosa mujer creyó y fué bautizada con toda su casa. Fué desde luego muy viva su fé, y su caridad muy fervorosa. Si juzgais, nos dijo, que yo sea fiel al Señor, y digna de tener en mi casa á sus Ministros, entrad en ella, y nos obligaba á que entrásemos. No queremos comparar á esta fervorosa mujer con los dos discípulos de Emaus que obligaron á Jesucristo á que entrase en su casa; pero no se la pueden negar unos rasgos de semejanza que la honran mucho.

Curacion de la Pitonisa ó Adivina. Sucedió, pues á otro dia, que yendo nosotros á la oracion, nos encontró una muchacha, que tenia espíritu de Piton ó de diablo, como la Adivina ó Pitonisa que consultó el Rey Saul en la noche anterior al dia de la batalla en que murió. Esta muchacha daba mucho que ganar á sus amos adivinando. El diablo conoce lo presente y lo pasado, y por la sutileza de su espíritu, dice Santo Tomás, conjetura ordinariamente lo que está por venir. Asi

daba el demonio sus respuestas por medio de esta muchacha á los que venian á consultarla. Ella siguiéndonos daba grandes voces, diciendo: estos hombres son siervos del Dios excelso, que os anuncian el camino de la salud, y ésto lo hacia por muchos dias. Condolido S. Pablo de la pobre muchacha, cansado de oír unas alabanzas que les daba el padre de la mentira, y siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, que mandó salir de un hombre poseido al espíritu inmundo que le llamaba Santo de Dios, dijo al espíritu de adivinacion: te mando en nombre de Jesucristo que salgas de ella, y salió en la misma hora.

Son azotados y encarcelados. Viendo sus amos que se habia acabado su ganancia, echando mano de S. Pablo y de Silas, los arrastraron al Tribunal, donde los presentaron á los Magistrados, diciendo: estos hombres son Judíos, turban nuestra ciudad y predicán unas costumbres que nosotros no podemos recibir ni ejecutar, siendo Romanos. Al oír el nombre de Judíos, á los que tanto horror tenían los Romanos por causa de la Circuncision, todo el pueblo se alborotó contra ellos, y los Magistrados, haciendo que les rasgasen las túnicas y quedasen descubiertas sus carnes, mandaron que les azotasen con varas, y despues de haberles azotado largamente, les metieron en la cárcel, mandando al carcelero que los custodiase con toda diligencia. El carcelero, luego que recibió esta orden, los metió en un calabozo y les puso los pies en un cepo.

Mas á la media noche, puestos en oracion San

Pablo y Silas, alababan á Dios, oyéndolos cuantos estaban en la cárcel, y luego se sintió un terremoto tan grande, que se conmovieron hasta los cimientos del edificio, se abrieron todas las puertas y se soltaron todas las prisiones. Cuando el carcelero vió sueltos los presos y abiertas las puertas, desenvainó la espada y se quiso matar. Pero S. Pablo exclamó con todas sus fuerzas, diciendo: no te hagas mal, porque todos estamos aquí. San Pablo y Silas no se movieron para no exponer al pobre carcelero; y los demas tampoco dejaron sus puestos, sin duda sobrecogidos del espanto que les causó el terremoto. El carcelero registró la cárcel para asegurarse de la permanencia de los presos y ninguno faltaba; mas cuando vió á San Pablo y Silas que con sus gritos le habian librado de matarse á si mismo, se arrojó temblando á sus pies, y conociendo que aquellos hombres eran unos Ministros de Dios, les preguntó: ¿y qué es lo que debo yo hacer para salvarme? Y ellos le dijeron: cree en el Señor Jesus y serás salvo tú y toda tu casa; y tomando el carcelero á San Pablo y á Silas en aquella misma hora de la noche, les lavó las llagas. Ellos predicaron al carcelero y á toda su familia la palabra del Señor y todos fueron bautizados. Supieron las Autoridades que Pablo y Silas eran Romanos, y luego se apresuraron á sacarles de la cárcel.

Vienen á la casa de Lidia y causan una extraordinaria alegría. Luego que S. Pablo y Silas salieron de la cárcel, vinieron á la casa de la

piadosa y amable Lidia, donde estaban reunidos Lucas, Tito y Timoteo y un gran número de Cristianos de los convertidos de Filipo. Todos se hallaban en el mayor desconsuelo, porque no sabían en que vendrían á parar su grande y grandemente amable San Pablo y su precioso compañero Silas. Cuando les vieron entrar, debieron experimentar un regocijo muy semejante al de los discipulos de Jerusalén, cuando se presentó San Pedro á la puerta de la casa de Maria, madre de Marcos. Los dos Mártires de Jesucristo, y compañeros en el calabozo de Filipos, hicieron una relacion tan tierna y circunstanciada, cual convenia á su glorioso triunfo, y los fieles les oyeron con aquel consuelo y alegría que hace alabar al Dios de todo consuelo.

Pasan de Filipos á Tesalónica, donde son tambien perseguidos. San Pablo y Silas, despues de animar á los hermanos á que perseverasen firmes en la fé, y fervorosos en la caridad, salieron con Timoteo de Filipos. Dejaba el Apóstol á los fieles Filipenses con sentimiento, porque preveia las persecuciones que iban á padecer en su ausencia, y creemos que, para sostenerlos, dejó con ellos á su amado Lucas, y quizás tambien á su amado Tito. No hizo sinó pasar por Anfípolis y por Apolonia, ciudades de la Macedonia, bastante vecinas, pero no juzgó apropósito detenerse en ellas, porque no habia Sinagogas, ni acaso un retiro donde se reuniesen los Judios, como en Filipos. Era S. Pablo el Apóstol destinado por Dios para la conversion de las gentes;

y la experiencia le habia enseñado, que su entrada para conseguirlo eran las Sinagogas, en las que, al paso que conquistaba algunos hijos de Israel, lograba llamar la atencion de los Gentiles al desprecio de la idolatria y á la adoracion de un solo Dios. Guiado por sus experiencias pasó á Tesalónica, capital de la Provincia, en la que habia una Sinagoga. Luego que llegó á la ciudad, fué á la Sinagoga, y por tres Sábados disputaba con los Judios sobre las Sagradas Escrituras, haciéndoles ver que habia sido necesario que Jesucristo padeciese (muriese) y resucitase de entre los muertos; y creyeron algunos Judios, y se unieron con Pablo y con Silas. Tambien creyó una multitud de Gentiles, adoradores de un solo Dios, y otra multitud de idólatras que renunciaron sus idolatrias, y no pocas mujeres ilustres.

No esperaba S. Pablo conseguir tan pronto y felices sucesos sin contradiccion. Los Judios incrédulos tomaron de la plebe un número de hombres malos, y formaron con ellos un tropel que causó en la ciudad un tumulto casi general. Su intento era arrebatár á Pablo y á Silas, y hacer que el pueblo alborotado les matase á pedradas sin forma de juicio, porque en él necesariamete habian de salir mal. No lo consiguieron. Pablo y Silas estaban en casa de su discipulo Jason, pero tuvieron tiempo de ocultarse entes que llegasen los amotinados. Estos registraron la casa, y no encontrándolos, se apoderaron de Jason y algunos otros Cristianos que se hallaban en ella, y los llevaron á los Magistrados, diciendo: estos son

unos hombres recién venidos, que Jason ha recibido en su casa, y perturban la ciudad; van contra los decretos del César, y enseñan que tenemos otro Rey, que se llama Jesus. Los Magistrados oyeron á Jason y á sus compañeros, y todos dieron tan buena cuenta de sus personas, que los dejaron ir libres; pero la libertad de los discípulos no ponía en seguridad á sus Maestros.

De Tesalónica van á Berea. Aunque la Iglesia de Tesalónica á penas habia tenido tiempo para formarse, juzgaron los fieles que sus cimientos eran bastante sólidos para poder sostenerse sin sus fundadores hasta que pluguiese al Señor consolarles con su vuelta; Esperaron S. Pablo y Silas la oscuridad de la noche, y algunos discípulos prácticos en el terreno, y muy amantes de sus Maestros, los sacaron secretamente de la ciudad y los condujeron á Berea, otra ciudad de la Macedonia, poco distante de Tesalónica. También tenían los Judios una Sinagoga en Berea. San Pablo y Silas fueron á esta Sinagoga y vieron que los concurrentes recibían la divina palabra con ánsia, leyendo diariamente las Sagradas Escrituras; y así muchos Judios creyeron y también muchas mujeres Gentiles de calidad, y no pocos hombres. Desde el principio de su mision no habia visto S. Pablo progresos semejantes á los que hacia el Evangelio en Berea y á la profunda paz que los acompañaba. No gozó de ella por mucho tiempo esta Iglesia. La obra de Dios es siempre la misma. Fundada en todas partes sobre la cruz, se hacia fecunda, particularmente en aquellos tiempos, con

las contradicciones, y estéril luego que no era combatida. No tardó en llegar á Tesalónica la noticia de que Pablo predicaba en Berea la palabra de Dios con una aceptación extraordinaria: que los Judíos le escuchaban con mucha atención; y que se dejaba ganar para Jesús un crecido número. Fué grande la indignación que esta noticia causó en los amotinados, y luego salieron los mas furiosos á perseguir á S. Pablo en Berea. No se dirigieron á las Autoridades para pedir justicia, sinó á la multitud, á la que conmovieron con sus discursos sediciosos.

Llevan á S. Pablo sus discípulos á Atenas. Tenia S. Pablo en Berea muchos y muy amantes discípulos que, viendo el peligro, se dieron prisa á sacarle de la ciudad, y no contentos con llevarle hasta el mar y embarcarse con él, le condujeron hasta Atenas. Silas y Timoteo no se embarcaron con el Apóstol. Fuese porque creyese este muy breve su viaje y quisiese que permaneciesen por aquel poco tiempo en Berea, ó fuese que la precipitación de la salida no diese lugar para avisarlos, S. Pablo se encontró solo en Atenas.

Carácter de los Atenienses. Era Atenas una ciudad célebre por su ciencia y su idolatría. Tenia un Senado que llamaban Areopago, compuesto de los hombres más sábios de aquel tiempo, pero tan supersticiosos que, según su historiador Pausanias, tenían mas ídolos que toda la Grecia. Habia en Atenas una secta numerosa de Epicuros, gente delicada, ociosa y dada á las delicias; y habia tambien otra, no menos numerosa, de Estoicos, que se preciaban de Filósofos, y despre-

ciaban en su orgullo á todos los demás hombres. Lleno S. Pablo en el mismo cielo de la sabiduria de Dios, tenia bastantes armas para confundir la voluptuosidad de los unos; y para humillar la soberbia de los otros. Se llegó á ellos sucesivamente, pero solo pudo conseguir que le escuchasen sin sacar fruto alguno. Al ver que nada les movia, les habló de la resurreccion de los muertos. Esta para ellos era una novedad, y por esto les llamó la atencion hácia ella. Disputaban con él porque predicaba á Jesucristo resucitado, y en esto mismo la resurreccion de los muertos. ¿Qué nos quiere anunciar este sembrador de palabras? decian unos. Parece que quiere ser predicador de dioses nuevos, decian otros; y por estas disputas le llevaron al Areópago, al que pertenecia la decision de las causas mas importantes, y principalmente las de religion. Tal creyeron que era la de S. Pablo, y por eso le llevaron á este Tribunal á dar cuenta de su doctrina. ¿No podemos saber, le dijeron, qué es esa nueva doctrina que predicas? Porque pones en nuestros oidos ciertas novedades, y queremos saber qué es esto. Estas preguntas no nacia, como se vió por el efecto, de deseo que tuviesen de abrazar la verdad, si se les manifestaba con bastantes pruebas y á buenas luces. Nacia de la curiosidad que tenian de oír algo de nuevo, porque la ocupacion de los Atenienses era, dice el texto sagrado, ó decir ú oír algo nuevo. Esto prueba la ligereza de su espíritu con que les dan en cara sus mismos oradores.

Discurso que les hace S. Pablo. S. Pablo, pues, presentado en medio del Areópago, y ro-

deado de una multitud innumerable, les hizo este elocuente discurso: varones Atenienses: en todas las cosas os veo como los hombres mas supersticiosos, porque pasando y viendo vuestros simulacros, hallé tambien uno en que estaba escrito: *al Dios desconocido*. Aquel, pues, que vosotros adorais sin conocerle, es el mismo que vengo yo á anunciaros.

Algunos creen que el honor y culto que los Atenienses daban al Dios desconocido, le daban al Dios verdadero, y que tenian de Él algun conocimiento por las Sibilas y por lo que leian en sus Autores, tomado de los Judios; pero que ignoraban su nombre, y se ve esto en que los Gentiles daban alguna vez al Dios verdadero de los Judios el nombre de Dios desconocido. Luciano entiende por el Dios desconocido de Atenas el Dios que adoraban los Cristianos, porque S. Pablo dice terminantemente, que viene á predicarles el mismo Dios que ellos adoran sin conocerle, y que llaman Dios desconocido, porque ignoran su nombre que es inefable é incomprensible.

S. Pablo continuó su elocuente discurso en estos términos: el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo el Señor de los cielos y la tierra, no mora en templos hechos de mano, ni es servido por manos de hombres, como si necesitase de algo, cuando Él mismo dá á todos vida, respiracion y todas las cosas, y de uno solo hizo todo el linage humano para que habitase toda la haz de la tierra, señalando el orden de los tiempos y los términos de su habitacion para que busquen á Dios, si por ventura le toquen ó ha-

llen , aunque nõ está lejos de cada uno de nosotros ; porque en Él mismo vivimos , y nos movemos , y somos , como dijeron tambien algunos de vuestros Poetas : porque de Él somos linage. Siendo , pues , linage de Dios , no debemos pensar que lo divino es semejante á oro , ó plata , ó piedra labrada por arte ó astucia del hombre. Dios , despreciando los tiempos de esta ignorancia , anuncia ahora á los hombres que todos hagan penitencia en todo lugar , porque ha señalado un dia en el cual ha de ser juzgado el mundo , segun justicia , por aquel Varon (Jesucristo) que ha determinado , dando seguridad á todos , resucitándole de entre los muertos. Cuando oyeron la resurreccion de los muertos , unos se burlaban , y otros digeron : otra vez te oiremos de esto. Asi salió S. Pablo de enmedio de ellos. Mas algunos creyeron y se unieron á él , entre los cuales fueron Dionisio Areopagita , una mujer llamada Dámarris , y otros con ellos. No dejó S. Pablo de recoger una preciosa cosecha aunque no fué abundante , acaso porque tuvo poco que padecer ; pero no tardó el Señor en volverle á sus primeras batallas y antiguas victorias.

Pasa de Atenas á Corinto y se aloja en casa de Aquila. De Atenas pasó á Corinto , ciudad grande y hermosa , capital de la Acaya honrada con el título y privilegio de Colonia Romana , situada entre los dos golfos Helesponto y Engia , y célebre en toda la Grecia desde que fué reedificada por César. En ella encontró S. Pablo Judios obstinados que le persiguieron , y Gentiles dóciles que , convirtiéndose , le consolaron. Tal habia

sido la situación ordinaria de S. Pablo en todos sus trabajos Apostólicos. Desde que partió de Antioquia no había hecho, en pueblo alguno, mansion tan larga como la que iba á hacer en Corinto, donde quiso Dios que permaneciese año y medio, dándole tiempo para fundar una iglesia muy floreciente.

En este año cuarenta y nueve de Jesucristo promulgó el Emperador Claudio un edicto, mandando que todos los Judios saliesen de Roma. Esta orden precisó á un Judio de consideracion, originario del Ponto, y llamado Aquila, á retirarse y embarcarse con su mujer Priscila á Corinto. Habiendo desembarcado entraron en la ciudad casi al mismo tiempo que el Apóstol. Con esta familia tomó S. Pablo conocimiento, y la encontró muy dispuesta á recibir la fé. Desde luego trabajó en instruir la y tardó poco en ganarla para Jesucristo. El oficio de Aquila (pues todos los Judios tenían alguno) era hacer tiendas, y este era tambien el de S. Pablo. La conformidad de profesiones, y mucho mas la de sentimientos, empeñó al Apóstol á elegir su morada en casa de Aquila, donde trabajaba, segun costumbre, con sus propias manos para no servir á nadie de carga.

Cuando una persona sabe reducirse á lo preciso, fácilmente adquiere para sus necesidades y la queda tiempo para emplearle en las cosas de Dios; y esto sucedia á S. Pablo. Tenia diariamente su tiempo para trabajar y ocuparse del Evangelio, y nunca dejaba de asistir los Sábados á la Sinagoga donde se juntaban, no solamente los Judios, sino tambien los Gentiles en gran número. Siempre

procuraba hablar de nuestro Señor Jesucristo con el ánsia de darle á conocer á Judíos y Gentiles, y siempre persuadía á muchos, particularmente de los últimos que no teniendo que combatir, ni con las prevenciones de una vana ascendencia, ni con las falsas tradiciones, resistían menos que los Judios. Cuando el apóstol, continuando sus trabajos, se hallaba en lo mas fuerte de sus tareas, le concedió el Señor un singular alivio. Sus amados discipulos Timoteo y Silas, que se quedaron en Berea cuando S. Pablo salió para Atenas, vinieron á presentarse á su querido Maestro. La alegría fué grande al recibir á sus queridos hijos, y saber de sus amados Tesalonicenses.

Carta de S. Pablo á los Tesalonicenses. Lleno de gozo con lo que le contaban de su fé, su constancia y su fervor, les escribió una cariñosa carta; mas como entendiesen mal algunas de sus expresiones, les escribió otra poco despues, para tranquilizarlos y son las dos cartas de S. Pablo á los Tesalonicenses, contenidas entre las canónicas ó sagradas.

Blasfeman los Judios en la Sinagoga y San Pablo no vuelve á ella. La llegada de los dos discipulos proporcionó la extension de los trabajos del Maestro, y aumentó su fervor. Empleaba, particularmente contra los Judios, las profecias, y les hacia ver que Jesus Nazareno era el Cristo, el Mesias prometido, y que en Él se habían cumplido total y literalmente cuanto habían anunciado los libros Santos. Un dia que el Apóstol, lleno de ardor, les estrechaba en gran manera con los testimonios de la Sagrada Escritura, y les pedia que contestasen, ofreciéndose á

satisfacer á todas sus dificultades, no oyó por toda respuesta sinó blasfemias que los hijos de Jacob proferian contra la adorable persona del Hijo de Dios. Habia en la Sinagoga multitud de Gentiles que oian estas blasfemias. Temió S. Pablo su escándalo, y levantándose en medio de todos, dijo sacudiendo sus ropas contra ellos: vuestra sangre sobre vuestra cabeza, desde ahora me voy á los Gentiles. Los Judios no se conmovieron al oir tan terrible amenaza de la boca de un Enviado de Dios, y este la puso luego en ejecucion, pasándose á vivir en la casa de un Gentil convertido, llamado el Justo Tito, que servia mucho á Dios y tenia su casa junto á la Sinagoga. La resolucion de S. Pablo, que podia tener enfadosas consecuencias, no las tuvo, sinó de mucho consuelo.

Conversion del Príncipe de la Sinagoga con toda su familia. Crispo, que era el Príncipe de la Sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa. Vino á la de Tito con toda su familia á presentarse al Apóstol. Hicieron delante de él su profesion de fé en Jesucristo y fueron bautizados. A su imitacion una multitud de Corintios, que venian todos los dias á la casa de Tito á oir la palabra de Dios, creian, y eran bautizados. Temia San Pablo que los judios se irritasen y moviesen algun alboroto que le obligase á dejar á Corinto, como le habia sucedido en Filipos, Tesalónica y Berea, y á perder las grandes esperanzas que le daban las buenas disposiciones de los Gentiles de Corinto.

Se aparece el Señor á S. Pablo y le asegura contra su temor. Pero cuando mas afligido se

hallaba por este temor, se le apareció el Señor en vision, y le dijo: no temas. Habla y no calles; porque Yo estoy contigo, y nadie se acercará á ti para dañarte. Sabe que tengo mucho pueblo en esta ciudad. No dijo el Señor al Apóstol el tiempo que habia de trabajar en Corinto; pero por lo que se vió era de año y medio que permaneció en esta ciudad predicando la palabra de Dios con gran fruto. En tan largo tiempo tuvo lugar para formar esta Iglesia que vino á ser de las mas florecientes de toda la Grecia. Era mucho para S. Pablo la mansion de año y medio en una misma ciudad; pero el Santo Apóstol permanecía tranquilo en ella, adelantando su obra y sin cuidado de pasar á cultivar otra viña hasta que el Señor le avisase y mandase dejar la presente. Al año y medio se verificó este aviso, que no fué por vision, como habia sido el de su permanencia. La persecucion habia sido desde el principio de su Apostolado el Angel que guiaba á S. Pablo y hacia que mudase de campo para recoger la mies. No tuvo atra guia para llevar sucesivamente la luz del Evangelio al Asia, la Macedonia y la Grecia, y ahora ya vino la misma á trasladarle de Corinto á la Siria.

Viene á Corinto un nuevo Procónsul y los Judíos acusan delante de él á S. Pablo. Galion, nombrado por el Senado de Roma Procónsul de toda la Acaya, vino á fijar su residencia en Corinto, que era la capital, y no perdieron tiempo los Judíos sin aprovecharse de un Gobierno que empezaba, para sacar una sentencia contra S. Pablo, cuya ejecucion prevenian. Ya pudiera haber

sido oprimido el Apóstol cien veces por sus enemigos en el discurso de año y medio ; pero aquella promesa que se le habia hecho en su vision, se cumplia siempre. Al arribo de Galion se reunieron los Judíos contra S. Pablo , le prendieron y le llevaron al Tribunal del Procónsul. Era Galion un Juez prudente y moderado, y hombre de bien al modo que lo eran los Romanos de su tiempo. El Senado le encargó la administracion de justicia, pero no que terminase las disputas que en su distrito se originasen sobre religion y culto. Roma, que en medio de su saber, ignoraba cual era el Dios que habia de adorar, porque hacia vanidad de dar culto á todos los dioses del mundo, dejaba á cada uno de sus ciudadanos que adorase el que quisiese y hasta la libertad de fabricarse cada uno el suyo.

Los Judíos , cuando presentaron á San Pablo en el Tribunal , clamaron todos á un tiempo , este hombre persuade á las gentes que adoren á Dios de un modo contrario á nuestra ley, usos y costumbres ; y principiando S. Pablo á hablar en su defensa , fué interrumpido por el Procónsul, que, dirigiéndose á los Judíos, les dijo : si se tratase de alguna maldad ó crimen enorme, yo os oiria, ¡oh Judíos ! segun derecho; mas si son cuestiones sobre vuestra ley, entendeos allá, vosotros. Yo no quiero ser Juez de esas cosas, y con esto los hizo salir del Tribunal.

No contaban los Judíos con semejante contestacion : Se desesperaron al oirla; y para colmo de su desazon, S. Pablo desapareció entre el bullicio. Sostenes , Griego de origen, Judío prosélito, Gefe

antiguamente de la Sinagoga, y discípulo últimamente de Jesucristo, habia acompañado á S. Pablo al Tribunal de Galion. A falta del Apóstol descargaron su ira los furiosos sobre Sostenes, su discípulo, y le golpearon delante del Tribunal, sin que el Procónsul se cuidase de esta injusticia y desacato. Sostenes, golpeado con tanta sin razon, buscó á S. Pablo y pudo unirse con él. Conocia ya este discípulo el valor de los trabajos, sufridos por la causa de Dios, y tomó la mas acertada resolución para que nunca le faltasen. Desde este dia se ofreció al Santo Apóstol para acompañarle en sus misiones, que no dejaban de ser un seminario seguro de padecimientos, y fué siempre uno de sus mas fieles é ilustres discípulos, de cuya compañía se honraba el Apóstol hasta el punto de hacer que firmase con él la primera carta que escribió poco tiempo despues á los Corintios.

Pasa S. Pablo de Corinto á Efeso. San Pablo, habiendo permanecido todavía muchos dias en Corinto (aunque oculto) para dejar arreglado el órden de aquella numerosa Iglesia, despidiéndose de los hermanos, se fué por mar á Siria con Aquila y Priscila, y desembarcaron en Efeso, ciudad la mas célebre de toda el Asia menor, y su capital. Pensaba S. Pablo fundar en Efeso una Iglesia considerable, como lo era la ciudad, pero no habia llegado su tiempo, y asi no se detuvo sinó algunos dias en ella. Sus amables compañeros Aquila y Priscila, que estaban abrasados de celo por la propagacion del Evangelio, le suplicaron que se detuviese allí el mas tiempo posible: pero el Apóstol, que se gobernaba por un impulso superior,

les contestó: que no podia por entónces detenerse en Efeso: que se quedasen ellos alli, y preparasen los ánimos para recibir la divina palabra. Yo volværé á vosotros, añadió, queriendolo Dios, y con esto se despidió, y salió de Efeso para el Asia menor.

El objeto de San Pablo en esta mision era visitar un número de Iglesias que habia creado en las provincias superiores del Asia menor; y que miraba como las primeras piedras que habia fijado para construir el grande edificio que algun dia se habia de levantar sobre estos cimientos. Las visitó y recorrió todas como un relámpago. Alumbró su fé, animó su esperanza y encendió su caridad con el fuego de su celo. No sabemós que en este rápido viaje llevase consigo mas que á Tito, al que dejó en la Isla de Creta para cuidar de aquella Iglesia. Despues de este precioso viaje subió á saludar á la Iglesia, asi se llama por excelencia la de Jerusalén en aquellos primeros tiempos, como ciudad la de Roma. De Jerusalén pasó hasta las cercanías de Damasco, y de alli bajó por el camino mas breve á Antioquia, Amaba muy singularmente el Apóstol á esta Iglesia, que habia sido como la cuna donde se habia mecido para robustecerse y emprender su Apostolado entre las Gentes. No era menos amado de sus queridos Antioquenos, que le miraban como á su amado Padre. Se habria detenido largo tiempo en Antioquia, si le fuera permitido gobernarse por los movimientos de su corazon; pero el Espiritu del Señor le ordenaba que recorriese la region de Galacia y de Frigia, que esperaban su visita y socorro. S. Pablo entró

luego en estas provincias, recorrió sus Iglesias, y confirmando en la fé á los discipulos, les dió las pruebas mas tiernas del celo en que se abrasaba por su salud.

Apolo, Cristiano célebre, viene á Efeso. Durante la ausencia de S. Pablo, Dios habia preparado los caminos en Efeso para el establecimiento de una Iglesia que habia de ser de las mas florecientes. Pocos dias despues de la salida del Apóstol de esta ciudad, llegó á ella un tal Apolo, natural de Alejandria, Judío de nacimiento y convertido al Cristianismo. Era hombre de mucho espíritu, naturalmente elocuente, y lleno de ardor, de actividad y de aliento. Estaba muy versado en las Sagradas Escrituras, y tenia un raro talento para explicar su sentido, resolver sus dificultades, y hacer valer sus testimonios contra los Judíos que afectaban desconocerlos. Además se hallaba muy instruido en todo lo que miraba á la persona de Jesucristo, á su nacimiento, vida, milagros, trabajos, pasion, muerte, resurreccion y ascension á los cielos. Sabia lo que habia pasado con respecto al Salvador en Galilea y Judea, y sobre todo en Jerusalén. Habia confrontado cuidadosamente estos hechos con los textos de Moisés, de los Profetas y los Salmos; y sus argumentos y pruebas eran irresistibles. Apolo principiò á predicar á Jesucristo en la Sinagoga con una libertad semejante á la de S. Pablo. Como poseia con gran perfeccion las Sagradas Escrituras, provocaba á los Judíos á la disputa, y siempre los vencía y confundía. Aquila y Priscila que, por disposicion de S. Pablo habian quedado en Efeso,

luego que supieron lo que pasaba , fueron á verse con Apolo , y se le llevaron consigo. Tuvieron los tres largas y gustosas conferencias espirituales, y si no podia negarse que Apolo era mas hábil en la religion , Aquila y Priscila estaban mas impuestos en su práctica, verificándose aqui lo que sucede no pocas veces ; que los Maestros hallan mucho que aprender en la fé rendida y sábiamente ilustrada de sus discipulos.

Es ordenado de Obispo en Corinto. Queriendo Apolo ir á Corinto, los hermanos de Efeso le animaron á este viaje, y escribieron á los discipulos de esta floreciente Iglesia. Apolo le hizo, y contribuyó mucho al provecho y adelantamiento de los que habian creido. Habiendo vuelto S. Pablo á Efeso, y sabido en esta ciudad los grandes progresos que Apolo hacia en la Iglesia de Corinto, ordenó á los Obispos que habia dejado en ella que consagrasen á Apolo de Obispo para dar mas crédito y autoridad á su Ministerio. Era bien acreedor Apolo á esta honra por su sabiduría y su piedad, y los fieles de Corinto reportaron grandes provechos de este carácter Episcopal en el tiempo que Apolo estuvo entre ellos, que no dejó de ser largo. El Espiritu Santo que habia recibido con el Episcopado, aumentaba maravillosamente su sabiduría y su celo. Confirmaba admirablemente en la fé y la esperanza á los Cristianos que S. Pablo habia convertido, y confundia públicamente á los Maestros de las Sinagogas con los testimonios de la Sagrada Escritura, haciéndoles ver con ellos que Jesus Nazareno era el verdadero Mesias.

Estando Apolo en Corinto, S. Pablo salió á recor-

rer las provincias superiores, esto es, las mas septentrionales del Asia menor, y concluido este viaje Apostólico, volvió á Efeso, donde predicó diariamente por dos años, y fueron tantos los que oyeron la palabra de Dios, cuantos habitaban en el Asia, tanto Judios como Gentiles; y Dios hacia tantos milagros por medio de San Pablo, que bastaba aplicar sus pañuelos y ceñidores á los enfermos para que les dejasen las enfermedades.

Exorcitas Judíos castigados por un energúmeno. El poder que Dios concedía al Predicador del Evangelio, dió ocasion á un suceso notable, del que resultó mucha gloria á su Santísimo Hijo. Tenian los Judios sus Exorcistas, que andaban de una á otra parte curando energúmenos. Hallandose algunos en Efeso, y viendo que jamás invocaba S. Pablo el nombre de Jesus para arrojar de los poseidos á los espíritus malos sin que fuese obedecido, tentaron tambien ellos á arrojarlos en el nombre del Señor, diciendo: os conjuramos en nombre de Jesus, á quien Pablo predica. Eran los que hacían esto, siete hijos de Esceva, Principe de una de las familias Sacerdotales. Cierta dia que exorcizaban á un energúmeno, invocando el nombre de aquel Jesus á quien predicaba San Pablo, les dijo el espiritu malo: conozco á Jesus y tambien á Pablo; mas vosotros ¿quiénes sois? Y arrojándose sobre ellos el hombre en quien estaba el epiritu pésimo, prevaleció contra ellos, y apoderándose de dos, de tal manera los maltrató, que apenas pudieron salir de aquella casa desnudos y heridos. Esto se hizo manifiesto á todos los Judios y Gentiles que habitaban en Efeso, y

rayo el temor del Señor sobre todos, y el nombre del Señor Jesus era muy glorificado.

Confesion voluntaria de los pecados. Entónces creyeron muchísimos, y recibieron el Bautismo, y un gran número de los que creyeron y fueron bautizados, vinieron á arrojarse á los pies de San Pablo, confesando sus pecados, y aunque estaban ya instruidos de que no tenían obligacion á esta confesion, con respecto á los pecados cometidos antes del Bautismo, porque todos habian quedado perdonados por este Sacramento, no quisieron excusar esta confusion para serenar sus agitadas conciencias, y asegurar á los Apóstoles de su arrepentimiento. Lo que no podian dejar de hacer era renunciar para en adelante á sus pecados con un firme propósito de la enmienda, y cortar todas las ocasiones próximas de volver á cometerlos; y esto lo hicieron de un modo muy edificante.

Quema de los malos libros. Aquellos que habian seguido la ciencia de los encantamientos (que era entónces un estudio muy comun), trageron sus libros y los quemaron en la plaza pública, ascendiendo su valor á cincuenta mil denarios. Lo mismo hicieron con los demas que podian ser perjudiciales á sus conciencias y con las cosas que podian exponerlos á repetir sus delitos.

¡Cuándo será servido el Señor en que veamos nosotros un fuego expiatorio que purifique nuestras bibliotecas públicas y privadas, y haga arrojar de las manos Españolas esos libros de fuego, que sin quemar los cuerpos, consumen lastimosamente las almas! Entónces tendríamos los Españoles el consuelo de ver desaparecer de la España, como S.

Pablo de Efeso, esas perversas doctrinas que la corrompen, y extenderse por ella las sanas y santas que produjeron tantas virtudes en Efeso.

Tumulto del platero Demetrio. Concluidas tan felizmente estas cosas en Efeso, pensó S. Pablo en ir á Jerusalén, atravesando la Macedonia y la Acaya, porque despues que yo estuviere en Jerusalén, decia á sus discípulos, es necesario tambien que yo vea á Roma; y habiendo enviado á Macedonia á dos de los que mas amaba, que eran Timoteo, su antiguo discípulo, y Erasto de Corinto, que habia unido consigo en sus misiones, él se quedó por algun tiempo en el Asia. Pero sobrevino un alboroto no pequeño en Efeso por causa de la doctrina de S. Pablo que condenaba la idolatria ó adoracion de los dioses. Era muy célebre en Asia el Templo de la diosa Diana, que habia en Efeso; y los que de diferentes partes venían á adorar á la mentida deidad, acostumbraban comprar y llevar á sus casas unos templillos de plata, en cuyo centro iba colocada la estatua de la diosa. Un tal Demetrio, platero de profesion, que tenia mucho despacho de estos templillos, y que empleaba en estas obras un gran número de oficiales que se mantenian de este trabajo, conoció que si la doctrina de Pablo se generalizaba, como él lo temia, cesaria esta ganancia, y tanto él como sus obreros se hallarian sin trabajo y perecerian de hambre. Para conjurar la que él miraba como una tempestad, los reunió, hizo presente el peligro en que se hallaban, y todos convinieron en que era grande, y que Pablo era la causa de su desgracia. Vosotros sabeis, les dijo, que nosotros nos mantenemos de esto,

y no ignoráis que este Pablo, en casi toda el Asia, persuade y convence á la multitud de que no son dioses los que se hacen por las manos de los hombres, por lo cual, no solo hay peligro de que nuestra profesion pare en descrédito, sino de que sea tenido en nada el templo de la gran Diana, y venga por tierra la majestad de aquella á quien adoran el Asia y todo el mundo.

Quando oyeron esto los oficiales, se llenaron de furor, y gritaron diciendo y repitiendo: ¡Gran Diana de Efeso! Y toda la ciudad se puso en confusion. Todos corrieron en tumulto al teatro, llevándose por delante á Gayo y Aristarco, dos compañeros de S. Pablo que encontraron en el camino. S. Pablo que luego supo lo que pasaba, corrió al teatro y quiso hablar al pueblo, ¡ tanta confianza tenia en la virtud de sus Efesenos! pero no se lo permitieron los discipulos, temiendo que le despedazase el tumulto; tambien algunos de los Principes del Asia, que eran sus amigos, le enviaron á decir con ruegos: que no se dejase ver en el teatro, porque era grande la confusion, y los mas no sabian por qué se habian juntado. Los Judios quisieron que hablase á los alborotados un tal Alejandro de su nacion, hombre elocuente y de consideracion entre ellos, para que cesase el motin. Este pidió silencio con la mano y trataba de apaciguar al pueblo, pero luego que supieron que era Judio, todos á una gritaron mas alto que antes, casi por dos horas: Gran Diana de Efeso!!! ¡Gran Diana de Efeso!!!... Al cabo de este tiempo, el Procurador de la ciudad, habiendo conseguido sosegar las turbas, les dijo: varones de Efeso, lo que os importa es

aquietaros y no hacer alguna temeridad. Habéis traído á estos hombres, que ni son sacrilegos, ni han blasfemado contra vuestra diosa; y si Demetrio y sus oficiales tienen alguna queja contra alguno, audiencia pública hay, acúsense ante ella los unos á los otros; y si teneis que demandar alguna otra cosa, se podrá despachar en legítimo Ayuntamiento, y con esto cesó el alboroto y se deshizo el tumulto.

Va S. Pablo á llevar limosnas á Jerusalén. Aunque era muy grande el número de los Cristianos de Efeso, como en los molines, segun hemos dicho otras muchas veces, son los malos los que mas figuran, parecia que toda la ciudad estaba tumultuada, aunque no fuese sinó un corto número. Los amigos de S. Pablo no quisieron exponer á su querido Maestro al furor de los alborotados, y no solo se opusieron á que se presentase en el teatro, sinó que procuraron que saliese de Efeso. En efecto el Santo Apóstol salió de esta ciudad hácia la fiesta de Pentecostés, por principios de Junio de este año, que era el cincuenta y cuatro de Jesucristo; recorrió y visitó sus queridas Iglesias de Macedonia, Tesalónica, Berea y Filipos, y gastó en esta visita casi seis meses, llevándose consigo á Lucas, que habia dejado en Filipos hacia ya algun tiempo. Su principal consuelo en este viaje fué encontrar á los Cristianos de estas antiguas Iglesias llenos de paz y de fervor, y tan dispuestos como siempre á sacrificar sus bienes á las necesidades de los pobres. Recogió cuantiosas limosnas que le ofreció la caridad de los fieles, y se dirigió (ejerciendo también en el camino esta obra de misericordia) á Jerusalén, á donde llevó un considerable socorro á los

hermanos que vivían en aquella Iglesia á expensas de la caridad.

Carta segunda de S. Pablo á los Corintios. Miraba S. Pablo á su Iglesia de Corinto como una casta Esposa, destinada á ser de las mas amadas del Cordero. Estaba santamente celoso de su hermosura, y cuidaba de ella con gran desvelo. Hallándose ausente, y no pudiendo dirigirla personalmente, hizo tiempo bastante, entre los muchos afanes que le ocupaban en la visita de tantas y tan numerosas Iglesias, para dirigirla, como hemos dicho, una segunda carta que hablase por él en su ausencia. Esta carta es tierna, viva y elocuente; es respetuosa y sumisa, pero algunas veces es tambien alta y amenazadora. Jamás es soberbia, pero tampoco es baja. En ella se conoce que es un Maestro y un Padre el que escribe, pero un Maestro que quiere enseñar y corregir, y un Padre que no quiere contristar. Un Maestro que no toma en su carta el tono de autoridad, sino para no tener que manifestar cuando esté presente, otro carácter que el del mas indulgente y tierno de todos los Padres. No, no saben los hombres escribir de este modo. Solo el Espiritu de Dios, cuando anima á sus Ministros, es el que puede enseñar este estilo y sugerir este lenguaje.

Carta á los Romanos en la que dice que ha de ir á España. Aunque la edad de S. Pablo no llegaba todavia á los cincuenta años, estaba tan consumido con la multitud de las fatigas y trabajos de su Ministerio, que no contaba con mucho tiempo de vida, y como tenia siempre en su memoria el viaje á Roma, á aquella numerosa y dicho-

sa ciudad que habia de ser la capital del Orbe Cristiano, ya que al presente no podia verla, determinó escribir una carta á los Cristianos que ya habia en ella. Muchos amigos y discipulos del Apóstol, como Aquila y Priscila; sus muy amados compañeros, Andrónico y Junias, que habian sido sus concautivos por la fé, y que eran Cristianos mas antiguos que él mismo; un número considerable de mujeres virtuosas que habian servido á la religion segun su disposicion y sus facultades... todos estos se habian trasladado ya á Roma aprovechándose de las ocasiones que se presentaban para ir á establecerse en ella. La carta del Apóstol fué dirigida á todos los Romanos, ya fuesen convertidos del Judaismo, ó ya del Gentilismo, pero principalmente á sus antiguos amigos. Está escrita en Corinto por su amanuense Tercio, al partir para Macedonia. Cuando hiciere, les dice en ella, mi camino para España, espero veros al paso, y que despues de haber disfrutado algun tanto de vuestra vista me acompañareis hasta allá (hasta España).

Pruebas de este viaje. De esta carta de San Pablo á los Romanos, y de la de S. Clemente á los Corintios, en la que dice este Santo Pontífice que S. Pablo predicó el Evangelio en el Oriente y en las extremidades del Occidente, resulta que S. Pablo vino á predicar á España la fé de Jesucristo, y así lo afirma S. Atanasio, S. Cirilo de Jerusalén, S. Epifanio, el Crisóstomo, S. Gerónimo y otros muchos Santos Padres. Mas ahora, continúa S. Pablo diciendo á los Romanos, me dirijo á Jerusalén á servir á los Santos (á los fieles que se habian empobrecido voluntariamente, vendiendo sus bienes

como queda dicho) porque en Macedonia y Acaya han tenido á bien hacer una colecta ó coleccion de limosnas para los pobres de entre los Santos que están en Jerusalén; y cuando yo haya cumplido con esto, y entregado este fruto precioso de la caridad, iré á España, pasando por ahí; y vendré á vosotros en abundancia de bendicion del Evangelio de Cristo. Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espiritu Santo, que me ayudeis con vuestras oraciones por mi á Dios, para que me libre de los enemigos que hay en Judea, y llegue aceptable á los Santos de Jerusalén la ofrenda de mi servicio para que yo venga á vosotros con gozo por la voluntad de Dios, y sea recreado con vosotros. El Dios de la paz sea con todos vosotros. Amen. S. Pablo concluyó su carta á los Romanos con este modo que debia servir de modelo á todos los Cristianos, en vez de esos modos paganos con que generalmente principian y concluyen las suyas en el dia.

Dificultad del viaje de S. Pablo de Corinto á Jerusalén y á Roma. El célebre viaje del Apóstol de las Gentes á Jerusalén y de Jerusalén á Roma, estaba ya dispuesto y nada parecia que le estorbaba. Sin embargo los enemigos de S. Pablo trataron de trastornarle, y estuvo en poco que no lo consiguiesen. Iban con S. Pablo Sopatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Cayo de Derbe, Tichico y Trofimo de Efeso, Diputados todos de sus respectivas ciudades, y portadores de las limosnas de sus distritos. Todos acudieron á Corinto, donde tenian determinado embarcarse, y cuando estaban ya para hacerse á la vela, fueron

ayisados, que los Judíos, enemigos irreconciliables de San Pablo, trataban de aprovechar esta ocasión para deshacerse de él. Habian dispuesto embarear en la misma nave asesinos que le matasen allí mismo; y en el caso de no conseguirlo, esperaban lograrlo por medio de otros asesinos que habian enviado á los puertos por donde habia de pasar el Apóstol. Era S. Pablo muy firme en sus resoluciones, y no se presentaba fácil hacerle volver atrás, pero tampoco era temerario. Persistia en la resolución de llevar adelante su camino, más sus amigos le persuadieron que debía variarle, trastornando así los proyectos homicidas de sus enemigos. Una vez persuadido, hizo que sus compañeros tomasen la delantera y le esperasen en Troade; y él, acompañado solamente de su amado Lucas, volvió á atravesar toda la Macedonia, y huyendo el encuentro de sus enemigos, arribó á Filipos. Luego que formó su resolución de rodear la Macedonia, creyó que podia ver á Timoteo, su hijo amado en Jesucristo, y tener el consuelo de hablarle y darle las reglas que en general forman un Obispo perfecto. No le proporcionó este placer su viaje, y entónces determinó escribirle una carta, que fué la primera de las dos con que honró á este su querido discípulo, para suplir por ella las dulces y edificantes conversaciones que pensaba tener con él en su visita. Estaba destinado S. Pablo, no solo para ser el Doctor de los Gentiles, sino tambien para ser el ejemplo de los Obispos, y la carta que escribió á Timoteo es una obra consumada para esto.

Llega S. Pablo con S. Lucas á Troade. Habien-

do llegado el Apóstol á Filipos , creyó que , á pesar de las continuas calumnias , que no cesaban de publicar contra él los discípulos de Moisés , debía permanecer allí y guardar reposo por respeto á la fiesta de los Azimos , hasta que se concluyese , para que no tuviesen que decirle que no guardaba la ley , en cuanto podia hacerlo sin perjuicio de su conciencia y sin extraviar á los Cristianos de la Gentilidad. Despues de concluidos los Azimos , se embarcó S. Pablo con Lucas , y en cinco dias llegaron á Troade , donde encontró el resto de los compañeros que le esperaban allí segun habian convenido. Siete dias pasaron reunidos en Troade , no pudiendo negarse á las instancias de los fieles que deseaban con ansia retenerlos en su compañía ; pero el Apóstol queria llegar á Jerusalén antes de la Pascua de Pentecostés , y á este fin señaló el dia veinte y uno de Abril para la salida de Troade , y todos sus compañeros se juntaron en la casa donde se habia alojado el Apóstol para seguir reunidos su viaje. Los Cristianos de Troade , luego que supieron que el Apóstol y sus compañeros habian de salir para Jerusalén la mañana siguiente , se reunieron en gran número en el alojamiento de S. Pablo , ya para la fraccion del pan , y ya para despedirse de su querido Apóstol. Este lleno de fervor hizo en aquella noche exhortaciones muy tiernas para prepararles á la Sagrada comunión , y dejándose llevar de su celo , alargó sus lecciones hasta la media noche. Habia una multitud de lámparas en el Cenáculo en que estaban congregados (no tanto para la comodidad de los presentes , quanto para el adorno del Ce-

náculo y decoro del Santísimo Sacramento).

Cayendo el jóven Eutiquio de una ventana , se mata y S. Pablo le resucita. Un jóven , llamado Eutiquio , se habia sentado sobre una ventana para oír á S. Pablo , pero como se alargase el sermón , se apoderó el sueño de él , y cayendo desde el tercer alto de la casa en el pátio , quedó muerto del golpe. El caso era demasiado lastimoso , y la pena de los concurrentes fué grande. Todos estaban llenos de sentimiento , y S. Pablo , como principal interesado en este triste suceso , era el mas afligido. Todos corrieron á socorrerle , mas S. Pablo voló en alas de su caridad á registrar su lastimosa victima y favorecerla si aun podia ser socorrida , Abrazó y besó al desgraciado jóven y registró sus heridas ; y lo mismo hicieron los demás concurrentes , pero no les quedó la menor ezperanza de poder favorecerle con las medicinas de la tierra , porque le hallaron muerto. Entónces recurrió S. Pablo á las del cielo. Puso en él su confianza , y por una inspiracion del Señor , se arrojó , como otro Eliseo , sobre el cadáver , se midió con él , y levantándose , dijo : nadie se turbe que su alma está ya en él. Y luego se levantó el jóven enteramente sano. El Apóstol habia de hacer la fraccion del pan antes de su salida , que ya se llegaba. ¿ Y quién podra esplicar el fervor con que los Cristianos harian esta comunión que recibian de la mano de un Apóstol que resucitaba los muertos ? Estaba este ardiendo en el fuego del agradecimiento al Señor , y despues de haberles preparado por tanto tiempo para la comunión , no cesó de exhortarles á las acciones de gracias mas fer-

vorosas hasta el momento de su partida, que fué en la mañana siguiente, de modo que pasaron media noche en prepararse para la comunión, y otra media en dar gracias. ¡Feliz comunión!

Caminando ya el Apóstol desde Troade al puerto de Ason, fué detenido por uno de los mas tiernos espectáculos que pueden presentarse á un corazon bienhechor. El piadoso Eutiquio, que vencido del sueño cayó del tercer alto de la casa donde estaba la congregacion de los fieles, y habia quedado muerto en la caida, y resucitado por S. Pablo, fué presentado al Apóstol por toda su familia, que derramando con el jóven las mas tiernas lágrimas de agradecimiento, habian venido á presentarle aquel hijo de su intercesion y su amor. Debió ser de mucho consuelo al Apóstol esta presentacion; y se cree que el hijo resucitado siguió á su segundo padre, como uno de los mas fervorosos discipulos.

Despedida de S. Pablo en la Iglesia de Efeso.
 Cuando hubo llegado S. Pablo al puerto de Ason, se entró en el navio con los demás compañeros y dirigieron su rumbo á Mitilene, capital de la Isla de Lesbos; continuaron á Chio, y pasando al lado de esta plaza el dia tercero de haberse embarcado, llegaron el cuarto á Samos, y el siguiente á Mileto, que era el término de su desembarque. Con la mayor facilidad pudieran hacerle en Efeso; pero llevaba S. Pablo muy en su corazon llegar á Jerusalén antes de la Pascua y celebrarla en ella. Sin embargo, por limitado que fuese su tiempo, no quiso privarse del consuelo de despedirse de los Obispos y Presbiteros de la

florecente Iglesia de Efeso, y de dar un tierno y acaso último á Dios á los que habia engendrado en Jesucristo y alimentado con sus trabajos y lágrimas. Para esto envió desde Mileto á Efeso una comision compuesta de sus principales discipulos, suplicando á los Obispos, á los Ancianos y demas de aquella preciosa Iglesia, que viesesen á despedirse del Padre de su fé y del Pastor de sus almas. Era ésta una de aquellas despedidas que hace de sus hijos un padre lleno de ternura en los últimos momentos de su vida, en la que dice cosas que se imprimen profundamente en el alma y que jamás se olvidan.

Quando tuyo en rededor de si aquella hermosa Iglesia, sabeis, les dijo, la conducta que he guardado con vosotros desde el primer dia que entré en Asia, sirviendo al Señor con humildad y con lágrimas, y con tentaciones que han venido sobre mí por parte de los Judios; y que nada he dejado de advertiros de quanto os pudiera ser útil, enseñándoos en público y hasta en vuestras mismas casas, y predicando á todos, Judios y Gentiles, la conversion á Dios por la penitencia y la fé en nuestro Señor Jesucristo; y ahora ved que voy, como atado por espíritu, á Jerusalén, sin saber las cosas que allí me han de suceder; sinó que el Espíritu Santo me protesta por todas las ciudades, diciendo: que en Jerusalén me esperan prisiones y tribulaciones. Mas nada de esto temo, ni hago mi vida mas preciosa que á mí, con tal que concluya mi carrera y el Ministerio de la predicacion, el que recibí del Señor Jesus, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Y ahora yo sé que no vereis mas mi cara todos

vosotros, y por quienes he pasado predicando el reino de Dios, por lo cual os protesto en este dia, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he reusado anunciaros todo el consejo de Dios. Mirad cada uno por vosotros, y los Obispos por todo el rebaño en que el Espiritu Santo les ha puesto para gobernar la Iglesia de Dios, la cual ganó el Señor Jesus con su sangre. Yo se que despues de mi partida, entrarán lobos rapaces entre vosotros, que no perdonarán al rebaño; y aun de vosotros mismos, se levantarán hombres que dirán cosas perversas para llevar discipulos tras de sí. Por tanto velad, teniendo en memoria que por tres años no he cesado de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora yo os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, y á aquel que es poderoso, á Jesucristo, para edificar y daros heredad entre todos los Santos... y habiéndose arrodillado, hizo oracion con todos ellos.

Entonces se levantó grande llanto entre todos, y arrojándose sobre el cuello de S. Pablo, le besaban afligidos en gran manera, porque habia dicho que no verian más su cara. Era muy difícil separar este amable rebaño del Pastor; pero S. Pablo, despues de muchas lágrimas, logró, por decirlo así, arrancarse de sus ovejas; se entró en la nave y mandando levantar anclas, se ocultó en ella sin permitir á sus ojos que se volviesen hácia su afligido rebaño, que le lloraba en la playa y se empeñaba en seguirle con la vista, único consuelo que le quedaba.

Sale con sus compañeros de Mileto, y llegan por mar á Tiro. El primer dia dirigieron su

rumbo á Cos , el segundo á Rodas , y el tercero á Patara de Licia. Aqui hallaron un navio que iba á Tiro en Fenicia. Entraron en él , pasaron cerca de Chipre , y en cuatro dias llegaron á Tiro. Esta dichosa navegacion se hizo en catorce dias desde Troade hasta Tiro, que era de mas de doscientas leguas de mar. Ya solo distaba Jerusalén treinta y seis , y aun faltaban diez y siete dias para la Pascua , de modo que ya nada precisaba á S. Pablo á precipitar sus marchas; antes por el contrario, se hallaba con tiempo para respirar de sus fatigas y viajes. Era Tiro una ciudad de mucho comercio, donde habia una Iglesia considerable de fervorosos Cristianos. S. Pablo se detuvo alli siete dias, y los discipulos del Señor, que habia en Tiro, decian á Pablo por espiritu: que no subiese á Jerusalén , pero nada hacia balancear á S. Pablo en su viaje. Cuando los Cristianos de Tiro vieron á S. Pablo determinado á partir fueron á su posada con sus mujeres é hijos á manifestarle su veneracion y cariño , y le acompañaron hasta fuera de la ciudad y entrada del puerto. Alli todos se arrodillaron para pedir á Dios la felicidad de la conclusion de su viaje. Acabada la oracion , S. Pablo les bendijo y se embarcó con los suyos , y ellos sin dejar el puerto hasta perder de vista al navio, en que iba el hombre de Dios, se volvieron á sus casas. S. Pablo desembarcó en Tolemada, y estuvo alli un dia visitando á los Cristianos; y al siguiente, caminaron todos por tierra á Cesarea. De esta ciudad habia salido el Apóstol casi veinte años antes, huyendo de los lazos que los Judios de Jerusalén empezaban armarle en los primeros dias de su con-

version, y de ella va á pasar ahorá á Jerusalén á experimentar los furores de un aborrecimiento que se aumentaba con el tiempo.

Pasan á Cesarèa y encuentran allí al Diácono Felipe y sus cuatro hijas Profetisas. Estaba en Cesarea Felipe, uno de los siete discipulos que los Apóstoles habian ordenado de Diáconos para la distribucion de las limosnas. Este celoso Predicador del Evangelio se habia adquirido por esto el nombre de Evangelista, y á su casa fué S. Pablo á hospedarse con sus compañeros. Tenia cuatro hijas, que todas habian hecho profesion pública de virginidad, y que profetizaban.

El Profeta Agabo anuncia la prision de San Pablo. Muy cerca estaba ya S. Pablo de sus cadenas para no ser preparado para ellas. El Señor no se sirvió ni de Felipe ni de sus hijas, á pesar de ser todos tan distinguidos en los caminos de Dios, sinó que quiso representarlas en un simbolo de ellas. Cuando S. Pablo y sus compañeros descansaban en casa de Felipe de las fatigas de su viaje, vino de Jerusalén un Profeta, llamado Agabo, el mismo que habia anunciado el hambre del tiempo de Claudio, y acercándose á San Pablo, desató el ceñidor que llevaba el Apóstol, y atándose con él los pies y las manos, gritó: está dice el Espiritu Santo: el varon de quien es este ceñidor, así le atarán los Judios en Jerusalén y le entregarán en manos de los Gentiles. El hecho de Agabo venia á ser uno de aquellos espectáculos simbólicos que se habian visto en los tiempos de los Elias, Ezequieles y Jeremias, y que tuvo como aquellos su entero cumplimiento. Cuando vieron

esto Felipe y sus hijas, y los Cristianos de Cesarea, todos rogaban á S. Pablo que no subiese á Jerusalén, pero el Apóstol no habia de dejar su viaje entretanto que no tuviese para ello una orden expresa del cielo. ¿Qué haceis, mis queridos Hermanos, qué haceis con esto? les decía. Nada, sinó afligir mi corazon con vuestras lágrimas. Yo no solo estoy dispuesto á ser atado, sinó tambien á morir en Jerusalén por el nombre de Jesucristo. Y viendo que no podian persuadirle, cesaron y dijeron, hágase la voluntad del Señor.

S. Pablo y demás van de Cesarea á Jerusalén y se hospedan en casa de Nason. Ya no se trató sinó de la llegada á Jerusalén. Salieron de Cesarea S. Pablo, los compañeros y varios discipulos que deseaban acompañarle, entre ellos se halló un tal Nason de la Isla de Chipre, y discipulo antiguo. Su casa en Jerusalén era uno de los Oratorios de los Cristianos, á donde acudian á la explicacion de la doctrina, á la oracion y á la fraccion del pan. En esta casa, que era muy capaz, se hospedaron San Pablo y sus compañeros con gran júbilo del piadoso Nason. Los Cristianos de Jerusalén los recibieron con mucho consuelo, y al dia siguiente S. Pablo fué á visitar á Santiago, su Obispo, en cuya casa se juntaron todos los ancianos. S. Pedro, ó se hallaba ausente y ocupado en su Ministerio, ó habia pasado ya á Roma. La reunion fué de las mas agradables que en aquellos principios podian tener los Ancianos de Jerusalén. Ocho años antes les habia referido S. Pablo los sucesos de su Apostolado, durante sus primeras misiones hechas entre los Gentiles

y acompañado de Bernabé ; y ahora continuó su relacion desde donde la dejó entónces. Entró desde luego en la individualidad de lo que el Señor habia obrado por su Ministerio en Asia , Frigia, Galacia, Macedonia y la Grecia, porque en todas estas provincias habia predicado el Evangelio y fundado muchas Iglesias , y los Ancianos , oyendo la relacion de San Pablo, magnificaban á Dios. Pero las predicciones del Espiritu Santo , hechas á S. Pablo en todo su viaje , principiaron á cumplirse. Andaba el Apóstol repartiendo en los primeros dias el precioso tesoro de las limosnas , que habia reunido con tanto celo y que deseaba tanto depositar en el seno de sus santos pobres, sin que esto le impidiese pasar orando largos ratos en la casa de Dios ; pero aqui fué precisamente donde se encontró con las cadenas anunciadas tantas veces y representadas por el Profeta Agabo.

Vienen Judíos del Asia á Jerusalén y excitan una sedicion contra San Pablo. Los Judios incrédulos, que habian venido del Asia á celebrar la Pascua en Jerusalén, vieron á San Pablo en el Templo, y alborotando al pueblo, echaron mano de él, gritando: varones de Israel, favor. Este es el hombre que en todas partes enseña á todos contra el pueblo, contra la ley, y contra este lugar santo. Ademas ha introducido Gentiles en el átrio del Templo, en que no deben entrar, y ha profanado este santo lugar. Decian esto, porque habian visto andar con San Pablo por la ciudad á Trofimo de Efeso, que era Gentil, y creyeron falsamente que Pablo le habia metido en el templo. Toda la ciudad se conmovió, y corriendo todo el pueblo,

se apoderó de San Pablo, le echó fuera del Templo, y al momento fueron cerradas las puertas para que no pudiese volver á entrar en él, porque era lugar de asilo; como si no lo hubiera sido al prenderle. Quisieron matarle en aquel momento, pero fué avisado el Tribuno de la cohorte que toda Jerusalén estaba en alboroto; y éste, tomando soldados y Centuriones, corrió allá, y los alborotados, luego que vieron venir al Tribuno y los soldados, dejaron de golpear á San Pablo. Entónces se llegó á San Pablo el Tribuno, le mandó atar con cadenas (cumpliéndose asi la Profecia de Agabo), y preguntó quién era aquel hombre, y qué habia hecho; Pero en la turba, unos gritaban uno, y otros otro, y no pudiendo saber cosa cierta por causa del tumulto, mandó que le llevasen á la fortaleza. Mas cuando llegó á las gradas de la entrada, fué necesario que los soldados le subiesen en peso por causa de la violencia del pueblo; pues le seguia gritando (como habia hecho con su divino Maestro), quitale delante, quitale la vida; y cuando principiaban á meter á S. Pablo en la fortaleza, dijo éste al Tribuno: ¿me es permitido hablarte dos palabras? ¿Sabes Griego? le preguntó el Tribuno, ó eres quizás aquel Egipcio que moviste hace pocos dias un alboroto, y llevaste al desierto cuatro mil salteadores? (Esta faccion habia sido deshecha por el Gobernador Feliz, segun Josefo). Yo, dijo Pablo, soy en verdad un hombre Judio, ciudadano de Tarso, noble ciudad de Cilicia; pero te ruego que me permitas hablar al pueblo, y habiéndoselo permitido el Tribuno, poniéndose Pablo sobre las gradas, hizo señal con la mano, y habien-

do quedado todo en silencio , les habló en lengua Hebrea , diciendo :

Discurso de San Pablo á los Judios. Varones, Hermanos y Padres. (Les daba este tratamiento por causa de los Sacerdotes , Senadores y otras personas distinguidas que habia en aquella confusion reunida). Hermanos y Padres, oid mis razones. Y cuando oyeron que hablaba en lengua Hebrea , le escucharon con mas atencion y silencio. Yo soy Judio , dijo , que he nacido en Tarso, ciudad de Cilicia , pero me he criado en esta ciudad de Jerusalén. He sido instruido á los pies de Gamaliel , segun la ley de nuestros padres : fui celador de la ley , asi como todos vosotros lo sois en el dia de hoy ; y persegui de muerte este camino (esta religion de los Cristianos), prendiendo y metiendo en cárceles hombres y mujeres. El Principe de los Sacerdotes y los Ancianos me son testigos, de los cuales , habiendo tomado cartas para los hermanos , iba á Dámasco con el fin de traerlos de alli atados á Jerusalén para que fuesen castigados ; pero acaeciò , que cuando yo iba y me hallaba ya cerca de la ciudad , al mediodia , me vi rodeado repentinamente de una gran luz del cielo , y cayendo yo en tierra , oi una voz que me decia: Saulo, Saulo , ¿por qué me persigues? Y yo respondi: ¿quién sois , Señor? Y me dijo: Yo soy Jesus Nazareno á quien tu persigues. Y los que estaban conmigo vieron la luz , mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo. Y dije : ¿qué haré , Señor? Y me dijo el Señor; levántate , y ve á Damasco. Allí te será dicho todo lo que conviene que hagas. Y como hubiese quedado deslumbrado por la claridad de

aquella luz y no viese, me llevaron de la mano los compañeros y me condujeron á Damasco.

Un cierto Ananias, varon, segun la ley, de quien daban buen informe todos los Judios que moraban en Damasco, viniendo á mi, y poniendoseme delante, me dijo: Saulo hermano, recibe la vista, y en el mismo instante le vi, y me dijo: el Dios de nuestros padres te ha preordenado para que conocieses su voluntad, vieses al Justo (por esencia), y oyesses la voz de su boca, porque tú serás su testigo delante de todos los hombres, de las cosas que has visto y oido. Y ahora, ¿por qué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre; y así fué, que cuando volví á Jerusalén, y estaba orando en el Templo, fui arrebatado fuera de mi, y le vi (á Jesucristo) y oí que me decia: date prisa y sal luego de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Y yo dije: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles, y azotabá por las Sinagogas á los que creían en Vos, y que cuando se derramaba la sangre de Esteban, vuestro primer Mártir, yo estaba presente, lo consentía, y guardaba la ropa de los que le mataban ¿pues cómo no han de recibir un testimonio como el mio? Y me dijo el Señor: parte de aquí porque á naciones lejanas te enviaré.

Habian escuchado á S. Pablo hasta aquí con un silencio que no podia esperarse de un pueblo alborotado, pero luego que oyeron esta palabra *naciones* á las que profesaban un odio irreconciliable, y que S. Pablo iba á ser enviado á predicarlas la palabra de Dios, volvieron á levantar el

grito, diciendo al Tribuno: quita de sobre la tierra á este hombre porque no es justo que viva. Y como diesen alaridos, y arrojasen sus capas, y echasen polvo al aire, el Tribuno mandó meter á Pablo en el campamento y que le azotasen y diesen tormentos, á fin de saber por qué causa clamaban asi los Judíos contra él. Mandó que le atasen á un poste y apretasen con correas, como hacian los Romanos con los esclavos, y cuando iba á ser tratado como estos, no permitió que se llegase á un extremo que, mas que cruel, era ignominioso. Se volvió muy sereno al Centurion, y le dijo: ¿os es licito azotar á un ciudadano Romano, y sin ser condenado? Cuando lo oyó el Centurion, fué al Tribuno y le dió aviso, diciendo: mira lo que vas á hacer, porque este hombre es un ciudadano Romano.

Entónces vino á S. Pablo el Tribuno y le preguntó: dime si eres tú ciudadano Romano. Si, le dijo S. Pablo. Yo, dijo entónces el Tribuno, no alcancé este privilegio de ciudadano sinó por una gran suma de dinero. Pues yo, contestó S. Pablo, lo soy por nacimiento. Al punto se apartaron de él los que le habian de dar el tormento, y aun el Tribuno entró en temor luego que supo que era ciudadano Romano, por haberle mandado atar y azotar.

Mas de cuarenta Judíos hacen voto de no comer ni beber hasta matar á S. Pablo. Desesperados los Judíos al verse en visperas de perder su presa por la resolucion que habia formado el Tribuno de conservar á San Pablo en el campamento, tomaron una determinacion que solo inspira un celo feróz. Hicieron voto mas de cuarenta

de no comer ni beber hasta matar á San Pablo. El voto era de los mas execrables que podian hacerse. En su pronto cumplimiento estaban interesadas las vidas de todos, pues á pocos dias que pasasen sin cumplirle moririan todos de sed y de hambre, pero ¿y cómo ejecutar esta muerte? No les era posible forzar la ciudadela donde estaba custodiado el Apóstol, y he aqui el medio que discurrieron para vencer este obstáculo. Fueron á hablar á los Principes de los Sacerdotes, y les dijeron: nosotros hemos hecho un voto de no gustar cosa alguna hasta que hayamós matado á Pablo. La dificultad está en sacarle de la ciudadela, donde está custodiado, y á vosotros toca vencer este obstáculo. Haced entender al Tribuno que os le saque á fuera, como que queris conocer alguna cosa mas cierta acerca de él, y nosotros estaremos esperando para matarle antes que llegue á vosotros. S. Pablo, que ignoraba la terrible conspiracion que se armaba contra su vida, no podia evitarla; pero Dios que no queria que se lograra tan perverso intento, hizo que se desconcertase. Era esta una de aquellas ocasiones en que nunca falta la divina providencia á sus fieles siervos, que ponen sus intereses en sus divinas manos. Hagan ellos lo que dicta una prudencia cristiana y la mano del Señor hará sin manifestarse lo que no alcanzan á hacer sus fuerzas.

Tenia S. Pablo una hermana, cuyo hijo estaba en Jerusalén, y supo éste con tiempo la horrible conspiracion contra la vida de su tio. En el momento corrió á la ciudadela, y le hizo saber á S. Pablo, quien llamando á uno de los Centurio-

nes , le dijo : lleva este jóven al tribuno , porque tiene un aviso importante que darle, y tomándole el Centurion le llevó al Tribuno , y le dijo : el preso Pablo me ha rogado que traiga á ti este jóven , porque tiene que hablarte. Entónces llevándole el Tribuno de la mano y retirándose con él , le preguntó , ¿ qué es lo que tienes que decirme ? Y el jóven le dijo : Los Judios han concertado rogarte que presentes mañana á Pablo en el Concilio , como que quieren saber de él alguna cosa mas cierta ; pero tu no les creas , porque hay mas de cuarenta de ellos que lo asechan y han votado no comer ni beber hasta que le maten , y ya están prevenidos esperando que accedas á su súplica. Entónces el Tribuno despidió al jóven , encargándole que á nadie dijese que le habia dado este aviso , y llamando á dos Centuriones , les dijo : aprestad doscientos soldados (que eran la fuerza de los dos Centuriones) , para que vayan hasta Cesarea. Tambien irán setenta de á caballo con doscientas lanzas ; preparad cuanto antes caballeria para que vaya Pablo en ella y sea conducido con toda seguridad al Gobernador Felix , pues vuestra salida de aqui ha de ser á las nueve de esta noche. Temió el Tribuno que se le arrebatasen los Judios y despues le calumniasen de haber recibido dinero (por dejar que le matasen). Dispuestas asi las cosas , el Tribuno de Jerusalén acompañó al Gobernador de Cesarea una carta eserita en estos términos :

Carta de Lisias, Tribuno de Jerusalén, á Felix, Gobernador de Cesarea. Claudio Lisias, al óptimo Gobernador Felix, salud. A este hombre que

prendieron los Judíos, y estaban á punto de matarle, sobreviniendo con mi tropa, le libré, entendiendo que era Romano; y queriendo saber el delito de que le acusaban, hallé que era sobre cuestiones de su ley, sin haber en él delito alguno que mereciese muerte ó prision. Mas habiéndome avisado que los Judíos le preparaban asechanzas, le envié á ti, intimando tambien á sus acusadores que vayan á acusarle delante de ti. Ten salud. Los soldados tomaron á S. Pablo, segun la órden que se les habia dado, y lo llevaron de noche á Antipatride, ciudad marítima de la Palestina, edificada por Herodes el grande en honor de Antipatro, su padre, y bastante distante de Jerusalén. El dia siguiente se volvieron los soldados de á pie á la guarnicion (por no juzgarlos ya necesarios) y dejaron á los de á caballo que fuesen con él. Cuando llegaron á Cesarea, entregaron la carta al Gobernador y presentaron á S. Pablo delante de él. Habiéndola leído, le preguntó de qué provincia era, y sabido que era de Cilicia, le dijo: te oiré mañana cuando vinieren tus acusadores. Y dió órden para que fuese custodiado en el pretorio de Herodes, que era un palacio magnifico, mandado edificar por este Principe.

Acusacion de los Judíos contra S. Pablo delante de Felix. Despues de cinco dias vino Ananias, Principe de los Sacerdotes, con algunos Ancianos y un cierto Tertulo, grande orador, y comparecieron ante el Gobernador contra S. Pablo. Este fué presentado por sus guardas para ser acusado. Tertulo habló el primero, y dió princi-

pio á su arenga con este cumplimiento. Muy excelente ¡oh Ilustre Felix! dijo, gozando por vuestra vigilancia y cuidados de gran paz, vivimos siempre muy reconocidos á vuestros beneficios. Mas sabiendo que no es justo quitaros el tiempo que tanto necesitais para el desempeño de las grandes obligaciones que pesan sobre vos, vengo desde luego á la acusacion de que estoy encargado.

Hallamos que éste (señalando á Pablo) es un hombre pestifero, que mueve sediciones entre los Judios en todo el mundo, y que es el autor de esa secta que llaman de los Nazarenos. Ha querido profanar el Templo, y habiéndole prendido en él, tratamos de juzgarle segun nuestra ley, pero vino el Tribuno Lisias con gran fuerza de soldados y le arrancó de nuestras manos, mandando que sus acusadores viniesen á tí. De Lisias podrás conocer en juicio todas las cosas de que le acusamos; y añadieron los Judios que estaban presentes: todo eso es cierto. Entónces el Presidente hizo señal á Pablo que contestase.

Defensa de S. Pablo. Hace muchos años, dijo Pablo, que eres el Juez de esta gente, y con este conocimiento satisfaré á las acusaciones que se me hacen. Puedes tener noticia que no hace sinó doce dias que subí á adorar en Jerusalén, y nadie en este tiempo me ha encontrado disputando con alguno ó reuniendo la turba, ni en el Templo, ni en las Sinagogas, ni en la ciudad; y nada pueden probar de todo cuanto me acusan. Mas te confieso, que segun mi doctrina, á la que Haman herejía, sirvo á Dios mi Padre, creyendo todas las cosas que están escritas en la ley y los Profetas, te-

niendo en Dios mi esperanza de la resurreccion futura de los justos y los inicuos, como la esperan tambien ellos. En esto procuro tener limpia mi conciencia delante de Dios, y sin ofensa delante de los hombres. Despues de muchos años vine á Jerusalén para hacer limosnas y presentar mis ofrendas. Ellos me hallaron purificado en el Templo ocupado en estas obras piadosas, y lejos de todo tumulto; pero ciertos Judios que subieron del Asia, y que convenia que estuviesen presentes para acusarme, podrian decir si tenian algo contra mi y si han hallado iniquidad en mi.

Felix estaba intimamente convencido por esta relacion, y las noticias que ya él tenia despues de tantos años que gobernaba en la Judea, de que el género de vida que hacia su preso, era en el camino de la verdadera inocencia y de las costumbres puras, y el lazo mas estrecho que unia la sociedad con las potestades legitimas; pero no tuvo el valor de absolver á S. Pablo, aunque tampoco la flaqueza de condenarle, y tomó el partido de remitir el negocio para mejor tiempo. Cuando el Tribuno Lisias, dijo, bajaré acá, os oiré. Los Judios salieron despechados de la presencia de Felix, y tuvieron la mortificacion de esperar á que bajase Lisias, bien que siempre dispuestos á concluir con S. Pablo si se presentaba ocasion; pero Dios no la permitió. El interés de su gloria y la seguridad de su siervo pedian que S. Pablo permaneciese preso y bajo de la seguridad pública hasta que pasase á Italia; mas no queria el Señor que la prision de su siervo fuese ya penosa. Las disposiciones del Gobernador sirvieron á los desiguos de la

providencia. Mandó llamar al Centurion , bajo de cuya custodia ponía á S. Pablo; y le advirtió que en nada se le molestase y que se le dejase vivir en paz ; añadiendo : que se permitiese entrada franca á todos aquellos de los suyos que quisiesen visitarle , acompañarle , ó socorrerle.

Viene Felix á la prision de San Pablo con su esposa Drusila. A pocos dias vino á la prision Felix con su esposa Drusila, que era Judia , y llamando á San Pablo , oyó de él la fé de Jesucristo. Mas habló San Pablo con tanta eficacia y fervor á cerca de la justicia , de la castidad ; y sobre todo del juicio tremendo que á todos nos espera , que estremecido Felix , le dijo : en cuanto á eso que dices , basta por ahora , yo te llamaré en tiempo oportuno. Mas parece que este tiempo oportuno , que era el de la gracia y estaba para llegar , ya no llegó por no haber sido recibido cuando se presentaba. ¡ Cosa terrible es no responder á los llamamientos de la gracia! Felix volvió muchas veces á hablar con S. Pablo , pero en vez de continuar hablando con él de aquel juicio espantoso que le habia hecho temblar , no hablaba sinó de los intereses que esperaba de S. Pablo para concederle la libertad. Mas el Apóstol estaba muy lejos de este pensamiento y Felix perdía el tiempo. Dos años pasaron recibiendo el buen Apóstol estas visitas , y habrian pasado mas si Felix no hubiera recibido un sucesor en Porcio-Festo. Era natural que Felix , al dejar su Gobierno, diese libertad á un preso cuya inocencia y virtud conocía , y que habia sido bastantemente castigado con dos años de prision , aun cuando se le quisiera mirar como

un delincuente, pero á la pasion del dinero, sucedió en Felix la pasion de la ambicion y el deseo del favor, y á fin de quedar congraciado con los Judios que podian favorecerle en Roma con sus buenos informes, dejó en la cárcel al inocente.

Apela S. Pablo al César. Festo, habiendo llegado á Cesarea, salió de esta ciudad para Jerusalén á los tres dias, y luego se le presentaron en aquella capital los Principes de los sacerdotes y los primeros de los Judios contra S. Pablo, pidiéndole la gracia de que mandase traerle á Jerusalén, teniendo siempre tendidos sus lazos para matarle en el camino. Dios gobernó aquí la lengua de Festo para la salud de su siervo. Pablo, les respondió, se conserva en Cesarea. Yo salgo luego para aquella ciudad, vengan conmigo los principales de vosotros, y si hay algun delito en este hombre, acúsenle Allí. Festo solo se detuvo en Jerusalén de ocho á diez dias, y al cabo de ellos bajó á Cesarea. El dia siguiente á la llegada se sentó en su Tribunal y mandó que le tragesen á Pablo. Cuando fué presentado, le rodearon los Judios que habian bajado ya de Jerusalén, segun la invitacion de Festo, y le acusaban de muchos y graves delitos, que no podian probar; mas S. Pablo se defendia, diciendo: en nada he pecado, ni contra la ley de los Judios ni contra el Templo, ni contra el César. Entónces Festo, queriendo congraciarse con los Judios, preguntó á Pablo, ¿quieres subir á Jerusalén y ser juzgado allí de estas cosas delante de mí? y S. Pablo respondió: Estoy ante el Tribunal del César, en el cual me conviene ser juzgado. Ningun mal he hecho á los Judios, como

tu mejor lo sabes, y si les he hecho algun agravio, ó alguna cosa digna de muerte, no rehusó morir. Mas si nada hay en mí de lo que estos me acusan, nadie puede entregarme á ellos. Al César apelo. Entónces Festo, despues de hablar con sus Consejeros, respondió: al César apelaste, pues al César irás. Pasados algunos dias el Rey Agripa y Berenice, su hermana, vinieron á Cesarea á visitar á Festo, y deteniéndose allí muchos dias, Festo dió noticia de S. Pablo al Rey, y le refirió, segun queda dicho, todo lo que habia hecho con él y con los Judios desde que entró en el Gobierno hasta el dia. Pues yo tambien queria oir á ese hombre, dijo el Rey. Mañana le oireis, dijo Festo.

Es presentado S. Pablo al Rey Agripa y á su hermana Berenice. Y al otro dia, viniendo Agripa y Berenice con grande ostentacion, y habiendo entrado en la Audiencia acompañado de los Tribunos y personas principales de la ciudad, San Pablo les fué presentado por Festo, diciendo: ved aquí este hombre contra quien todo el pueblo de los Judios recurrió á mí en Jerusalén, pidiendo á grandes voces que no convenia que viviese mas tiempo; pero habiéndole yo examinado, no hallé que haya hecho cosa digna de muerte, y preguntándole si queria ir á Jerusalén y que le juzgasen los Judios delante de mí, me contestó que se hallaba en el Tribunal del César, que en él convenia que se le juzgase; y como él mismo ha apelado á Augusto, he determinado enviársele; pero no tengo cosa cierta que escribir al Emperador, y quisiera que vosotros, y particularmente el Rey, examinaseis para tener que decirle; porque me pa-

rece sin razon enviar un hombre preso y no informar de las acusaciones que se le hacen.

Hace su defensa delante del Rey. Entónces el Rey, dirigiéndose á San Pablo, le dijo: te se permite hablar y hacer tu defensa por ti mismo; y S. Pablo, haciendo con la mano señal de silencio, dijo: debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia, ¡oh Rey Agripa! de cuanto me acusan los Judios, me tengo por dichoso; tanto mas, cuanto tú, siendo Judio y Rey de Judios, sabes mejor las cosas, las costumbres y las cuestiones que hay entre ellos; por lo cual yo os suplico que me oigais con paciencia.

La vida que yo hice en Jerusalén entre los de mi nacion desde el principio de mi juventud la saben todos los Judios, los cuales me conocen desde mis principios, si quieren dar de ello testimonio, porque yo, segun la doctrina mas segura y severa de nuestra religion, viví Fariseo; y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, la cual nuestras doce tribus, sirviendo á Dios de noche y de dia, esperan ver cumplida. Por esta esperanza ¡oh Rey! soy acusado de los Judios; pues yo á la verdad habia pensado en aquel tiempo que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesus Nazareno; y asi lo hice en Jerusalén, encerrándo en cárceles á muchos Santos, habiendo recibido poderes de los Príncipes de los Sacerdotes para perseguirlos, y cuando los hacian morir, yo consentia tambien en estas muertes; y castigándoles cruelmente en las Sinagogas, les obligaba á blasfemar; y enfureciéndome mas y mas contra ellos, los perseguia

hasta en las ciudades estrañas. Pero un dia que corria yo á Damasco con los poderes de los Principes de los Sacerdotes, vi al medio del dia ; oh Rey ! en el camino una luz del cielo que sobrepujaba á la luz del sol , la cual me rodeó y á todos los que iban conmigo , y habiendo caido todos en tierra , oi una voz que me decia: Saulo! Saulo! ¿ Porqué me persigues ? Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijon ; y yo dije : ¿ quien sois , Señor ? Y el Señor dijo : Yo soy Jesus , á quien tú persigues. Mas levántate y está sobre tus pies. Por esto me he aparecido á ti , para ponerte por Ministro y testigo de las cosas que has visto y que verás en mis apariciones.

De este lugar se infiere que Jesucristo se apareció muchas veces al Santo Apóstol y le reveló grandes y profundos misterios. Y aunque no tenemos una relacion circunstanciada de todas , la tenemos de algunas , y muy particularmente de la que nos refiere él mismo en la carta segunda á los Corintios , donde nos dice que fué arrebatado hasta el tercer cielo y que oyó arcanos que , ni él puede decir , ni los hombres entender. Mas yo ¡ oh Rey Agripa ! continuó S. Pablo , no fui desobediente á la vision , sinó que prediqué primero en Damasco , y despues en Jerusalén y en toda la tierra de Judea , y á los Gentiles , que se convirtiesen á Dios é hiciesen obras dignas de penitencia. Por esta causa estando yo en el Templo , me prendieron los Judios y me quisieron matar ; mas asistido del auxilio de Dios permanezco hasta el dia de hoy dando testimonio á chicos y á grandes , y no diciendo otras cosas fuera de las que

dijeron los Profetas y Moises que habian de suceder. Esto es, que Cristo habia de padecer y morir, y que habia de resucitar de entre los muertos para no volver á morir. Diciendo S. Pablo estas cosas en su defensa, dijo Festo en alta voz: Pablo, estás fuera de tí. Tus muchas letras te han sacado de sentido; y S. Pablo le contestó: no estoy fuera de mi ¡Optimo-Festo! sinó que hablo palabras de verdad y sobriedad; porque estas cosas son del conocimiento del Rey, en cuya presencia hablo con toda libertad, pues creo que nada de esto se le oculta, porque no han pasado estas cosas de Jesucristo en algun rincón, sinó en Jerusalén, en Judea y en toda la Palestina, y han sido anunciadas y escritas por Moisés y los Profetas ¡Oh Rey Agripa! ¿Tú crees á los Profetas? Ah! Yo sé que los crees. Entónces Agripa dijo á S. Pablo: por poco me persuades á hacerme Cristiano. Pluguiese á Dios, dijo entónces S. Pablo, que por poco y por mucho, no solamente tú, sinó tambien cuantos me oyen fueseis hechos hoy tales cual yo soy, esto es, Cristianos.

Habiendo oido á S. Pablo, se retiraron el Rey, su hermana, y el Gobernador Festo. Luego que concluyó S. Pablo, el Rey, el Presidente y Berenice se levantaron y los que estaban con ellos, y aunque por desgracia no se habian convertido, como no eran Judios enemigos de S. Pablo, no creyeron que San Pablo era culpable. Festo, que lo habia tratado de enagenado, conoció su error, viendo que el Rey y la Princesa, mejor instruidos que él de las cosas de los Judios, no pensaban como él. Habiéndose retirado los tres, hablaron del asunto y convinieron en que San Pablo nada

habia hecho digno de muerte, ni de prisiones. Este hombre, dijo Agripa á Festo, podia ser puesto en libertad sinó hubiera apelado al César; pero su apelacion es pública y nada puede hacerse en su favor. ¡Consejo poco digno de una persona real que tenia tantos medios para dar alivios y dispensar favores á un inocente, ya que no hubiese rendido su corazon á un discurso que le hacia balancear y debia convencerle! Declarado Pablo inocente, ya solo se trataba de que fuese conducido á Roma, á donde le llamaba su divino Maestro, y á donde era preciso que fuese preso y custodiado por una escolta de tropa suficiente para evitar las emboscadas y sorpresas de sus enemigos, y que llevase sus cadenas para el cumplimiento de los divinos oráculos.

Viaje de San Pablo de Cesárea á Roma. Casi un mes despues del pasaje que acabamos de referir, el Gobernador determinó enviar á S. Pablo por mar á Roma con otros presos, á la órden de un Centurion, llamado Julio, de la Cohorte Augusta. Lucas, compañero inseparable de S. Pablo, desde su prision en Jerusalén, quiso acompañarle, y tambien Aristarco, aquel discipulo fiel que estuvo para ser victima en Efeso de la sedicion del platero Demetrio. Reunidos todos en Cesárea, se embarcaron en su puerto. El dia siguiente arribaron á Sidon, poco distante de Cesárea, pero ya en esta corta distancia S. Pablo se habia ganado la estimacion del Oficial Julio. Un Santo, aunque vaya confundido con los delincuentes, lleva en su semblante y en todas sus acciones un no se qué de respetable y venerable que luego le descubre.

Bien presto conoció Julio la diferencia que debía hacer entre Pablo y los otros presos. La navegación fué larga y de continuas borrascas, y solo despues de seis meses pudieron arribar á la Isla de Malta ó Melita; pero sin navio ni cosa alguna de cuanto llevaban, porque todo fué presa del furioso elemento. Solamente las personas, que eran doscientas y setenta y seis, se salvaron del naufragio, y eso por atencion á S. Pablo, que fué el Angel tutelar de todas estas personas durante el viaje, y á quien debieron su vida.

Toman tierra en la Isla de Malta, donde son fomentados con toda caridad por aquellos Isleños. Estaba situada la Isla entre Sicilia, que pertenecia á la Italia, y aquella punta del Africa que llamaban Berberia; porque los Romanos trataban de bárbaros á todos aquellos que no tenian las costumbres de Roma, y no hablaban la lengua Romana. Sin embargo estos bárbaros acaso eran mas humanos que los politicos y finos Romanos. Movidos de la desgracia de tantos infelices que, despues de haberse librado de tan larga y deshecha tormenta, iban á perecer de frio y de miseria, nada perdonaron para su socorro. Lo primero que vieron fué, que estaban penetrados y tiritando de frio, porque una lluvia helada habia sobrevenido á sus demas trabajos. Juntaron mucha leña, y encendiendo una grande hoguera, hicieron que todos se sentasen al rededor de ella.

Una vívora se clava de una mano de S. Pablo y no le hace daño. S. Pablo, mas ocupado de la necesidad agena que de la suya propia, acudió de los primeros á recoger y traer leña, mas entre la que

trajo, vino una vivora como muerta, y reanimada del calor, se clavó de la mano de S. Pablo y quedó colgada de ella. Cuando vieron los Isleños colgada la vivora de la mano de Pablo, se decian unos á otros: sin duda este hombre es un homicida, pues habiendo salido de la tormenta, su delito no le deja que viva. Pero S. Pablo, sacudiendo la vivora en la lumbre, se halló sin daño alguno. Ellos esperaban que Pablo se iria hinchando y caeria muerto de repente. Mas despues de haber esperado largo rato, cuando vieron que ningun mal le sobrevenia, mudando de sentimientos, dijeron que Pablo era Dios. S. Pablo no podia permitir esta nueva é idoliátrica idea y procuró desengañarles, haciéndoles ver que solo podia tenerse y adorarse por Dios al Criador del cielo y la tierra. Desde entónces las vivoras de esta Isla no son venenosas, y este prodigio se atribuye á S. Pablo.

El Principe de la Isla llamado Publio, tenia sus haciendas en la ribera en que habian tomado tierra los pobres náufragos. Supo luego todo lo ocurrido y lo que habia sucedido á S. Pablo con la vivora, y deseó verle en su casa. S. Pablo se presentó gustoso en ella con sus dos compañeros, Lucas y Aristarco, y estuvo allí tres dias muy obsequiado por Publio, quien recibió un premio abundante por su hospitalidad.

Sana San Pablo al padre del Príncipe de la Isla, y toda se convierte. Era Publio Gentil, y tenia en casa á su padre hacia ya mucho tiempo con calentura continua y sufriendo una molesta disenteria. San Pablo entró á visitarle, y despues de hacer oracion, le impuso las manos y le sanó.

Este milagro se divulgó luego por toda la Isla, y todos traian á San Pablo sus enfermos. El Apóstol oraba por ellos, les ponía las manos y todos quedaban sanos. La conversion fué rápida y general, y estos nuevos Cristianos cuidaron con esmero en este tiempo de sus doscientos setenta y seis extranjeros. No creyeron conseguir, aunque lo deseaban con ansia, que un S. Pablo, destinado á llevar el nombre de Jesucristo á la capital del mundo, se quedase, ni aun se estuviese por mas tiempo con ellos; pero se consolaron con proveerles en abundancia de todo lo necesario para su viaje. Habia invernado en Malta el navio Castor, procedente de Alejandria. El Centurion Julio ajustó con su capitan el embarque para Roma, y los navegantes dieron un tierno á Dios á sus bienhechores Isleños, y éstos á sus buenos huéspedes, particularmente á Julio, y sobre todo á S. Pablo, á quien miraban como su padre en la fé y su amado Apóstol.

Salen de la Isla, y con una navegacion feliz llegan á Regio, pasan á Puzol y caminan á Roma. Salieron de Malta, mediado Abril, y llegaron felizmente á Siracusa, puerto de Sicilia de donde se dirigieron á Regio, ciudad de la Calabria. Allí pararon un dia, y al siguiente salieron con viento favorable y llegaron en dos á Puzol, ciudad de la Campania. En Puzol tuvieron el gran consuelo de encontrar los primeros Cristianos, despues de una navegacion tan borrascosa. San Pablo, que era ya tan conocido por sus cartas, y tan amado de cuantos amaban á Jesucristo, fué recibido con unas demostraciones de cariño extraordinarias. Aun llevaba sus cadenas,